# ANDER IZAGIRRE Y ZUHAITZ GURRUTXAGA SUBCAMPEÓN



Libros del K.O.

# Ander Izagirre y Zuhaitz Gurrutxaga
# SUBCAMPEÓN

Libros del K.O.

PRIMERA EDICIÓN: octubre de 2023

© Ander Izagirre y Zuhaitz Gurrutxaga, 2023

© Libros del K.O., S. L. L., 2023
Calle San Bernardo 97-99, entresuelo 8
28015 Madrid

ISBN: 978-84-19119-47-6
CÓDIGO IBIC: WSJA, VFJP
CUBIERTA: Artur Galocha
MAQUETACIÓN: María O’Shea
CORRECCIÓN: Melina Grinberg

—¿Tú crees que mi vida daría para un libro?

—Uf, no lo sé, pero tú vete contándome con más detalle a ver…

# 1. A VER CÓMO EXPLICO YO ESTO

Me llamo Zuhaitz Gurrutxaga. En los últimos años he sido músico, actor de teatro, monologuista, presentador de televisión y ahora escritor, pero todavía hay personas que me recuerdan como futbolista: la gente es rencorosa. Aunque parezca mentira, fui futbolista profesional durante quince años, cuatro de ellos en Primera División con la Real Sociedad. Digo que parece mentira viéndome ahora en los escenarios, presentando programas o escribiendo un libro, pero algunos cabrones con memoria te dirían que todavía parece más mentira si me vieras pegarle a un balón. A mí lo que menos creíble me parece es lo de escritor. Por eso quería liarte, Ander, para que me echaras una mano con esta historia. Me parece que no es mal asunto para ti, porque los lectores pensarán que todo lo que no les ha gustado del libro será culpa mía.

En fin, yo quisiera contarte los altibajos de mi carrera deportiva, aunque en realidad altibajo solo tuve uno: la subida rápida hasta llegar a la Champions League con la Real y a partir de ahí un descenso interminable por los campos de Segunda, Segunda B y Tercera, y más abajo todavía, por las profundidades de los bares nocturnos, cuando me peinaba un tupé, me perfilaba un bigote de moderno y salía a los escenarios a decir que era futbolista, que tenía partido al día siguiente, y a cantar canciones canallitas con mi guitarra y una botella de whisky.

Por el camino me pasaron algunas cosas complicadas que hasta ahora nunca he querido contar.

En 2003, cuando era jugador de la Real Sociedad, estábamos a punto de ganar la Liga, faltaban dos jornadas y yo…

… joder, me cuesta mucho contar esto.

Es que no quiero ni pensar cómo se lo van a tomar algunos. A ver cómo se lo explico a los aficionados, a ver qué dirán de mí esos periodistas que son los mayores forofos de la grada, a ver cómo les cuento que yo era futbolista de la Real y deseaba que perdiéramos la Liga.

Yo no tenía nada contra la Real Sociedad. Al contrario: es el club de mi vida. Me volví loco de contento cuando me llamaron a los trece años para jugar en el equipo infantil y nunca he sentido tanto orgullo como cuando me vestí por primera vez la camiseta txuri-urdin. Subí todas las categorías, en enero del año 2000 debuté en Primera División y durante unos meses fui una estrella, el chico que iba a tomar el relevo de los defensas legendarios de la Real y que iba a marcar una época. La Real me permitió cumplir todos mis sueños. Lo que yo no sabía es que cumplir tus sueños puede ser una manera de arruinarte la vida.

Tres años después de mi debut, cuando viajamos a Vigo en la penúltima jornada de la Liga 2002-2003 con la posibilidad de proclamarnos campeones, yo tampoco sabía que lo mío tenía un nombre, un diagnóstico y un tratamiento. Solo sabía que un año antes, en una noche de verano, toda la presión que se me había ido acumulando estalló y mi cabeza voló por los aires. Nunca volví a ser el mismo. Primero sentí un pánico que no me dejaba ni dormir, luego me fui hundiendo en una tristeza profunda, una angustia permanente, unos miedos y unas obsesiones que me empujaban a hacer cosas extrañas. Ahora cuento todo esto, se lo cuento a mis amigos y hasta lo cuento en este libro, pero en aquel momento no me atrevía a decírselo a nadie, salvo a

mi madre. Era futbolista de Primera División y dedicaba todas mis energías a disimular mi locura —porque entonces yo no tenía otra palabra para nombrarlo más que locura—, así que perdí la capacidad de concentrarme en el juego, deambulaba por los campos como un fantasma y el entrenador empezó a dejarme en el banquillo. Yo cada vez pintaba menos en la Real. Y el fútbol se convirtió en una pesadilla.

La temporada 2002-2003 fue la mejor para todos y la peor para mí. Ganábamos un partido detrás de otro, nos pusimos líderes y estábamos ya muy cerca del título de Liga, algo que la Real solo había conseguido dos veces en toda su historia y que parecía que nunca más iba a repetir, por la diferencia estratosférica que habían abierto el Real Madrid y el Barcelona con el resto de los equipos. Pero de repente estábamos ahí, a dos pasos del campeonato, y todo el mundo andaba eufórico: los futbolistas, los aficionados, la prensa, toda Donostia, toda Gipuzkoa. Todo el mundo hablaba maravillas de la Real a todas horas, todo el mundo se entusiasmó, todo el mundo estaba feliz justo cuando yo pasaba el peor momento de mi vida. Me sentí muy solo. Cada vez que la Real ganaba, y ese año ganaba un domingo sí y otro también, todas las personas a mi alrededor lo celebraban, yo era incapaz de alegrarme y eso me hacía sentirme todavía más alejado de los demás, como si flotara a la deriva por el espacio y me alejara de la Tierra hacia una oscuridad cada vez más profunda. Me cuesta mucho decir esto, pero espero que los aficionados me comprendan: cada triunfo de la Real aumentaba mi sufrimiento. Las pocas veces que perdía, el lunes me encontraba con las caras serias de mis compañeros en el entrenamiento y me sentía menos solo. Me daba un poco de alivio. Por eso, cuando viajamos a Vigo, a mí me daba terror la idea de ganar la Liga. Imaginaba las celebraciones, las fiestas, los recibimientos públicos, en un momento en el que yo solo quería encerrarme en mi cuarto y llorar.

La Real perdió en Vigo. No me alegré, porque en esa época no había nada que me alegrara, pero seguro que fui la persona de toda Gipuzkoa a la que menos le afectó. Sé que muchos aficionados viajaron hasta allí y sufrieron una decepción enorme, no quiero ofenderlos, les pido perdón, pero quiero que entiendan que mi problema no era que la Real ganara la Liga, sino que en esa Real jugaba yo. Y no soportaba la idea de vivir algo que en principio era increíble, maravilloso, algo que ni en el mejor de los sueños de infancia me habría imaginado, la idea de ganar la Liga con el equipo de mi vida, y ser incapaz de alegrarme. No soportaba la idea de ser campeón.

Bueno, pues fui subcampeón, que creo que es lo que siempre he sido en la vida. Tampoco está mal, ¿eh? ¡Zuhaitz Gurrutxaga, subcampeón de la Liga de las estrellas! ¿Quieres saber cuánto aporté al subcampeonato? 91 minutos. Yo ya venía en caída libre. Ese año jugué los 90 de un partido entero contra el Deportivo de La Coruña y luego el entrenador ya solo me sacó en el último minuto de un partido contra el Mallorca para perder tiempo. ¿Te ríes? ¿Te parece poco? Igual tú jugaste 92, ¿no?

En el partido completo contra el Dépor tuve varias intervenciones decisivas: anulé a Roy Makaay, máximo goleador de la Liga y Bota de Oro aquel año; me tiré al suelo para desviar un tiro de Fran y lo metí en nuestra portería; y provoqué un penalti a nuestro favor. Ocurrió en un córner: el balón venía alto y pasado, corrí a por él y cuando vi que iba a salir del área me rocé con Scaloni y me dejé caer. Todo ocurrió en décimas de segundo, pero creo que no me tiré para conseguir un penalti. Creo que me tiré porque entre mis obsesiones estaba el pánico a cruzar las rayas del suelo primero con el pie izquierdo, me estaba acercando a la del área y vi que no me quedaba otro remedio que simular una caída. El árbitro pitó penalti. Menudo escándalo. En ese momento íbamos empate a uno, un gol podía darnos los dos puntos que nos faltaron para ganar

aquella Liga, así que yo agaché la cabeza para no cruzarme la mirada con ninguno de mis compañeros, para que no se les ocurriera preguntarme si quería tirarlo yo, y troté de vuelta a mi campo sin mirar atrás, con una mezcla de vergüenza y alivio.

# 2. PULGAR ARRIBA

Nací el 23 de noviembre de 1980, día de san Clemente, manda narices. Con san Clemente debuté en la vida y con Javier Clemente debuté en Primera División.

Siempre me ha costado debutar. En el hospital de San Sebastián a mi madre Maite le dijeron que se me había enroscado el cordón umbilical alrededor del cuello, le iban a practicar una cesárea para que no me asfixiara durante el parto y se iba a tener que quedar ingresada ocho o diez días para recuperarse de la operación. Pues menos mal. Porque al cabo de una semana ella notó que me costaba respirar cuando me daba el pecho y pensó que sería un catarro, tampoco le dio demasiada importancia, pero avisó a las enfermeras. Y resultó que yo tenía cianosis. Eso significa que la sangre lleva poco oxígeno, la piel se te queda muy pálida y los brazos y las piernas toman un tono azulado. Si luego alguien se va a meter conmigo porque cree que me faltó compromiso con la Real Sociedad, le puedo decir que yo nací txuri-urdin.

A mi madre le explicaron que iban a llevarme inmediatamente a Pamplona, a explorarme con urgencia en la Clínica Universitaria de Navarra, porque la falta de oxígeno podía deberse a un problema cardiaco grave y no había tiempo que perder. Por eso digo que menos mal que nací por cesárea y mi madre se quedó unos días en el hospital, porque si hubiera notado mis problemas ya de vuelta en casa, en el caserío Berdezkunde de Elgoibar, quizá al principio no le hubiera dado importancia, habría tardado en acudir al médico y quizá habría sido demasiado tarde.

Mi madre seguía ingresada y no le dejaban acompañarme a Pamplona. Una enfermera la llevó a un despacho para que telefoneara a mi padre, al taller de máquina herramienta de Elgoibar donde trabajaba, pero le dijeron que no estaba, que había salido a hacer algo en una fábrica de Galdakao. Mi madre se echó a llorar, pensando que iban a mandarme solo en la ambulancia. Justo entonces llamó mi tía Begoña, hermana de mi padre, que vivía cerca del hospital y quería visitarnos. Mi madre le habló muy angustiada: «Begoña, el niño no está bien». Mi tía vino corriendo para acompañarme. Mi madre tenía veintidós años y se le quedó un recuerdo muy fuerte: me tenía en brazos, tan pequeño, con la cabeza rapada y llena de cables, me entregó a una enfermera y nos vio desaparecer en el ascensor, sin saber si volvería a verme vivo.

La ambulancia fue por la carretera a Pamplona de aquella época, la que subía por las curvas del puerto de Azpirotz, y le pilló una nevada. Había coches y camiones atascados. No sé cómo pidieron ayuda, pero apareció una patrulla de la Guardia Civil para abrirnos camino y escoltarnos hasta el hospital. A mí la policía me ha abierto paso un montón de veces, cuando íbamos en el autobús a algún estadio para jugar partidos que a veces dicen que son de vida o muerte. De vida o muerte fue mi primer viaje, y no es una manera de hablar. De hecho, como la Clínica Universitaria es del Opus Dei, antes de operarme me bautizaron por si acaso, por si me moría, porque los bebés que se mueren sin bautizar van al limbo. No has cometido ningún pecado, así que no vas al infierno, pero no te han limpiado el pecado original con el bautismo, así que tampoco entras en el cielo. Te quedas en el limbo. Es como quedarte subcampeón toda la eternidad, ¿no?

Primero me hicieron un cateterismo. Todavía tengo las cicatrices en los antebrazos y las ingles. Me metieron unos tubitos por las venas y me exploraron hasta encontrar el defecto: un estrechamiento de la aorta. La aorta es la arteria principal, la que sale del corazón y lleva la sangre rica en oxígeno por todo el cuerpo. Mi corazón tenía que bombear con mucha fuerza para que pasara sangre suficiente por ese estrechamiento, y en cualquier momento podía tener un fallo. Así que me operaron. Me abrieron una incisión en el lado izquierdo del tórax, entre las costillas, que me dejó otra cicatriz de veinte centímetros. Desde entonces tengo el cuerpo un poco asimétrico por ese corte, pero bueno, me ensancharon la aorta y sobreviví.

Lo que pasa es que no bastaba con sobrevivir a la operación. En los siguientes días la posibilidad de un fallo cardiaco era grande. Mi madre ya había vuelto a casa, pero el médico le dijo que verme en mi situación le podía afectar mucho, así que le recomendó que no fuera a Pamplona a visitarme. Solo venía mi padre, Josean. Todos los días trabajaba sus ocho horas, salía de la fábrica, conducía 120 kilómetros desde Elgoibar y me veía un rato a través de una cristalera: «Solo podía comprobar que siguieras vivo otro día», me dijo hace pocos años. No me quiero imaginar cómo serían los otros 120 kilómetros de vuelta a casa, conduciendo con la escena que llevaba en la cabeza: su hijo recién nacido en una cuna, envuelto en cables y tubos, entre la vida y la muerte, sin poder acercarse a darle una caricia. «No parecías ni persona», me dijo. Cuando llegaba al caserío, mi madre le preguntaba: «¿Qué tal está?». Y él contestaba: «Bien, bien». Había un detalle que él no le contaba a mi madre y que no me contó a mí hasta muchos años más tarde, cuando le hice una entrevista en *Herri txiki, infernu handi*, el programa cómico que presenté muchos años en ETB, en la televisión pública vasca. Le saqué el tema de un modo ligero, como de broma: «Qué, aita, yo ya os di guerra desde que nací, ¿no?». Y me contó algo que yo nunca había oído: «Aquellos días se me hicieron interminables. Hasta que no volviste por fin a casa, no me atreví a contarle a tu madre que en tu misma sala había otros dos niños recién nacidos, uno de Canarias y otro de Navarra, a los que habían hecho la misma operación que a ti, y en los siguientes días murieron los dos». Me lo dijo de sopetón, delante de las cámaras. Me quedé sin voz. Me costó un rato recuperarme para seguir la entrevista, hablamos de otras cosas, pero no podía quitarme de la cabeza lo que me acababa de contar.

Hace unos años, cuando seguí un tratamiento para superar mis problemas de salud mental, un psicólogo me preguntó si de niño me abrazaban. Yo no sé si esto de presentar programas en la tele, hacer obras de teatro y ahora contar mi vida en un libro, si esto de ponerme bajo los focos para que me miren y me aplaudan, si esto será una necesidad de cariño porque pasé mi primer mes de vida separado de mi madre y mi padre. No lo sé. Igual es mucho decir. Pero fue así: me separaron de mi madre a la semana de nacer y no volví a estar con ella y con mi padre hasta tres semanas más tarde. Mi madre cuenta que todas las mañanas, mientras a mí me tenían en Pamplona, ella se despertaba en Elgoibar y le venía el olor de la colonia que me daban en el hospital durante los primeros días que pasé con ella. Entonces se daba cuenta de que yo no estaba y se echaba a llorar. Le costó mucho recuperarse de la cesárea. El 24 de diciembre fue a las urgencias de Elgoibar porque seguía con dolores fuertes en el abdomen. El médico le preguntó si me había visitado en Pamplona. No, a ella le habían dicho en el hospital de San Sebastián que no fuera a verme, porque le iba a afectar, y no me había visto desde que me entregó a la enfermera en el ascensor. «A ti no te duele el abdomen, a ti lo que te duele es el alma», le dijo el médico. «Vete a ver a tu hijo cuanto antes».

Al día siguiente, 25 de diciembre, mis padres fueron en coche a Pamplona. A mí ya me habían sacado de la Unidad de Cuidados Intensivos y me tenían en una habitación con otros bebés, pero

tampoco estaba permitido entrar. Mi madre me vio por primera vez en tres semanas, a través de una ventana. Me encontró flaco, pálido y rapado, un bichito indefenso. Era el día de Navidad y una enfermera decidió saltarse el protocolo. Me sacó al pasillo y mi madre pudo tomarme en brazos y darme un beso. Muchos años más tarde me dijo: «No sé si a ti ese beso te hizo bien, pero a mí ese mismo día me desaparecieron todos los dolores. Yo me curé al abrazarte de nuevo».

Me dejaron en el hospital, volvieron a casa y unos días más tarde, el 31 de diciembre, recibieron una llamada: me daban el alta, ya podían recogerme en Pamplona.

Mi primera noche en casa fue la última de 1980. Sonaron las doce campanadas y empezamos 1981 ya todos juntos, felices y contentos, pero con algunas cicatrices que yo llevo para siempre en el cuerpo y con otras cicatrices que nos quedaron en la mente durante muchos años. Andábamos siempre atentos a mi corazón, me hacían revisiones anuales, y en todos los años en que fui futbolista, si alguna vez me quedaba tendido en el campo, inmediatamente levantaba el pulgar: era la señal que mandaba a mis padres, por si estaban viendo el partido en el campo o en la tele, para que supieran que estaba bien.

# 3. AUZOLAN

En general, los aficionados me recuerdan por un solo partido: el de mi debut en Primera. El 23 de enero del año 2000 salí al estadio del Atlético de Madrid con unas órdenes muy precisas de mi entrenador Javier Clemente: debía perseguir por todo el campo a Jimmy Floyd Hasselbaink, un delantero compacto como un armario y veloz como un leopardo, un tiarrón contra el que no podía hacer nada más que agarrarlo del hombro y la cintura, tirarle de la camiseta y trabarlo con zancadillas. Me apliqué con tanto entusiasmo que me gané la felicitación del entrenador, la admiración de los seguidores de la Real Sociedad, las cinco estrellas de la puntuación máxima en el periódico del lunes y dos tarjetas amarillas. Sí, me expulsaron en el minuto 64 de mi debut. Y salí del campo angustiado, medio llorando, mientras medio estadio me cantaba «adiós, hijoputa, adiós». Pero también te digo que Hasselbaink no se cortó ni un pelo. Cinco días más tarde, el Comité de Competición lo sancionó con dos partidos de suspensión, después de ver las imágenes del codazo que me dio con el juego parado. ¿Has visto las imágenes? Los dos estábamos lejos del balón, yo me pegué a su espalda para que no se me escapara y me soltó un codazo en la boca del estómago con todas sus fuerzas. Que yo lo entiendo, ¿eh? Porque al pobre hombre lo desesperé durante una hora. Pero míralo en YouTube, míralo a cámara lenta: el codazo, mi mueca de dolor, el ahogo, un par de respiraciones hondas, unos resoplidos y a seguir corriendo y agarrando al amigo Jimmy. Ninguna queja.

Ya te hablaré con más detalle de mi estreno, pero ahora quiero explicarte otra cosa: después del codazo me podía haber tirado al suelo para ver si el juez de línea avisaba al árbitro y le explicaba que debía expulsar a Hasselbaink, pero creo que me daba vergüenza protestar, lamentarme, fingir, hubiera sido una traición a ciertas costumbres familiares. Es que debuté un 23 de enero, el mismo día en que 42 años antes, en 1958, mi abuela María sintió que le llegaba el momento de dar a luz por séptima vez pero pensó que aún le daba tiempo para bajar caminando cinco kilómetros desde su caserío en el monte y vender unos huevos en el mercado de Elgoibar.

En esa época había un autobús-correo entre Ondarroa y Elgoibar que pasaba por el barrio rural de San Miguel, el de mi abuela, un par de veces al día. Pero costaba seis pesetas y el negocio no le salía rentable si debía pagar el bus, así que bajó caminando con el burro y vendió los huevos. A la vuelta ya sí. A la vuelta no sé dónde dejaría el burro, pero pagó las seis pesetas y subió en bus porque ya sentía las contracciones. Decía que le daba una contracción en cada curva. Y te aseguro que la subida a San Miguel está plagada de curvas.

Mi abuela María entró en su casa, en el caserío Sagarraga, se tumbó en la cama y dio a luz a mi madre: Maite. En el libro de familia la inscribieron como María Teresa, que es lo que hacían con todas las Maites, porque el franquismo prohibió los nombres vascos.

Era tradición que los vecinos visitaran a la madre y al bebé recién nacido. En el caserío Sagarraga aparecieron, por ejemplo, los vecinos del caserío Berdezkunde: la señora Luisa y su hijo, un chaval de siete años que se llamaba José Antonio… y que sería mi padre. Mi padre conoció a mi madre el día en que ella nació, a cuatrocientos metros del caserío donde había

nacido él. Durante la visita, los adultos mandaron a José Antonio a jugar con otros niños. Se pusieron a dar vueltas de campana, a José Antonio se le salió el hombro y con sus gritos asustó a la recién nacida, que se echó a llorar. Ahora mi madre se ríe, diciendo que mi padre la incordió desde el primer día de su vida.

Mi abuela Luisa se fue con su hijo José Antonio a Elgoibar para que el médico le encajara el hombro. Tampoco iban a gastar seis pesetas en el autobús para ese asuntillo: bajaron a pie. Así que el 23 de enero de 1958 bajaron andando del monte a Elgoibar primero mi abuela María a punto de dar a luz y luego mi padre José Antonio con siete años y el hombro dislocado. Con esa tradición familiar, entenderás que precisamente un 23 de enero, el del año 2000, yo no podía tirarme al suelo y lloriquear por un simple codazo de Hasselbaink en el estómago.

En realidad, mi primer partido con la camiseta de la Real lo jugué a los siete años en el probaleku del barrio de San Miguel, en la plaza de arrastre de piedras. Mi barrio pertenece a Elgoibar, un pueblo industrial en el valle del río Deba, pero no es un barrio urbano, no hay bloques de viviendas, es un barrio de caseríos desperdigados en un paso de montaña entre Gipuzkoa y Bizkaia, en la parte guipuzcoana justo antes de la muga. Ahora serán unos cincuenta caseríos, doscientos habitantes. Cuando bajábamos los cinco kilómetros de curvas hasta Elgoibar, decíamos «kalera noa». Voy a la calle. Esto es típico en las zonas rurales vascas: el mundo se divide en «baserria eta kalea», el caserío y la calle. Nosotros éramos de caserío y bajábamos a la calle.

San Miguel era un oasis. No lo digo por idealizarlo, lo digo porque me sorprende cómo vivíamos tan al margen de lo que pasaba un poco más abajo en el valle. Los ochenta y los noventa fueron unos años muy turbulentos con la droga, el sida, la violencia, los atentados, la política, pero apenas nada de eso llegaba a San Miguel, y mira que era difícil que no te tocara ninguno de esos asuntos en el País Vasco. Es verdad que yo era un crío, pero por ejemplo en el tema político no recuerdo ningún problema, ninguna tensión. Yo solo sabía que éramos vascos y ya está.

Me sorprende la ingenuidad que aún tenía a los trece o catorce años. Un día estábamos en casa de unos familiares y pusimos la tele para ver un partido de España en el Mundial de Fútbol de Estados Unidos, en el verano de 1994, y cuando empezó a sonar el himno, mi tío quitó el sonido. Yo no entendía nada. Mi tío dijo muy serio: «En esta casa no suena ese himno». Es curioso, porque solo un año después yo iba a oír ese himno en posición de firmes en el estadio de Wembley, en Londres, en el primer partido que jugué con la selección española sub-15, y lo oiría hasta dieciocho veces como jugador de España.

Y así fue: yo llegué a Wembley desde el probaleku. El núcleo del barrio de San Miguel, por llamarlo de alguna manera, es una explanada diminuta con todos los edificios imprescindibles para la vida tradicional de un pueblo vasco: la ermita, el frontón y la sociedad gastronómica, que antes era la escuela, pero con el progreso ya se sabe. En el centro de la explanada está el probaleku: un espacio rectangular adoquinado para las competiciones de arrastre de piedra con bueyes. Treinta metros de largo y cuatro o cinco de ancho. Las parejas de bueyes tienen que arrastrar unas piedras enormes de un lado a otro del probaleku durante un tiempo determinado. Si vas a la plaza, verás dos probarris: dos piedras de arrastre. Pesarán ochocientos, mil kilos, no lo sé. Están ahí, a la intemperie, pero tranquilo, que no las va a robar nadie. Los críos de San Miguel jugábamos a fútbol en el probaleku, usando el pórtico de la ermita como portería en un extremo, y un par de jerseys para marcar los postes en el otro. A los siete años me regalaron mi

primera equipación de la Real, camiseta, pantalón, medias y botas, y me la vestía siempre para jugar partidazos con los chavales del barrio.

En ese camino inimaginable hacia Wembley, mi siguiente avance en la calidad de los terrenos de juego fue el frontón Murkaikupe, en aquella misma plaza. Tenía suelo liso de cemento. Lo acababan de construir los vecinos en auzolan. El auzolan es una ley no escrita, un trabajo comunitario, literalmente significa trabajo de barrio. En agosto, cuando las fábricas daban vacaciones, cada caserío tenía que aportar una persona para el trabajo comunitario. Cien años antes habían construido la ermita de San Miguel en auzolan. La transformación de la escuela en sociedad gastronómica también la hicieron en auzolan. Y hasta el frontón, que ya era una obra faraónica para el barrio, lo construyeron en auzolan. El ayuntamiento de Elgoibar puso los materiales y los vecinos levantaron el frontón en cinco agostos, entre 1984 y 1988. Justo ese año los Reyes Magos me dejaron la equipación de la Real Sociedad, así que mis primeros partidos como txuri-urdin los jugué en los adoquines del probaleku pero enseguida pasamos a organizar los partidos en el frontón. Fue como cambiar de Atotxa a Anoeta.

Mis padres fueron a la escuelita del barrio, la que luego, cuando se quedó sin niños, convirtieron en la sociedad gastronómica actual. A partir de los catorce años, mi madre estudió delineación en Elgoibar. A los catorce, mi padre terminó la educación obligatoria y se puso a trabajar con mi abuelo en el caserío Berdezkunde, cuidando los campos y los animales.

Mi padre y mi madre pertenecen a la generación que pasó del mundo rural al mundo industrial. En los años sesenta, Elgoibar se convirtió en la capital de la máquina herramienta, abrieron fábricas en todas partes, todo el mundo se puso a trabajar en los talleres. Cuando cumplió dieciséis, mi padre le pidió a mi abuelo que le dejara trabajar en alguna fábrica. Es que llegaba el fin de semana, mi padre se iba a la romería y veía a sus amigos, que ya trabajaban en los talleres, con los bolsillos llenos de billetes. Mi abuelo le decía que ni hablar, que había mucho trabajo en el caserío y necesitaba su ayuda. Además mi padre era el mayorazgo, el hermano que iba a heredar el caserío con sus tierras, ¿cómo se le podía ocurrir la idea de dejarlo? Discutieron mucho. Al final llegaron a un trato: mi padre trabajaría en alguna fábrica de Elgoibar y, al terminar la jornada, ayudaría con el campo y los animales, incluidos los fines de semana. No tardó ni dos días en encontrar empleo en una fábrica, en Orbatu, donde construían máquinas herramienta. Mi padre cuenta que en esa época tocabas la puerta de una fábrica, decías que eras de tal caserío y te ponían a currar sin preguntarte ni cómo te llamabas, porque sabían que la gente de los caseríos trabajaba duro. Mi abuelo lloró el primer día en que mi padre bajó a la fábrica. Sintió que se rompía la transmisión del caserío. Pero un par de meses después, mi padre apareció con la paga extra de Navidad y se la entregó a mi abuela: mil pesetas. Mi abuela también lloró, pero de alegría. En aquel tiempo, criaban una vaca todo el año, la vendían y sacaban dos mil pesetas. Mi padre les entregó mil en solo dos meses y ya no hubo más discusión: siguió trabajando en el taller y mi abuelo no le puso ningún problema.

Para entender de dónde me viene a mí esta gracia, tengo que contar la primera cita de mis padres. Porque igual también es una cuestión genética. Mi padre conoció a mi madre el día de su nacimiento, crecieron a cuatrocientos metros uno del otro, y unos cuantos años más tarde, mi padre bajaba en coche a Elgoibar cuando vio a mi madre caminando cuesta abajo por la carretera.

—Maite, ¿te llevo?

—Vale.

—¿Adónde vas?
—A Elgoibar con las amigas.
—¿Vais a hacer algo especial?
—No, nada.
—¿Quieres venir a pasar la tarde conmigo?
—Vale. ¿Adónde vas?
—A un funeral.

Ese fue su primer plan, un funeral en Azkoitia. No hubo beso en la primera cita. El siguiente plan me imagino que sería un poco más divertido, en alguna romería, en las fiestas que se hacían los fines de semana en los barrios rurales, en San Miguel de Elgoibar, en Arrate de Eibar, en Arretxinaga de Markina, en Santa Eufemia de Aulestia… Allí iban los chicos y las chicas de los caseríos a merendar y a bailar con las jazbanak, o sea las jazz band, las orquestinas de saxofón, acordeón y batería que tocaban vals, pasodobles… Eran fiestas rurales. Mis padres no bajaban a los bares o a las discotecas de Elgoibar, de hecho a Elgoibar solo bajaban a trabajar, porque era otro mundo, un mundo urbano que no era el suyo, en el que se sentían incómodos. Mi padre cuenta que las chicas no querían bailar con los chicos de los caseríos, que para ligar con ellas tenías que hablar castellano, porque si le pedías el baile en euskera o en mal castellano, se burlaban, te llamaban casero, borono, paleto. Yo ahora le tomo el pelo:

—Aita, igual es que simplemente no querían bailar contigo, ¿no?

Porque él se considera un guaperas. Mira, eso igual también es genético. Pero es verdad, en los años sesenta y setenta, en los pueblos industrializados como Elgoibar, el euskera se consideraba un idioma rural, el idioma de los caseros, a muchos les daba vergüenza hablarlo en la calle. Mi padre se acuerda muy bien de quienes se burlaban de él.

Aquel mundo rural tenía una ventaja. Los jóvenes bailaban en las romerías de las ermitas en vez de bajar a las discotecas, y eso salvó la vida a muchos, porque en los años ochenta la heroína llegó como una inundación que arrasó el valle. Los pueblos se llenaron primero de jeringuillas, de chavales adictos que atracaban tiendas, deambulaban como zombis o aparecían muertos por una sobredosis, y luego empezaron las muertes por sida. Me recuerdo con ocho o nueve años, esquivando las jeringuillas en algunas calles de Elgoibar con mucha aprensión. Los fines de semana eran un desfase, los jóvenes ganaban buenos sueldos en los talleres, las discotecas estaban a tope, corría el dinero, corría la droga. El País Vasco fue una zona muy castigada por la heroína y el sida. Y a mis padres no les alcanzó todo aquello, porque ocurría allá abajo, en Elgoibar, en el mundo de los bares y las discotecas. Una vez pregunté a mi padre si en las romerías había drogas y me dijo que sí: café, copa y puro. Mi madre, cuando ve reportajes sobre aquella época, no se lo explica: «Yo nunca vi nada de todo eso, ¿dónde estábamos nosotros?». Pues estaban en San Miguel, por eso digo que era una especie de oasis.

Yo nací el 23 de noviembre de 1980 y mi hermana Sare el 23 de noviembre de 1983. La conclusión es evidente: mis padres nos concibieron el 23-F. A mí un año antes del intento de golpe de Estado, a mi hermana dos años después. Yo no sé qué celebraban mis padres el 23 de febrero, pero igual nos falta algún hermano intermedio porque en 1981 Tejero les cortó el rollo, vete a saber.

Solemos idealizar la infancia, pero la nuestra de verdad fue muy feliz, porque en San Miguel teníamos una libertad que ahora me parece increíble. Nos juntábamos veinte chavales del barrio y nos pasábamos toda la tarde en la plaza o en el monte. ¿Tú sabes lo que era jugar a escondites

allí? Uno contaba hasta cien y los demás teníamos todo el bosque para escondernos. A veces, al final de la tarde, alguna madre iba de caserío en caserío preguntando si alguien sabía dónde andaba su hijo. Yo creo que todavía habrá algún chaval de entonces que se metió en el bosque y sigue por allí escondido, alimentándose de bellotas, con una barba así de larga.

No queríamos salir de San Miguel. Yo no empecé a bajar a la calle, a Elgoibar, hasta que empezaron a gustarme las chicas y ya hacíamos planes con los amigos de la ikastola, a los catorce o quince años. Pero hasta entonces ni hablar, no queríamos salir de San Miguel ni para ir de vacaciones. Éramos de las pocas familias del barrio que se podían permitir unas vacaciones de quince días: no porque a las demás les faltara dinero, sino porque tenían que cuidar el ganado, segar la hierba… Nosotros nos habíamos mudado del caserío Berdezkunde a una casa de dos pisos al lado de la carretera, cuando yo tenía tres años, y éramos de los pocos del barrio que vivíamos en un piso, sin campos ni animales. En verano, mis primos y mis amigos se tenían que quedar en San Miguel para ayudar a sus padres en el caserío. Y mi hermana y yo, que podíamos irnos, no queríamos.

Para una vez que salimos de vacaciones, casi no volvemos vivos. En el verano de 1989, mis padres alquilaron un apartamento en Peñíscola con mis tíos Jesús Mari y Nieves. Paseábamos los seis por el casco antiguo, visitamos el castillo donde se filmó la película *El Cid*, con Charlton Heston y Sofía Loren, por las noches bebíamos batidos en la terraza del hotel Papa Luna. Y la playa, claro. Nos pasábamos el día en la playa Norte.

La tarde del 16 de agosto, mi hermana Sare y yo entramos al agua, a jugar con las olas. Ella se metió un poco mar adentro, vi que se alejaba y me preocupé. Sare tenía cinco años, yo ocho. La llamé, me di cuenta de que intentaba volver pero no podía. Nadé hasta ella, quise ayudarla pero la corriente era demasiado fuerte y nos alejaba de la playa. Recuerdo la angustia cuando nos golpeaba una ola, perdía de vista a mi hermana y tardaba unos momentos en verla otra vez. Ella llevaba unas gafas de buceo verdes que le tapaban la nariz, no respiraba bien, le entró mucho miedo, a mí también, y me puse a gritar hacia la orilla con todas mis fuerzas. Mi madre entró al agua corriendo y chillando. La pobre no sabía nadar. Entonces apareció un ángel, un hombre de rasgos orientales que nadó rápido hasta nosotros, nos agarró, se puso a nadar de espaldas y nos sacó hasta la orilla. Mi madre lloraba, mi tía lloraba, nosotros rompimos a llorar, nos abrazamos con mi madre y mi tía. No supimos nada más de aquel hombre que nos salvó la vida, se marchó mientras nos abrazábamos. Cuando volvimos al apartamento, donde estaban mi padre y mi tío, mi tía Nieves se derrumbó: «Los niños, casi se nos han ahogado los niños». Y le entró una llorera terrible. Recuerdo mucho ese momento, la angustia, el vértigo, de repente la conciencia de la muerte a los ocho años. Mi tío Jesús Mari abrazó a mi tía Nieves, nos habló suave para calmarnos a todos. Luego se hizo el silencio en el salón. Un silencio espeso que se quedó con nosotros varios días, que nos seguía a la cocina, a las habitaciones, que flotaba por la casa como una niebla. Poco a poco volvimos a sonreír, a jugar, a ir a la playa. Pero ese silencio se quedó con nosotros para siempre. Nunca más volvimos a hablar de lo que pasó aquella tarde. No sé si puedo imaginarme el terror de mi madre cuando vio a sus hijos a punto de ahogarse, pero algo de esa angustia se quedó ahí, en el fondo de la memoria, muchos años después emergió de nuevo y la reconocimos.

# 4. UN CRÍO DE LA REAL

Me cuesta aceptar la distancia entre el Zuhaitz Gurrutxaga de veintidós años que viajó a Vigo sin ningún deseo de ganar la Liga y el Zuhaitz Gurrutxaga de diez que soñaba con jugar en la Real.

De niño no quería salir del frontón Murkaikupe. Arrastraba a mis amigos del barrio, organizábamos equipos de cuatro o cinco y echábamos partidos hasta llegar a doce goles. Si no ganaba mi equipo, insistía para que siguiéramos hasta dieciocho. O hasta veinticuatro. Vamos, que se jugaba hasta que ganara mi equipo. A los diez años yo era más competitivo que en cualquier momento de mi carrera deportiva, mucho más que en Primera División.

Jugaba a fútbol a todas horas, en todos los sitios y de todas las maneras posibles. Si no había otros chavales, tampoco era un problema. De hecho, mis primeros partidos once contra once los jugué yo solo en el frontón. Estaba yo, estaba el balón y nadie más. Los jugadores salían trotando al campo desde mi mente. Yo empezaba el partido siendo un jugador de la Real Sociedad. Por ejemplo, Gajate. Chutaba el balón contra la pared y al recibirlo me transformaba en Górriz. Górriz avanzaba, lanzaba el balón a la pared, lo recibía Larrañaga… Y lo iba narrando en voz alta como un locutor de radio:

*Larrañaga abre a la banda para Zúñiga, Zúñiga pasa a Zamora, Zamora a Iturrino, Iturrino corre hasta la línea de fondo, centra al área, atención a Loren, ¡remata Loren y gooool!*

Luego me convertía en los jugadores del equipo contrario, avanzaba dando pases hacia el otro lado del frontón, chutaba fuerte contra la pared y paraba el rebote con una estirada increíble. Lo paraba siempre porque en ese momento me convertía en el mayor ídolo futbolístico que he tenido nunca: Luis Miguel Arconada, el superhéroe que volaba para detener penaltis y salvar siempre a la Real, el que ganó dos Ligas, una Copa y la Supercopa.

¡No pasa nada, tenemos a Arconada!

Escribo esto justo al día siguiente de cruzarme con Arconada por la calle. Creo que fue la primera vez que lo vi en persona. Pasó por mi lado, me di la vuelta y me quedé un rato mirándolo, hasta que giró en una esquina y lo perdí de vista. Ahora mismo lo cuento y me emociono hasta las lágrimas. Porque pienso en mi admiración infantil por Arconada y me viene la época más feliz de mi vida, la más alegre, la más despreocupada, cuando jugaba con mis amigos o cuando fantaseaba aquellos partidos en el frontón. Me hubiera gustado saludar ayer a Arconada y contarle las paradas que hacía imaginándome que era él. A Loren, que acabó siendo mi compañero en la Real unos años más tarde, nunca le conté que él marcó un montón de goles en mi barrio durante mis fantasías, y algún día me gustaría decírselo. Todos los niños del mundo merecerían ser tan felices como lo fui yo en el frontón Murkaikupe. Solo necesitaba un balón y tres paredes. Ni se me ocurría que mis sueños fueran a cumplirse y desde luego no imaginaba las consecuencias.

A los once años jugaba en el equipo de la ikastola de Elgoibar, seis contra seis en campos de fútbol sala, y nos clasificamos para la final del campeonato escolar guipuzcoano. Buah, mi

primera final, un exitazo, no sabes cómo nos impresionaba viajar a Donostia a jugarnos el título. Era todo un viaje. Todavía me acuerdo del cartel enorme de Philips con letras de neón que había en lo alto del edificio de La Equitativa. Para mí era como ir a Nueva York.

La final la jugamos en el polideportivo Gasca. El rival era un equipo de Lasarte en el que jugaba un chico buenísimo, uno tan bueno como para que todos los jugadores guipuzcoanos de once y doce años supiéramos su nombre: ¡Chus Duarte! Era un zurdo mágico, una estrella. Salimos a calentar y lo reconocimos enseguida: un tío enorme, qué piernas, qué hombros, qué barba, ¿de verdad tenía doce años? El árbitro le pidió el carné de identidad para comprobarlo y se ve que sus padres ya estaban acostumbrados, porque se lo dieron enseguida: Jesús Duarte Caballero, nacido en San Sebastián el 9 de enero de 1980, efectivamente. El chaval nos volvió locos con sus regates, no perdía nunca el balón, marcó ocho goles y nos ganaron 9-5.

A los once años yo ya era subcampeón y me sentía feliz: habíamos conseguido que un pueblo pequeño como Elgoibar llegara a la final de Gipuzkoa, toda una hazaña, y encima metí cuatro goles. Estaba contentísimo.

Duarte jugó en las categorías inferiores de la Real como lateral izquierdo y llegó al segundo equipo, pero sufrió una lesión grave que le cortó la progresión. Siguió unos cuantos años en clubes de Segunda B, en el Barakaldo, el Burgos, el Cádiz… Unos años más tarde yo iba con mi guitarra al hombro por la calle, para dar un concierto, cuando alguien me llamó desde un andamio:

—¡Qué pasa, Gurru!

Era el gran Jesús Duarte Caballero. Charlamos un rato, me contó que curraba en la construcción y le mencioné aquel campeonato escolar.

—¿Te acuerdas de la final que jugamos en el 92?

—Hombre, claro. Yo metí ocho goles y tú cuatro.

—Chus, fíjate, me ha tocado marcar a algunos de los mejores delanteros del mundo, a Rivaldo, Kluivert, Hasselbaink, Milosevic, Raúl, pero ninguno me pareció tan superior como tú.

Él se rio:

—¡Qué exagerado, Gurru!

Pero es verdad. Lo invité a un concierto porque me hacía ilusión actuar ante uno de los futbolistas que más me ha impresionado en la vida.

En la infancia desarrollamos capacidades que serán claves en nuestro futuro profesional. En mi caso lo veo muy claro. Gracias a la preparación y a la disciplina con la que trabajé a partir de los once años, pude ofrecer mi principal aportación a la Real Sociedad subcampeona de Liga en 2003, una especialidad que ningún otro jugador de aquella plantilla fabulosa dominaba: al acabar la temporada, salí ante los treinta mil espectadores de Anoeta a tocar el acordeón.

Con once años yo iba a clases de música todos los miércoles de ocho a nueve de la noche. Tocaba la trikitixa, el acordeón típico de las romerías. Se hace por parejas: uno toca el acordeón y otro el pandero, y durante unos cuantos años a mi hermana Sare y a mí nos ponían a tocar en las fiestas de San Miguel. Yo salía nerviosísimo porque teníamos que actuar ante treinta o cuarenta personas, incluidos nuestros padres, los amigos del barrio y algunos primos que ya llevaban una medio cogorza… Por eso digo que fueron años claves en mi formación, porque en las romerías me enfrentaba a un miedo escénico que ríete tú de jugar en Wembley.

No fue la única disciplina artística en la que me prodigué en aquella época. En Elgoibar organizaron un concurso juvenil de bertso idatziak, versos escritos para cantar, con un premio de

quince mil pesetas: justo lo que necesitaba para comprarme una consola de videojuegos. Era el único de mis amigos que no tenía consola, porque mis padres me dijeron que ahorrara si quería una. Así que me encerré una tarde en mi cuarto, escribí unos versos, los presenté al concurso y gané: fue mi primera experiencia como letrista y me sirvió para comprarme la videoconsola. Te parecerá una cosa banal, pero si te digo que años después una videoconsola me salvó la vida en mi época de miedos y depresiones, no exagero mucho.

El debut en un campo grande cambió mi carrera futbolística. ¡Ay, los debuts! Jugué por primera vez en el campo de Lerun con el Club Deportivo Elgoibar contra el Soraluze, equipo del pueblo vecino, fui delantero centro titular, ganamos 9-0 y no marqué ningún gol. Nos pasamos el partido sin salir del área rival, todo un barullo de piernas en el que el balón rebotaba por todas partes hasta que alguien de mi equipo le daba una patada y gol. Debieron de marcar todos menos el portero y yo. A mí no me caía nunca. Mira Raúl, el delantero del Real Madrid: no era el más rápido ni el más fuerte ni el más hábil ni iba bien de cabeza, pero le caían todos los balones y se hinchaba a meter goles. Por algo sería, por la intuición, el instinto de delantero, algo que yo desde luego no tenía. Así que en el partido siguiente el entrenador me puso de defensa. Y ahí me quedé. A partir de esa victoria por 9-0, en las siguientes veintiún temporadas, en todas las categorías, todos los entrenadores me pusieron de defensa. No volví a jugar de delantero hasta los últimos veinte minutos de mi último partido.

Le he dado muchas vueltas: sé que si hubiera seguido como delantero, nunca habría llegado a Primera División, porque necesitas una calidad superior a la de un defensa; pero también estoy seguro de que como delantero habría sufrido mucho menos en mi vida. Creo que un defensa siente más miedo a fallar. Y el portero, más todavía. Porque un delantero puede salir en los últimos diez minutos, meter un gol de rebote con el culo y convertirse en el héroe. Pero si un defensa sale en los últimos diez minutos para mantener un resultado, es casi imposible que sea el héroe y es mucho más probable que sea el villano, el responsable de una derrota. El defensa soporta mucha presión y yo unos años más tarde llegué a mi límite de resistencia. Bueno, en realidad pasé ese límite derrapando y me despeñé por un barranco.

Al principio todo iba bien. Me reconvirtieron en defensa y fui titular en el equipo infantil del Elgoibar durante toda la temporada, y eso que jugaba con chavales un año mayores que yo. Me ponían de líbero, una posición que ya ni existe: estaban los dos defensas centrales y yo jugaba detrás de ellos para llegar a los balones sueltos y despejarlos. Entonces no se sacaba el balón jugado, nada de combinaciones ni exquisiteces: patadón para arriba y a correr. Yo era rápido, llegaba bien al corte, sacaba el balón con contundencia… Jugué una temporada buena y en el verano de 1993 recibimos la llamada telefónica más feliz de mi vida. La recibió mi madre. Era Manuel Esnaola, alias Muxi, presidente del Club Deportivo Elgoibar y propietario de la tienda de deportes donde todos los chavales del pueblo comprábamos las botas de fútbol.

—Maite, nos han llamado de la Real. Que han estado viendo los partidos de Zuhaitz y quieren que vaya a hacer unas pruebas a Zubieta.

—¿Y eso es bueno?

Mi madre me veía muy crío para empezar con aquellas historias.

—¡Cómo que si es bueno! ¡Es buenísimo! Venid mañana mismo a la tienda a comprar unas botas buenas, os hago descuento, que el chaval tiene que ir bien preparado a Zubieta, que no se diga.

Compramos unas botas de cuero de canguro en la tienda de Muxi y un paquete de grasa de cerdo en la charcutería para engrasarlas. Canguro y cerdo: lo mejor de lo mejor.

Cuando entré en el vestuario de Zubieta, me fui encogiendo. Allí me encontré con unos cincuenta chavales de mi edad, de toda Gipuzkoa, a muchos los conocía porque nos habíamos enfrentado durante la temporada, y vi que estaban los mejores de cada equipo, seguros de sí mismos, confiados, hablando tranquilamente. En el vestuario del Elgoibar yo era de los que más hablaba y bromeaba, pero en Zubieta no me atrevía. Me senté en una esquina y me quedé callado.

Nos dieron la misma camiseta azul con publicidad de Niessen, el mismo pantalón corto y las mismas medias con las que se entrenaban los jugadores del primer equipo de la Real. En el Elgoibar cada uno íbamos con nuestros pantalones y camisetas, nos los llevábamos de vuelta a casa llenos de barro y a nuestras madres les tocaba limpiarlos una y otra vez. En la Real nos daban la ropa igual para todos, al acabar el entrenamiento la tirábamos a una cesta de mimbre y un trabajador del club se la llevaba a la lavandería. De casa solo traíamos y llevábamos las botas, el resto lo ponía la Real.

A mí me impresionó todo aquello. Sales del vestuario con otros cincuenta chavales uniformados y te sientes parte de una institución, algo grande, algo importante, que por un lado te ilusiona muchísimo y por otro lado te inquieta un poco, porque tienes que responder bien, superar unas pruebas, y ya con trece años empiezas a sentir la responsabilidad.

Salimos de las instalaciones de Zubieta y caminamos un kilómetro hasta el hipódromo de Lasarte, donde se entrenaban muchas veces los equipos de la Real. Nos abrieron la verja, atravesamos la pista elíptica de las carreras de caballos y entramos al enorme rectángulo central en el que había unas cuantas porterías, en medio del hipódromo. Ahora ya sabes por qué a los jugadores del Sanse, del segundo equipo de la Real, los llaman potrillos.

Los ejercicios los dirigían varios entrenadores, pero enseguida se veía que quien mandaba allí era un señor bajito de pelo blanco espeso, nariz larga, mentón ancho, un señor muy estricto en los entrenamientos y muy amable después. Era Javier Expósito, entrenador del Sanse durante décadas y responsable en ese momento de las categorías inferiores, toda una institución en la Real, una de las personas que más me ayudó en momentos difíciles.

Los cincuenta chavales nos entrenamos en el hipódromo durante un par de semanas. Nos dividían en equipos, jugábamos partidos y yo me sentía a gusto, sin hacer grandes alardes pero concentrado en la defensa, eficaz, cómodo. Los entrenadores me animaban y me decían que lo estaba haciendo bien. Después de las dos semanas, nos dieron las gracias y nos dijeron que al cabo de unos días nos llamarían para decirnos si nos habían seleccionado o no. Yo me había quedado satisfecho, pero todos los chavales eran tan buenos que me parecía difícil que me eligieran. Un día sonó el teléfono en casa y lo cogió mi madre. Era el presidente del Elgoibar.

—¡Maite, abre una botella de champán!

Me puse a dar saltos de alegría. Mis padres me felicitaron pero se quedaron un poco a medias, porque no tenían muy claro que fuera buena idea mandarme a la Real siendo tan crío. Les preocupaba que me quedara grande. Pero yo fui corriendo a contárselo a los amigos del barrio, a los compañeros del Elgoibar, a los de la ikastola.

—¡Voy a jugar en la Real!

El debut con la Real fue uno de los mejores de mi vida. No estropeé nada, no perjudiqué a nadie y además salté al césped en el primer partido de la historia de Anoeta, el 13 de agosto de 1993,

en un amistoso de la Real Sociedad contra el Real Madrid. Debuté como recogepelotas. Sortearon quince puestos entre ciento y pico chavales de las categorías inferiores y me tocó, toma ya. Nos dieron un chándal y un chaquetón, nos colocaron alrededor del campo y me encantó ver de cerca el calentamiento de mis ídolos de la Real y de las estrellas del Madrid. Allí estaban Kodro, Alkiza, Océano, Carlos Xavier, Larrañaga. Y Butragueño, Zamorano, Míchel, Luis Enrique… Cuando se retiraron al vestuario, antes de empezar el partido, los recogepelotas salimos al campo a dar unos pases con el balón ante treinta mil personas. Todavía recuerdo el cosquilleo. ¡Qué pasada!

En todo el partido solo recogí un balón. Se me acercó Loren, el delantero que había marcado un montón de goles en el frontón Murkaikupe en mi imaginación, le lancé la pelota y me dijo: «¡Gracias, chaval!». Luego metió el 1-0, así que colaboré en el primer gol de la historia de Anoeta, ¿no? Lo que pasa es que con ese balón también debí de transmitirle algún maleficio, porque al cabo de unos meses a Loren lo reconvirtieron en defensa, como me había pasado a mí, y siete años después al pobre le tocó jugar conmigo como pareja de centrales.

El partido terminó 2-2. Goles de Loren y Océano para la Real, doblete de Butragueño para el Madrid. Apagaron las luces del estadio, lanzaron fuegos artificiales, instalaron una tarima en el campo y salió a cantar Luz Casal. Vi el concierto desde la grada y me flipó. Quién me iba a decir que al cabo de diez años yo subiría a una tarima en este mismo campo, con todos mis compañeros de equipo, como subcampeón de Liga. O más raro aún: quién me iba a decir que iba a subir a la tarima y que me quedaría el último allí arriba, con pánico a bajar, porque mi cabeza ya estaba muy tocada y la muchedumbre que invadió el campo disparaba todas mis fobias hasta un nivel de ansiedad insoportable. Ya en el vestuario, el único compañero a quien le había contado mis problemas se dio cuenta de mi ausencia y pidió a un policía que fuera a rescatarme.

En el primer entrenamiento del equipo infantil de la Real, Javier Expósito nos dejó las cosas claras: cada vez que vistiéramos la camiseta, estaríamos representando a la Real Sociedad de Fútbol. Así que nada de pelos largos, pendientes ni tonterías por el estilo. Había algún disidente, algún chaval con rastas que se resistió y lo pasó mal. Muy bueno tenías que ser para dejarte rastas y seguir subiendo de categoría. Para Expósito, la imagen, la actitud y el comportamiento eran tan importantes como el talento futbolístico. Él marcaba el tono de la Real. A la antigua usanza, sí. Pero no era solo una cuestión estética. Teníamos que mantener el escudo impoluto: si recibíamos una entrada dura, teníamos que callarnos y seguir jugando; si alguien nos insultaba, teníamos que callarnos y seguir jugando; si se montaba una pelea, teníamos que callarnos y seguir jugando; no podíamos protestar al árbitro ni encararnos nunca con un rival. Si alguna vez nos expulsaban por protestar o por pelearnos, recibíamos la sanción federativa y otra sanción del propio club por manchar su imagen. Los entrenadores de todas las categorías inferiores de la Real nos insistían en el buen comportamiento durante los partidos. Lo cuidábamos mucho, y no era nada fácil, porque jugábamos contra los equipos de los pueblos, que nos tenían muchas ganas. Nos daban leña a base de bien. A veces nos llamaban putos pijos, pijos de la capital, y yo pensaba: joder, pero si soy de caserío, si soy más de campo que las amapolas. Pero nada: teníamos que recibir las patadas, los insultos, callarnos y seguir jugando. Cuando llegué a Primera me tocó lidiar con tipos como Darío Silva, Catanha, delanteros que zurraban más que los defensas, y pensaba: a ver cómo respondo yo ahora. No estábamos acostumbrados al juego sucio. En la Real tenías que portarte de manera exquisita y te lo inculcaban desde crío.

También teníamos otra obligación: ganar. Y ganar todos los partidos. Porque éramos una

selección de los mejores jugadores de Gipuzkoa y en infantiles solo jugábamos contra equipos de la provincia, así que era obligatorio ganar siempre. Ese año jugamos treinta partidos y ganamos veintinueve. Perdimos en Eskoriatza contra el equipo de la ikastola Almen, en un campo de gravilla, 2-1. Jugué como titular los treinta partidos, ganamos veintinueve y fuimos campeones, pero eso se daba por descontado, y el único recuerdo que me queda de aquella temporada, como una cicatriz en la memoria, es el partido del fracaso.

Fue un año bueno para mí, encajé bien en la Real, pero yo era defensa: con la superioridad tan grande de nuestro equipo, no podía aportar nada destacable para la victoria y solo podía meter la pata y provocar una derrota. Qué voy a decir, ¿que disfrutaba jugando? Sí y no. En la Real jugaba muy contenido, muy cumplidor, muy pendiente de no fallar, y recuerdo el desahogo con el que luego salía a los partidillos en el recreo de la ikastola o en el frontón Murkaikupe con mis amigos: me desataba, corría por todo el campo, regateaba, metía goles, disfrutaba muchísimo. Es verdad que la ilusión por jugar los domingos con la camiseta de la Real Sociedad era superior a todo, pero ahora lo puedo decir: con trece años ya empecé a sentir agobio en el campo.

# 5. DEL CARDIÓLOGO A WEMBLEY Y VUELTA AL CARDIÓLOGO

Una vez al año iba con mi madre al Hospital Universitario de Navarra para que me revisaran el corazón. Allí pasaba un día muy largo de pruebas, auscultaciones, placas, electrocardiogramas, ecocardiogramas… Luego nos recibía el cardiólogo que me había operado nada más nacer, y nos explicaba los resultados. Yo no entendía mucho de lo que nos contaba, pero al terminar siempre le hacía la misma pregunta con un poco de vergüenza, porque yo de niño no hablaba muy bien el castellano y me daba apuro que la conversación se prolongara. Solo quería saber una cosa, la pregunta era sencilla:

—Doctor, ¿puedo jugar al fútbol?

Él siempre me respondía:

—Claro que sí, Bustingorri.

Bustingorri era uno de los jugadores más emblemáticos de Osasuna en los años ochenta.

Todos los años recibía esa respuesta, claro que sí, Bustingorri, hasta que en agosto de 1994, después de las revisiones, le repetí la pregunta al doctor con una pequeña variante.

—Doctor, ¿puedo jugar al fútbol? Es que juego en la Real Sociedad.

El cardiólogo dudó un momento y me contestó:

—Claro que sí…

…pero no añadió «Bustingorri». Y yo me fui con la mosca detrás de la oreja. Una semana más tarde nos llegó una carta en la que el doctor declaraba que yo tenía una deficiencia congénita en el corazón y no podría practicar «deporte de alto nivel competitivo». Se me cayó el mundo encima.

Le dimos la noticia a Javier Expósito y enseguida nos organizó una cita con el doctor Pérez de Ayala, el jefe de los servicios médicos de la Real Sociedad. Entramos a su despacho los tres, Expósito, mi madre y yo, antes de que llegara el doctor. Mi madre puso sobre la mesa la carta que nos había mandado el cardiólogo de Pamplona, Expósito la agarró y se la metió en el bolsillo. Nos quedamos asombrados. Pérez de Ayala entró al despacho, preguntó qué nos habían dicho en el hospital y Expósito respondió que yo tenía un problema de corazón y nos habían recomendado consultarlo con otro especialista para contrastar opiniones. Pérez de Ayala dijo que nos recomendaría un buen cardiólogo. Mi madre se quedó a cuadros. Al salir del despacho, le preguntó a Expósito por qué había hecho eso. Le contestó que no podíamos rendirnos a la primera, que teníamos que agotar todas las posibilidades hasta aclarar si yo podía seguir jugando.

Me impresionó el empeño que puso Expósito con mi caso en los siguientes meses, le estoy muy agradecido. Ahora vivimos en el mismo barrio, a veces nos encontramos, y suele decirme que veía el programa que yo presentaba los domingos en ETB y que le encantaba, que se reía mucho. A mí me hace una ilusión tremenda.

Total, que visitamos a otro cardiólogo en Bilbao. Me hizo las pruebas, me dijo que no me veía problemas para el deporte de alta competición y firmó un documento para certificarlo. Me puse contentísimo. Al día siguiente mi madre y yo le llevamos el documento al doctor Pérez de Ayala

y volvimos a Elgoibar. En casa nos esperaba mi padre con una cara así de larga.

—Ha llamado la secretaria del cardiólogo de Bilbao. Dice que se ha equivocado, que ha contrastado tus pruebas con otros colegas y que no puedes ser futbolista de alta competición.

A mí me entró una angustia horrible. Tenía ganas de llorar pero ni siquiera podía, por la bola que se me hizo en la garganta. Mi madre llamó a Expósito para contárselo. Expósito le dijo que no se preocupara, que buscaríamos otro cardiólogo. Mi madre le dijo que no, que ya estaba bien, que ya me habían destrozado las ilusiones dos veces y que no iba a haber una tercera. Si no podía jugar a fútbol, no podía y punto. Tampoco se iba a acabar el mundo.

Para mí sí que se acababa. En mi mundo no había nada más que fútbol.

No es que me frustraran mi sueño de jugar en Primera con la Real, es que ni siquiera podía intentarlo. Me fui al frontón Murkaikupe, me puse a chutar balonazos contra el frontis yo solo y pensé, a mis trece años, que eso era todo lo que podría hacer como futbolista.

A los cardiólogos les parecía peligroso que me dedicara al deporte de élite, así que dejé la Real. Pero no me prohibieron jugar en un nivel menos intenso y decidí, con mis padres, que seguiría un año más con el Elgoibar cadete para despedirme del fútbol. Lo aceptaron porque vieron que yo no soportaba la idea de dejarlo de un día para otro. Pero sufrían. Mi padre me confesó muchos años después, cuando lo entrevisté en la televisión, que sufrían cada vez que me iba a un entrenamiento, sufrían en cada partido.

—Una vez corriste una carrera de mil metros en la ikastola y la ganaste. Yo no te perdía de vista ni un segundo, todo el rato miraba si respirabas normal, por si te pasaba algo. Cruzaste la meta muy contento pero yo seguí nervioso un rato, hasta que te acercaste y ya respirabas más tranquilo. Tú celebrabas el triunfo y yo celebraba que no te hubiera pasado nada.

Cuando el presidente del Elgoibar me hizo un hueco en el equipo cadete, mis padres firmaron un documento en el que eximían al club de cualquier responsabilidad si me pasaba algo con el corazón.

Así que volví a jugar con el Club Deportivo Elgoibar, con las camisetas patrocinadas por Seat y los chándales patrocinados por una de las instituciones con más renombre de mi pueblo: la discoteca Guass. Estábamos en pleno esplendor noventero de la Ruta del Bakalao, cuando muchísimos jóvenes pasaban los fines de semana de discoteca en discoteca bailando música electrónica, y Guass era una de las más famosas en el País Vasco. En las discotecas circulaba el éxtasis, el speed, la cocaína, y yo probé allí el alcohol por primera vez. Aún no había cumplido los quince. Organizamos una cena del equipo, fuimos a la discoteca y me bebí un gin-kas. Eso fue todo. La discoteca Guass nos patrocinó los chándales de aquella temporada y yo le devolví de sobra la inversión con mis juergas de los siguientes quince años. Durante mucho tiempo, hubo sábados en los que sudaba más por la noche bailando bakalao que por la tarde jugando el partido. En toda mi carrera deportiva, nunca me he entregado tanto por un patrocinador. En Guass yo lo daba todo.

En el Elgoibar no fue tan divertido. Desde el primer día el entrenador la tomó conmigo:

—No te creas que por venir de la Real lo vas a tener más fácil, ¿eh?

Me ponía siempre de titular, pero me gritaba todo el rato, me echaba broncas y me exigía mucho más que a mis compañeros. Me harté. ¿Por qué tenía que aguantar aquello, si yo nunca iba a ser futbolista, si iba a retirarme al terminar la temporada? Yo solo quería disfrutar un poco más del balón. Una tarde, después del entrenamiento, llegué a casa y le dije a mi madre que lo dejaba. Iba a abandonar el fútbol para siempre. Pero mi madre dijo que ni hablar. Me respondió

con un argumento que no tenía que ver con mis ilusiones, ambiciones, trayectorias ni nada por el estilo:

—Para que tú estuvieras en este equipo, otro chico se quedó fuera. Así que por respeto a ese chico, vas a terminar la temporada.

Al día siguiente volví al entrenamiento.

Y lo que pasó después se lo debo por supuesto a mi madre. Unas semanas más tarde, el presidente del Elgoibar entró al vestuario y me dijo que me presentara en su despacho. Entré y cerró la puerta. Tenía pinta de que iba a decirme algo serio. Joder, qué habré hecho yo.

—Toma, Zuhaitz.

Me pasó un fax de la Federación Española de Fútbol con la convocatoria de la selección sub-15 para un partido amistoso contra Inglaterra en el estadio de Wembley. La lista iba por clubes. Del Real Madrid: tal jugador y tal otro y tal otro; del Barcelona, tal y tal y tal; del Valencia, tal y tal; de la Real Sociedad, tal y tal… y del Club Deportivo Elgoibar: Zuhaitz Gurrutxaga.

¿¿¿Qué???

¿A la selección española? ¿En Wembley? ¿Un chaval del Elgoibar?

Más tarde me enteré de cómo me habían echado el ojo: unas semanas antes había jugado con la selección guipuzcoana unos partidos triangulares entre Gipuzkoa, Araba y Bizkaia, que se organizaban para que el entrenador de la selección vasca sub-15 eligiera a los mejores futbolistas. Él no me convocó. Pero resulta que el seleccionador español también fue a ver esos partidos y le gusté. A ver cómo digo yo esto: Euskadi no me quiso y me fui con España.

Bueno, total, que leí la convocatoria y me quedé con la boca abierta. El presidente del Elgoibar me dijo que ni se me ocurriera entrenarme ni jugar el partido del fin de semana antes de viajar a Wembley, para no lesionarme. Y el club me pagó dos sesiones de fisioterapia, toma ya. Me mimaron como a Messi antes de un Mundial.

A mis padres les dije que necesitaba algo urgente: en el fax me pedían que me presentara en Madrid con americana y corbata. Me consiguieron la americana con la que se casó un primo mío, que me quedaba enorme, y una corbata horrible de colorines que usaba mi padre de joven, allá por el Pleistoceno. Completé el vestuario con unos pantalones vaqueros Levi’s 501 y unas botas marrones Doctor Martens, y así me fui a Madrid, con unas pintas entre punki de la Margen Izquierda y agente de pompas fúnebres.

Me subí por primera vez a un avión para viajar a Madrid, donde me reuní con los demás jugadores de la selección y volamos a Londres. Yo iba acomplejado perdido. Todos eran jugadores del Madrid, del Barça, del Atlético de Madrid… y yo del Club Deportivo Elgoibar. Me tocó compartir habitación con un chaval que empezó a sacar botes de gomina, colonias, peines, unas zapatillas supercaras, no sé cuántas cosas. Y yo allí, con mis greñas de vasco y mis botas Doctor Martens.

El día del partido subimos a un autobús con el volante a la derecha y nos llevaron por las calles de Londres bajo un diluvio. En la radio sonaba una canción que me gustó mucho, de un grupo que no conocía de nada, y como al volver a casa seguí escuchándola en las radios, aprendí cuál era: «Wonderwall», de Oasis. La acababan de publicar. Desde entonces, siempre que la escucho, me viene una imagen impresionante: vamos en el bus y de frente aparecen las dos torres imperiales del viejo estadio de Wembley. Se me pone la carne de gallina. Eran las torres que yo había visto tantas veces en la tele, la catedral del fútbol inglés, el campo donde el Barça de Cruyff, que yo admiraba tanto, había ganado tres años antes la Copa de Europa. Pensé que íbamos a apearnos allí, junto al estadio, pero de repente se abrió una puerta enorme y el bus bajó

por un túnel casi hasta el terreno de juego. Era como si Wembley nos tragara. Yo estaba… Me viene una palabra un poco rara: yo estaba obnubilado. Entramos al vestuario más grande que yo había visto jamás: tenía veinticinco duchas, dos jacuzzis, una nevera con refrescos y una mesa repleta de sandwiches, fruta, jamón, queso, de todo. Yo estaba tan flipado, bueno, tan obnubilado, que me despisté. Para cuando me di cuenta, mis compañeros ya se habían repartido los dorsales. Me dio un poco de rabia tener que jugar en Wembley con algún número feo, pero vi que quedaban el 13, el 14 y el 16, y me puse contento: el 14 era mi número cuando el profe del instituto pasaba lista y el número mítico de Cruyff, el que llevaba en los Mundiales.

Ahí estaba yo en el vestuario, tan contento, cuando noté que algunos compañeros me miraban y hacían risitas.

Se reían de mis botas. A ver, Muxi, que quitarme los entrenamientos con el Elgoibar para que no me lesionara fue muy buena idea; no jugar el partido de Liga el fin de semana, también; las sesiones con el fisio, un detallazo… pero las botas, Muxi, ¿qué pasa con las botas? No pensamos en las botas. Las de cuero de canguro que me compró mi madre en tu tienda cuando me fichó la Real eran fenomenales, pero ya se habían roto, y cuando volví al Elgoibar cadete, pues claro, mi madre me compró las más baratas. Para qué más, si iba a ser mi último año. A quién se le iba a ocurrir que la selección española me llamaría para jugar en Wembley. Pues ahí estaba yo, entre todos esos chavales galácticos de catorce o quince años, todos con sus Nike, sus Adidas, sus Reebok, las mejores botas, las más caras, las más deslumbrantes, y yo con mis botas Marco desgastadas y la lengüeta derecha rota y medio colgando. Las Marco eran unas botas españolas de los años ochenta, negras con lengüeta blanca y una M también blanca en los laterales, unas botas populares, sencillas, con muy poco glamour, la verdad.

Un gallito del equipo me dijo:

—Oye, esas botas cuánto te han costado, ¿cien pesetas?

Los demás se rieron. Yo no sabía dónde meterme. Entonces habló Ander Aranzeta, un chaval eibarrés con el que yo había jugado en el equipo infantil de la Real, buen amigo mío, y que ese día era el capitán de la selección.

—Gurru, ni puto caso a esos payasos.

No volvieron a reírse. Y yo debo de ser el único futbolista de la historia que ha jugado un partido en Wembley con unas botas Marco. Mira, podía haber rascado un patrocinio ahí, los de Marco podían haber sacado algún cartel mío todo guapo, corriendo por Wembley con sus botas.

Saltamos al campo y casi me da algo. Unos días antes yo lo había hablado con mis amigos del barrio: «Joder, es un estadio para ochenta mil espectadores, ¿quién demonios va a ir a vernos a nosotros?». Pues ojo al cristo, porque habían abierto solo un lado de la grada y había veinte mil personas. ¡Veinte mil personas! En mi último partido en Elgoibar debió de haber cuarenta, contando padres, madres, trabajadores del club y algún primo con resaca. Y yo ahora tenía que jugar ante veinte mil personas. Los dos equipos nos alineamos mirando a la grada y cuando sonó el himno español, pensé: menos mal que no dan el partido por la tele, a ver qué pensaría mi tío al verme aquí, escuchando el himno en posición de firmes.

Empezó el partido y todo me pareció enorme, como si hubieran multiplicado las dimensiones normales de las cosas: el campo era interminable, las porterías anchísimas, los rivales gigantes, y sobre todo el público, en una sola grada pero una grada repleta, una marabunta que rugía en cada ataque inglés. Eso es lo que más me impresionó, el ruido de un estadio que va contra ti. Los futbolistas rivales y el estruendo de la grada nos llegaban a la vez, como una ola que se precipitaba contra nosotros, que nos iba a aplastar. Ninguna presión de ningún otro estadio me

impresionó nunca tanto, y mira que he jugado en calderas del infierno. Pero yo tenía quince años y nunca había conocido nada igual. Ni siquiera me lo había imaginado. ¡Era Wembley! Pensé: si el fútbol es esto, lo que he practicado hasta ahora es otro deporte. Ahí entré en otra dimensión del juego. Pedir el balón, controlarlo, avanzar y pasárselo a un compañero es algo muy pero que muy distinto cuando te están gritando veinte mil personas.

Cada vez que atacaban los ingleses, la grada rugía y yo resoplaba. Mira, mejor no pienso en nada, yo voy al balón y que pase lo que tenga que pasar. Igual esa es la mejor manera. No pensar. Actuar como un autómata bien entrenado. Porque creo que no hice mal partido, aunque no me acuerdo de casi nada, tengo borrados todos los recuerdos que no sean el rugido de la grada.

¡Eh, y ganamos! ¡Ganamos 2-3!

Tampoco me acuerdo de mis compañeros, creo que solo dos llegamos a Primera División. Fíjate, estando en la selección española todos pensaríamos que llegaríamos a la élite y al final solo dos. Sí que me acuerdo de las celebraciones en el campo, cómo nos abrazamos y saltamos en corro en el centro del mismísimo Wembley, me acuerdo de las celebraciones en el vestuario, bebiendo latas de Fanta y Coca-Cola. Nos metimos en los jacuzzis y me acuerdo del chaval que tenía al lado. Era el portero suplente. Se me quedó en la memoria porque me pareció curioso que fuera madrileño y tuviera nombre vasco: Iker Casillas.

Nada más volver a casa, me llamaron de *El Diario Vasco.* Me entrevistaron por teléfono y me pidieron que me acercara al peaje de la autopista en Elgoibar para las fotos. Se ve que el fotógrafo andaba con mucho lío, porque salió de la autopista, me hizo las fotos y se piró volando. Esa fue mi primera imagen en la prensa: delante de una cabina de peaje, sosteniendo la camiseta del Elgoibar. Al día siguiente fui corriendo a comprar el periódico. Salía un recuadro con la foto, mis declaraciones y el titular: «De Elgoibar a Wembley».

La siguiente llamada llegó de la Real Sociedad. De Javier Expósito, en concreto. Alguien de la junta directiva había visto la noticia en el periódico y se había preguntado cómo podía ser que un chaval del Elgoibar jugara en la selección española y no estuviera en la Real. Expósito le había explicado mi problema cardiaco y el directivo le había insistido en que viéramos a otro cardiólogo.

—¿Hacemos una última prueba?

Yo no sé si fue por la euforia de Wembley o por la tenacidad de Expósito, pero mis padres aceptaron.

—La última, Javier.

Nos citaron con el cardiólogo Ignacio Gallo. Me hicieron un montón de pruebas por la mañana, otro montón por la tarde, y llegó el momento de sentarnos ante el doctor Gallo en su despacho. Entramos Expósito, mi madre y yo. El doctor se puso a teclear en silencio, ojeando los resultados de mis pruebas, y yo pasé los minutos más largos de mi vida, más angustiosos que cualquier tanda de penaltis. Imprimió dos páginas, las tomó con parsimonia, nos miró y empezó a leer un montón de frases técnicas que yo no entendía. Llegó por fin a la última:

—Por lo tanto, es apto para practicar deporte competitivo.

Reaccioné con mucho recelo. Y con un hilillo de voz:

—¿De verdad?

Yo ya me conocía aquello. Ahora me dicen que sí y mañana se rajan.

—De verdad, Zuhaitz. Tienes una deficiencia leve en el corazón, pero no te impide una vida normal ni dedicarte al deporte de alto nivel.

Expósito nos miró sonriente.

—El lunes os pasáis por Zubieta y firmamos la ficha para la temporada que viene.

Mi madre y yo volvimos a casa en silencio. Era una sensación extraña: yo ya no vivía con euforia que me fichara otra vez la Real, estaba contento pero me frenaba el temor de que en los siguientes días llegara una carta o un telefonazo con malas noticias.

# 6. EL REY DEL KLARIMOSTO

Volver a la Real con el visto bueno del cardiólogo fue como debutar otra vez. Y como todos mis debuts, el primer partido de la temporada juvenil fue memorable.

Jugamos contra el Lengokoak, un club de Donostia al que goleamos 4-0 en la primera parte. En la segunda salimos con todo resuelto, tranquilos, al menos yo salí tranquilo, tranquilísimo, tan tranquilo que los del Lengo lanzaron un balonazo a mi espalda, yo no corrí mucho, el delantero al que tenía que cubrir me superó como un rayo, controló el balón y marcó. 4-1. Vaya, qué despiste. Aquel delantero se llamaba Koldo Ruiz, no me olvido de él porque en la siguiente jugada se me escapó otra vez y marcó el 4-2. Joder. Me ha pillado un poco dormido, menos mal que somos muy superiores, enseguida les metemos dos o tres goles más y se acabó. Se me adelantó en otro remate y zaca, 4-3. No fastidies, que lleva tres goles, este cabrón está teniendo la tarde de su vida, me va a arruinar mi carrera en la Real. A partir de ahí mi problema ya no fue la relajación sino el temblor de piernas. Koldo Ruiz estaba que se salía, nos atacaba por todos los lados y yo no sabía cómo pararlo. Intenté no despegarme de él ni un centímetro, pero en el último minuto le pusieron un centro al corazón del área, él entró como un obús, me ganó la posición y enchufó un cabezazo a las redes. 4-4, final del partido.

Cuatro goles del delantero al que yo tenía que cubrir, no me jodas.

Salí del campo observando el suelo, para no cruzar la mirada con el entrenador. Pero vi que me esperaba en la puerta del vestuario. Me agarró de la pechera, me arrastró contra la pared y me habló con una voz baja que daba miedo:

—Putos internacionales de los cojones…

Me tuvo un rato agarrado, me soltó y me dijo:

—Chaval, o espabilas o te vuelves al Elgoibar.

Lo de «putos internacionales» en plural era también por Ander Aranzeta, mi compañero en el centro de la defensa tanto en la Real como en la selección española. Aranzeta y yo veníamos de jugar contra Inglaterra en Wembley, y seguramente contra el Lengokoak fuimos un poco de sobrados. Además a la Real Sociedad no le hacía ninguna gracia que le llevaran juveniles a la selección española, porque los equipos grandes podían fijarse en ellos y levantárselos. En aquella época, bastaba con que los padres alegaran un cambio de residencia a Madrid o a Barcelona para que el Real Madrid o el Barça ficharan a cualquier chaval menor de edad sin pagar nada al club de origen. Les buscaban un curro a los padres, les dejaban un piso y así se llevaban al chaval.

Pero bueno, espabilé. Jugué todos los partidos como titular y debí de hacerlo bien, porque en abril de 1997 me llamaron para ir con la selección al campeonato de Europa sub-16 en Alemania. De la Real nos llamaron a mí y a Ander Aranzeta, los putos internacionales de los cojones otra vez.

El primer partido del Europeo lo jugamos contra Ucrania. Al seleccionador le preocupaba el delantero rival y me habló aparte en el vestuario:

—Gurrutxaga, tú ojo con el número 9, que ya juega en la Primera División ucraniana. Es un tío

rapidísimo, así que debes estar muy atento todo el partido. Atento, ¿eh?

—Sí, míster, atento, atento.

—Atento todo el partido. Siempre encima del 9. Confío mucho en ti, Gurrutxaga, ¿vale?

—Vale, vale. Atento con el 9.

Estuve muy atento y muy concentrado durante siete minutos. En el octavo los ucranianos lanzaron un balón aéreo a mi espalda, tardé un poco en reaccionar y de pronto vi al número 9 corriendo con el balón y encarando a nuestro portero. Esprinté a por aquel Koldo Ruiz de las estepas orientales con toda mi desesperación y lo derribé un paso antes de que entrara en el área.

El árbitro me sacó tarjeta roja.

Así conseguí una de mis marcas aún vigentes: soy el jugador al que más rápido han expulsado en la historia de un campeonato europeo de fútbol.

Estos fueron los números del debut de Zuhaitz Gurrutxaga con la selección española en un partido oficial:

Minutos jugados: 8.

Balones tocados: 0.

Faltas cometidas: 1.

Tarjetas rojas: 1.

Me retiré con la cabeza agachada, mirando la hierba con muchísima atención. Otra cosa no sé, pero mi habilidad para salir del campo sin mirar a los entrenadores ya era destacable. En la cabeza me resonaban las frases que acababa de decirme poco antes, tan poco antes que todavía estarían haciendo eco en el vestuario cuando yo entrara: «Ojo con el número 9, Gurrutxaga. Siempre atento con él, Gurrutxaga. Te necesito muy concentrado, Gurrutxaga. Confío mucho en ti, Gurrutxaga». Justo antes de meterme en el túnel de los vestuarios, me giré para ver la falta que iba a tirar el número 9 desde el borde del área. Golazo por toda la escuadra.

Para eso había servido mi expulsión: España, 0; Ucrania, 1.

Por suerte los defensas ucranianos resultaron incluso peores que yo, porque España ganó 6-1 a pesar de jugar con uno menos desde el minuto octavo. Eso decían, que habíamos ganado pese a jugar con uno menos todo el partido, pero yo tuve miedo de que el seleccionador se diera cuenta de que habíamos ganado precisamente porque habíamos jugado con uno menos. Sin Gurrutxaga, para ser exactos. Yo es que ya veía el titular: «España demuestra su furia y remonta la desventaja inicial de jugar con Gurrutxaga».

Por suerte, todavía nadie publicaba muchos titulares sobre nosotros y el seleccionador debía de tener memoria corta, porque cumplí mi sanción en el segundo partido de la Eurocopa y para el tercero me puso otra vez de titular:

—Necesito que estés muy concentrado, Gurrutxaga.

Yo para la segunda vez ya voy pillando las cosas. Esta vez sí que jugué atento, me volvió a poner de titular en el resto de los partidos y fuimos pasando eliminatorias hasta la final contra Austria.

De la final me preocupaba una cosa y no era el delantero rival. En el desayuno nos contaron que Televisión Española iba a dar el partido en directo y yo empecé a ensayar la cara que debía poner cuando me enfocaran mientras sonaba el himno. ¿Qué iba a pensar mi tío al verme con la camiseta y el escudo de España, en posición de firme? ¿Se levantaría para quitarle el sonido a la tele? ¿Se avergonzaría de su sobrino? ¿Me abuchearían algunos de mi pueblo? Para un chaval vasco de los noventa, jugar en la selección española era un asunto peliagudo y el momento del himno era un marrón. Si ponía cara de entusiasmo, se iban a mosquear unos. Si ponía cara de

pasota, se iban a mosquear otros. Nos alineamos en el centro del campo, empezó a sonar el himno, se acercó la cámara repasándonos uno a uno, yo quise poner una cara de pasota pero con respeto, a ver cómo se hace eso, joder, creo que necesitaba una cara de «paso de este rollo» para unos y otra cara de «lo respeto» para otros; pensé que lo mejor sería cerrar los ojos, pero entonces alguno creería que estaba en trance patriótico; o mejor mirar al suelo, pero entonces alguno creería que me avergonzaba o justo lo contrario, que rendía honores, yo qué sé. Qué hago, joder, qué hago, cierro los ojos, miro al cielo, miro al suelo, si sonrío parece que me burlo y si me pongo serio parece que me conmueve, joder, no sé qué cara puse pero ya pasó la cámara y se acabó el puñetero himno.

Ostras, espera, igual mejor si no digo el puñetero himno, ¿no?

Es que tampoco voy a decir el maravilloso himno, ¿no?

Menos mal que empezó la final y me calmé un poco. Jugamos muy bien, dominamos a Austria de principio a fin… pero no marcamos. Empate a cero. En la prórroga, lo mismo. Llegamos a los penaltis y recordé el momento más traumático que había visto nunca en el fútbol: el penalti que tiró Miroslav Djukic en el último minuto de la Liga de 1994, cuando debía marcarlo para que el Deportivo de La Coruña ganara el primer título de su historia. El Dépor siempre había sido un equipo modesto, nadie imaginó que pudieran ser campeones de Liga, pero llegaron líderes a la última jornada por delante del Barça y solo necesitaban derrotar al Valencia. Fue muy angustioso, porque atacaban y atacaban pero no conseguían marcar. En el minuto 88, zas, penalti a favor del Dépor. Fue a tirarlo Djukic. Era defensa central, como yo. Y lo tiró fatal: suave, al centro, a las manos del portero González. No me puedo olvidar de Djukic derrumbándose en el campo, de los futbolistas del Dépor llorando, todo el estadio, toda esa gente, los viejillos, los niños, todos tapándose la cara con las manos y sollozando a lágrima viva.

Sabes de dónde es González, ¿no? De Elgoibar. Yo tenía trece años, el portero era de mi pueblo y además me encantaba el Barça de Cruyff, que ganó la Liga por aquel fallo de Djukic, pero no sentí alegría: sentí angustia. Se lo dije a mi padre:

—Aita, no pienso tirar un penalti en mi vida.

Qué distintas somos las personas, ¿no? En aquella final del europeo sub-16, el seleccionador se acercó a preguntarnos quién quería tirar un penalti y yo recurrí a mis músculos mejor entrenados: los de inclinar el cuello para mirar al suelo. Mi compañero Ander Aranzeta, en cambio, levantó enseguida la mano. Es curioso: no tenía un golpeo especialmente bueno, no sería uno de los cinco mejores lanzadores, pero era un defensa central con mucho carácter, el gran capitán de la Real Sociedad y de la selección española. Fue a tirar sin ningún miedo, la pegó floja hacia el lado izquierdo, por suerte el portero se tiró al derecho y gol. Volvió trotando con cara de seriedad y orgullo.

Esto igual te parecerá una tontería: creo que se nota que Aranzeta es de Eibar y yo de Elgoibar. Solo hay siete kilómetros de un pueblo a otro, pero diría que los de Elgoibar somos más tímidos, más replegados, no sé: más guipuzcoanos. Y los de Eibar ya están casi en Bizkaia, son como una pequeña Bilbao, más echados *p'alante*. Aranzeta y yo fuimos pareja de centrales en la Real y en la selección, teníamos la misma edad, pero él era una especie de hermano mayor para mí. Me cuidó en el vestuario de Wembley, cuando mandó a tomar por saco a los compañeros que se reían de mis botas. Tenía carácter de capitán y yo no. Era un jugador imponente, hubiera sido defensa de la Real en Primera División sin ninguna duda, por delante de mí y de Labaka, los dos que llegamos de esa quinta… pero en un partido le rompieron la tibia y el peroné. Estuvo parado mucho tiempo y no recuperó su nivel. Es tremendo. Le doy muchas vueltas a estas cosas, al azar,

a la acción que por unos centímetros y unas décimas de segundo transforma el resto de tu vida. Había otros futbolistas mejores de mi edad, pero tuve más suerte y quien llegó a Primera fui yo.

Total, que Aranzeta tiró su penalti y marcó. Fueron marcando todos: gol de España, gol de Austria, gol de España, gol de Austria… Mis compañeros metieron los cinco. Los austriacos metieron cuatro… y el último lo paró nuestro porterazo: aquel chaval madrileño con nombre vasco que el año anterior se había bañado conmigo en el jacuzzi de Wembley, el portero suplente, que ya era titular. Ese fue el primer título europeo que ganó Iker Casillas y el último que gané yo.

Con el campeonato me perdí tres semanas de instituto. Cuando volví el siguiente lunes a clase, el profesor de Matemáticas me preguntó delante de todos:

—Qué, Zuhaitz, ¿dónde has estado todo este tiempo?

—¿Yo? Ganando un campeonato de Europa.

Con dieciséis años es fácil que te vuelvas un poco tonto. Te he soltado el rollo del barrio de San Miguel, que yo era un chico de caserío, que si la humildad y tal, pero con dieciséis años juegas en la Real, te llevan a la selección, de repente eres el más popular del instituto, lo máximo a esa edad, y te conviertes en el chulito de la clase. Al volver del Europeo me organizaron un homenaje en el frontón Murkaikupe, me pusieron una txapela, vinieron todos los vecinos a aplaudirme, imagínate. Pues normal que se te suba un poco a la cabeza. También es verdad que aquel profesor era especial, un poco gallo, y le gustaba ponernos en nuestro sitio. Yo creo que estaba algo celoso de mí, porque esa pregunta que me hizo delante de todos era una bobada. En Elgoibar todo el mundo sabía adónde había ido yo esas tres semanas, pero el profesor me lo preguntó como para simular que él no lo sabía, que pasaba del fútbol, para que yo no me creyera tan importante. ¿Dónde he estado? Pues ganando un Europeo, joder.

Que una cosa es la humildad y otra el currículum.

Y eso que aún no me habían colgado la etiqueta con el precio: muy poco después yo valía oficialmente tres mil millones de pesetas. Esa era la cantidad que cualquier equipo tenía que pagar a la Real si quería ficharme. Menudo disparate, ¿no? Pero tiene su explicación, porque todavía estaba fresco el escándalo de Joseba Etxeberria, un chaval de Elgoibar que dos años antes había debutado con la Real en Primera a los diecisiete años y enseguida marcó un doblete. Ya era una estrella, pero es que encima jugó el Mundial sub-20 con chavales mayores que él y ganó la Bota de Oro. En aquel verano de 1995, el Athletic de Bilbao pagó una cláusula de 550 millones de pesetas para rescindir su contrato y se lo llevó de la Real. Fue un bombazo. Se montó una polémica tremenda, se rompieron las relaciones entre la Real y el Athletic, hubo broncas muy fuertes entre las dos aficiones…

Para mí Etxeberria era un ídolo, un chaval de mi pueblo que jugaba en el primer equipo de la Real y que ganó la Bota de Oro en un Mundial. Me dio mucha pena que se marchara y me dio mucha tristeza todo lo que pasó después: Etxeberria iba por la calle y le tiraban monedas, le gritaban pesetero, traidor…

A partir de entonces, la Real puso unas cláusulas de rescisión altísimas a sus futbolistas emergentes. Aranzeta y yo habíamos jugado en la selección, a los dieciséis años estábamos en el escaparate, así que nos ofrecieron un contrato profesional por tres temporadas. A mí el primer año me pagaban unas cien mil pesetas al mes, más o menos la mitad de lo que ganaban mi padre o mi madre. Alguno dirá que ponerle una cláusula de rescisión de tres mil millones a uno que ganaba tan poco parece una barbaridad. Pero cómo que ganaba poco: ¡me pagaban cien mil pelas

al mes, yo alucinaba! Desde ese momento, a los dieciséis años, nunca he pedido una peseta a mis padres. Por mí como si la Real me ponía una cláusula de un trillón. Lo único que me importaba a esa edad era tener dinero en el bolsillo para salir de fiesta con mi cuadrilla los sábados por Elgoibar.

¿Tú sabes cuántos klarimostos te podías beber con mi sueldo? Pues te lo digo rápido: mil klarimostos al mes. Cien pesetas, un klarimosto.

El klarimosto era una mezcla de clarete con mosto. Los chavales de Elgoibar pedíamos ese mejunje en los bares porque el clarete era el vino más barato, pero era malísimo, así que le echábamos mosto para endulzarlo. El klarimosto era el líquido alcohólico potable más barato. Combustible para la juerga. Con mil pesetas te pillabas diez klarimostos y un pedo gracioso.

Si el Athletic hubiera pagado mi cláusula de rescisión, la Real podría haberse pedido treinta millones de klarimostos: unos diez klarimostos para cada socio en cada partido jugado en casa durante cinco temporadas. Mira cómo se hubiera animado el ambiente en Anoeta.

Supongo que ahora será distinto, porque los chavales tienen representante desde los catorce años, pero en mi época ni yo ni mis compañeros de la Real juvenil pensábamos en llegar a Primera. Para ser sincero, lo que más me importaba a los dieciséis años es que los partidos fueran el sábado por la tarde y no el domingo por la mañana. Es que en los años noventa las juergas de los sábados en Elgoibar eran impresionantes, no te puedes hacer una idea, y no quería perdérmelas de ninguna manera. Elgoibar era el epicentro de la juerga en todo el valle del Deba. Desde las cinco de la tarde llegaban trenes a reventar de chavales de Eibar, Ermua, Mendaro, Deba, Mutriku. Todos a Elgoibar. A las seis de la tarde no había sitio para caminar por la calle. Por eso, mi momento más tenso de la semana era el martes o el miércoles, cuando nos anunciaban el siguiente partido. Yo rezaba para que cayera en sábado, y si era a las cuatro, mejor que a las seis. Si jugábamos el domingo era una faena, porque no podía salir el sábado. Bueno, también salía, pero en lugar de diez klarimostos me bebía cinco, volvía a casa a las diez de la noche y me acostaba, formalito, con los oídos pitando por la música atronadora de los bares.

Si jugaba el sábado, al final del partido me duchaba a todo correr, mis padres me llevaban en coche de vuelta al pueblo y me iba directo a los bares a buscar a mi cuadrilla. Ahí lo importante era conocer el minuto de juego y resultado.

—¿Cuántos klarimostos lleváis?

Si llevaban tres, yo bebía mis primeros tres klarimostos dobles para alcanzarlos.

Fue la mejor época de mi vida. Sin duda.

En los bares bailábamos música dance sin parar. Cuando sonaba «Get it up», mi canción favorita, encendía un cigarro y cerraba los ojos con cada bocanada mientras bailaba en trance. Qué maravilla. Hacia las dos de la mañana cerraban los bares y nos íbamos a la discoteca Guass, a seguir bebiendo y bailando hasta las seis.

Yo tenía mucha suerte, porque mis padres compraron un apartamento en Elgoibar y me dejaban quedarme allí a dormir. Así no tenían que bajar a buscarme de madrugada desde San Miguel. Y yo no daba explicaciones de la hora en la que me iba a dormir ni en qué condiciones.

Ni con quién. Eso tampoco era mucho misterio, porque nunca me fui al apartamento con ninguna chica. Mi cuadrilla era una cuadrilla de chicos. Impermeable. Qué te voy a contar, es un tópico vasco pero es verdad: íbamos las cuadrillas de chicos por un lado y las de chicas por otro. Entrabas a un bar, veías a la cuadrilla de la chica que te gustaba y te ponías contento. Te pedías tu klarimosto, bailabas, mirabas a la chica, ella te miraba, te acercabas a hablar… Con un

jueguecito de miradas y una conversación de dos frases ya te quedabas más contento que la leche. Y a ver si en el siguiente garito volvías a coincidir. Yo no era nada ligón. En el instituto era popular, era guapete, futbolista y tal, pero hasta llegar a Primera, cuando de repente las chicas se me acercaban, yo no ligaba nada. En otros sitios igual flipan oyendo estas cosas, porque igual andaban enrollándose todos a los dieciséis años, pero aquí ya te digo yo…

Estábamos en el bar Lanbroa, al fondo, bailando «Get it up», dándolo todo, sudando a mares, con los espejos empañados, medio a oscuras, bebiendo klarimostos o bebiendo machacados, esos chupitos que se golpeaban contra la mesa para que saliera espuma y beberlos de golpe. O cuando ya nos veníamos arriba los golpeábamos contra la pared: la mitad de las veces rompías el vaso y te cortabas la mano y sangrabas como un cerdo, buah, lo más macho que podía haber. Menuda banda de *flipaos*. Y de repente entraba Ander Aranzeta. Lo estoy viendo bajar las escaleras del bar a contraluz: alto, rubio, pelo rizado, guapo, buena planta, y a él sí que se le acercaban las chicas, era el capitán en la Real, en la selección y en las juergas. El gran capitán era mi amigo, me saludaba, se le acercaban las chicas guapas y yo andaba por ahí jugando de líbero… Eso era un clásico, ir al rechace del amigo guapo.

A las seis de la mañana me iba a dormir al apartamento, sin tener que disimular ni explicar nada a mis padres. Eso sí: debía subir al barrio para la misa de doce en la ermita. Eso era innegociable. Así que yo me despertaba hacia las diez, después de haber dormido tres o cuatro horas nada más, me vestía la misma ropa apestosa con la que había salido de juerga y me ponía a hacer autostop en el cruce de la carretera a San Miguel. El noventa por ciento de las veces, quien me recogía era el párroco que subía a dar la misa. El hombre me daba conversación y yo le respondía mirando siempre al frente, porque me daba miedo quemarle las cejas con mi aliento alcohólico. Llegábamos a la plaza de San Miguel, yo me iba a la fuente, me lavaba la cara con agua fría y entraba a la ermita intentando que no se me notara el resacón. Las misas se me hacían largas, muy largas.

Mis amigos nunca olvidaron mi entrega a la causa. Cuando jugué mi primer partido en Anoeta, colgaron la única pancarta que me han dedicado nunca en un estadio: «Aupa Gurru. Indar Klarimosto». Fuerza Klarimosto. Serán desgraciados…

Un miércoles, poco antes de terminar el curso, volé de Bilbao a Madrid. Nos reunimos todos los jugadores de la selección española sub-16, nos subieron a un bus y nos llevaron a las afueras de la ciudad. Salimos de la autopista, nos abrieron una verja custodiada por policías y el bus avanzó por un monte que parecía un coto privado de caza, a través de un bosque, hasta que llegamos a un palacio rosado. Allí nos esperaba la persona que yo veía más veces cada sábado de juerga en Elgoibar, el que tenía su cara en las monedas de cien pesetas: el rey Juan Carlos I.

Cien pesetas, un klarimosto.

Cien pesetas, otro klarimosto.

Nos dio la mano uno a uno, nos felicitó por el campeonato de Europa, nos hicimos una foto de grupo con él, comimos unos canapés, salimos del palacio de la Zarzuela, nos montamos de nuevo en el bus, me llevaron al aeropuerto y volví a casa.

Al día siguiente, el profesor de Matemáticas me preguntó delante de todos:

—Qué, Zuhaitz, ¿dónde estuviste ayer?

Mi vida era bastante rara.

Para mí no había otras majestades que Su ta Gar, la banda heavy metal de Eibar. Aquel verano de

1997 fui por primera vez a un concierto suyo en Amoroto y no lo olvidaré nunca: porque flipé muchísimo con su música y porque aquella noche me lie por primera vez con una chica. Fue a las siete de la mañana, amaneciendo. Nos enrollamos entre unos coches aparcados en la plaza del pueblo y de vez en cuando pasaban por allí algunos borrachos y se reían de nosotros, menos mal que en aquella época no había móviles para grabarnos. Nos metimos mano por aquí, por allá y por más allá. La cosa subió de tono. ¿Lo cuento con más detalle? Igual no, que la gente tampoco va a pagar tanto por este libro, ¿no? Bueno, la escena fue un poco cutre, ahí, magreándonos en plena calle, pero yo volví a casa eufórico. Imagínate qué subidón llevaba, que al día siguiente le pedí un favor a mi madre: me tenía que pedir cita urgente en el hospital de Mendaro para operarme de fimosis. Es que yo veía que ya en cualquier momento iba a follar.

Solo tardé tres años.

# 7. PADRE NUESTRO, PRÓRROGA Y PENALTIS

En el verano de 1997, la selección española me convocó para jugar el Mundial sub-17 en Egipto. Nos tocó instalarnos en Ismailía, una ciudad en la orilla del canal de Suez, en pleno desierto, y nada más dejar las maletas salimos a entrenar. Menudo panorama: correteamos por un campo que era un secarral, con un calor aplastante y el estruendo de las chicharras. De pronto sonó la llamada al rezo desde los altavoces de una mezquita. Me sentí lejísimos de casa. Ahora pagaría por ir de vacaciones a Egipto, y entonces me hacía ilusion jugar el Mundial, por supuesto, pero a los dieciséis años la idea de pasar un mes en el desierto, sin hacer nada más que entrenar, dormir, entrenar, dormir, jugar, dormir… se me hacía bola. No te voy a mentir: casi prefería que nos eliminaran y nos mandaran a casa cuanto antes.

Lo que más ilusión me hacía era que iba a jugar con mi apellido en la camiseta. Pero de repente me entró una preocupación: joder, ¿y si me ponen Gurruchaga con «ch»? Daban los partidos por la tele, todos me iban a ver con el apellido escrito en castellano, a algunos les iba a parecer un vendido… Ya está, ya empezaba otra vez ese rollo de ser vasco y jugar con España. Entramos al vestuario, vi mi camiseta roja colgando de mi taquilla con el dorsal número 3, el que me había tocado por sorteo, y mi nombre: Gurrutxaga, con «tx». Menos mal. La camiseta me pareció superchula.

Bueno, supertxula sí que era, pero a ver: mis compañeros de selección estaban contentísimos porque a cada uno nos regalaron diez camisetas con nuestro nombre, toda la equipación de entrenamiento, pantalones, sudaderas, chándales, de todo. Claro, ellos eran madrileños, sevillanos, valencianos o lo que fuera, y estaban felices porque iban a volver a casa con todas esas camisetas para regalárselas a sus amigos, pero ¿yo? ¿A quién le iba a regalar una camiseta de la selección española en Elgoibar? Si se la ponía alguno, igual lo tiraban al río.

La ropa era buenísima. Recuerdo sobre todo el chándal: me gustaba mucho y cuando volví a Elgoibar me dio pena guardarlo en un armario. Era azul oscuro, con las tres líneas de Adidas bordadas en los costados y los brazos. El problema es que esas líneas eran roja, amarilla y roja. ¿Qué hice? Le pedí a mi madre que me descosiera la línea amarilla y así ya pude salir a la calle con el chándal disimulado.

En Egipto, antes de los partidos, los jugadores y los técnicos formábamos un círculo en el vestuario y rezábamos el padrenuestro. Yo era el único que no se lo sabía. El único que no se lo sabía en castellano, claro, porque yo había sido monaguillo muchos años y no me saltaba una misa los domingos, así que me lo sabía perfectamente, pero en euskera:

—Gure Aita, zeruetan zerana…

Se ponían a rezarlo en castellano y yo el inicio me lo sabía, a fuerza de oírlo me lo aprendí, Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, pero a partir de ahí ni idea. Movía los labios para hacer como que rezaba y lo pasaba mal, me daba mucha vergüenza que alguien se fijara en mí y me descubriera. Yo siempre empezaba los partidos de la selección bastante tenso: tenía que disimular con el padrenuestro, disimular con el himno… Nadie tendría

más ganas de que el balón rodara de una puñetera vez.

Mis compañeros debían de rezar muy bien los padrenuestros, porque ganamos los tres partidos de la primera fase: 3-2 a México, 1-0 a Mali y 13-0 a Nueva Zelanda, la mayor goleada de la historia en un Mundial de fútbol. Metíamos un montón de goles pero con quien más flipábamos era con nuestro portero: Iker Casillas. Cuando terminábamos los entrenamientos, nos quedábamos a ver cómo le chutaba balones el entrenador de porteros. Iker no se tiraba, Iker volaba de un lado a otro. Era una maravilla, nos quedábamos bobos mirándolo. Cuando volvimos a casa, les dije a mis compañeros de la Real:

—Hay un portero en el juvenil del Madrid que no es que vaya a llegar a Primera, es que va a ser uno de los mejores del mundo.

En Egipto me hice amigo del portero suplente: Dani Roiz, un cántabro muy majo. Nos entendimos enseguida, porque los dos chupamos mucho banquillo y el Mundial se nos estaba haciendo eterno. Él solo jugó un partido, el de Nueva Zelanda, porque ese día ya estábamos clasificados para la siguiente fase y salimos los suplentes. Roiz y yo hablábamos del peñazo que era aquello, de las ganas que teníamos de volver a casa. Teníamos dieciséis años y nos estábamos perdiendo un mes de verano con los amigos, las chicas que nos gustaban, las fiestas… Nuestra vida se limitaba a ir del hotel al campo y del campo al hotel. Entrenar, dormir, entrenar, dormir, jugar, dormir, entrenar, dormir. Una semana, dos semanas, tres semanas. Seguíamos pasando eliminatorias y nos aburríamos como momias.

Además empecé a sentir la presión. Por allí andaban unos cuantos periodistas españoles que nos hacían un montón de entrevistas para la prensa deportiva, contaban la vida y milagros de cada uno de nosotros, nos presentaban como estrellas y con cada eliminatoria iban hinchando el globo. Ya te imaginas las metáforas de los titulares: que si éramos los faraones del balón, que si nos íbamos a beber el Nilo…

En los cuartos de final nos cruzamos con los anfitriones, con Egipto, y eso ya fue demasiado. Es que no sabes cómo lo vivían allí: Egipto no suele tener muchas oportunidades de brillar en un Mundial, así que vivían el juvenil como si fuera de categoría absoluta. En la tele veíamos que hablaban del torneo a todas horas, retransmitían todos los partidos, trataban a sus jugadores de diecisiete años como héroes nacionales, los estadios se llenaban, y cuando jugaba Egipto iban muchedumbres, ocupaban las calles, montaban unos follones tremendos con músicas y bombos y todo el jaleo, incluso se quedaba un montón de gente fuera durante el partido. Una sobrada.

Pues nos tocó jugar contra ellos.

No me pusieron de titular y sentí alivio. Entré al campo a falta de veinticinco minutos y enseguida empecé a sangrar por la nariz, no sé si por el calor, la tensión, todo junto o por qué, pero yo nunca había sangrado así. Me asusté. Me tendí en el campo para que me atendieran. Cuando llegaron los asistentes, me di cuenta de que en ese momento, a cuatro mil kilómetros, mis padres estarían viendo el partido por la tele. Aparté a toda la gente que tenía alrededor y levanté el pulgar con un gesto muy ostentoso, para transmitir a mis padres que no me pasaba nada en el corazón. Luego me contaron que se llevaron una sorpresa, porque el locutor de Televisión Española dijo:

—Maite, José Antonio, tranquilos, que el chaval está bien.

Aquel periodista era un crack, se sabía los nombres de nuestros padres y les dio el aviso en directo.

Me taponaron la nariz con una gasa, seguí jugando y ganamos 2-1. Lo celebramos saltando en corro, ¡a semis!, ¡a semis!, y yo pensaba: venga, otra semana más en el desierto, ya es la última.

Iba a ser una semana más de cualquier manera: si ganábamos la semifinal contra Ghana, nos quedaríamos en Egipto para jugar la final; y si la perdíamos, también, para jugar por el tercer y cuarto puesto. Como ya no había manera de acortar la estancia, la semifinal sí que deseaba ganarla como fuera. Pues ya te imaginas lo que pasó.

Al menos jugamos en El Cairo, así que viajamos la víspera desde Ismailía y dimos un paseo. Las pirámides me impresionaron. Pero con un poco de turismo a mí ya me valía. Entramos a la de Keops y yo me veía allí, en una tumba subterránea, sacándome fotos con Xavi Hernández delante de un sarcófago, mientras imaginaba a mis amigos en otro garito subterráneo mucho mejor, en el bar Lanbroa, bailando, hablando con chicas y pimplando klarimostos, joder, no hay derecho.

La mañana de la semifinal un comando de integristas islámicos atacó a un autobús de turistas alemanes en la puerta del Museo Egipcio, cerca de nuestro hotel. Lo ametrallaron, le lanzaron cócteles molotov y ardió como una bola de fuego. Mataron a nueve alemanes y al conductor egipcio. En nuestro hotel hubo mucho revuelo, nos juntamos delante de las teles y vimos las imágenes del bus calcinado. Y en esas vinieron a anunciarnos que ya había llegado nuestro autobús para llevarnos al estadio. Menudo miedo. Nos dijeron que tranquilos, que estaba todo controlado, que tendríamos protección. Salimos del hotel entre un montón de soldados con la metralleta en ristre, nos subimos al bus y cruzamos la ciudad a toda pastilla, escoltados por camionetas militares con despliegue de luces y sirenas.

Los alrededores del Estadio Internacional estaban a tope de gente que gritaba y cantaba. No entendíamos nada, pero parecían furiosos y yo me imaginaba comandos terroristas por todas partes. Cuando entramos al estadio, dejamos atrás todo aquel follón y ya nos sentimos seguros. Rezamos el padrenuestro en grupo y hala, a jugar. Fui otra vez suplente y no me importó nada. En el túnel de acceso al campo nos encontramos con los jugadores de Ghana. En cuanto nos vieron, empezaron a cantar a pleno pulmón, a saltar, a bailar, a tocar percusión golpeando las paredes con las manos. Se nos acercaron y se nos pusieron nariz contra nariz, siguieron cantando, bailando, haciendo muecas, parecían en trance. Yo creo que ahí nos ganaron ya el partido. Es que nosotros siempre rezábamos el padrenuestro y salíamos al campo serios, en silencio, hiperconcentrados, como si llegáramos a un funeral, y los chavales de Ghana preparaban el partido saltando, bailando, riéndose, haciéndonos muecas amenazantes como si fueran a triturarnos en cuanto pitara el árbitro.

En el primer tiempo nos atacaron por tierra, mar y aire, nosotros jugamos fatal, nerviosos, no dimos pie con bola, pero curiosamente no marcaron ningún gol y nosotros sí, en una jugada suelta. Nos fuimos al descanso 1-0. Pero nada más empezar la segunda parte nos empataron y siguieron atacando y atacando hasta que nos metieron el segundo casi al final. A casa.

Bueno, a casa no. Aún teníamos que jugar el partido por la medalla de bronce contra Alemania unos días después. El entrenador tampoco me puso de titular y yo me alegré, porque había setenta mil espectadores en las gradas y aquello me iba demasiado grande. En el minuto 30, Ander Aranzeta subió a rematar un córner y marcó de cabeza. ¡Qué alegría! Ya era el último partido, al día siguiente volvíamos a casa y me sentía liberado, con muchas ganas de terminar aquel mes eterno con una medalla y una celebración. En la segunda parte, el seleccionador nos mandó a varios suplentes a calentar por la banda y yo empecé a preocuparme. Al rato vi que me llamaba desde el banquillo. No me jodas, me va a poner… En fin, lo de siempre: cuando eres defensa y te meten al campo para mantener un 1-0 en los últimos minutos, no tienes ninguna posibilidad de convertirte en el héroe y lo único que puedes hacer es cagarla.

El seleccionador me agarró del hombro y me habló muy serio:

—Gurrutxaga, quedan pocos minutos, los alemanes van a subir con todo y tenemos que estar muy fuertes atrás. Tienes que salir a tope, ¿vale?

—Vale, míster. A tope.

Di unos saltitos, resoplé, me concentré. Iba a darlo todo, iba a salir con todas mis fuerzas, iba a cortar todos los balones, no me iba a superar ni un solo alemán. Era muy consciente de que daban el partido por la tele, así que hice el mismo teatrillo que los jugadores de Primera: el juez de línea me revisó los tacos, me santigüé, le choqué las manos al compañero que salía y entré al campo disparado, esprintando hacia nuestra área, para que todo el mundo viera que me dejaba el alma. Un centrocampista alemán dio un pase entre líneas al delantero, corrí a por él en mi primera acción y me tiré al suelo con tanta furia que lo arrollé. Penalti.

Me quedé sentado en la hierba, oyendo el rugido de los espectadores de fondo y las maldiciones de mis compañeros en primer plano. En el Europeo sub-16 me expulsaron antes de tocar mi primer balón y en el Mundial sub-17 provoqué un penalti antes de tocar mi primer balón en el partido por el bronce, en una contribución a la selección española de la que estaría orgulloso mi tío, el que quitaba el sonido de la tele cuando tocaban el himno. Pero yo quería morirme allí mismo. No levanté los ojos de la hierba, no me atreví a mirar a nadie. Me tendieron una mano para que me levantara, salí del área y me tapé el rostro con las manos mientras el delantero alemán colocaba el balón en el punto de penalti. Recé para que lo fallara.

Fállalo, por favor. Fállalo, por favor.

Gol.

Me quedé pasado de vueltas. Sacamos de centro y volvimos al ataque, el juego se desarrollaba lejos de mí y yo rezaba otra vez para que no se acercaran los alemanes, no quería saber nada más de aquel partido, no quería cagarla de nuevo. Menos mal que mis compañeros eran muy buenos: marcamos a falta de cuatro minutos y ganamos el partido. Menudo alivio sentí.

Mis compañeros se abrazaron y saltaron, yo primero me acerqué con timidez pero alguno me agarró del hombro y me sumó al corro. Saltamos, cantamos, nadie parecía acordarse de mi penalti y yo ya me dejé llevar, me permití hasta la alegría. Cuando subimos al podio después de aquel mes interminable en Egipto, cuando me abracé con Aranzeta, Xavi, Casillas, con todos mis compañeros, me emocioné de verdad. ¡Joder, Zuhaitz, que tú empezaste a jugar a fútbol en una plaza de arrastre de bueyes y has ganado una medalla de bronce en un Mundial! Temblaba de emoción, seguí temblando hasta que entramos en la habitación del hotel.

Siempre he tenido facilidad para meter la pata de las maneras más rocambolescas. No le encuentro una explicación. ¿Son los nervios, la inseguridad, el subconsciente que me sabotea cualquier aproximación al éxito para así librarme de la responsabilidad? ¿Será que no me atrevo a ser campeón? Quizá sea un sistema de seguridad: mi cerebro no soporta la presión, así que me salta un fusible, me desconecto de la realidad, cometo alguna cagada incomprensible y así me quedo a salvo en el lugar que me corresponde: subcampeón.

Porque a subcampeón sí que llegaba. Yo era buen futbolista, jugaba bien, a veces incluso muy bien, al menos hasta que me acercaba a la peligrosa zona del éxito y me saltaba el fusible. Pero destacaba como defensa central. Los entrenadores de la Real confiaban en mí, subía categorías con rapidez, la selección española me convocaba, jugaba Europeos y Mundiales. Malo no era, joder.

Con la autoridad que me da el fracaso, ahora puedo decirlo: durante una época incluso fui muy

bueno.

¿Cómo será ser Messi? Saber que vas a llegar al punto exacto siempre antes que los demás, que vas a controlar el balón, que vas a girar, regatear, parar, arrancar y girar siempre con el balón en el pie, que nadie te lo va a quitar, que lo vas a poner exactamente donde quieres, en ese hueco a la espalda del defensa, o en la escuadra, *fluash*. No sé cómo será esa confianza, esa plenitud física y mental, pero lo más parecido a eso lo sentí a los diecisiete años. Subí al Juvenil A de la Real y tuve un año fantástico. Me salía todo. Era el defensa más rápido y más fuerte, despejaba todos los balones, llegaba siempre al corte, los rivales no me superaban, conducía el balón hasta el área contraria, remataba córners, marcaba goles. Nunca he disfrutado tanto del fútbol.

A ver, tampoco es que yo fuera el Beckenbauer del Bajo Deba. ¿Sabes cuál era la jugada de mis sueños? No era un remate por la escuadra ni regatear a cinco ni clavar una chilena en el último minuto. La jugada de mis sueños era esta: el portero rival saca con un patadón, la pelota cae desde la estratosfera hacia nuestro campo, yo grito «¡Gurruuuuuu!» para pedirla mientras voy corriendo, se apartan mis compañeros y asusto a los rivales, le doy de cabeza como un carnero y la devuelvo por los aires hasta las manos del portero rival. Hala, portero, ahí la tienes, inténtalo otra vez, a ver si le das con más fuerza. Es una jugada bastante inútil, porque simplemente le devuelves la pelota al contrario, pero aquel año me salió varias veces y me excitaba más que meter un gol.

Ya lo ves: mi fútbol soñado se parecía al ahari-talka, la lucha de carneros a cabezazos.

Tú ríete, pero hace unos años me propusieron jugar en un equipo de futvóley en la playa de Ondarreta y al principio me pareció divertido, hasta que vi que al balón había que darle muchas veces fuerte de cabeza para pasarlo al otro lado de la red y me preocupé. En serio. Según no sé qué estudio, los futbolistas que dan cabezazos al balón durante muchos años pueden acabar con daños cerebrales y pérdidas cognitivas. Viendo a algunos exfutbolistas cuadra bastante, ¿no? Dejé el futvóley. No me fastidies, que yo ya he dado muchos cabezazos de carnero y ahora me dedico a representar obras de teatro, a memorizar guiones, si hasta escribo libros. A ver si me voy a aplastar el cerebro ahora que soy un intelectual, a ver qué me invento entonces para ganarme la vida.

Creo que el mejor partido de mi carrera lo jugué en esa época, a los dieciocho años. La Real organiza un torneo internacional juvenil en Semana Santa, en el que suelen participar los mejores equipos de Europa. Nosotros jugábamos porque éramos los anfitriones, pero nos conformábamos con que no nos dieran demasiadas palizas. Pues resulta que eliminamos a Osasuna, al Dínamo de Moscú y al Real Madrid de Iker Casillas, y llegamos a la final.

Una final tremenda: la jugamos en el estadio de Anoeta, nada menos que contra el Athletic de Bilbao, nuestro vecino y rival de siempre, y la retransmitió ETB. Pues me salió el mejor partido de mi vida. Nunca me he sentido tan poderoso en un campo. Y tuve una batalla terrible con Asier del Horno. Los dos jugábamos como defensas centrales, él era una de las figuras del Athletic y yo de la Real, y como los dos subíamos mucho al ataque, chocábamos una y otra vez en los partidos. Tú recuerdas cómo repartía Del Horno en Primera, ¿no? Pues en juveniles también, pero yo no me achantaba. Él llegó mucho más lejos que yo en el fútbol, jugó en el Athletic, el Chelsea o el Valencia, pero en aquella final de Anoeta le gané el duelo. En el minuto 52 subí al ataque con el balón, driblé a varios rivales, entré al área, Del Horno me derribó, me hizo penalti y marcamos el 1-1. En el minuto 58 subí a rematar un córner, Del Horno se ocupó de marcarme pero me escapé, le gané el salto y metí de cabeza el 2-1. El Athletic nos acabó empatando,

jugamos la prórroga y llegamos a la maldita pesadilla de los penaltis.

Se me apareció otra vez el fantasma de Djukic fallando el penalti en Coruña y perdiendo la Liga de 1994. Y el fantasma de Baggio, el mejor jugador de la selección italiana, fallando el último penalti contra Brasil y perdiendo el Mundial de ese mismo año. Los penaltis son un invento diabólico: puedes jugar el mejor partido de tu vida en una final, fallar en la tanda de penaltis y pasar a la historia por esa cagada.

Nuestro entrenador me preguntó si quería tirar un penalti.

—Te veo con confianza, Zuhaitz, has jugado un partidazo…

Pues por eso, pensaba yo. Justo por eso. He jugado un partidazo, ahora voy y lo arruino. Le dije que no, que por favor no.

—Vale, Zuhaitz, no tiras. Pero te pongo como sexto lanzador.

En el caso de que la tanda de cinco penaltis terminara en empate, me tocaría lanzar a mí.

Gol del Athletic, gol de la Real.

Gol del Athletic, gol de la Real.

Gol del Athletic, gol de la Real.

Oye, pero qué pasa aquí…

Gol del Athletic, gol de la Real.

Empate a cuatro, no me jodas.

Gol del Athletic.

Nuestro quinto lanzador caminó hacia el punto de penalti y un pensamiento me atravesó el cerebro como un rayo: que lo falle, que lo falle, por favor, que lo tire al mar. A los dieciocho años, en el momento pletórico de mi carrera deportiva, prefería ser subcampeón antes de que la opción de ser campeón dependiera de mí.

Gol de la Real.

¡No-me-jo-das!

El sexto lanzador del Athletic colocó el balón con toda la tranquilidad del mundo, retrocedió unos pasos, corrió, disparó y gol.

Era la peor situación imaginable: si yo marcaba, simplemente seguiríamos con la tanda; si fallaba, se acabó. No podía ganar el título, solo podía perderlo.

Respiré hondo. Caminé los cuarenta metros desde el centro del campo hasta el punto de penalti, hiperconsciente de que todo el mundo me miraba a mí, me miraban los espectadores de la grada, los de la televisión, mis compañeros, mi entrenador y los directivos de la Real, me miraba mi familia, mis colegas, la chica que me gustaba y la persona más aterradora del universo: el portero del Athletic. Me miraba firme a los ojos y yo tenía que disimular mi pánico. Me lanzó el balón a los pies, raso, rodando, y traté de impresionarlo con una exhibición técnica: quise levantar el balón en el aire con la punta de la bota para cogerlo con las manos. Lo levanté con demasiada fuerza y se me fue por encima de la cabeza hacia atrás. Tuve que dar media vuelta y caminar unos pasos para agacharme y recogerlo, en pleno campo de Anoeta y en directo por ETB, madre mía. Mientras colocaba el balón temblando, los comentaristas de la tele hablaban de mí.

—Zuhaitz Gurrutxaga ha jugado un partido sensacional. Ha defendido muy fuerte, además le han hecho un penalti y ha marcado un gol…

Retrocedí unos pasos. Los comentaristas seguían hinchado las expectativas.

—Es el mejor jugador que he visto en todo el torneo.

Corrí hacia el punto de penalti, miré al frente, vi una portería minúscula y un portero gigante, decidí lanzar hacia la esquina derecha y golpeé flojo. El portero se tiró y rechazó el balón sin

ningún problema. Sentí tanta vergüenza, tanta rabia, que corrí a por el balón y esta vez lo disparé hacia la portería con todas mis fuerzas, en una acción que ya no valía para nada, o que solo valió para redoblar mi ridículo: el portero saltó desde el suelo como un muelle y me paró incluso ese tiro inútil de mi frustración.

Los jugadores del Athletic alzaron la copa en el estadio de la Real por mi culpa.

No levanté las orejas durante diez o quince minutos, hasta que oí mi nombre por la megafonía:

—El trofeo al mejor jugador del torneo es para… ¡Zuhaitz Gurrutxaga!

¡Toma! A lo largo de los años en ese torneo jugaron futbolistas como Beckham, Kluivert, Guardiola, Eto'o o Xavi, grandes delanteros y centrocampistas, y ahí iba yo, un defensa, un chavalín de Elgoibar, subiendo las gradas hacia el palco con una alegría y un apuro del quince, entre los espectadores que me aplaudían. Me flipó que el trofeo me lo entregara Bernd Krauss, el entrenador del primer equipo de la Real. Lo levanté, me aplaudieron de nuevo y sonreí contentísimo. Joder, ahora que lo pienso, el día en el que fui el mejor quedé subcampeón.

Solo un mes más tarde, la vida me puso otra vez ante la posibilidad de convertirme en campeón. Me llevó directo a otra tanda de penaltis en una final, como si quisiera darme otra oportunidad, como si todavía fuera demasiado joven para sentenciarme y confiara en que yo podría tomar por fin la responsabilidad, jugarme mi destino en un disparo desde el punto de penalti y acertar.

Pues ya verás lo que hice.

Era la final del campeonato de España juvenil de 1999. La Real Sociedad había ganado ese título la temporada anterior, por primera vez en treinta años, y los de nuestra quinta también llegamos a la final. Podía ser el segundo título consecutivo, algo histórico. Jugamos en el estadio Rico Pérez de Alicante, contra el Sevilla. Volví a sentirme fuerte y confiado en una final, jugué otro partidazo, corté una y otra vez los ataques sevillistas, no me pesó la responsabilidad… al menos en los primeros noventa minutos. Porque empatamos a cero, empezamos la prórroga y yo temblé pensando otra vez en los puñeteros penaltis. Joder, es que en el palco estaba Krauss, el entrenador del primer equipo de la Real, que ya me había visto fallar un penalti en la final contra el Athletic, y si la cagaba otra vez delante de él, ya me podía despedir de mi futuro como futbolista.

No sé ni cómo explicar lo que hice en la prórroga. Me da palo contarlo, pero creo que fue un acto reflejo por puro terror, porque no quería tirar un penalti ni loco. El Sevilla jugaba cerca de nuestra área sin mucho peligro, porque estábamos bien situados en la defensa; en una disputa el balón salió raso hacia mi posición, me venía al pie, pero me agaché y le di con la mano. Hice hasta el juego de muñeca, como si fuese un pelotari. Yo ya tenía una tarjeta amarilla. Mis compañeros se me quedaron mirando alucinados, los rivales también, el árbitro me sacó la segunda y me expulsó. Me llevé las manos a la cabeza y me marché del campo con cara de agobio. En realidad me sentí aliviado.

Los expulsados no pueden quedarse en el banquillo, así que pedí la llave del vestuario al delegado del equipo, entré y me quedé un rato sentado, resoplando, intentando aterrizar de aquel vuelo extraño. ¿Qué carajo había hecho? ¿Qué resorte me había saltado para darle al balón con la mano y provocar mi propia expulsión?

La megafonía anunció que la prórroga había terminado con empate a cero y se iban a lanzar los penaltis. Salí del vestuario, cerré la puerta con llave y me acerqué hasta la boca del túnel para mirar con disimulo a mis compañeros, que por suerte eran mucho más valientes que yo. Marcamos todos los penaltis y el Sevilla falló uno. ¡Toma! ¡Campeones de España! Salí

corriendo hasta el centro del campo para abrazarme a mis compañeros. Pasamos un buen rato saltando y cantando «campeones, campeones». Yo también, por supuesto. Recogimos la copa, dimos la vuelta de honor saludando a las gradas, eché un vistazo al palco y vi que Krauss estaba allí aplaudiendo de pie.

Al cabo de media hora de paseos, cánticos, fotos con nuestros padres y demás jolgorios, empezamos a retirarnos. El delegado del equipo se marchó a los vestuarios pero volvió enseguida.

—Gurru, dame la llave.

Mierda. ¿La llave? No tenía ni idea de lo que había hecho con ella. Con la carrera loca hasta el centro del campo, los saltos, la vuelta al estadio y las fotos de grupo, se me habría caído en cualquier sitio.

Se marcharon nuestros rivales, se marchó el público, se marcharon nuestros familiares, se marchó Bernd Krauss, el estadio se vació y nos quedamos solo nosotros, los campeones de España, rastreando el césped palmo a palmo, en busca de la llave que había perdido el puto Gurru.

# 8. UN DEBUT DE 64 MINUTOS…

Terminamos la temporada juvenil como campeones de España y me convocaron para una gira de verano muy intensa. Me convocaron mis amigos, digo, para los San Juanes de Eibar, los San Pedros de Zumaia, los Cármenes de Markina, todas las fiestas de verano de los alrededores, sin faltar ni una.

Anduve de juerga en juerga, hasta que un día me desperté a las tres de la tarde con dolor de cabeza y la boca pastosa, y me dijo mi madre:

—Zuhaitz, han llamado de la Real. Que te vas a Holanda, a hacer la pretemporada con el primer equipo.

—¡Pero qué dices!

—Que sí, que sí. Ha llamado Mikel Etxarri al mediodía, quería hablar contigo.

Etxarri era el director deportivo de la Real Sociedad.

—¿Qué le has dicho?

—Que habías salido a correr un poco. Le ha encantado.

Me pasé medio verano de 1999 bebiendo klarimostos en los bares con mis amigos y morreándome con una novia de Elgoibar con la que acababa de empezar, y de repente me vi en un avión con los jugadores de la Real, sentado entre Aranzabal, De Pedro, Rekarte, Kühbauer… ¡Increíble! Yo volaba unos metros por encima del avión.

Llegamos al hotel, salimos a corretear un poco por el campo de entrenamiento y después de cenar llamé por teléfono a mi novia. Estaba tan emocionado que no paré de hablarle de mí, le conté cómo me había saludado el entrenador Bernd Krauss, con qué jugador me había sentado en el avión, con quiénes había hecho ejercicios en el entrenamiento, hasta que me di cuenta de que ella respondía con ajás y monosílabos.

—Bueno, ¿y tú qué tal?

—Zuhaitz…

—Dime.

—Es que quiero dejarlo.

—¿Qué?

—Sí. Lo siento mucho. No es por ti, es que me lo paso mejor saliendo con las amigas…

No me lo podía creer. Era jugador de la Real, me habían llamado para entrenar con el primer equipo a los dieciocho años, estaba en la cresta de la ola, era guapo, simpático, divertido, Zuhaitz Gurrutxaga era el chico con el que todas las chicas del pueblo querrían salir. ¿Cómo podían dejarme *a mí*? Así de bobo era.

Colgué el teléfono. En mi primer día con el primer equipo de la Real, en un hotel de los Países Bajos con todos mis ídolos futbolísticos, a quién le iba a contar lo que me acababa de ocurrir. Mira el chavalín, le acaba de dejar la novia. Fui a la piscina, me tiré de cabeza, nadé bajo el agua y sentí que atravesaba un túnel sin salida. Me entró mucho agobio. Salí a la superficie, respiré con ansia y volví rápido a mi habitación.

En los días siguientes me entrené con los jugadores del primer equipo y vi todos los partidos amistosos de la pretemporada desde el banquillo. En el último, contra el Willem II de la Primera División neerlandesa, Krauss me sacó para que jugara los últimos cinco minutos. Un detalle bonito. Correteé de un lado para otro, sin tocar un balón ni por casualidad, pero me daba lo mismo, me veía como uno más entre los futbolistas de la Real y era feliz. En el último minuto, Mutiu me dio un pase. No recuerdo lo que hice. Bueno, no recuerdo lo que hice con el balón, porque recuerdo clarísimo lo que hice nada más volver al hotel. Llamé a casa y respondió mi padre.

—¡Aita, me ha pasado el balón Mutiu!

¡Mutiu Adepoju! El año anterior había jugado el Mundial de Francia con aquella selección de Nigeria que le ganó 3-2 a la España de Clemente, incluso le metió un gol a Zubizarreta. Yo había visto todo aquello por la tele y ahora Mutiu, entre sus diez compañeros en el campo, había decidido pasarme el balón a mí. Ya me podía volver contento a casa.

A la vuelta me inscribieron en el Sanse, es decir, la Real Sociedad B, el equipo filial, que entonces jugaba en Tercera. Se ve que mi nombre ya sonaba, porque enseguida me llegaron propuestas de agentes que querían representarme. Bueno, no nos flipemos. Me llamaron de una pequeña agencia vasca y me presentaron tremenda oferta: si me iba con ellos, me conseguirían un contrato con la marca Kelme para que me mandaran botas y ropa deportiva durante tres años. Dije que sí de cabeza. Me iba a patrocinar una marca, eso ya me sonaba galáctico. Los de Kelme me enviaban botas y además una caja grande de ropa deportiva en verano y otra en invierno. Que no se lo tomen mal, les estoy muy agradecido, pero sospecho que me mandaban lo que no conseguían vender. Digamos que no era ni la ropa de última moda ni las más bonita. Yo la aprovechaba bien aprovechada: se la iba regalando a mis vecinos y durante tres temporadas los campesinos del barrio de San Miguel trabajaron las huertas y cuidaron las vacas perfectamente uniformados con chándales de Kelme.

Si el mundo se iba a terminar en el año 2000, como decían algunos pirados, en pocos sitios apareció una señal del apocalipsis tan evidente como en Donostia: en octubre de 1999, la Real Sociedad anunció el fichaje de Javier Clemente.

Clemente era el entrenador que había ganado dos Ligas y una Copa con el Athletic en los años ochenta, una divinidad en Bilbao, un ídolo rojiblanco que de repente tomaba el mando de la Real. ¡A quién se le ocurre! Aquello fue un bombazo, una decisión arriesgada de la directiva con el equipo en pleno declive. Con Krauss, la Real había sido tercera en una Liga, décima en la siguiente, y llegó a la novena jornada de la 1999-2000 en el puesto decimoséptimo, al borde del descenso. Echaron a Krauss y trajeron a Clemente, que venía de ser seleccionador de España en dos Mundiales y una Eurocopa, sin pasar nunca de cuartos, pero con su fama de entrenador rocoso, especialista en salvar equipos en apuros. El año anterior había cogido al Betis en última posición y había terminado la Liga en mitad de tabla. También tenía fama de manejar con mano dura a los gallitos de los vestuarios, a las estrellas que se creían por encima de los demás y no se esforzaban demasiado. Un tipo duro para situaciones de crisis.

Traerlo a la Real fue una decisión atrevida no solo porque Clemente fuera socio y leyenda del Athletic, el eterno rival, sino porque además era el entrenador más polémico del momento: un *echao p'alante* que se metía con gusto en todos los charcos y se enredaba en broncas interminables con los periodistas. Le criticaban que su juego era defensivo, tosco, anticuado, le

daban mucha caña y él no se cortaba un pelo. A veces era irónico, a veces respondía fuerte y llamaba inútiles a los periodistas, les llamaba vagos, sinvergüenzas, usted es más tonto que un saco de piedras, otro día le daba un manotazo a un micrófono cuando entrevistaban a un jugador suyo después del partido… Cosas así.

Clemente fue el primero que usó el término tiquitaca, pero para burlarse de ese estilo refinado, el de la selección española de Luis Aragonés y del Barça de Guardiola, un juego muy técnico, donde el equipo avanzaba con muchos pases cortos, rápidos y precisos, sin dar nunca un balonazo. La palabra tiquitaca se convirtió en un sello de calidad, pero me imagino que Clemente la usaba para decir que era un juego preciosista, seguramente sobrevalorado, y él practicaba el opuesto: un juego muy físico, contundente y sin complicaciones. Como dirían sus detractores, el patadón *p'arriba* y todos a correr.

Cuando le reprocharon que su juego aburría a los espectadores, respondió:

—El que quiera divertirse que vaya al circo.

A mí con Clemente me fue de maravilla. Cuando llegó a la Real, pidió que cinco jugadores del filial entrenaran con el primer equipo. Yo fui uno de ellos. No me olvidaré de la primera vez que lo vi en persona. Estábamos todos los jugadores sentados en el vestuario de Zubieta, se hizo esperar unos minutos y entró fumando un cigarro. Traía cara de masticar ortigas.

Nos miró en silencio, dio otra calada, dejó el cigarrillo de Marlboro consumiéndose entre los dedos, nos miró un rato más y soltó:

—A ver, chavales, ¿aquí quién más tiene trescientos millones en el banco?

Nos quedamos de piedra. Uno de los jugadores más importantes del equipo levantó la mano, como para marcar terreno.

—Yo, míster.

—Pues normal que no corras, chaval.

Nos habló de la falta de intensidad que le veía al equipo, del trabajo y la entrega que nos iba a exigir. Dijo que él no distinguía entre veteranos y novatos, que pondría en el campo a los que se esforzaran y sentaría en el banquillo a quien remoloneara, por muy figura que se creyera. Que él tenía los huevos *pelaos*. Luego se centró en el siguiente partido contra el Betis, y nos fue explicando lo que quería de cada jugador. Me acuerdo de lo que le dijo a Agustín Aranzabal, lateral izquierdo muy técnico, muy elegante.

—A ver, Aranzabal, ¿sabes qué jugador del Betis vas a tener enfrente el domingo? Te lo digo yo: Jorge Otero. Bien, Otero mide 1.74. Dime una cosa: serás capaz de lanzar el balón entre 1.74 y el cielo, ¿no? Pues eso es lo que quiero que hagas. Tú no te compliques.

Me imagino que en aquel partido Aranzabal metería el balón sin problemas entre 1.74 y el cielo. El problema fue que la Real no hizo mucho más que eso, no metió el balón entre los tres palos contrarios y el Betis sí: 1-0 y caímos a la penúltima posición.

Yo seguía jugando los partidos con el Sanse, pero entre semana Clemente me llamaba para entrenarme con el primer equipo. Me ordenaba una sola cosa: marcar de cerca a Ricardo Sá Pinto, un delantero portugués habilidoso y de carácter fuerte.

—Gurrutxaga, tú siempre encima de Sá Pinto, apriétale, no le dejes ni respirar. Cada vez que reciba un balón, éntrale duro.

Yo era un chico obediente. Me pegaba a la espalda de Sá Pinto, lo seguía por todo el campo, lo enredaba con los brazos y, cada vez que le llegaba un balón, le entraba duro y acabábamos en el

suelo. Sá Pinto se cabreaba como una mona.

A Clemente le hacía gracia. Le encantaba tocar las narices a las estrellas y le venía de maravilla que un chaval del segundo equipo desquiciara a Sá Pinto. Cuanto más se cabreaba Sá Pinto, más sonreía Clemente.

—¡Gurrutxaga, más fuerte! ¡A por él! ¡A por él!

Yo le daba leña y Sá Pinto se revolvía furioso.

—*Foda-se, puta que pariu, pa!*

Empezó a devolverme patadas y codazos y me asusté de verdad. Pensé cómo quedaría mi nariz, tan fina y tan bonita, después de una fractura. A ver, es que Sá Pinto traía un historial… Durante su primera temporada en la Real Sociedad no jugó ni un solo partido, porque la Federación portuguesa le había retirado la licencia durante doce meses. ¿Sabes por qué? Por tumbar al seleccionador nacional de un puñetazo.

Sá Pinto había jugado la Eurocopa de 1996 con Portugal, era fijo en la selección, pero en la primavera de 1997 se picó con un compañero durante un entrenamiento, le dio una patada y lo lesionó. El seleccionador Artur Jorge dijo que ya estaba harto de él, de su violencia y sus faltas de respeto, así que lo dejó fuera de la siguiente convocatoria. Sá Pinto condujo hasta el estadio de Lisboa donde se entrenaba la selección, esperó dentro de su coche, y cuando vio salir al seleccionador, fue a por él, le metió un puñetazo y lo tumbó.

La Real lo había intentado fichar unos meses antes de ese episodio pero el Sporting de Portugal pedía demasiado dinero. Cuando lo sancionaron, el Sporting rebajó el precio y la Real lo fichó para cuatro temporadas, sabiendo que la primera la pasaría en blanco.

Yo lo conocí cuando ya podía jugar. En los entrenamientos de Zubieta, Sá Pinto parecía un león recién desenjaulado y a mí me tocaba manosearle el hocico. A veces me parecía que estaba a punto de girarse y arrancarme la cabeza.

En esas semanas pasé un poco de miedo y aprendí muchísimo. Nunca había marcado al hombre. Con Clemente aprendí a marcar a uno de los mejores delanteros del mundo persiguiéndolo por todo el campo como un perro de presa, apretando, apretando, sin darle un respiro. Poco después debuté en Primera y me hice conocido justo por eso, por secar a las estrellas de la Liga. Perseguía al delantero rival por todo el campo. Aunque la jugada estuviera a cincuenta metros, yo seguía encima de él agarrándolo de la camiseta y resoplando en su cogote. Si el juego se paraba por una falta o un saque de banda, tampoco aflojaba. La cuestión era no dejarlo en paz ni un segundo, así durante los noventa minutos, hasta desesperarlo. Enseguida vi que se me daba bien, que lo que me pedía Clemente era relativamente fácil para mí. Yo era rápido y joven, no muy fuerte pero sí atrevido, me daba igual correr y chocarme contra un muro, metía la pierna sin miedo aunque viniera un tren. Hoy sería impensable jugar así: un defensa central que recorre el campo arriba y abajo persiguiendo a su delantero, destrozando todas las líneas y todos los esquemas. Pero Clemente lo tenía claro: con florituras no íbamos a salvarnos. Así que a ver, cuál es el mejor futbolista rival, pues mandamos a nuestro defensa más rocoso a por él, a machacarlo, a sacarlo del partido, y así equilibramos un poco el juego.

Al principio yo creía que Clemente solo me usaba para que Sá Pinto se acostumbrase a jugar contra defensas duras. Pero seguramente también le interesaba tomar a un novato como yo, moldearme a su gusto y convertirme en un perro de presa. Para su juego, quizá le convenía más un Gurrutxaga pegajoso que un Sá Pinto artista.

De hecho, me convocó enseguida para un partido: un domingo en casa contra el Numancia, otro

equipo en apuros. Clemente nos concentró en un hotel de Donostia desde el sábado por la tarde y eso me fastidió bastante. Cuando me tocaba jugar un domingo con el Sanse, el sábado sabía comportarme, salía de tranqui por Elgoibar, me bebía cinco klarimostos en lugar de diez y volvía temprano a casa. Pero nada, el sábado de mi primera convocatoria con el primer equipo, entré al hotel con un humor de perros, imaginándome a mis amigos de fiesta, a la chica de Eibar que me gustaba bailando en los bares, y yo metiéndome en una habitación y tumbándome a ver la tele a las seis de la tarde. ¿Y para qué? Sé que suena exagerado, pero en ese momento con diecinueve años recién cumplidos me sentía en una cárcel.

En la cena, uno de los capitanes de la Real me quiso servir una copa de vino y le dije que no me gustaba. Era verdad: tragaba klarimostos uno detrás de otro, pero para qué iba a beber vino si no era para emborracharme.

—Chaval, ¿cómo piensas jugar en Primera si no bebes vino?

Acerqué mi copa sin rechistar, la llenó y me la bebí. A partir de aquel día, durante toda mi carrera, las noches anteriores a los partidos bebí siempre dos copitas de vino. Ni una ni tres. Me calmaba los nervios, me ayudaba a dormir.

El capitán sirviendo su primera copa de vino al chaval: en el equipo había detalles así, ritos de paso, esas pequeñas ceremonias para hacerte hombre y ganarte tu sitio en el grupo. Los novatos tenían que llevar las redes con balones y las porterías al campo de entrenamiento y luego recogerlas, cosas así, leves, pero un rollo casi militar. Eso de tratar a los más jóvenes como reclutas ya no existe, se acabó justo con esa generación de futbolistas veteranos que conocí. Coincide con el fin de la mili obligatoria justo esos años, no sé si tendrá algo que ver, pero las mentalidades van cambiando, ¿no?

Unos meses después, cuando yo ya había jugado unos cuantos partidos con el primer equipo, Clemente iba por los pasillos de Zubieta y vio que el vestuario del equipo filial tenía la luz encendida. Entró y me encontró allí, duchándome yo solo, después de un entrenamiento.

—¿Qué haces aquí, chaval?

Le expliqué una ley no escrita: yo aún tenía ficha del filial y por lo tanto no podía ducharme en el vestuario del primer equipo.

—Coge tus cosas y ven conmigo.

Me llevó al otro vestuario y les dijo a los veteranos:

—No sé qué tradiciones tenéis aquí, pero el chaval entrena con vosotros, juega con vosotros y se va a duchar en el mismo vestuario que vosotros.

Llegó el domingo contra el Numancia y me pasé el partido en el banquillo. Estaba nervioso por si me tocaba debutar en Anoeta, no andaba muy pendiente del juego, hasta que un compañero me habló de las primas.

—Sabes que si ganamos, cada uno nos llevamos trescientas mil pelas, ¿no?

—¿Los suplentes también?

—Sí.

—¡Joder!

Era bastante más de lo que ganaban mi madre o mi padre en un mes. Los suplentes no suelen animar mucho, bastante tienen con disimular su enfado y sus celos, pero aquel día seguí el partido con la pasión y los nervios de un *hooligan*. La Real empezó perdiendo 0-1 por un penalti inventado y nos quedamos con diez. En la mitad de la segunda parte empató De Paula y casi al final Joseba Llorente marcó el 2-1 con la nariz: no veas cómo lo celebré. Unos días después, el

capitán me dio un cheque: trescientas mil pesetas por ver un partido desde el banquillo. Volví a casa dando saltos.

En poco tiempo me acostumbré a manejar cifras enormes. De vez en cuando nos daban cheques con las primas acumuladas de varios partidos: un millón de pesetas, un millón y medio… Los metía en el banco y ya está, no sentía esa alegría ni esa incredulidad del principio. Me compré un Seat Córdoba y un par de años después una casa. Nunca fui un derrochador, no me gastaba el dineral que se dejaban algunos compañeros en ropa de marca, en restaurantes caros, no me cambiaron mucho los hábitos, pero sí que perdí la noción de lo que cuesta ganar dinero fuera de ese mundo tan extraño y privilegiado que es el fútbol.

En un partido de enero de 2000 expulsaron a Loren, defensa central titular, y por tanto lo sancionaron para el siguiente partido. El jueves de esa semana, Clemente se me acercó al acabar el entrenamiento y me habló con su habitual delicadeza:

—Chaval, vas a jugar el domingo. No te acojonarás, ¿no?

—¡No, míster! ¡Claro que no me voy a acojonar!

Estuve tres días sin dormir. La Real seguía en puestos de descenso y nos tocaba jugar en Madrid contra el Atlético, que no andaba mucho mejor. De hecho, ese año acabó bajando a Segunda. Iba a ser un partido de muchísima tensión por motivos deportivos y extradeportivos.

En la rueda de prensa que dio Clemente ese mismo jueves en Zubieta, los periodistas le preguntaron si estaba satisfecho con su trabajo, porque llevaba ya tres meses y el equipo seguía hundido. Los futbolistas con más renombre no rendían. ¿Le quedaba alguna solución para remediar el desastre? ¿A quién iba a alinear el domingo? Clemente soltó una de las suyas.

—El domingo van a jugar Gurrutxaga y diez más.

Pretendía impresionar a los periodistas, sorprenderlos, descolocarlos, porque yo era un chaval del segundo equipo que no había jugado ni un minuto en Primera. Y resulta que me presentaba como el arma secreta para ganar al Atlético de Madrid.

El director deportivo Mikel Etxarri le comentó a Clemente si no estaría cargando demasiada presión a un novato de diecinueve años ante un partido tan importante.

—Me da igual. Gurrutxaga va a ser titular y punto.

Mis debuts, ay mis debuts. No podía estrenarme en Primera División en una jornada vulgar, tenía que ser un partido en el infierno. Era la primera visita de la Real al estadio Vicente Calderón después del asesinato de Aitor Zabaleta. Un año antes, en diciembre de 1998, unos ultras del Atlético de Madrid atacaron a unos aficionados de la Real que andaban tan tranquilos en un bar, en los alrededores del Calderón, poco antes de una eliminatoria de la Copa de la UEFA entre los dos equipos. A Zabaleta le clavaron un navajazo en el corazón. El asesinato dejó una conmoción terrible en la gente de la Real, que dura hasta nuestros días. Ahora la grada de animación de Anoeta se llama Aitor Zabaleta y se le sigue cantando y recordando.

Dos días antes de nuestro partido en el Calderón, ETA rompió el alto el fuego que había declarado año y pico antes, y asesinó a un militar precisamente en Madrid con un coche bomba.

Así que te puedes imaginar el ambiente.

Aquello fue como ir a la guerra. Llegamos en bus al estadio con una escolta policial impresionante, nos esperaba una muchedumbre ondeando banderas españolas, encendiendo bengalas, gritándonos de todo a los putos vascos.

Cuando entramos a las tripas del estadio, se hizo el silencio y nos relajamos un poco. Empecé a pensar en el partido, en mi debut en Primera División. Vi que nos seguían las cámaras de Canal

Plus y en mi cabeza empezó a sonar la banda sonora de la película *Desafío Total*, la que ponían antes de los partidos cuando llegaban los equipos al estadio, ¿te acuerdas?, con esos tambores metálicos y esas trompas marcando una tensión creciente… Pensé en mis padres y mis amigos, que estarían en Elgoibar viéndome por la tele con esa música, chan, chan, chan, chan-chan, y me fui cargando de energía, me fui metiendo en el papel.

Quince minutos antes del partido, Clemente me apartó del grupo para darme instrucciones.

—A ver, Gurrutxaga, esto es sencillo. Tú eres defensa central y en el otro equipo hay un delantero centro. Es muy rápido, es muy fuerte, va bien de cabeza, le pega de maravilla con los dos pies y es el máximo goleador de la Liga. Sabes quién es, ¿no?

—¡Sí, míster! ¡Hasselbaink!

Jimmy Floyd Hasselbaink era un jugador negro holandés, un tiarrón compacto de 1.80 de altura y 85 kilos de músculos, uno de los delanteros más hábiles y potentes de Europa, una apisonadora, un tanque veloz. Si nos ves a los dos en las fotos de ese partido, verás que sus brazos eran más gruesos que mis piernillas.

—Eso es: Hasselbaink. Ya veo que has estudiado. Pues lo vas a seguir por todo el campo, Gurrutxaga. Si se va al vestuario a mear, te vas con él. Si recibe el balón, tú le entras duro. Pero con ojo, ¿eh?, que no te expulsen en el minuto veinte, no me jodas.

Luego Clemente dio una charla a todo el equipo para explicar la táctica. El centro del campo así, el ataque asá, y en la defensa…

—Vamos a poner a Gurrutxaga siguiendo a Hasselbaink por todo el campo. Así, en vez de jugar once contra once, vamos a jugar diez contra diez.

Yo tonto no soy. Entendí el mensaje: eliminamos a Hasselbaink, eliminamos a Gurrutxaga y salimos ganando con la transacción.

Qué puedo decir: que estaba de acuerdo.

La primera vez que salté a un campo como jugador de Primera División, nos cayó una bronca atronadora. Me pareció que el estadio temblaba, que se iba a derrumbar. Los dos equipos nos alineamos en el centro del campo para guardar un minuto de silencio por el teniente coronel Blanco, asesinado por ETA, y en ese momento sonó una pitada monumental. Detrás de nuestra portería, la grada se cubrió de banderas españolas, los ultras cantaron insultos a Zabaleta y nos chillaron a nosotros:

—¡Asesinos! ¡Asesinos! ¡Asesinos!

Me sentía minúsculo en el centro de un campo inmenso, rodeado por unas gradas altísimas con cincuenta mil personas que nos gritaban con toda su furia. Un ambiente idílico para debutar. En cuanto toqué la pelota, me silbaron a pleno pulmón, me gritaron puto vasco, asesino, terrorista, hijoputa. No te diré que en las siguientes semanas me fui acostumbrando, pero es cierto que en aquella época nos gritaban de todo en muchos campos y que en el nuestro habían recibido con una bronca enorme y con insultos al Atlético de Madrid en la primera vuelta. Eran tiempos convulsos, y aprendíamos a jugar en medio de esos chaparrones de odio. No sabes cómo me alegro de que los tiempos hayan cambiado y de que ahora el ambiente en los campos sea mucho más tranquilo.

Lo primero que aprendí en un campo de Primera fue eso: que el jugador oye los insultos con absoluta nitidez. Resultaba difícil concentrarse en el juego, por eso ahora me extraña la atención con la que jugué. Quizá porque mi misión era sencilla. Me pegué a Hasselbaink desde el primer minuto, lo seguí por todas partes y no le di ni un respiro. En el minuto 17 encontró la primera oportunidad para tocar la pelota sin que yo le pudiera molestar: una falta desde el borde del área.

Tiró un cañonazo con un efecto diabólico, sorprendió a nuestro portero y gol.

Era la confirmación de que Hasselbaink te la liaba a la mínima, así que apreté el marcaje todavía más. Me pegué a su espalda, le agarré de la camiseta, le di empujones leves y empujones fuertes. En cuanto corría hacia el balón y me ganaba unos centímetros, yo me tiraba al suelo y lo zancadilleaba.

Hasselbaink se hartó. En la segunda parte, el árbitro pitó una falta en la otra punta del campo, se paró el juego pero yo no me relajé: seguí agarrando a Hasselbaink. Él miró dónde estaba el árbitro, dónde estaba el linier, vio que nadie nos observaba y me soltó un codazo con todas sus fuerzas en la boca del estómago.

Te digo la verdad: lo entiendo. Yo estaba siendo muy pesado y muy desagradable con él, me imagino que debía de ser desesperante.

El árbitro no lo vio pero sí lo pilló la tele. En las repeticiones a cámara lenta se vio cómo Hasselbaink me arreaba el codazo, yo ponía una mueca de dolor, abría mucho la boca porque no podía respirar, ponía los brazos en jarras y resoplaba varias veces. No me tiré al suelo, ¿eh? Aquel 23 de enero de 2000, justo 42 años después de que mi abuela materna bajara caminando desde el monte a punto de dar a luz y mi padre también bajara con siete años, el hombro dislocado y sin rechistar, honré la tradición de mi familia y aguanté de pie en el Calderón, aguanté sin teatros.

Y contra la tradición pacífica de mi familia, por mi cabeza pasó una sola idea: «Jimmy Floyd, te voy a reventar».

En la siguiente jugada, Hasselbaink bajó al centro del campo para recibir el balón de espaldas a nuestra portería, corrí detrás de él, me tiré, lo barrí con las dos piernas y lo lancé por los aires. Esta vez las cámaras lo enfocaron a él: se quedó sentado en el suelo estirándose las medias, moviendo la cabeza con resignación, sin hacer tampoco ningún teatro. No se le veía furioso sino harto. Elegante, Jimmy Floyd. Te invitaríamos con mucho gusto a comer con nuestra familia.

El árbitro me sacó tarjeta amarilla. ¡Amarilla! Ahora por una entrada así te meten en la cárcel.

Ha pasado un cuarto de siglo y ahora, cuando veo esa jugada, me extraña muchísimo. No me reconozco. Con lo tímido que soy, con el apuro que siempre me da lo que vayan a decir o pensar de mí, con mi ansia por quedar bien con todo el mundo, no entiendo cómo fui capaz de reaccionar así, de ir con todo a por él y meterle ese viaje. Pero veo las imágenes de ese partido, veo mi cara y me da la impresión de que estaba en trance. Creo que nunca en mi vida he estado tan centrado en algo. Era mi debut y estaba concentradísimo en mi lucha con Hasselbaink, en cumplir mi misión, y no pensaba en ninguna otra cosa. Jugué como un puto robot. Hasselbaink me dio el codazo y me salió una respuesta automática: «Lo voy a reventar». Ya está, yo ya no veía nada más. Ni siquiera tuve malicia, no fui listo, no esperé a una jugada enredada para que pareciera una patada involuntaria durante una disputa. Fui a por él sin ningún disimulo. Me podían haber expulsado, pero no pensé en las consecuencias, solo quería vengarme del codazo con una buena patada.

¿Sabes qué te digo? Que yo quizá era buen futbolista justo cuando no pensaba. En el campo me transformaba en un Zuhaitz mucho más firme que solo tenía que cumplir unas instrucciones sencillas, estar encima del delantero y no dejarle respirar, y durante noventa minutos desaparecía ese Zuhaitz frágil y miedoso que era yo el resto del tiempo. Y que sigo siendo. Ya sé que suena raro. Es que es raro.

Poco después de mi tarjeta, en el minuto 61, Idiakez ganó un salto en el área del Atlético de Madrid, puso el balón de cabeza hacia el punto de penalti, Jankauskas estiró la pierna una pizca

antes de que llegara el portero y marcó el empate.

Ese punto era oro puro. Teníamos que defenderlo durante media hora y nos cerramos atrás. Solo tres minutos más tarde me vi en medio de una jugada enmarañada, con un balón que venía botando alto por el borde del área, levanté la pierna para despejarlo pero Hugo Leal llegó corriendo antes que yo, tocó el balón, lo arrollé sin querer y el árbitro pitó falta.

¡Y segunda amarilla!

No me jodas, árbitro, esa no era amarilla.

A la calle.

En mi debut con la Real, tarjeta roja y a la puta calle.

Me llevé las manos a la cara, empecé a hiperventilar y me salieron unos gestos de angustia como si estuviera al borde del colapso. Ahora repaso las imágenes y también me parece raro. Creo que al ver la tarjeta roja salí del trance, salí de la concentración, salí de mi papel de tío duro y brotaron a chorros todos mis miedos. La he cagado, es mi primer partido con la Real, vamos empatando y dejo al equipo con diez a falta de media hora, la he cagado, joder, joder. Dos o tres compañeros se acercaron a consolarme. Juan Gómez me abrazó, me agarró del hombro y me acompañó unos metros mientras salía del campo medio llorando y la grada ultra me cantaba con la música de «Go West»:

—¡Adióooos, hijoputa, adiós! ¡Adióooos, hijoputa, adiós! ¡Adióooos, hijoputa, adiós!

Bajé las escaleras del túnel, entré al vestuario y me sentí muy solo, en el fondo de una catacumba, sentado con la cabeza entre las manos, mientras me llegaban los rugidos crecientes del estadio y los interpretaba como ataques del Atlético de Madrid. Rezaba para que el rugido no explotara en un estruendo de gol. Que no nos ganen por mi culpa, por favor.

Esa agonía solitaria no me duró mucho. Enseguida se abrió la puerta del vestuario, oí unos gritos y entendí que me venían otras preocupaciones.

—*Foda-se, puta que pariu, pa!*

Joder, Sá Pinto. Clemente lo había sustituido por mi culpa, para quitar a un delantero y meter a otro defensa tras mi expulsión. El tío entró al vestuario maldiciendo a gritos, pateando botellas y dando puñetazos a las taquillas. A mí ni me miró, y eso me asustó todavía más. Abrió su taquilla, rebuscó entre sus cosas con furia y yo pensé: ahora saca un bote de champú y me lo tira a la cara.

Se giró con un paquete de tabaco en la mano y por fin me habló.

—¿Quieres uno?

—¡No, no, gracias!

Empezó a fumar y se fue calmando. Luego dicen que el tabaco mata, joder, a mí me salvó la vida.

Se abrió de nuevo la puerta y entró Pikabea, el otro defensa central.

—Me han expulsado.

—No jodas, ¿qué has hecho?

—Se me escapaba Hasselbaink y le he metido un hachazo. Roja directa.

Ya casi había más jugadores de la Real en el vestuario que en el césped, madre mía. Pero nuestros compañeros aguantaron con nueve y el partido terminó con un empate que nos dejó muy contentos.

Cuando salimos del vestuario hacia el autobús, me crucé con Hasselbaink. Yo ya era otra vez el Zuhaitz tímido que intenta quedar bien con todo el mundo. Le saludé con mi sonrisa más amplia y le dije en tono amistoso:

—¡Eh, Jimmy, vaya hostia me has dado!

Ni me miró. Pasó a mi lado y me dijo todo serio:

—La próxima más.

Bueno, en la Real todos estábamos contentos pero yo en realidad sentía agobio: se me había ido la olla y me habían expulsado en mi primer partido. En el viaje de vuelta nadie me sacó el tema, ni el entrenador ni los compañeros, pensé que Clemente ya no me iba a llamar nunca más y que hasta aquí había llegado mi carrera. Ni se me ocurría pensar que esa expulsión iba a cambiarme la vida y me iba a lanzar como una catapulta a la popularidad.

El lunes por la mañana salí temprano a comprar los periódicos, los abrí nervioso y flipé con las crónicas. Decían maravillas de mí: Gurrutxaga había jugado un partidazo con la fuerza, la garra y la agresividad que le faltaba a la Real para salir del pozo. Con solo diecinueve años, en su primer partido, había anulado a uno de los delanteros más poderosos de la Liga. Lo tenía todo para convertirse en el defensa emblemático de la Real en los siguientes años. Y la segunda tarjeta amarilla había sido excesiva.

Hombre, la segunda amarilla quizá fue excesiva, pero la primera había sido como mínimo naranja oscura.

Cuando llegué a Zubieta, se me acercaron unos cuantos periodistas de prensa y radio para pedirme entrevistas. La burbuja se hinchó todavía más en los siguientes días, cuando el Comité de Competición castigó a Hasselbaink con dos partidos de suspensión por el codazo. No sé si fue la primera vez, o una de las primeras, en la que el Comité sancionaba a un futbolista después de revisar las imágenes de la tele por una falta que el árbitro no había visto. Afectaba el Atlético de Madrid, un equipo de los grandes aunque estuviera en horas bajas, así que se montó una buena polémica. Me llamaron de los programas de radio deportiva más importantes de España, me dedicaron un reportaje en Canal Plus… En veinticuatro horas pasé del anonimato a aparecer en todos los medios, gracias a mis indudables méritos futbolísticos: recibir el codazo de un delantero famoso y devolverle un patadón.

Me sentía en una burbuja de felicidad, encantado de que todos me entrevistaran y me alabaran, pero a ratos pensaba en el cigarro que me iba a reventar la burbuja: el de Javier Clemente. Al acabar el partido no me dijo ni mu, en el viaje de regreso tampoco, y yo temía que en cualquier momento iba a soltarme una bronca de órdago por la expulsión. Cuando me lo crucé en los pasillos de Zubieta, me hice el despistado pero me llamó.

—Chaval, ven un momento.

Me acerqué. Me miró a los ojos, le dio una calada al cigarro y yo apreté los dientes.

—Muy buen partido, chaval. Ahora tranquilidad, a firmar un buen contrato y a tomar por saco.

No pude jugar el siguiente domingo, sancionado por la tarjeta roja, pero después Clemente me puso titular en quince de los dieciséis partidos que faltaban. En todos salvo el último, cuando se le cruzó el cable.

# 9. …Y UN DEBUT DE DOS MINUTOS

Tenía pendiente otro debut. Habían pasado tres años desde la operación de fimosis, un tiempo prudencial para que se cerraran bien los puntos, había debutado en los campos de Primera pero seguían sin convocarme para debutar en la cama. Me hice amigo de Sá Pinto, un tipo muy divertido, y él me habló con la voz de la experiencia:

—Gurru, aprovecha el fútbol para ligar porque eres muy feo.

El cabrón se creía guapo, con esa melenita rubia ondulada. Un día hicimos una colecta de cien mil pesetas en el vestuario y se las dimos a cambio de que nos dejara raparlo con una maquinilla. El tío aceptó. Y la semana siguiente un programa de televisión lo incluyó en el once de los más feos de la Liga.

Daba igual: si eras futbolista de Primera, ligabas un montón. A ver, está mal que yo lo diga, pero soy guapete, ¿no? Resultón, por lo menos. Pero tenía algunos compañeros feos de narices que salían con modelos. Si hubieran trabajado en el andamio, me parece que… Bueno, nada, nada.

Reconozco que Sá Pinto dio en el clavo. Yo era virgen a los diecinueve años, debuté en Primera y al cabo de un mes… ¡tacatá! Debut sexual.

Debut terrible, como todos los míos.

Un sábado, después de un partido, varios jugadores nos fuimos a una discoteca de Donostia. Yo flipaba, porque en vez de romperme la cabeza para buscar la manera de acercarme a alguna chica, como en los bares de Elgoibar, de repente eran las chicas las que se acercaban a nosotros. ¡Cómo cunde ser futbolista! Un compañero me dijo que le siguiera, que quería presentarme a una amiga que estaba interesada en mí.

Me quedé con la boca abierta. Era guapísima, una chica de melena larga negra y ojos oscuros, una sonrisa picante que me dio taquicardias, un vestido que le marcaba un cuerpazo. Era miss Playboy Zona Norte España o algo así. Charlamos un rato, bailamos, me propuso vernos otro día y quedamos en que ella vendría a mi casa el martes por la tarde.

Me pasé tres días nervioso con los preservativos. Perdón, con los preparativos. Sí, preservativos, botella de ron para templar el ánimo, sábanas limpias, calzoncillos nuevos. Yo vivía con dos juveniles de dieciséis años en un piso que nos ponía la Real en el barrio de Amara, a cuatro pasos del estadio de Anoeta. Cuando llegó el martes, les di mil pesetas para que se fueran al cine y vieran la peli más larga de la cartelera, alguna tipo Ben-Hur, de tres o cuatro horas.

A las siete sonó el timbre del portal. Abrí y esperé en la puerta del piso, temblando. Cuando salió del ascensor, tan guapa, tan elegante, lo primero que pensé es que ella tenía veintiséis años y yo era un pipiolo de diecinueve. Me sentí más cohibido que en el Vicente Calderón. De pronto me parecía más fácil darle una patada a Hasselbaink que dos besos en la mejilla a esta chica.

Entramos al salón, se quitó el abrigo, nos sentamos en el sofá y yo no tenía ni idea de lo que me tocaba hacer. ¿Le agarro la mano? ¿Me lanzo a darle un beso con lengua? ¿Le pregunto si quiere

venir a mi habitación?

Me fui a la cocina, saqué la botella de ron y las cocacolas y preparé dos cubatas. Estuvimos un buen rato hablando en el sofá, vete a saber de qué, y cuando vi que a ella le quedaba un poco menos de la mitad del vaso, me precipité de nuevo a la cocina para preparar otro par de cubatas. Volví al sofá con los vasos, ella dejó el suyo en la mesa, se me acercó despacio y me dio un beso larguísimo. Menos mal, porque si es por mí, me habría pasado la tarde bajando a por más botellas de ron hasta que cerraran el supermercado.

Me llevó de la mano a mi habitación. Nos acostamos en mi cama estrecha de estudiante, nos besamos, nos acariciamos, nos pasamos las manos por debajo de la ropa, nos fuimos desnudando. Se ve que me notaba inexperto, porque tomó la iniciativa, se tumbó de espaldas y me atrajo hacia ella. Yo estaba excitadísimo. Ya, pero ¿ahora qué? ¿Por dónde hay que…? Ella se encargó de todo. Empecé a moverme arriba y abajo, excitadísimo, y recordé el consejo de un compañero de vestuario al que le conté que iba a debutar: «Gurru, cuando estés follando, tú repasa mentalmente la alineación de la Real campeona de los ochenta, porque si no, vas a acabar demasiado rápido».

Ahí andaba yo, dando golpes de cadera mientras recitaba: Arconada, Celayeta, Olaizola, Górriz, Kortabarria…

…pero llegué rapidísimo al borde del área, disparo de Górriz, atención a Zamora, tira Zamora y…

…¡gol! ¡goool! ¡goooool!

Me sacudió una oleada de placer, me desinflé como un globo y me caí hacia un lado de la cama. No había durado ni dos minutos.

Me sentí fatal.

Ella me vio tan avergonzado que me abrazó como a un niño y yo me acurruqué. Se supone que los tíos somos unos machotes, unas máquinas sexuales, no tenemos dudas ni cuando follamos por primera vez. Nos sentimos obligados a representar ese papel y luego, cuando no lo cumplimos, nos sentimos ridículos. Ella se marchó enseguida. Cuando nos despedimos en la puerta del piso, me dio un beso en la frente. No volví a verla.

Llamé a mis compañeros de piso para que volvieran cuando quisieran y me contestaron que todavía estaban en la cola para entrar al cine.

# 10. CASI TODOS CONTENTOS

Cuando terminábamos los partidos en Anoeta, los demás jugadores se marchaban en sus cochazos y yo volvía caminando a mi piso de Amara. Aún solían quedar muchos seguidores por los bares de la zona, me saludaban y me felicitaban:

—Aupa, Gurru!

—Oso ondo, Gurru!

Los lunes bajaba a desayunar un colacao en el bar, me sentaba en una esquina discreta, abría el periódico y me iba directo a las puntuaciones que daban a los jugadores. Casi siempre me ponían un cuatro sobre cinco, un cinco sobre cinco, con comentarios elogiosos. El momento de ver un cinco junto a mi nombre era gloria pura. Menos mal que las chicas no publicaban puntuaciones en los periódicos sobre mis prestaciones sexuales.

El martes volvía a los entrenamientos en Zubieta y empezaba a ponerme nervioso. No sabía si me iba a seguir mereciendo esos cuatros y cincos, me daba miedo recibir un dos, un uno, un cero. Me preocupaba la idea de someterme a un juicio público todas las semanas. Todavía me preocupaba poco, porque iba todo bien, pero la angustia ya iba asomando la zarpa. Y a partir del miércoles me obsesionaba con el delantero que me iba a tocar enfrente el domingo.

Porque Clemente me asignaba la misma misión todos los partidos: anular al mejor delantero del equipo contrario. Me encargué de los tres máximos goleadores de la Liga en tres partidos consecutivos, Hasselbaink en el Atlético de Madrid, Salva Ballesta en el Racing y Milosevic en el Zaragoza, y los sequé a los tres. También paré a Tamudo en el Espanyol, a Kluivert en el Barcelona… Puedo decir que los paré a todos. Bueno, a casi todos.

En Valladolid me tocó marcar a Alberto, un futbolista ya veterano, licenciado en Medicina, un poco pasado de peso. En teoría, el delantero menos peligroso al que me iba a enfrentar en toda la temporada. Sá Pinto marcó pronto el 0-1 y yo no sé si en el descanso me relajé o qué, pero en la segunda parte Alberto me volvió loco, se me escapó por todas partes y metió el empate. Poco después marcaron el segundo y volvimos a casa en autobús con una derrota inesperada, otra vez rozando los puestos de descenso.

Como era sábado por la noche, al llegar a Zubieta arranqué mi Seat Córdoba negro con cristales tintados, *bakaladero* total, y en vez de marcharme a mi piso compartido en Amara, tiré para Elgoibar. A la una y pico de la mañana encontré a mi cuadrilla en la discoteca Guass. Unos vodkas con naranja, un par de cigarros, unas risas, unos bailes y ya me olvidé de la Real. No por mucho tiempo. A eso de las tres, se me acercó un tío de malas maneras, me agarró del hombro y me gritó a un palmo de la nariz.

—¡Eh, Gurrutxaga!

—Qué pasa, qué quieres.

—Dos cosas. Una, eres un paquete. ¡Has dejado que metiera un gol el gordo de Alberto! Y dos: pierdes un partido ¿y sales de fiesta? ¿No te da vergüenza?

—Vete a la mierda, gilipollas.

Me agarró de la camisa, me llamó creído, paquete, me lo quité de encima de un empujón y volvió a por mí con los brazos en alto para zurrarme. Mis amigos se metieron en medio, ¡eeeh, quieto!, y nos separaron.

Un amigo me agarró del hombro y me acompañó hacia la salida de la discoteca, más o menos como Juan Gómez cuando me expulsaron en el Calderón. La gente me miraba, me reconocía, me señalaba.

Mi amigo me dijo:

—Zuhaitz, es mejor que te vayas a casa.

Me acosté con una frustración de mil pares. Desde mi debut en Primera, todo habían sido halagos, fotos y entrevistas, pero acababa de aprender lo que pasaba en cuanto las cosas se torcían un poco: todo el mundo me conocía, cualquiera podía abordarme, insultarme y decirme lo que le diera la gana. Y que no se me ocurriera pelearme, porque al día siguiente me sacarían en la prensa. Sentí que a cambio de la fama había perdido un buen pedazo de libertad.

Sentí más agobio: ya no podía meter la pata de ninguna manera, ni en el campo ni fuera de él, porque me estarían observando siempre con lupa.

Con Raúl tampoco pude. Después de perder en Valladolid, jugamos contra el Real Madrid en casa con muchos apuros, solo dos puntos por encima del descenso a falta de ocho jornadas, y me tocaba frenar a uno de los mejores delanteros del mundo. Salí nervioso. Raúl no era el más rápido ni el más fuerte ni destacaba por su disparo ni por sus cabeceos, pero era el mejor: siempre llegaba antes que nadie al punto exacto y creaba peligro cada vez que tocaba el balón. Qué tío. Yo jugué tenso, fuerte, concentradísimo, porque era mi única posibilidad de controlarlo, y él se paseaba silbando por el campo. No es una metáfora, ¿eh? El tío silbaba de verdad. Y no iba con las manos en los bolsillos porque no tenía bolsillos, pero flotaba por ahí, por el borde del área, de repente se metió en un hueco entre los defensas, justo para recibir un pase de Guti, darle un toquecito al balón y desviarlo hacia el punto de penalti, adonde llegaba Savio para rematar.

Minuto 4, asistencia de Raúl, gol de Savio: 0-1.

Si ya estaba nervioso, a partir de ese momento empecé a desesperarme. Hacía lo mismo que en otros partidos, marcaba a Raúl, intentaba pegarme a su espalda, enredarlo con los brazos, pero no conseguía nada. Él siempre daba un paso inesperado y recibía el balón con ventaja, lo lanzaba adonde yo no podía cortarlo, se me iba de todas todas.

El descanso no me vino nada bien. Al entrar al vestuario respiré y sentí alivio, como si me hubiera despertado de una pesadilla, pero cuando tuve que volver al campo, me asusté. Vi a Raúl charlando tan tranquilo con Guti, despreocupado, con una sonrisa, y pensé que enseguida iba a hacerme bailar otra vez como a una marioneta.

A los diez minutos de la segunda parte hice algo muy cobarde: simulé una lesión.

Me da vergüenza contarlo pero es la verdad.

Salté para cabecear una pelota, al aterrizar giré una pierna como si me hubiera torcido el tobillo y grité. Miré al banquillo. Nadie me hacía caso. Cojeé y di otro par de gritos para pedir el cambio. Algunos suplentes se dieron cuenta, avisaron a Clemente pero él siguió mirando para otra parte durante un buen rato. Me agobié, porque si atacaba el Madrid, ¿qué debía hacer? ¿Seguir cojeando para mantener la farsa, aun a riesgo de que nos marcaran un gol?

Por fin Clemente mandó que me cambiaran. No me miró en ningún momento, no me preguntó nada. Levantaron la tablilla con mi número, el 29, y me marché hacia el banquillo. Pero ojo, porque debía recorrer cuarenta metros por el campo simulando una cojera, y eso no es nada fácil.

Y si te están mirando treinta mil personas ni te cuento, treinta mil personas impacientes porque su equipo va perdiendo 0-1 y están esperando a que salgas de una puñetera vez del campo, y tú mientras tanto cojeas despaciiito, despaciiito para hacerlo creíble. El paseíllo se me hizo eterno. A mitad de camino ya no estaba seguro de qué tobillo era el que supuestamente me dolía, así que por si acaso me puse a cojear con las dos piernas.

Cuando por fin llegué al banquillo, pasé al lado de Clemente. Sin mirarme, dijo en voz alta:

—Tú no tienes nada, chaval. Tú te has *acojonao*.

Era el minuto 56 y mi retirada tuvo efectos inmediatos: empatamos en el 59, cabezazo de De Paula. En la última media hora nos vinimos arriba, llegamos en oleadas al área del Madrid y tuvimos un montón de ocasiones, pero Casillas dio un espectáculo y las paró todas. Nos quedamos con un punto y muy buena sensación.

Acabamos la temporada a trancas y barrancas. De repente enlazamos tres partidos buenos y parecíamos salvados: sacamos un punto contra el Madrid, ganamos 1-2 al Numancia y goleamos 4-1 al Athletic. Para mí fue un derbi muy especial, con un derbi dentro del derbi, porque me tocó marcar nada menos que a Joseba Etxeberria. Otro gran delantero y además de mi pueblo. Aún guardo el recorte del seguimiento que nos hicieron en un periódico: «Gurrutxaga pudo con Etxeberria». Lo guardo con mucho orgullo, porque para mí Etxebe siempre fue un ídolo, aquel día me salió un partido perfecto, lo anulé, y al acabar vino y me dio la mano.

La siguiente vez que me encontré con Etxeberria fue una década después, en un concierto. Yo tocaba la guitarra en un grupo que se llamaba Vanpopel y él escuchaba en primera fila. Al terminar vino a saludarme y a comprar uno de los discos compactos que vendíamos por 6 euros. Sacó un billete de 50 y yo no tenía cambio.

—Da igual, Gurru, dame los que lleguen.

Se llevó ocho discos, con redondeo a mi favor, que por algo lo apodaban el Gallo.

Total, que ganamos al Athletic, pero cada vez que sacábamos la cabeza del descenso, nos relajábamos y nos daban con el mazo: perdimos 2-0 con el Deportivo de La Coruña, empatamos 2-2 con el Málaga y perdimos 4-0 en Valencia.

Faltaban dos jornadas, solo estábamos cuatro puntos por encima del Betis, que marcaba el descenso, y lo peor de todo: el penúltimo partido era en Anoeta contra el Barcelona, que se jugaba la Liga. Si no nos ganaba, perdía el título ese mismo día. Venían con Guardiola, Litmanen, Kluivert, Figo, un equipazo impresionante, pero nos defendimos como fieras. Recuerdo dos cosas: que me tocó cubrir a Kluivert, sufrí muchísimo pero no marcó, y que en una jugada llegué tarde, me llevé por delante a Figo y solo me enseñaron la amarilla.

Empatamos a cero. Me dio un poco de pena ver a los jugadores del Barça abatidos, camino del vestuario, pero también sentí alegría: gracias a nuestro empate, la Liga la había ganado el Deportivo, y me imaginé a toda Coruña celebrando por fin su primer título, me imaginé a los niños y los viejos que había visto llorar seis años antes por el penalti de Djukic, me los imaginé saltando y riendo y llorando pero esta vez de felicidad. Los jugadores de la Real nos quedamos unos minutos en el campo, muchos espectadores también, esperando a que terminaran los demás partidos de la jornada. Por fin lo anunciaron las radios: el Betis había perdido, estábamos salvados. Lo celebramos con una mezcla extraña de euforia y alivio, saludando con un poco de vergüenza al público de Anoeta.

En fin: a todo el mundo le pareció una temporada horrible, menos a mí, que había debutado en Primera, me había convertido en titular indiscutible y me había ganado montones de elogios.

Ya se encargó Clemente de que también terminara horrible para mí.

El lunes desayuné mi colacao en el bar, miré el periódico, me hinché de orgullo por el cinco que me daban otra vez, y el martes fui a Zubieta más relajado que nunca. Nos quedaba el último partido en Oviedo, no nos jugábamos nada y ellos tampoco, así que esta vez ni me preocupé por el delantero rival. Hasta fantaseé con subir en algún ataque y marcar mi primer gol con la Real.

Entonces llegó Clemente.

—Chaval, el domingo no juegas.

—¿Cómo?

—Vas a jugar el sábado con el Sanse.

El equipo filial estaba disputando una liguilla de cuatro equipos para subir de Tercera a Segunda B. Yo aún tenía ficha del filial, así que a Clemente le pareció buena idea mandarme como refuerzo. Los rivales eran el Racing de Santander B, el Txantrea y el Barbastro, no me jodas.

A mí, que ya me creía una figura de Primera, me supo fatal. Y mi reacción consistió básicamente en hacer el bobo. Me teñí el pelo de rubio platino, me presenté en el vestuario del segundo equipo con aires de estrella, viajamos a Santander y me tocó marcar a un juvenil de diecisiete años. ¡A mí, que venía de marcar a Raúl y Kluivert! Pues el chaval metió tres goles y perdimos 3-1. Vaya ridículo hice.

Yo andaba a por uvas, pero el pobre entrenador del Sanse no tenía otro remedio que seguir alineándome: le habían prestado al defensa titular del primer equipo, cómo iba a sentarme en el banquillo. Mejor le hubiera ido. Todavía teníamos opciones, pero la semana siguiente fuimos a la Txantrea, un barrio de Pamplona, perdimos 1-0 y se acabó.

Clemente vio el partido de Santander desde la grada y al terminar bajó al vestuario a cantarme las cuarenta.

—A ver si te dejas de chorradas, chaval. ¿Pero tú adónde vas con ese pelo? ¿Qué te crees, una estrella del espectáculo?

Quién le iba a decir a Clemente que unos años después pagaría una entrada para verme actuar en el escenario del Teatro Principal de Donostia. Y quién me lo iba a decir a mí, claro. No sabes el susto que me llevé ese día, cuando empecé el monólogo contando que yo nací el día de san Clemente y de pronto lo vi ahí sentado en una de las primeras filas. Casi me atraganté. Ya no podía cambiar las escenas que contaba sobre él, su llegada a Zubieta con la frase de los trescientos millones en el banco, los cigarros que se fumaba en el vestuario, así que tiré *p'alante* y hala, que sea lo que san Clemente quiera.

Cuando salí del camerino, vi que Clemente me esperaba en el pasillo. Lo saludé apuradísimo.

—Hombre, Javi, qué tal.

—Bien, bien. Muy bueno lo tuyo, Gurru, eres un artista.

—No te habrá molestado algo de lo que he dicho sobre ti…

—¡Qué va, hombre! Me he descojonado. Si a ti te va bien, de mí cuenta lo que quieras.

En agosto me convocaron con la selección española sub-21 para jugar un partido en Alemania. Me presenté en el aeropuerto de Barajas y me encontré con Raúl, Guti, Guardiola, los jugadores de la selección absoluta, porque ellos también jugaban en Alemania y viajábamos juntos. Yo andaba ahí apurado entre tanta estrella, calladito en una esquina, y de repente oí un grito:

—¡Hombre, Gurrutxaga!

Era Tamudo, el delantero del Espanyol. Yo le había hecho un marcaje desesperante en Anoeta, lo estuve agarrando todo el rato, y en una de esas jugadas me dijo:

—Qué te pasa, chaval, que quieres mi camiseta o qué.

—¿Tu camiseta? Pero si eres muy malo…

—Sí, soy muy malo, pero gano el triple que tú.

Bien respondido. Los dos sabíamos que este rollo de ofendernos era parte del juego. Un teatrillo. De hecho, ganamos el partido y al terminar me acerqué a darle la mano.

—Bueno, Tamudo, entonces me das la camiseta o qué.

Empezó a quitársela y le di esquinazo.

—Que no la quiero para nada, hombre, ni que fueras Maradona.

Él se rio.

Unos meses después, cuando nos encontramos en el aeropuerto de Barajas, él con la selección absoluta y yo con la sub-21, se tomó la revancha. Me llamó a voces para que lo oyeran todos.

—¡Gurrutxaga, no me jodas! ¿Vas a empezar a agarrarme otra vez? Me dejarás subirme al avión, ¿no?

Era un tío simpático. Me dio un abrazo y yo no le dejé soltarse durante medio minuto.

Como vasco, que me llamara la selección española seguía teniendo su complicación. Si iba, para algunos sería un traidor españolista. Si no iba, para otros sería un radical separatista. Y yo en medio, preocupado por la cara que ponía durante el himno y por mis ansias. Esta vez contenté a todos: a unos, porque dije que sí y jugué; a otros, porque metí dos goles en propia puerta. Seguía aumentando mi leyenda en la selección española, pero esta vez igual ya fue demasiado hasta para mi tío el del himno. Es verdad que fueron dos tiros que me pegaron en el cuerpo y salieron desviados, mala suerte, pero la selección sub-21 llevaba tres o cuatro años sin perder un partido y ese día, con mis dos autogoles, palmamos 3-1.

He dicho que ese día contenté a todos. Me olvidaba de Clemente. Él era muy amigo del seleccionador sub-21, Iñaki Sáez, otro exjugador y exentrenador del Athletic. Cuando volví a Zubieta, Clemente me aplicó sus técnicas de refuerzo psicológico:

—Mecagüenlaleche, Gurrutxaga, le dije a Iñaki que te llevara a la selección y menudo ridículo has hecho.

# 11. VENGA, GURRU, NO PASA NADA

Dijese lo que me dijese, Clemente me apreciaba. Él estaba muy contento con mi temporada y la Real me ofreció un contrato de tres años con el primer equipo. Cobraría el sueldo más bajo de la plantilla, como correspondía a un chaval recién ascendido, pero me dio para comprarme un piso a tocateja en Donostia antes de cumplir los veintidós. Casi nada. Y si durante esas tres temporadas jugaba más de treinta partidos en total, participando por lo menos 45 minutos en cada uno de ellos, la Real me renovaría automáticamente el contrato otros tres años con un aumento jugoso de sueldo. Lo tenía chupado: ya me veía como mínimo seis años más en la Real, ganando buena pasta y convertido en un defensa legendario del club.

Clemente me tenía una confianza absoluta. Me puso de titular en el primer partido de la Liga 2000-2001, en casa contra el Racing de Santander. Nos adelantamos 2-0, con goles de Idiakez y Jankauskas, dominamos a placer, aquello olía a goleada, el público aplaudía feliz y yo corría por el sendero de la alegría entre campos de margaritas y unicornios rosas hacia el horizonte del futuro esplendoroso, más o menos hasta el minuto 88, cuando Vladímir Yevguénievich Beschástnyj empezó a arrugarme el futuro. No es que hiciera nada extraordinario: marcó el 2-1 de penalti. Pero en esa jugada expulsaron a Aranzabal, nos quedamos con diez y nos temblaron las piernas. El Racing colgó balones a la desesperada, y en una de esas disputas aéreas, en el minuto 94, conseguimos los primeros siete puntos de la Liga: los que le cosieron a Jankauskas en la ceja izquierda, después de que un jugador del Racing se la abriera de un codazo. Jankauskas se retiró con la cara cubierta de sangre. El árbitro pitó falta. Falta… contra la Real. No sé, le parecería que Jankauskas le había dado un cejazo contra el codo o que su manera de sangrar era desagradable, vete a saber. Nos quedamos con nueve, el Racing sacó la falta a todo correr, entraron a nuestra área en tromba, no sé ni por dónde se coló el balón, pero metieron gol y el árbitro pitó el final. Adiós a mi futuro esplendoroso.

Tampoco parece para tanto, solo era un empate en el primer partido. Pero veníamos de una temporada horrible, con el fantasma del descenso persiguiéndonos todo el año, y ese empate en el último segundo nos alteró los nervios. Se notaba. En los siguientes partidos el equipo jugaba con mucha tensión, oíamos el runrún de las gradas, leíamos las críticas en la prensa, y yo me sentía cada vez más inseguro en el campo.

En mi segundo año, Clemente me exigía más. Ya no me mandaba perseguir al delantero rival por todo el campo, eso había sido un recurso desesperado para un equipo desesperado: empezábamos temporada nueva y aspirábamos a un juego un poco más ambicioso. Así que me tocaba jugar en la línea de cuatro defensas, coordinando mi posición con los compañeros, tirando el fuera de juego, sacando el balón jugado y no a base de patadones… Nada nuevo para mí, era lo que había hecho siempre en juveniles y en el filial, se me daba bien, pero en Primera me costaba mucho. Perseguir a Hasselbaink por todo el campo era muy simple. Pero ya el día del Racing me sentí perdido muchas veces, dónde están mis compañeros, dónde me tengo que poner yo, hacia dónde me muevo, los movimientos no me salían de manera automática, tenía que

pensar y corregirme todo el rato, así que llegaba tarde a las disputas, rompía el fuera de juego, me ponía nervioso cada vez que me caía el balón y tenía que pasárselo a un compañero… Lo que ocurre es que el Racing no creó ningún peligro hasta el minuto 88, y en el primer partido mis dudas quedaron más o menos disimuladas.

El disimulo me duró siete días y 32 minutos. Durante los primeros 31 minutos del siguiente partido, en Vigo, nos dedicamos a ver cómo pasaban los delanteros del Celta en vuelo rasante: Catanha, Mostovoi, Gustavo López, Karpin, madre mía, cómo volaban los tíos. Ni los olíamos. En el minuto 32 me dormí con la pelota, tenía que pasársela a un compañero pero no veía a ninguno desmarcado, me giré a un lado, me giré al otro, de repente apareció Catanha, me la robó, se la pasó a Gustavo López y gol. En el 33, Catanha se me escapó otra vez, Jauregi lo derribó y penalti. Por suerte, el propio Catanha lo tiró fuera. En el 35, Mostovoi centró sin oposición, Catanha se coló entre Rekarte y yo, cabeceó y gol. En el 36, Catanha tiró desde fuera del área, rechazó el portero y remachó Mostovoi. Tres goles y un penalti fallado en cinco minutos.

Catanha, Catanha, Catanha, esa noche tuve pesadillas con Catanha.

No sabes cómo me jodía Catanha con su puñetera gaviota. Cuando marcaba un gol, el tío corría dando saltitos y aleteando los brazos, miraba a la grada, a los rivales, con una sonrisilla vacilona que a mí me reventaba. Ya me había hecho la gaviota con el Málaga, me la volvió a hacer con el Celta y ocho años más tarde me la hizo ¡con el Linares! Yo ya le tenía la pista perdida, lo daba por retiradísimo, y me lo encontré en Segunda B, en esos campos olvidados del Señor, él jugando en el Linares y yo en el Zamora. Por supuesto, nos metió un gol y se puso a hacer la gaviota. La gaviota en Segunda B, Catanha, no me jodas.

Total, que Catanha me volvió loco en Vigo y el Celta nos ganó 4-1. Mira este recorte de prensa con las declaraciones de Clemente: «Catanha tiene mucha astucia y Gurru es un crío, le falta mucho por aprender». En las puntuaciones me dieron un cero, con este comentario: «El peor partido de Gurrutxaga desde que está en la Real. Nunca pudo frenar a los puntas vigueses y Catanha le robó la cartera en los dos primeros goles. Siempre fuera de sitio».

Yo ya no era el novato del filial al que se le perdona todo. Si jugaba un partido desastroso, la prensa lo decía sin tapujos. Empecé a sentir la responsabilidad como una mochila de plomo.

Otro jugador salió señalado de Vigo: Mattias Asper, nuestro portero sueco, un rubio de dos metros que acababa de llegar a la Real como un gran fichaje y en los primeros seis partidos se comió dieciocho goles. En teoría dominaba el juego aéreo mejor que nadie, pero en aquel inicio de Liga por abajo se las metían todas y empezó a dudar también por arriba. Tampoco sería todo culpa suya, porque en el séptimo partido lo sentaron en el banquillo y el otro portero, Alberto, se comió cuatro. Lo que pasa es que Asper era el primer portero extranjero de la Real, un club que presumía de sacar porteros extraordinarios de la casa, Arconada, Eizaguirre, Arakistain, Urruti, todas esas leyendas. Al pobre Asper lo miraban con lupa.

Al principio de la temporada, Clemente nos había anunciado como sus dos apuestas para reforzar la defensa: Asper y Gurrutxaga. Madre mía.

Los seguidores de la Real se acuerdan mucho de los fichajes de aquel año.

Un portero sueco: Asper. Jugó diez partidos, encajó veintitrés goles.

Un delantero malgache: Collet. Jugó seis partidos, no marcó ningún gol.

Un centrocampista turco: Tayfun. Este salió bastante bueno, se quedó tres temporadas, marcó nueve goles.

Un delantero turco: Arif Erdem. Jugó dos partidos con la Real, uno de ellos vestido con la camiseta del Espanyol. Luego te lo cuento, es como para no creérselo.

Y un centrocampista belga: Peiremans, que se lesionó en el primer trote del primer entrenamiento de la pretemporada y se retiró del fútbol.

La gente se acuerda de Peiremans con ironía, pero a mí su historia me impresiona. La Real pagó mucha pasta por su fichaje. Venía del Twente neerlandés, antes había jugado en el Anderlecht y en la selección belga. Era un tío alto, fuerte, medio calvo, con cara de bonachón, sonriente. En el primer entrenamiento de la pretemporada, salimos todos los jugadores al campo de Zubieta, saludamos al público de la grada, nos hicimos fotos y empezamos a trotar. Dimos la primera vuelta al campo y al pasar justo por la grada, Peiremans se paró en seco y se llevó la mano a un muslo. En el último tramo de la temporada anterior había sufrido una rotura de fibras en los isquiotibiales. Nada grave. Pero en Zubieta se le volvieron a romper. Pasó un tiempo recuperándose pero enseguida se le rompieron por tercera vez, se le complicó la lesión, lo operaron, desapareció durante meses, volvió a los entrenamientos, ya parecía que estaba bien, en abril jugó por fin un partido amistoso… y se volvió a romper. El siguiente verano la Real lo declaró transferible, pero ningún equipo quería a Peiremans y lo cedieron al Eibar, que estaba en Segunda. Allí, en un entrenamiento, se lesionó otra vez.

El pobre hombre se retiró del fútbol.

Bueno, ya sabes lo que dirían algunos: «¿Pobre hombre? Joder, con la pasta que cobraba, no le duraría mucho el disgusto. Ya me cambiaría yo por él…». En una entrevista Peiremans contó que había sufrido depresión y alcoholismo, que se divorció y que unos años más tarde tuvo un accidente muy grave con el coche cuando llevaba a su novia. Había bebido. Ella quedó en coma varias semanas, por suerte se recuperó. Él pasó muchos años en terapia, en el Anderlecht le dieron la oportunidad de entrenar a los chavales de las categorías inferiores y parece que le sirvió para centrarse. Decía que ahora está bien, que trabaja repartiendo pescado, pero que la lucha contra la dependencia del alcohol será para toda la vida.

En Donostia se recuerda mucho la historia de Peiremans: vaya cagada de la Real, que fichó a un cojo… Pero cuando yo caí en la depresión, uno de los pensamientos que recuerdo es ese: tengo más dinero del que necesito pero no me sirve para nada.

Leí que Álex Remiro, el portero actual de la Real Sociedad, empezó a trabajar con una psicóloga a los veinte años y que le vino muy bien para manejar la presión. Todavía hay gente que se burla de estas cosas: bah, mariconadas, Arconada no necesitaba ningún psicólogo… Me parece una visión muy corta de la realidad. Y del fútbol. «¡Échale huevos, chaval!», y ya está, ¿no? El rendimiento mental es tan importante como el muscular, hay futbolistas que pasan por situaciones muy jodidas, de mucho estrés, responsabilidad, miedo, y eso te puede destruir. Sobre todo cuando son críos, chavales de veinte años, pero con treinta también te puede pasar. Cuando jugaba yo, ni se hablaba de estas cosas. No comentaba mis miedos con nadie, me lo tragaba todo en silencio hasta que me explotó la cabeza y no entendía nada. Solo fui a una psicóloga cuando ya me pasaban cosas muy preocupantes fuera del fútbol, cuando ya se me jodió la vida. Si yo hubiera tenido un apoyo psicológico a los veinte años como el de Remiro, no sé si mi trayectoria deportiva hubiera sido mejor, eso ya me da igual, pero seguro que habría sufrido muchísimo menos en los campos. El fútbol era mi pasión, mi sueño desde niño, y lo acabé odiando con todas mis fuerzas.

La confianza absoluta que me tenía Clemente duró dos jornadas. La tercera me dejó en el banquillo y no tengo nada que reprocharle, qué le voy a reprochar, después de mi partido desastroso en Vigo. Lo que sentí fue alivio por no tener que salir otra vez al campo.

Jugamos en casa contra el Deportivo. En el minuto 51 ganábamos 1-0 y el árbitro expulsó a Loren, uno de nuestros defensas centrales. El entrenador del Dépor aprovechó para hacer un cambio ofensivo. Metió a Walter Pandiani, delantero centro uruguayo, un tío potente, bastante peculiar, famoso porque no iba a los entrenamientos con un BMW, un Porsche o un Ferrari: el tío iba por la ciudad conduciendo la cabeza tractora de un camión y tiraba de una cadena para que sonara una bocina tremenda. Para frenar a Pandiani y mantener el resultado, Clemente recurrió a uno de sus grandes clásicos. Se giró al banquillo y me dijo:

—Gurru, a por él.

No me dio tiempo ni a calentar. Clemente quitó a un delantero y me puso a mí. Salí con confianza porque solo tenía que concentrarme en mi especialidad: me pegué a Pandiani como una lapa, lo perseguí por todo el campo, lo enredé con los brazos, lo agarré, le entré fuerte. Por fin algo a lo que sí sabía jugar.

Pues nada, ni aun así. Pandiani solo tardó cinco minutos en marcar el empate con un cabezazo. Pero yo no tardé ni seis minutos en desquiciarlo: ya se había cabreado muchísimo conmigo, y en la jugada siguiente al gol volvió al ataque, yo choqué contra él, rodó por los suelos, se levantó, ignoró el balón, esprintó a por mí como un búfalo con almorranas y me pegó un hachazo desde atrás. ¡Tarjeta roja!

Hasta ese momento estábamos con uno menos, el Dépor atacaba en oleadas, faltaba media hora y tenía toda la pinta de que nos iban a ganar. Pero nos quedamos diez contra diez, el partido se equilibró y terminamos empate a uno.

La patada de Pandiani me dolió un par de días pero yo me sentía feliz. Había firmado mi mayor aportación en toda la temporada: conseguir que expulsaran a un delantero rival en apenas seis minutos. Ese era el nivel.

El cuarto partido de la temporada fue uno de los más rocambolescos y creo que el más largo de la historia de la Liga hasta ese momento. Duró dieciocho días.

Ya empezó raro. Como el Espanyol viste con rayas blanquiazules, para jugar en su campo nos pusimos nuestra segunda equipación de aquel año: una camiseta de color azul oscuro en el pecho, y blanca en los costados y las mangas. Al árbitro le pareció que seguía pareciéndose demasiado a la del Espanyol y podía confundir. ¿Solución? El Espanyol nos prestó su segundo uniforme: jugamos con unas camisetas rojas con su escudo y la publicidad de Conservas Dani.

Fue un partido tan raro que el turco Arif Erdem marcó su único gol con la Real y lo hizo vestido del Espanyol. Tan raro que Idiakez marcó un gol de falta directa, el primero de la Real después de tres años y medio. Yo creo que estaba pasando algo raro en el universo, se había roto la programación o algo, porque al final de la primera parte el cielo se puso negro, negrísimo, de color petróleo. Llegamos 1-2 al descanso, entramos al vestuario y cayó una tromba colosal. El campo quedó inundado, el balón no rodaba. Así que el árbitro aplazó el partido y no encontraron una fecha disponible para reanudarlo hasta diecisiete días después.

En ese intervalo jugamos el quinto partido, en casa contra el Barcelona, y nos cayó otra tromba: gol de Rivaldo en el minuto 2, gol de Alfonso en el 16, gol de Alfonso en el 21, gol de Rivaldo en el 30, gol de Luis Enrique en el 36 y gol de Simão en el 40.

¿Has perdido la cuenta? 0-6 en la primera parte.

Yo por suerte estaba en el banquillo, y cada vez que Clemente nos miraba a los suplentes, buscando algún remedio para aquel chaparrón, me agachaba para estirarme las medias. En la segunda parte no hubo goles. Supongo que ellos ya se relajaron. Siendo optimistas, se podría

decir que empatamos medio partido contra el Barça.

Con un 0-6 clavado en el lomo, imagínate con qué confianza viajamos a Montjuïc a jugar la segunda parte pendiente contra el Espanyol. Cada entrenador podía alinear los jugadores que quisiera, independientemente de los que hubieran jugado la primera parte diecisiete días antes, así que Clemente hizo cambios para mantener el 1-2: quitó a Jankauskas, Erdem y Jojlov, tres delanteros, y nos puso a Fuentes, Jauregi y Gurrutxaga, tres defensas. Clemente puro. Pues salió bien: jugamos con la tercera camiseta de la Real, una de color verde, aguantamos el resultado y conseguimos la primera victoria de la temporada.

Aun así, el equipo daba una imagen penosa y la directiva le planteó un ultimátum a Clemente: si pierdes el siguiente partido contra el Rayo Vallecano, te vas a la calle.

Clemente decidió morir con las botas puestas y nos alineó como titulares a sus dos apuestas defensivas. Al pobre Mattias Asper, el portero al que le caían goles de todos los colores, y a mí, el defensa central más tembloroso que te podías encontrar desde la Primera División hasta el fútbol playero.

Asper y yo respondimos a la confianza de Clemente con nuestro mejor despliegue de gags. En Vallecas llegué tarde a todos los balones, arrollé a rivales y compañeros, despejé pelotazos que volaban por la estratosfera y acababan cayendo detrás de mí, me resbalé, me tropecé, me caí, me choqué un par de veces con Asper y dejamos el balón botando a placer para que marcaran los delanteros rivales. Te recomiendo ver el resumen del partido a cámara rápida y con la música de Benny Hill. A Asper y a mí solo nos faltó resbalarnos con una cáscara de plátano y lanzarnos tartas a la cara. El Rayo nos clavó dos goles de falta directa. En el primero, Asper no saltó a por el balón: se desplomó de un modo muy raro, casi sin mover los pies del suelo, como si de repente lo hubieran desenchufado. Más tarde, mientras el delantero del Rayo corría a rematar un centro en el punto de penalti, yo me quedé de vacaciones diez metros fuera del área, observando la jugada con estupor, como si de repente se me hubiera olvidado quién era yo y qué hacían esos tíos corriendo en pantalón corto por un campo verde con rayas blancas. Cuando desperté, ya íbamos 4-1.

Aún tuve tiempo de reaccionar y de intervenir en el partido. En el minuto 89, el delantero Elvir Bolić controló el balón en nuestra área, de espaldas, en una situación sin mucho peligro, pero yo quise demostrar que estaba allí para algo, así que le entré. Le entré tarde y mal, lo zancadilleé y el árbitro pitó penalti. La grada se burló de mí cantando:

—¡Rayo, fíchalo! ¡Rayo, fíchalo! ¡Rayo, fíchaloooo!

Bolić falló el penalti, nos libramos del quinto gol, pero diez mil tíos cantaban descojonándose de mí. Fue muy humillante.

Tras el 4-1 echaron a Clemente. Me dio pena, porque para mí siempre será san Clemente, el entrenador que creyó en mí y me hizo debutar en Primera, pero por otro lado sentí alivio: estaba seguro de que el siguiente entrenador conocería mis partidos desastrosos y no me pondría de titular durante un buen tiempo. Así andaba yo de confianza. No me sentía capaz de dar un pase a diez metros y lo único que deseaba con todas mis fuerzas era no volver a jugar.

Pero resulta que ficharon como entrenador a Periko Alonso, jugador de aquella Real que ganó las dos Ligas en los años ochenta, jugador también de la selección española y del Barcelona, padre de Mikel y Xabi Alonso, un histórico del club, un hombre de la casa, un buen hombre, muy buen hombre, no sé si demasiado, porque mira lo que hizo: me llamó a su despacho y me dijo que confiaba mucho en mí, que me había seguido en los últimos años y me consideraba buen jugador, que aún era muy joven, que si tenía un poco de tranquilidad, llegaría a convertirme en

un defensa de la talla de Górriz o Gajate. Nadie me había hablado nunca así. Salí de su despacho con las pilas recargadas.

Me puso de titular el siguiente domingo en Anoeta, contra el Real Madrid nada menos. Llegué a pensar que podría ser el partido perfecto para venirme arriba, para reivindicarme otra vez como buen defensa ante los mejores delanteros de la Liga y darle la vuelta a mi desconfianza. Hasta que en el minuto 12 desplegaron una de esas combinaciones de billar que nos volvían locos y nos sacaban de sitio: Figo a Raúl, Raúl a Figo, Figo a Savio, que entra al área, chuta, me tiro al suelo, consigo parar el balonazo con mi cuerpo, pero la pelota se queda ahí mismo, muerta, a mi lado, tardo una eternidad en levantarme, Savio la rebaña, me quedo mirando a cuatro patas, Savio se la pasa a Guti y gol.

Nuestro portero Alberto dio un puñetazo al aire cabreadísimo hacia mi dirección y en la tele se oyó perfectamente su grito:

—¡¡¡Joder!!! ¡¡¡Cojones!!!

Si ya había salido nervioso, a partir de ese momento jugué aterrorizado. Yo era una sombra de futbolista que se movía por el campo rezando para que el balón no se le acercara, quería hacerme invisible, que nadie se diera cuenta de mi existencia, y esto resulta un poco complicado si estás jugando contra el Real Madrid en un estadio con treinta mil espectadores y varios millones por la tele.

El equipo reaccionó bien, salió al ataque y tuvimos varias oportunidades claras para empatar. Casillas hizo dos o tres paradones a Jankauskas y De Pedro. No pintaba mal la cosa. Hasta que en el minuto 40 el Madrid metió un saque de banda a nuestra área, Guti controló el balón, le dio un toquecito hacia adelante y yo, como llegaba tarde, lo arrollé y nos pitaron penalti en contra. Me llevé las manos a la cara, desesperado. Guti me dio una palmada en el hombro y me dijo:

—Venga, Gurru, no pasa nada.

Hierro marcó el penalti. En la segunda parte también jugué fatal y terminamos 1-4, pero cuando nos retiramos al vestuario, me quedó un pequeño consuelo. Fui tan bobo como para contárselo a mis compañeros con una sonrisa.

—Guti me ha llamado Gurru.

Solo mis amigos me llamaban Gurru. Y yo me sentí tan hundido después de hacer el penalti, que el hecho de que Guti me llamara Gurru me hizo creer que éramos un poco amigos, aunque nunca hubiéramos cruzado ni media palabra. Te da la risa, ¿no? Yo admiraba a Guti, me parecía un futbolista buenísimo, y me sentía una mierda tan absoluta que me agarraba a cualquier gesto de cariño o reconocimiento. Tú imagínate lo que pensarían mis compañeros de mí, del jugador más desastroso del partido, después de recibir cuatro goles, con el equipo en puestos de descenso, cuando entré al vestuario y les dije todo contento que Guti me había llamado Gurru.

Me vacilaron el resto de la temporada. Cada vez que Guti jugaba un buen partido o metía un gol o lo destacaban por cualquier cosa, mis compañeros me decían:

—¡Gurru, vaya golazo metió ayer tu amigo! ¿Te llamó por la noche para contártelo?

Vaya panda de cabrones.

Un año y medio después, cuando jugamos de nuevo contra el Real Madrid en Anoeta, un trabajador del club entró al vestuario al terminar el partido y dijo:

—Gurrutxaga, aquí fuera hay un rubio del Madrid que quiere cambiarte la camiseta.

Toma ya. Mis compañeros fliparon.

—¡Joder, Gurru! ¡Que es verdad que Guti es tu colega!

En aquel partido yo fui suplente, así que Guti no había podido cambiarse la camiseta conmigo

al terminar, porque yo ya estaba en el vestuario. Así que salí todo orgulloso, me encontré con un chaval en la puerta y miré más allá para ver si encontraba a Guti. El chaval me saludó.

—¡Hola, Gurru!

Tardé tres segundos en darme cuenta. Joder, pero si era Borja Fernández, un chaval recién ascendido al primer equipo del Real Madrid, un gallego con el que coincidí en la selección española juvenil. Y joder, también era rubio.

—¡Hombre, Borja, qué tal!

Nos abrazamos, charlamos, le di mi camiseta y él me dio la suya. La enrollé bien enrollada antes de entrar al vestuario y me fui rápido a mi taquilla, pero uno de mis compañeros me gritó:

—¡A ver, Gurru, esa camiseta de Guti!

La levanté un poco en el aire, apretada en el puño. Me la quitaron, la desplegaron y le dieron la vuelta: Borja 8.

Cómo se descojonaron los cabrones.

Para mi alivio, Periko Alonso no volvió a alinearme nunca más. Pobre Periko. Qué buena persona es y cómo sufrió. Él no estaba allí por la pasta ni por la oportunidad de entrenar en Primera División, él estaba allí intentando salvar al equipo de sus amores, al club de su vida. Perdíamos partido tras partido y él lo vivía con una angustia terrible. Creo que sus ánimos tocaron fondo en Málaga. Los jugadores estábamos preocupados, por supuesto, pero en la víspera del partido, en la cena del hotel, nos relajamos un poco, decíamos chorradas, nos reíamos. Al fin y al cabo éramos una cuadrilla de chavales. Periko entró al comedor justo cuando nos reíamos a carcajadas por alguna tontería y se le puso una cara… Nos miró, no dijo ni una palabra y no levantó la vista del plato en toda la cena. El hombre estaba tristísimo. La Real seguía en última posición y se iba a Segunda, unos días antes el Beasain nos había eliminado de la Copa, ¡el Beasain, de Segunda B!, y cuando nos vio a los jugadores de cachondeo, creo que se le partió el alma.

El Málaga nos ganó 3-0.

Al día siguiente Periko Alonso dio una rueda de prensa para anunciar que dejaba el cargo de entrenador. No solo en la Real: anunció que dejaba el fútbol para siempre. Y lo cumplió.

Unos días más tarde se abrió la puerta del vestuario y entró John Benjamin Toshack, el tercer entrenador del equipo en cuatro meses. El galés era un tipo imponente, alto, ancho de hombros, con la cara cuadrada, la mandíbula prominente y la nariz de boxeador. Siempre estaba bronceado, con el pelo color trigo. Solía parecer muy serio, y casi era mejor así, porque cuando sacaba una sonrisa era para lanzarte una ironía que te fulminaba.

Toshack fue una leyenda del fútbol británico en los años setenta, delantero del Swansea y del Liverpool, ganador de un montón de ligas inglesas y copas europeas. En la Real era un semidiós. Llegó a Donostia en 1985 como primer entrenador extranjero en medio siglo, con mucha presión, porque recibía el equipo que había ganado dos Ligas y que iba en declive. Lo que hizo fue impresionante, la verdad. Forzó la salida de algunos jugadores emblemáticos, incorporó a jóvenes del Sanse, revolucionó el sistema de juego… Al tío no le temblaba la mano. Una vez perdieron una eliminatoria de Copa en Oviedo, cuando el Oviedo estaba en Segunda, se fueron a dormir al hotel y Toshack mandó despertar a los jugadores a las cuatro de la madrugada. Cuando los jugadores subían al bus, muertos de sueño, les dijo: «No nos vamos a casa. Vamos directos a Zubieta y a entrenar». Un año después la Real ganó la Copa y al siguiente llegó a la final, la

misma temporada en la que también fueron subcampeones de Liga. O sea que después del madrugón de Oviedo no volvieron a perder una eliminatoria en dos años. A Toshack le permitían estos arrebatos porque el equipo iba fenomenal, claro, hizo cuatro temporadas muy buenas.

Luego lo fichó el Real Madrid y ganó la Liga, pero lo echaron rápido. Allí se encontró con gallos tan gallos como él o más, en el vestuario y en la directiva. Te acuerdas de sus frases famosas, ¿no?, con su acento británico y su sarcasmo… Cuando dijo que sus jugadores corrían como pollos sin cabeza. Cuando explicó que el domingo por la noche le gustaría cargarse a los once que habían perdido; en el entrenamiento del martes, viendo a los suplentes, ya solo quería cargarse a seis o siete; el jueves a dos o tres; y el siguiente domingo acababa poniendo a los mismos once cabrones de siempre. Y sabes aquella que contaba Paco Jémez, ¿no?, de cuando Toshack entrenaba al Deportivo. Jémez tenía alguna molestia en un pie. «Míster, me voy a retirar, es que cada vez que le pego al balón me duele». Y Toshack: «Sí, vete, vete, que cada vez que tú la pegas me duele a mí también». En Madrid la prensa le daba mucha caña y él decía que las críticas le resbalaban como agua por espalda de pato. También soltaba pullas contra la directiva: «Los camareros no le dicen al jefe cómo tiene que trabajar». El presidente Lorenzo Sanz le exigió que rectificara y Toshack contestó delante de los micrófonos: «Es más fácil ver a un cerdo volando sobre el Bernabéu que a mí rectificando». Al día siguiente lo echaron.

Eso fue en su segunda etapa en el Madrid. Porque tuvo tres etapas en la Real y dos en el Madrid, sí.

A mí me tocó su tercera etapa en la Real y tengo un recuerdo horrible. Mira, yo nunca criticaré a un entrenador porque no me haya alineado. Tampoco lo criticaré porque tenga un carácter fuerte o sea arrogante o desafiante o lo que quieras. Pero Toshack no daba respeto, Toshack daba miedo. Yo nunca he sentido eso con nadie más.

Él decía que era un cabrón simpático. Bueno, yo estoy de acuerdo con la mitad de esa definición.

Cuando dimitió Periko Alonso, Toshack estaba entrenando al Saint-Étienne y la Real pagó una buena pasta en Navidades para traerlo sobre la marcha. Nada más llegar a Donostia tomó dos decisiones. Una: recuperar al hijo de Periko, a Xabi Alonso, que entonces era un centrocampista de diecinueve años que jugaba prestado en el Eibar. Lo hizo debutar enseguida en Primera. Toshack sabía algo de fútbol, eso no se puede negar. Y dos: fichó a Luiz Alberto y Kvarme, los dos defensas centrales que tenía en el Saint-Étienne, así que entendí que yo ya no iba a jugar más. Ya te digo que Toshack sabía algo de fútbol.

Me relajé un poco. Vi que los domingos ya no me iban a echar al coliseo a que me comieran los leones, así que me calmé, me centré y empezaron a salirme entrenamientos cada vez mejores. Toshack me puso en algunos partidos, saliendo siempre del banquillo en los últimos minutos, no mejoré mucho mi juego pero tampoco causé desastres al equipo: con eso ya me conformaba. Nos salvamos a trancas y barrancas. Y terminé mi segunda temporada en la Real, la segunda consecutiva al borde del descenso, con una inseguridad cada vez mayor.

# 12. EL MEJOR DEGOLLADOR DE CABRAS DE TODAS LAS LIGAS EUROPEAS

Mis compañeros de equipo se fueron de vacaciones a Bali, Zanzíbar o Santorini y yo me piré con mi cuadrilla en autobús a Benidorm. Siete noches, siete juergas: mi mayor regularidad de la temporada.

Nada más volver a casa, viajé otra vez de vacaciones con la Real. Lo llamaron pretemporada, pero en realidad nos fuimos a pasar unos días muy relajados a Estambul, porque Toshack había entrenado allí al Besiktas y le apetecía visitar a sus amigos. Los demás equipos de Primera se iban en julio a Holanda, Austria o Alemania, a lugares de Europa donde no apretara el calor, y nosotros hala, a Estambul, con un bochorno de 35 grados todos los días. No teníamos muchas ganas de correr, la verdad. Un día nos entrenábamos y al siguiente nos íbamos de paseo por el Gran Bazar, Santa Sofía o la Mezquita Azul. Navegamos por el Bósforo, comimos en los restaurantes de pescado… La última noche, Tayfun, nuestro centrocampista turco, nos llevó a la discoteca más famosa de Estambul y estuvimos de fiesta hasta que la cerraron. Fue la pretemporada más divertida de mi carrera. Así empezamos luego la Liga: en los primeros ocho partidos sacamos dos empates y seis derrotas. Supongo que será el peor inicio en la historia de la Real, habrá que mirarlo, a ver si me puedo apuntar también ese récord.

En Turquía, entre excursión y excursión, jugamos un par de partidos contra equipos locales. Uno de esos equipos se presentaba ante su público en el primer partido de la pretemporada, así que el locutor fue llamando uno a uno a los jugadores. Entraban al campo trotando, recibían aplausos, saludaban, y al final salió una cabra. Mejor dicho: un tipo con un cuchillo enorme arrastró a una pobre cabra asustada hasta el centro del campo. La tumbó patas arriba, se puso de rodillas sobre ella y ¡zas!, la degolló. De un tajo, ¿eh? Yo estaba horrorizado. No recuerdo si en aquel equipo jugaban buenos defensas o delanteros, pero desde luego tenían al mejor degollador de cabras de todas las Ligas europeas. El tipo levantó el animal, que todavía se agitaba con espasmos, para que apreciáramos cómo regaba el césped con el chorro de sangre. Me imagino que sería una manera de atraer la buena suerte para la temporada. Te puedes burlar de las costumbres ajenas, pero nosotros no degollamos ninguna cabra en Anoeta y solo sacamos dos puntos en ocho partidos. Es lo bueno de jugar en el extranjero, que aprendes nuevos métodos de preparación.

El último partido de la pretemporada lo jugamos contra el Aurrera de Ondarroa, en Bizkaia. Subí a rematar un córner y marqué de cabeza: mi primer y único gol con la Real. Sentí ganas de celebrarlo a lo grande, corriendo y gritando, pero joder, era un amistoso contra un equipo de Tercera, no quería hacer el ridículo. Me contuve. Y no pasa nada, porque yo siempre encuentro alguna otra manera de hacer el ridículo. En el último minuto me despisté, el delantero rival me ganó corriendo a por un balón largo, lo controló, entró al área, me tiré a por él y lo derribé.

Penalti. Y no me expulsaron porque era un partido amistoso. El Aurrera empató y yo me imaginé los titulares: «Ridículo en Ondarroa», «La Real no gana ni a un equipo de Tercera»…

Toshack entró al vestuario, se sentó en una esquina y esperó a que saliéramos todos de la ducha. Según salíamos charlando unos con otros, lo veíamos ahí plantado como un tótem, callado, serio, con la mandíbula apretada y la cara roja, y nos íbamos callando. Nadie decía ni mu. Cuando ya estábamos todos, Toshack se puso de pie y dijo en voz alta:

—Gurrutxaga…

Con ese acento británico tan fuerte, te lo imaginas, ¿no? Habló alto y muy despacio.

—Gurrutxaga, cómo piensas jugar contra Raúl y Rivaldo, si te pones nervioso con un delantero de Tercera…

Hubo un silencio de segundos que me parecieron siglos. Quería que me tragara la tierra. Toshack soltó pullas a otros compañeros, se marchó, volvieron las conversaciones, las risitas nerviosas, algún insultillo, yo me vestí lo más rápido posible y me fui porque estaba a punto de echarme a llorar. Subí rápido al autobús, ignorando a los periodistas que me querían entrevistar por mi gol y mi penalti. Les debí de parecer un gilipollas.

Lo peor no fue que Toshack esperara a que todos mis compañeros estuvieran presentes para humillarme delante de ellos. Lo peor fue que lo que dijo era verdad. No me sentía capaz de jugar contra el Real Madrid o el Barcelona y pensé que nunca más podría hacerlo.

Me hundí en un asiento al fondo del bus. Entró Loren, el capitán, se sentó a mi lado y vi que estaba tranquilísimo, desconectado del partido que acabábamos de jugar y de las broncas de Toshack. Iba a su bola. Pensé: «Este lleva quince o dieciséis años jugando en Primera, primero fue delantero de la Real, lo fichó el Athletic como una estrella, allí no le fue bien, se marchó al Burgos, volvió a la Real y lo reconvirtieron en defensa: cuántos tragos de mierda habrá pasado como el que estoy pasando yo ahora, cuántos fallos habrá hecho y cuántas broncas habrá recibido. Hemos empatado un partido desastroso contra un equipo de Tercera, pero el tío ya está de vuelta de todo». En ese momento admiré a Loren. Él tenía una coraza que yo nunca desarrollé. Al menos me dio un poco de tranquilidad, me ayudó a relativizar mi angustia. Todos metemos la pata, los malos tragos acaban pasando…

Los malos tragos tardan un poco más en pasar si eres un futbolista con el que Toshack no cuenta. Nada más empezar la Liga, nos hizo una propuesta a Llorente, Barkero y a mí: cambiar nuestro contrato y reconvertirnos en jugadores del filial. Seguiríamos cobrando lo mismo y entrenando con el primer equipo, pero si no nos convocaba para un partido con la Real, ese fin de semana podríamos jugar con el Sanse. «Propuesta» es una manera elegante de llamarlo. Barkero dijo que no y lo cedieron al Eibar.

Llorente y yo aceptamos, qué remedio. La idea de Toshack tenía sentido: será mejor que un futbolista joven juegue los domingos con el filial en vez de pasarse toda la temporada en el banquillo del primer equipo o en la grada, pero para mí fue doloroso. Llevaba ya dos años en el primer equipo y de repente me veía otra vez en Segunda B, señal de que no servía para Primera. No sufría tanto por mí, sino por mis padres, mis amigos. La gente les preguntaba: oye, qué tal Zuhaitz, qué pasa que ya no juega, ¿pero sigue en la Real?… Me avergonzaba que mis padres tuvieran que dar explicaciones de mi fracaso.

Algunos fines de semana Toshack me llevaba de suplente con el primer equipo y yo veía los partidos desde el banquillo. Otros, me mandaba con el Sanse y jugaba de titular. No me gustaba ninguna de las dos cosas, hasta que un fin de semana hice las dos y fue todavía peor.

A finales de septiembre, Toshack me llevó con el primer equipo a Villarreal. Jugamos un sábado a las ocho y media, yo no me moví del banquillo, fue un partido horrible y perdimos 1-0 con gol de Martín Palermo en el minuto 85. Toshack se subía por las paredes. A las once y media de la noche, cuando nos montábamos en el bus para ir al hotel, me paró en las escaleras.

—Gurrutxaga, coge tu maleta.

—¿La maleta?

—Tú y yo nos vamos ahora mismo a Hospitalet.

Como yo no había jugado ni un minuto con la Real, el reglamento me permitía jugar ese mismo fin de semana con el Sanse. Y como el Sanse jugaba el domingo al mediodía en Hospitalet de Llobregat, a 280 kilómetros de Villarreal, Toshack pidió dos bocadillos de lomo con queso y salimos en taxi a medianoche.

Imagínate el viajecito. Toshack iba de copiloto y el taxista le preguntaba qué tal, qué pasaba con la Real, que iba última…

—Aaaaah, no me hables. No sabes qué futbolistas tengo, qué desastre, sudo más yo en el banquillo que estos cabrones en el campo. Lo peor es que no puedo quitarlos, porque tengo a unos suplentes que no saben dar un pase a diez metros.

Y yo detrás, masticando el lomo con queso.

Llegamos al hotel de Hospitalet a las tres de la mañana. Dormí cuatro horas mal dormidas, desayuné con mis compañeros del filial y al estadio. El entrenador me puso de titular y yo llevaba una caraja de espanto. El delantero al que tenía que marcar, Mario Bermejo, metió dos goles, y perdimos 5-0. Toshack tomaba apuntes en la grada. Yo me lo imaginaba escribiendo «Gurrutxaga» y tachándolo furioso hasta romper el papel.

Si te pregunto cuándo jugué mi siguiente partido como titular con la Real, con el primer equipo, ¿qué dirías? ¿Un año más tarde? ¿Nunca más? Pues solo veinte días después.

¿Y sabes contra quién? Otra vez contra el Hospitalet.

Resulta que a la Real le tocó el Hospitalet en la primera ronda de la Copa. Jugamos en su campo de hierba artificial a partido único. Toshack me quitó en el minuto 60 para meter a un delantero, porque íbamos perdiendo 1-0, en la jugada siguiente nos marcaron el 2-0 (hala, toma) y acabamos perdiendo 2-1. Eliminados otra vez por un equipo de Segunda B. Debo de ser el único jugador que ha perdido dos veces contra el Hospitalet en veinte días con dos equipos distintos. Apunta, apunta, para el libro Gurrutxaga de los récords.

Seguí entrenándome con la Real. A veces me ilusionaba, me salían buenos entrenamientos y pensaba que volvería a jugar con el primer equipo, pero cada vez que asomaba un poco de esperanza, ¡damba!, martillazo de Toshack.

En un entrenamiento, mientras los demás ensayaban jugadas de estrategia, nos separó a un par de jugadores y nos puso a dar balonazos contra una pared durante un cuarto de hora. No sé, sería buen ejercicio para mejorar el pase y el control, pero resultaba bastante humillante. A ver, él no tenía nada personal contra mí. Simplemente yo le sobraba.

Sí que tengo que agradecerle una cosa: fue el único entrenador de toda mi carrera que me probó en una posición que no fuera la de defensa. Ocurrió en un entrenamiento en el que quiso montar un partido de once titulares contra once suplentes… y éramos veintitrés. Se puso a repartir petos azules a los titulares y petos amarillos a los suplentes. A mí me tendió uno de los amarillos. Cuando me lo fui a poner, Toshack me paró:

—No, no te lo pongas.

—¿No?

—No, no. Ya tenemos dos equipos de once contra once. Tú te pones en la banda, haces de juez de línea y usas el peto como banderín.

De juez de línea. Se me cayeron los huevos al suelo.

Él se puso de árbitro, con el silbato, y me dio un último aviso:

—Concéntrate y pita bien los fueras de juego, ¿eh?

Entrenar me entrené a tope, eso sí. Yo era el único juez de línea, así que me tocó correr los cien metros del campo de un lado a otro durante todo el partido, con el maldito peto amarillo en la mano. Llegaba tarde a las jugadas, no señalaba los fueras de juego y Toshack me echaba la bronca.

—¡Gurrutxaga, que te duermes!

A principios de diciembre hubo un montón de bajas en la defensa, entre lesiones y sanciones, así que Toshack me puso de titular en casa contra el Betis. Íbamos penúltimos y el Betis venía como líder, el ambiente en Anoeta no era el más relajado, pero jugué atento y me salió un buen partido. Empatamos a cero. Tampoco era para echar cohetes, pero a mí me dio una satisfacción enorme que no nos metieran ni un gol.

El que jugó un partidazo fue Aitor López Rekarte, nuestro lateral derecho. Subió la banda una y otra vez, creó mucho peligro con sus combinaciones y sus centros… Y debo decir que si subió tanto es porque yo, central derecho, le cubría bien las espaldas y cortaba las jugadas peligrosas para que él pudiera lucirse en el ataque.

Con Rekarte me llevaba fenomenal. Al día siguiente me contó que Toshack había ido a felicitarle y a pedirle su opinión.

—Muy bien, Aitor, vaya partidazo, el mejor de toda la temporada. El próximo domingo ¿a quién prefieres tener de central derecho para acompañarte, a Kvarme o a Gurrutxaga?

—Con Kvarme estoy bien, con Gurrutxaga mejor.

Me sentí orgullosísimo. Es verdad que Rekarte era mi amigo, pero si prefería jugar con Kvarme, le habría bastado con no contarme esa conversación y ya está. Esa semana me entrené con mucha ilusión, pensando que iba a ser titular por segundo partido consecutivo. Y cuando llegó el domingo, Toshack, por supuesto, puso a Kvarme.

Tampoco creas que me fastidió mucho, porque el partido era en el Bernabéu, contra el Real Madrid de Casillas, Hierro, Roberto Carlos, Zidane, Figo, Raúl… Tenía toda la pinta de que nos iban a apisonar. Pues no. Nos salió una primera parte fenomenal, incluso nos adelantamos 0-1 con gol de Jojlov. Pero en la última jugada de la primera parte, Kvarme corrió de vuelta a nuestra área para cortar un pase entre líneas del Real Madrid, estiró la pierna, tocó el balón y lo desvió suave y perfecto para que se colara junto al poste izquierdo, lejos de nuestro portero, que corrió y se tiró desesperado a por el balón pero no llegó. Gol elegante de Kvarme en propia puerta, un gol digno del mejor Gurrutxaga.

Y si tienes a un tío haciendo de Gurrutxaga, ¿no es mejor el original?

—¡Gurrutxaga, a calentar!

Toshack sabía de fútbol. Bueno, eso y que Kvarme estaba nervioso, había vomitado a mediados de la primera parte y había hecho señas para pedir el cambio antes de meterse el gol en propia puerta. Kvarme era un tipo peculiar: un noruego rubio, de ojos rasgados y mandíbula fuerte, un tipo al que podías imaginar desembarcando en una playa normanda y asaltando aldeas con un hacha en el siglo XI, pero luego era un fatiguillas, un jugador que sufría mucho, siempre le dolía

algo, siempre se sentía mal, vomitaba en el campo. Un vikingo melancólico. Le preguntabas qué tal y siempre contestaba:

—*Comme ci, comme ça*.

Venía del Saint-Étienne y esa era su frase más habitual en francés.

¡Cuántos minutos me pasé yo calentando en la banda por este señor! A veces empezaba a quejarse ya en el minuto 20, le dolía algo, echaba la pota, el entrenador me mandaba a corretear por si tenía que sustituirle, pero al final Kvarme era una roca, el tipo sufría, lo pasaba mal, pero aguantaba y aguantaba y aguantaba.

Raúl marcó el 2-1 en el minuto 60. En el 66, Toshack quitó a Kvarme y me puso a mí. Salí justo cuando sacábamos un córner y me quedé en la línea divisoria como último defensa, para frenar un posible contraataque del Madrid. Era la primera vez que pisaba el Bernabéu y me sentí como un animalito tembloroso en el centro del campo, con ochenta mil personas mirándome, rugiendo desde esas gradas que se levantaban hasta el cielo, esperando mi sacrificio. No sabes cómo me identifiqué con la cabra de Turquía.

El Bernabéu da vértigo al revés. No sé cómo explicarlo. La energía vertical de la grada me absorbía y no quería despegar los pies del suelo porque me daba miedo caerme hacia arriba. Se me estaba yendo la cabeza. Para calmarme un poco, dejé de mirar arriba, miré alrededor… y vi a Raúl y Figo preparadísimos para salir como flechas al contraataque. Joder, vaya panorama.

Sacamos el córner, Casillas atrapó el balón y lo chutó rápido para lanzar un contraataque. Vi que caía hacia mi zona y me puse tenso. ¿Cómo lo ataco? Si lo paro con el pecho, seguro que le cae a Raúl y me la lía; si intento una volea, fijo que le doy con la espinilla y lo mando en cualquier dirección; joder, qué hago, qué hago… Pues me tiré en plancha. Sí, me tiré en plancha para despejar de cabeza un balón que venía volando desde cincuenta metros, el primer balón que iba a tocar en el Bernabéu en mi vida.

En cuanto me tiré, me di cuenta de que no llegaba. Y en medio segundo me dio tiempo a pensar:

—Pues lo despejo de botepronto de cabeza.

¡De botepronto de cabeza! ¡Esa jugada no existe! No sé si fue la tradición pelotari o qué, pero pensé que iba a inventar una jugada y que iba a pasar a la historia del fútbol, nada menos que en el Bernabéu. Volé en plancha como Supermán, estiré el cuello, estiré la nariz, pero el balón botó justo delante de mi flequillo, me pasó por encima y siguió botando libre hacia nuestra portería. Mi primer balón en el Bernabéu: no lo toqué.

Me quedé tumbado boca abajo. Vi cómo me pasaban Raúl y Figo esprintando, vi a todo el Real Madrid galopando a por el balón, a mis compañeros corriendo desesperados, me pasó hasta el árbitro, todo el mundo volaba hacia nuestra portería, el público aullaba y yo rezaba por favor, por favor, por favor, que no la metan, por favor.

Milagro: Raúl la tiró al poste y fuera.

Suspiré y volví hacia mi sitio. Alberto, nuestro portero, me hizo un gesto para que me abriera a la banda porque quería pasarme el balón. Y yo pensaba: no me jodas, pégala arriba. Mira la que he montado sin tocar el balón, imagínate la que puedo montar con el balón. Me escondí detrás de un delantero. Cuántas veces hice eso en Primera: acercarme a un delantero rival para que el portero no me pasara el balón. Alberto sacó en largo, miré cómo volaba la pelota por los aires y vi el marcador: quedaban 23 minutos. Respiré hondo. Qué largo se me iba a hacer.

Figo marcó el 3-1 de penalti, pero yo no la lie, y cuando el árbitro pitó el final sentí alivio.

Después del alivio sentí una tristeza profunda. Me fui a casa con la confirmación de que yo no

servía para jugar partidos así, con tanta presión, en escenarios grandes donde me temblaban las piernas. ¿Qué podía hacer una piltrafilla como yo en un estadio como el Bernabéu?

¿Qué podía hacer? Pues volver siete años más tarde con un equipo de Segunda B y eliminar al Real Madrid en su propio estadio, toma ya.

Toshack no volvió a convocarme durante unas cuantas semanas, así que aproveché para avanzar en otros terrenos de juego. A principios de enero, cuando íbamos a empezar un entrenamiento en Zubieta, vi a un amigo de Elgoibar que bajaba las gradas hasta el borde del campo. Me acerqué a saludarle.

—Zuhaitz, he venido con una amiga que quiere verte. Le gustas mucho.

Señaló hacia la grada y vi a una chica guapísima. Levanté la mano para saludarla, ella me devolvió el saludo con una sonrisa y volví correteando al campo con el corazón a doscientas pulsaciones. Corrí, salté, peleé, lo di todo para impresionar a la chica, me salieron los pases más precisos de toda la temporada. Toshack debió de flipar con mi mejora, porque me convocó para el siguiente partido, el sábado por la noche en San Mamés.

Al terminar el entrenamiento me acerqué a hablar con la chica y quedamos para tomar un café al día siguiente. Me gustó mucho y me cayó fenomenal. Volvimos a quedar un día después, dimos un paseo, nos besamos y ahí vino el problema, porque ella también me convocó para el sábado: quedamos en que yo le dejaría las llaves de mi casa para que viniera durante la tarde y esperaría a que yo volviera del partido de Bilbao, para cenar y dormir juntos.

Me pasé toda la semana alteradísimo por el encuentro del sábado. El encuentro con la chica en mi casa, quiero decir; no el encuentro en San Mamés, que me venía fatal. Nunca había jugado en ese campo, podía ser un día muy importante, un derbi en Bilbao y tal y cual, pero yo solo pensaba en el momento de volver a mi casa y encontrarme con la chica. Desde aquel debut sexual de dos minutos, yo había ligado con otras chicas, había follado, hablando claro, pero siempre de fiesta, siempre medio borracho, siempre con una distinta, a las cinco o a las seis de la mañana, un desastre. Nunca había tenido ninguna relación de pareja. Ni había follado sobrio. Y el plan del sábado me preocupaba, porque esta chica me gustaba de verdad, me importaba mucho. Ella era mayor que yo, había tenido un novio durante unos cuantos años, tenía experiencia y yo sexualmente era un patán.

Derbi vasco, San Mamés a reventar, cuarenta mil espectadores animando, veintidós jugadores dándolo todo y yo sentado en el banquillo con miedo de hacer el ridículo. No en el campo: con miedo de hacer el ridículo en la cama. A falta de veinte minutos, Toshack me mandó calentar. Lo primero que pensé es que ella estaría viendo el partido por la tele en mi casa y que las cámaras habrían mostrado el momento en que yo salté a corretear por la banda. ¡Me estará viendo!

No, por favor, Toshack, no me jodas, no me saques a jugar, que no tengo la cabeza en el partido…

No me sacó. Menudo alivio. No me acuerdo ni del resultado. Subimos al autobús, salimos hacia Donostia y empecé a ponerme cada vez más nervioso. Les conté el asunto a dos compañeros del equipo. Me aconsejaron que bebiera un par de cervezas para relajarme un poco, así que recorrí el pasillo hasta la parte delantera del bus, donde había una nevera, y me senté junto al chófer como si quisiera hablar con él. Le dije:

—Fermín, voy a coger un par de cervezas con disimulo, tú haz como que hablas conmigo.

Saqué dos latas, me las guardé en los bolsillos de la chaqueta y volví a la parte trasera. Menudos sudores fríos cuando pasé junto a Toshack. Pensé: si se me caen las latas ahora, este

para el bus y me manda andando a casa. Y descalzo. Le sonreí, me miró con cara rara y seguí hasta los asientos del fondo.

Ahora que me doy cuenta, estoy seguro de que no ganamos en San Mamés. Porque las cervezas del autobús las llevábamos para celebrar victorias, y ese día nadie bebió nada. Menos yo. En los asientos del fondo, me pimplé una lata y luego la otra.

Llegué por fin a casa. Ella estaba espectacular con un vestido negro escotado. Me dio un beso y un abrazo. Empezamos a cenar, bebimos una copa de vino, nos acaramelamos, dejamos la cena a medias y nos fuimos por el pasillo besándonos, abrazándonos y quitándonos la ropa hasta mi habitación. Nos metimos a la cama, vi su cuerpo desnudo maravilloso, se tumbó, me atrajo hacia ella… y gatillazo. Estuvimos un buen rato acariciándonos pero nada: no se me levantó.

Yo qué sé.

El bajonazo tras la tensión del partido, los nervios del momento, el alcohol, mi ansiedad por cumplir en la cama, mis fantasmas con el sexo, yo qué sé. Una mierda, porque de repente se quedó un ambiente gélido entre nosotros. Nos hablábamos con apuro, como si de repente fuéramos dos desconocidos que se encuentran desnudos por sorpresa. Por la mañana la llevé en coche a su casa, nos despedimos con mucha incomodidad y se acabó. A mí esa chica me gustaba de verdad. Fue muy triste.

Dejé de ver a la chica y dejé de ver a Toshack. Será el cosmos, que a veces se equilibra. A falta de nueve partidos para terminar la Liga íbamos antepenúltimos, recibimos en Anoeta al Tenerife, que iba penúltimo, perdimos 0-2 y echaron a Toshack.

¿Sabes quién era el entrenador del Tenerife? Javier Clemente. Ahora él dice que salvó dos veces a la Real Sociedad: cuando la entrenó en la temporada 1999-2000 y cuando ganó en Anoeta con el Tenerife y provocó el despido de Toshack. Lo dice de cachondeo, porque estos dos se lanzaban declaraciones y se metían en polémicas el uno contra el otro, pero luego eran tan amigos y se iban a comer juntos en Zarautz.

¡San Clemente! Gracias a él jugué mis primeros partidos en Primera y gracias a él disfruté un poco de los últimos de aquella temporada. Porque echaron a Toshack y pusieron a Roberto Olabe, antiguo portero de la Real, un tipo amable que volvió a darme confianza. Me sacó de titular en Mallorca para que marcara a un delantero tan peligroso como Eto’o. Jugué un buen partido, ganamos 0-2, fuimos escalando posiciones hasta el puesto 13 y terminamos la Liga con buen sabor de boca.

Intuí que la siguiente temporada podía ser buena. Y tan buena: después de tres años rozando el descenso, la Real estuvo a punto de ganar la Liga. Lo que no intuí, ni de lejos, es que a mí me faltaban unas pocas semanas para caer en picado al infierno.

# 13. EL ÚLTIMO VERANO FELIZ

Nos pasamos casi toda la temporada 2001-2002 en puestos de descenso, con cambios de entrenadores, broncas en el estadio y una presión enorme. Después del último partido solo queríamos pirarnos a Ibiza, al Caribe o a Honolulú, adonde fuera, un par de semanas en la playa, unas juergas, cualquier cosa con tal de alejarnos un poco. Entonces Olabe nos dijo que antes de darnos vacaciones nos iban a concentrar tres días en un monasterio de Burgos.

En un monasterio de Burgos, no me jodas.

Nos organizaron uno de esos rollos para fomentar el espíritu de equipo, con juegos de colaboración, circuitos, no recuerdo si tirolinas o gaitas de esas. La actividad más importante eran las sesiones con un señor que se llamaba Santiago Aldekoa y se presentaba como coach mental. Todos los días pasábamos varias horas con él. Nos juntábamos en una sala, nos poníamos de pie en círculo, Aldekoa nos daba sus charlas, cerrábamos los ojos y visualizábamos cosas. No recuerdo si teníamos que imaginarnos un mar, un desierto, yo qué sé, es que no nos lo tomamos muy en serio. De vez en cuando abríamos los ojos y nos mirábamos unos a otros: «Pero qué cojones hacemos aquí». Lo más difícil era aguantar la risa.

No sé para qué sirvió, pero una cosa sí te digo: nos lo pasamos fenomenal. Una noche me despisté, me fui a dormir y por la mañana vi que faltaban unos cuantos compañeros en el desayuno. Se presentaron en la meditación, directos de la cama, con una cara de resaca… ¡Qué cabrones! ¡Se habían montado una juerga! ¡En un monasterio! Resulta que después de acostarnos todos, algunos salieron de sus habitaciones, llamaron a otros y se fueron a la cocina, que quedaba en una parte alejada del edificio. Pillaron unas botellas de vino, pusieron música, hasta frieron unas morcillas. Joder, unas morcillas… Y no te lo pierdas: uno me contó que había follado.

¿Follar? ¿¿En un monasterio?? ¿¿¿Pero con quién???

Aaaah, misterio…

Le dije que eran unos cabrones, que podían haber avisado. Mucho coach, mucha meditación, y van y se montan una fiesta con vino, morcilla y sexo. Eso sí que crea espíritu de grupo.

En la última sesión, Aldekoa nos puso en corro.

—A ver, yo no sé nada de fútbol, pero decidme: ¿qué es lo máximo que podríais conseguir la temporada que viene?

Yo pensé: salvarnos del descenso. Pero fue un compañero y soltó:

—¡Ganar la Liga!

—Muy bien. Pues vais a cerrar los ojos y os vais a visualizar ganando la Liga.

Llevábamos tres años evitando el descenso por los pelos y este tío quería que nos imagináramos ganando la Liga. Nos volvimos a mirar con gestos de incredulidad: «Este tío está pirado». Pues nos tiramos media hora con los ojos cerrados, visualizando jugadas, goles, celebraciones, victorias en el último minuto en el Bernabéu y en el Nou Camp, yo qué sé. Luego Aldekoa nos llevó a un jardín donde habían preparado un pasillo de brasas de cuatro o cinco metros de longitud.

—Vais a caminar descalzos sobre las brasas mientras gritáis «¡frío, frío, frío!». Veréis cómo no os quemáis: es la fuerza de la mente. Cuando la mente lo tiene claro, te permite caminar sobre brasas y te permite ganar la Liga.

Nos pusimos todos en fila menos el brasileño Luiz Alberto. Él dijo que ni de broma, que los pies eran su herramienta de trabajo y que no pisaba ese pasillo ardiente ni harto de vino y morcilla. Pues ahí nos ves: pasando de uno en uno y gritando «¡frío, frío, frío!».

No creo que Aldekoa tuviera demasiada confianza en el poder de nuestra mente, porque al final del pasillo colocó un balde de agua para que metiéramos los pies. Hombre, es que achicharrar los pies a todo un equipo de Primera División le hubiera quedado regular en el currículum. Uno de los monitores era bombero y nos explicó, aparte, que las brasas transmiten poco calor en contacto con otros cuerpos y que en un pasillo tan corto no había tiempo de quemarse. Pero que él desde luego no lo haría.

Al despedirse, Aldekoa nos dijo que ganaríamos la Liga y que vendía ejemplares de su libro *El desafío del éxito* por veinte euros. Se lo compramos todos menos Luiz Alberto.

Pues ahora viene lo bueno: en la siguiente temporada quedamos subcampeones y solo nos faltaron dos puntos para ganar la Liga. Seguramente porque Luiz Alberto no compró el libro.

Mira, aquí tengo mi ejemplar dedicado: «Con cariño para mi amigo Zuhaitz, con el deseo de que siempre obtengas tus sueños». Este no sabe lo que me pasó a mí cuando conseguí mis sueños.

En el autobús de vuelta a Donostia, Luiz Alberto me dijo:

—Gurru, vente conmigo de vacaciones a Río de Janeiro. Ya verás cómo te lo vas a pasar, te vas a volver loco.

Lo de volverme loco fue justo después de regresar de Brasil. Pero sí, en Brasil pasé unas semanas locas de amor y felicidad.

Luiz Alberto nació en un barrio de las afueras de Río. Era defensa central, mi competencia, el que me quitó el puesto, pero me pareció muy buen tipo y nos hicimos amigos. Yo creo que nos unía la tristeza. Él venía de jugar en Saint-Étienne, imagínate qué inviernos pasaría un chaval de Río de Janeiro en Saint-Étienne, una ciudad industrial en declive en el interior de Francia. En Donostia tampoco lo pasaba mucho mejor. Yo lo veía triste todos los días. Me acerqué a él, quedábamos a menudo, salíamos por ahí a dar unas vueltas.

—Vente a Brasil, Gurru, no te puedes imaginar lo que es aquello.

Se lo comenté a otros dos compañeros, Aranburu y Jauregi, se apuntaron y volamos a Río.

Nos alojamos en la casa de Luiz Alberto con su familia. Tenían una casa grande con su terreno, su piscina, un montón de habitaciones. Y allí vivían los padres, los hermanos con sus parejas y sus hijos, algún primo, alguna tía… El concepto de familia amplia, ¿no sabes? Uno triunfa, gana pasta y ayuda a todos.

Una cosa que me flipó es que Luiz Alberto nos llevara a conocer el barrio de su infancia en su BMW. No era una favela, ¿eh?, pero era un barrio humilde. Aparecimos allí en el BMW y todo el mundo le saludaba, le daba besos y abrazos. Yo pensaba: si en Gipuzkoa apareces por tu barrio con un BMW en plan triunfador, te sacan cantares el resto de tu vida. Pero allí la historia era diferente: Luiz Alberto era un chaval que había triunfado como futbolista, jugaba en equipos europeos, volvía a casa y lo recibían con mucho orgullo de barrio. Seguramente él habría ayudado a gente en apuros, no lo sé. Llamó a sus amigos y montamos un partidillo en un campo de tierra. Allí vino medio barrio, mogollón de chavales que querían ver a Luiz Alberto con sus

compañeros de equipo y se turnaban para jugar con nosotros. También fuimos a Copacabana, a Ipanema, a tomar caipiriñas en las terrazas de las playas, yo flipaba, era mi primer viaje de placer a otro continente, a otro país donde todo era distinto.

Luiz Alberto nos invitó al estadio de Maracaná a ver el Fla-Flu, el Flamengo-Fluminense, un clásico del fútbol brasileño. Él había salido del Flamengo. Lo que más recuerdo es que la hierba estaba muy alta, que el balón rodaba despacio y que los tíos jugaban andando. Jauregi, Aranburu y yo nos mirábamos: ¡pero esto qué es! Luiz Alberto se reía.

Al terminar el partido esperamos a Jorginho, jugador del Flamengo muy amigo de Luiz Alberto, porque quería invitarnos a cenar a un restaurante de carne. Un tipo muy simpático. Nos dijo que era un honor invitarnos, que le gustaría jugar alguna vez en la Liga española… La carne era buenísima, pero nos sacaron un vino flojillo, y Jauregi, Aranburu y yo preguntamos si tenían alguno mejor. Yo ya había refinado mi paladar y no me conformaba con el klarimosto. Nos trajeron varias botellas de un vino chileno buenísimo. Y tan bueno: cuando le presentaron la cuenta a Jorginho, se le cambió la cara. Dijo algo entre dientes, algo de los vinos. No lo entendí pero creo que se estaba acordando de nuestros muertos.

Y encima el pobre Jorginho ni había catado el vino que le costó un ojo de la cara. Tenemos la idea de los futbolistas brasileños desmadrados y juerguistas cuando vienen a Europa, pero allí casi todos se cuidan muchísimo, en Brasil hay un culto al cuerpo tremendo, se machacan en el gimnasio, comen sano… Y sí, salen de noche, les encanta bailar, pero no fuman ni beben alcohol. Jorginho se pasó la cena bebiendo zumo de naranja. Cuando le ofrecí una copa de vino, la rechazó. Y yo no pude evitarlo:

—Chaval, ¿cómo piensas jugar en la Liga española si no bebes vino?

—¿Qué?

—Nada, nada.

Una noche Luiz Alberto nos llevó a bailar funk carioca, una especie de hip hop con música electrónica, rapeos agresivos y bailes muy eróticos.

Bueno, a bailar. Los tres vascos salimos a ver cómo bailaban los demás. Y flipamos. No sabes cómo flipamos. La discoteca era una nave inmensa, allí había quinientas, seiscientas, no sé cuántas personas, todas bailando una coreografía perfecta. Bailes muy sexuales. Me río yo del perreo y el twerking: aquello parecía casi una peli porno, todos apretándose, contoneándose, frotándose con el culo, haciendo unos sándwiches de cuerpos… A los vascos se nos salían los ojos.

Entre una canción y otra, la megafonía anunció que esa noche había venido Luiz Alberto, el gran futbolista, con tres compañeros de la Liga española. La gente empezó a aplaudir, nos alumbró un foco y hubo un momento de duda, dejaron de aplaudir, se quedaron a medias. En Brasil los deportistas son atletas musculosos, espectaculares, dinámicos, y de repente nos alumbraron a Jauregi, Aranburu y a mí, la gente vio a tres tíos flacos, pálidos, ahí plantados con la copa y el cigarro, y debieron de pensar que el del foco se había equivocado, que éramos tres guiris, no sé, tres oficinistas belgas o algo así, que los futbolistas serían otros.

A ver, yo tengo algo de ritmo, intentaba seguir los bailes, pero Jauregi y Aranburu se dedicaban a un deporte tradicional vasco: sujetar la barra y sostener el vaso.

Supongo que por eso Luciana se fijaría en mí. Seguramente me vio cuando nos pusieron el foco y luego me vería bailando raro. Allí había quinientas personas calcando la misma coreografía, dos vascos agarrando un vaso y otro vasco moviéndose raro, agachándose y levantándose como

podía. Luciana se fijaría en mí y yo desde luego me había fijado en Luciana. Es que todo el mundo se fijaba en ella. Era una chica de unos veinte años, de piel muy blanca, ojos azules rasgados y una melena negra rizada larguísima, vestía unos vaqueros ajustados y un top blanco. Se movía con una sensualidad que hipnotizaba a todo el mundo. Entre los quinientos de la discoteca, ella deslumbraba.

Cuando se acabó la música y encendieron las luces, un montón de gente se acercó a saludar a Luiz Alberto. Vino una chica y me dijo:

—Mi amiga te quiere conocer.

Me la señaló… y no me lo podía creer. Era ella.

Luciana.

Charlamos un rato, me llevó a un bar a tomar una copa, nos besamos y me preguntó si quería pasar la noche con ella. Le dije que sí, por supuesto.

Nos fuimos en taxi y ella pidió que nos llevaran a un motel de carretera. Entramos a una habitación con una cama redonda de sábanas rojas, con paredes rojas y espejos por todas partes, hasta el techo. Madre mía, aquello era un follódromo.

Nos besamos, nos desnudamos, nos tumbamos… y no sé qué pasó. Yo estaba excitadísimo, pero noté que ella se apuraba un poco, se frenaba. Se quedó tímida, como avergonzada, y me abrazó fuerte. Yo también la abracé. Y así nos quedamos, desnudos, abrazados, hasta que nos dormimos. Pues qué quieres que te diga: me sentí muy a gusto. No necesitaba follar para sentirme bien con ella. Ya llegaría el momento.

Me desperté con la luz de la mañana, la vi desnuda en la cama y me pareció bellísima. Me quedé bobo, mirándola en silencio un buen rato. Cuando se despertó, nos vestimos, pedimos dos taxis, nos dimos nuestras señas y nos despedimos.

Me quedé tonto todo el día: estaba enamoradísimo.

Fue un flechazo. Me atraía todo de ella, su cuerpo, su acento, el baile, el ambiente, Brasil, todo. Me gustaba tanto, que cuando volví a Elgoibar me metí en chats brasileños de internet para copiar las frases que se decía la gente cuando ligaba, las copiaba y las escribía en mis cartas a Luciana. También copiaba las letras de Grupo Revelação, la banda que sonaba a todas horas en Río y me gustaba muchísimo. Me compré un disco y me lo ponía una y otra vez.

Le escribía a Luciana:

*O que mais quero é te dar um beijo*
*E o seu corpo acariciar*
*Você bem sabe que eu te desejo*
*Está escrito no meu olhar…*

Nunca me respondió a ninguna carta. Los correos electrónicos me rebotaban porque su dirección era falsa. Y cuando volví a Río al año siguiente, llamé al teléfono y no daba señal.

Dos días después de la noche con Luciana, nos despedimos de Luiz Alberto y su familia. Lloré a mares. Tenía veintiún años, había conocido un país maravilloso con una gente maravillosa, había hecho amigos, me había enamorado, habían sido las mejores vacaciones de mi vida. Ahora tocaba volver a casa, a los entrenamientos, a la presión del fútbol, y yo no quería. Lloré como un crío que no quiere volver al cole. La madre de Luiz Alberto también se echó a llorar, porque nos había tomado mucho cariño, la abracé y le dije:

—El año que viene volveremos.

—*Sim, sim, se Deus quiser*…

—Y si no quiere también. Volveremos seguro.

Al año siguiente volvimos. No sé si Dios quería, pero yo desde luego no. Esa segunda vez me daba pánico viajar a Brasil y solo fui porque me obligó mi psicóloga: terapia de choque, me dijo.

# 14. MALA HIERBA

Cuando volví de Brasil, faltaban pocas semanas para que empezase la temporada que puso mi vida patas arriba. La del subcampeonato. Aquella en la que contribuí con 91 minutos: noventa de un partido entero y un minuto en otro en el que me sacaron al final para perder tiempo.

Cuando un futbolista no juega, siempre tiene excusas. El entrenador me tiene manía, la prensa me critica y me pone al público en contra, me duele aquí, me duele allá, el nuevo balón de la Liga hace extraños, no he podido desarrollar mi juego por la mala calidad de la hierba… Mi excusa era justo esa: la mala calidad de la hierba.

Alguno dirá: ¿cómo puedes quejarte de la hierba, si Anoeta siempre ha tenido uno de los mejores céspedes de la Liga? Es que no hablo de la hierba del estadio, hablo de la hierba que me fumé pocas semanas antes de empezar la pretemporada. Nunca fumaba marihuana durante la temporada, porque me cuidaba y porque además nos hacían controles antidopaje y no quería arruinarme la carrera con un positivo. Pero en verano ya sabes: vacaciones, relax, una vuelta con los amigos, un porrito que circula… Echaba unas caladas muy de vez en cuando. Nada más.

A la vuelta de mi primer viaje a Brasil, quedé con dos amigos del barrio de San Miguel para irnos al monte a fumar unos porros. Era a finales de junio, solo faltaban tres semanas para que empezase la pretemporada con un entrenador nuevo y supongo que me iba poniendo nervioso. Dentro de mí se estaba cociendo algo gordo y yo ni me lo imaginaba. Mis amigos recuerdan que el plan lo propuse yo con una insistencia un poco sorprendente: ¡venga, venga, tenemos que ir a fumar! Necesitaba relajarme, desconectar de mis preocupaciones, pasar unas horas con mis amigos echando unas risas y luego dormir a gusto. La marihuana se la pillé yo mismo a un chaval que trapicheaba en Elgoibar. Cogimos mi Seat Córdoba de cristales tintados y nos fuimos los tres amigos a Aginaga, un barrio rural de Eibar, perdido en el monte. Nos sentamos en los soportales de una ermita, liamos los porros, empezamos a fumarlos y enseguida nos sentimos muy bien. Serían las diez o las once de una noche de junio, buena temperatura, se estaba de maravilla, decíamos tonterías, nos reíamos: los efectos típicos de la marihuana.

De pronto me noté raro. Me puse nervioso, cada vez más nervioso, más nervioso, más nervioso, mi cerebro se aceleró como el motor de un avión a punto de despegar, me levanté, di vueltas caminando rápido, miré aquí y allá, allá y aquí, al bosque, al suelo, a la ermita, al cielo, en la cabeza me daba vueltas un ciclón de ideas, sensaciones, percepciones, no conseguía entender ninguna porque eran fogonazos que se encendían y apagaban a una velocidad supersónica, no procesaba nada pero me venía todo encima, me venía todo todo todo todo dando vueltas vueltas vueltas vueltas…

Mis amigos primero se rieron de mí, pero yo seguía flipado dando vueltas y vueltas y se asustaron:

—Zuhaitz, ¿qué te pasa?

Me fui a la fuente de la ermita, metí la cabeza debajo del chorro pero no se me pasaba el torbellino. Temblaba, hiperventilaba, mi cerebro iba aceleradísimo y no podía controlarlo.

—Que me he quedado, que me he quedado…

A mis amigos se les cortó el ciego de repente.

—Tranqui, Zuhaitz, tranqui. Respira, respira…

No sé qué tendría esa marihuana. Seguramente nada raro, porque a mis amigos no les afectó como a mí.

Qué tendría yo, entonces.

Ahora sé que aquello fue un ataque de ansiedad. Mi primer ataque de ansiedad. Me ocurrió cuando fumaba marihuana pero me imagino que también se hubiera desencadenado en alguna otra circunstancia, bebiendo en una fiesta o corriendo en un entrenamiento, vete tú a saber.

Volvimos al coche. Uno de mis amigos condujo de vuelta a casa y yo sacaba la cabeza por la ventanilla para respirar y tratar de calmarme. Sería medianoche, pero mi madre estaba despierta y se asustó al verme. Menuda pinta de *volao* tendría…

—Ama…

—¿Qué te pasa, Zuhaitz?

—Nada, ama, que me he fumado un porro de marihuana y me ha sentado mal. Estoy muy nervioso.

Mi madre ni se imaginaba que yo fumara porros y a mí me daba mucha vergüenza decírselo, pero estaba muy asustado. No me echó ninguna bronca. Intentó calmarme, me acompañó a la habitación y me dijo que durmiera, que por la mañana estaría mejor. No pegué ojo. El efecto de la marihuana seguro que ya se había pasado y lo que me tenía despierto era la ansiedad, pero ni mi madre ni yo sabíamos nada de estas cosas. Mi cerebro seguía hiperactivo y me pasé la noche mirando al techo, en tensión continua. La segunda noche tampoco dormí. Ni la tercera. Creo que en algunos momentos caía rendido en una especie de duermevela agitada, pero me despertaba enseguida sobresaltado, agobiado, como si estuviera a punto de saltarme un león en cualquier momento.

Luego supe que la ansiedad es eso: una reacción de supervivencia. Ante una amenaza, el cuerpo se pone alerta. Si oyes un ruido sospechoso en la oscuridad, el corazón bombea más rápido, las pupilas se dilatan, los músculos se tensan, se te dispara la adrenalina. Eso les servía a los humanos cuando vivían en la sabana y necesitaban desplegar toda su capacidad física para huir de un león. Lo que pasa es que ahora no nos atacan leones, o mejor dicho, nos atacan leones todo el rato, pero de otro tipo. Nos ataca, por ejemplo, el miedo al fracaso. El miedo a darle mal al balón en medio de un estadio repleto de gente, a suspender un examen, a no cumplir con lo que te exigen en el trabajo, a tener un gatillazo en la cama, a que no te den *likes* en Instagram… No es ninguna broma: son miedos que nos desencadenan esas defensas fisiológicas, esos latidos, esa tensión. El problema es cuando tienes a un león persiguiéndote todo el rato y te quedas atascado en la ansiedad.

Ese fue mi terror aquellos días: me he quedado colgado para siempre.

Me pasé tres noches mirando al techo con los ojos como platos y tres días deambulando por la casa como un zombi. Mi madre me tumbaba en la camilla de fisioterapia de mi hermana y me decía que cerrara los ojos, que me concentrara en respirar profundo, intentaba relajarme de alguna manera, improvisando. No funcionaba. El tercer día me convencí de que ya no tenía remedio, me había quedado así para siempre, loco, zumbado, nunca volvería a ser una persona normal. Ya está. Mi vida se había acabado. Y del miedo pasé a un abatimiento absoluto. Me sentí

destruido. Me fui a mi cuarto y rompí a llorar, lloré desesperado, me tiré a la cama y me dormí. Supongo que ahí la ansiedad tocó techo y se desplomó. Dormí, dormí, dormí, no sé cuántas horas seguidas dormí. Me desperté el cuarto día por la tarde, no recuerdo si comí algo o vi la tele o qué hice, pero volví enseguida a la cama y seguí durmiendo. Doce horas del tirón. La gente quiere despertarse cuando tiene una pesadilla, yo me caía hasta el fondo de mi peor pesadilla en cuanto me despertaba. Me encontraba otra vez conmigo mismo, tendido en la cama, consciente de toda mi oscuridad mental, enterrado vivo. Me sentía como si estuviera tumbado sin poder extender los brazos ni levantar la cabeza porque me tenían dentro de una tumba o algo así. La tristeza era un muro de piedra negra a un centímetro de mi nariz y de mi nuca. Estaba atrapado ahí dentro. Y no podía pensar en ninguna otra cosa.

—Ama, no puedo controlar mis pensamientos, creo que me he vuelto loco.

Yo tenía veintiún años. Hasta entonces mi madre siempre había encontrado una solución para todos mis problemas. Pero en ese momento le vi la misma expresión de angustia que en la playa de Peñíscola trece años antes, cuando mi hermana y yo estuvimos a punto de ahogarnos, y ella desde la orilla no nos podía ayudar. Ni el primer sueldo ni las primeras relaciones sexuales ni jugar en Primera ni gaitas: el verdadero paso a la vida adulta fue ese momento, cuando a los veintiún años creí que me volvía loco y me di cuenta de que mi madre no podía ayudarme. Eso me asustó todavía más. Pasaban los días y yo seguía en el fondo de un pozo. No veía ninguna luz, no sentía ninguna ilusión, no era capaz de salir de casa. Solo sufría. Solo quería dormir. Iba cayendo en una depresión, pero yo entonces no sabía qué era eso. Y faltaban un par de semanas para empezar la pretemporada con la Real. ¡Tengo que curarme rápido, tengo que ponerme bien! ¡Qué van a decir mis compañeros, el entrenador, los seguidores, los periodistas, como me vean así! Cada vez que lo pensaba, me angustiaba todavía más y más.

Antes de la pretemporada tenía que ir una semana de vacaciones a Benidorm con cuatro o cinco amigos, como el verano anterior, pero no me apetecía nada. Mi madre me obligó: tienes que ir, te vas a animar con tus amigos, es la manera de que salgas de este bucle, seguro que vuelves como nuevo.

Viajamos de noche en autobús. Cuando los demás se durmieron, me entró mucho agobio. Mis pensamientos volvían a girar y a girar y a girar, mi mente se aceleraba y yo no podía soportarlo, se me disparaba el ansia. Así que incordié a mis amigos, no dejé que se durmieran. O no todos a la vez. No sé qué excusa me inventaría, que me aburría, no lo sé, pero me ocupé de que siempre hubiera al menos uno despierto para que hablara conmigo. Necesitaba ruidos exteriores para dejar de oír el ruido de mi interior.

En Benidorm nos dieron un apartamento en el piso veintidós. Me asomé al balcón, vi al fondo la piscina diminuta y me subió un relámpago por la columna vertebral. En mi cerebro se formó la palabra «suicidio». Me acojoné. Yo no tenía intención de suicidarme, en ningún momento pensé que podía terminar con mis problemas saltando, pero lo que me dio terror fue la idea de que ya no controlaba mi mente y que en cualquier momento, cualquier noche, un impulso me podía lanzar al vacío. No fue una fantasía suicida: fue otra reacción de supervivencia, una alarma para que saliera huyendo del peligro. Del peligro de mí mismo, en este caso.

En ese momento empecé mi larga y prolífica carrera como inventor de excusas para que los demás no notaran mis manías. Les dije a mis amigos:

—Va a ser un peñazo andar toda la semana subiendo y bajando desde este apartamento. ¿Preguntamos si tienen alguno libre más abajo?

Me miraron raro, pero uno de ellos dijo:

—Ya, es verdad. Desde aquí vamos a tardar un montón en llegar a la piscina.

Y yo pensé: bueno, según cómo pretendas llegar.

Nos cambiaron el apartamento por otro en el segundo piso. Me asomé al balcón y vi que si me tiraba, como mucho me iba a torcer un tobillo. Ahora pienso que es lo mejor que podía haberme hecho: un buen esguince de grado tres, para no tener que entrenar en los siguientes meses. Porque todo el mundo entiende que un esguince de tobillo te incapacita para jugar al fútbol, pero es más difícil entender que lo que te incapacita es un esguince mental.

Hubiera necesitado tiempo para recuperarme de la ansiedad y la depresión. Tiempo y ayuda profesional. Pero ¿a quién se lo podía contar? ¿Y contarle qué? Tenía veintiún años, nunca había oído hablar de nada relacionado con la salud mental, no sabía ni explicar lo que me pasaba. Intentaba disimularlo y ya está. En Benidorm salía de fiesta hasta las siete de la mañana, dormía hasta las siete de la tarde y vuelta a empezar. Me pasé así toda la semana, bebiendo y durmiendo, los dos únicos estados en los que no sufría. En el autobús de vuelta, mis temores se dispararon otra vez: la semana que viene empiezo los entrenamientos con la Real y no soy capaz ni de ir a comprar el pan sin que me devore la angustia. ¿Qué voy a hacer yo en un estadio de treinta mil personas con un balón en los pies?

# 15. FUTBOLISTA DE VIDEOJUEGO

En la temporada 2002-2003, la Real voló a los cielos y yo caí a los infiernos.

Empecé la pretemporada como un jugador más. Tras la marcha de Toshack volvieron a hacerme ficha del primer equipo y me asignaron el número 5, nada menos que el 5, el que había lucido durante los últimos veinte años solo en dos espaldas, casi sin excepciones: la de un defensa legendario de la Real campeona como *Bixio* Górriz y la de Loren, el gran capitán que acababa de retirarse y me pasaba el número. Llevar el 5 no era cualquier cosa. Me lo dieron porque yo era el defensa central guipuzcoano más veterano de la plantilla, aunque aún no hubiera cumplido veintidós años, y quizá pensaban que podía convertirme en el defensa central emblemático de la siguiente década. Así que me dieron otra vez toda la confianza, pero yo me hundí en la depresión y me fui distanciando, poco a poco, en silencio, como si me hubieran cortado el amarre y flotara en el espacio, cada vez más lejos del resto de la humanidad.

La Real fichó a Raynald Denoueix, un hombre que se había pasado media vida en el Nantes, primero como defensa y luego como entrenador. El Nantes era una buena inspiración, un caso parecido a la Real de los años ochenta: un club de cantera con un entrenador de la casa que lo hizo campeón de la Liga de Francia y dos veces campeón de Copa, con un juego veloz, agresivo y vistoso. Denoueix era un gran tipo. Parecía un profesor cincuentón con sus gafitas, muy serio, estricto, meticuloso, siempre respetuoso y amable con todo el mundo. Un señor de categoría. Y cómo se cuidaba: todos los días venía andando cinco kilómetros desde su casa hasta los campos de entrenamiento de Zubieta, comía sano, solo bebía agua… Yo creo que era el que más se cuidaba de toda la plantilla de la Real. Hace poco lo hablé con un compañero de aquel año: si Denoueix se hubiera enterado de la mitad de las fiestas que hacíamos los futbolistas después de los partidos, le habría dado un ataque.

Denoueix me caía fenomenal. Era la prueba de que no hace falta ser un cabrón para demostrar autoridad, de que te puedes ganar la confianza y la implicación de los jugadores si trabajas bien con ellos. Jugué poquísimo con él, pero no tengo absolutamente nada que reprocharle.

Si la pretemporada anterior con Toshack en Estambul había sido la más relajada de mi vida, la de este año con Denoueix en el Tirol austriaco fue la más dura. ¡Qué palizas nos dio el tío, por Dios! Nos pasábamos las mañanas corriendo como animales por un circuito de mil metros en el bosque. No sé cuántas vueltas dimos, no sé cuántas series hicimos echando los hígados. Por las tardes ya entrenábamos en el campo de fútbol con el balón. Y yo ahí sufría más.

Porque correr es sencillo. Ahí no se notaban mis problemas. Pero por las tardes yo quedaba siempre en evidencia. En el terreno de juego era un futbolista ausente, despistado, triste. Si alguien ha vivido una depresión, ya sabe cómo es: te sientes dentro de una niebla permanente, no ves ni oyes con claridad, te mueves torpe. No era capaz de controlar balones fáciles, no acertaba un pase, llegaba tarde a los cruces, no me coordinaba con la línea defensiva y rompía el fuera de juego una y otra vez… Mis compañeros me gritaban, me echaban broncas para que me concentrara:

—¡Gurru, joder, espabila!

Lo peor no es que me gritaran, es que los gritos me llegaban desde otra galaxia, remotos, amortiguados, y yo no reaccionaba. Que te griten es duro. Que te griten y no reacciones es peor. Que te griten, no reacciones y te des cuenta de que no sabes reaccionar es un drama. Yo volvía hundido al vestuario. Pensaba que ya no sabía jugar al fútbol. Y que tampoco era capaz de hacer ninguna otra cosa en la vida.

Por las noches daba vueltas en la cama y pensaba: ojalá los entrenamientos solo consistieran en correr por el maldito circuito del bosque a todas horas. Si solo corres, no tienes que pensar. No quería ver un balón ni en pintura. Solo quería correr. Correr, correr y correr, correr mañana y tarde, correr lejos, correr hasta algún lugar donde nadie supiera que yo era futbolista, donde nadie me mirara, correr hasta un sitio donde llorar a gusto y llorarlo todo hasta quedarme en paz.

Necesitaba tiempo para llorar, desahogarme y salir de aquel infierno. Pero justo lo que no hay en el fútbol profesional es tiempo.

Tenía que entrenarme a tope porque ya venían los partidos de pretemporada y debía ganarme el puesto, debía responder ante el entrenador, los espectadores y los periodistas. Tenía que hacerlo pero no era capaz. A la vuelta del Tirol jugamos un amistoso en Tudela, contra el Numancia, y yo anduve como una sombra por el campo. Antes de subir al bus se me acercó Roberto Olabe, que había pasado de entrenador a director deportivo.

—Zuhaitz, ¿podemos hablar un momento?

—Sí, Roberto, dime.

—Es que no te vemos centrado. Nos da la impresión de que estás un poco fuera de sitio, no sé si estás bien, si tienes algún problema…

—No, no.

—Por ahora no te vemos en el equipo. Hemos pensado que lo mejor sería que te fueras cedido esta temporada a algún equipo de Segunda. Así sigues jugando más tranquilo, te pones en forma y vuelves mejor.

Me lo dijo de muy buenas maneras. Le contesté que lo entendía, que me parecía bien y que me buscaran un equipo.

No lo encontraron. Ningún equipo de Segunda me quería y tampoco podían echarme de la Real, porque tenía contrato en vigor, así que me quedé. La Real tuvo que quedarse conmigo.

Esto tuvo un efecto benéfico: vi que no iba a jugar partidos, que no iba a salir a Anoeta ni a ningún otro campo a demostrar que era un futbolista de Primera delante de miles de personas, así que me quité mucha presión de encima y empecé a entrenarme más despreocupado. No contaban conmigo y eso me dio la tranquilidad y el tiempo que necesitaba para recuperarme un poco.

Al cabo de unas semanas, Denoueix me dijo que me veía mejor en los entrenamientos. Él me mandaba marcar de cerca a Nihat o a Kovacevic, nuestros dos delanteros, me decía que les apretara duro, y la verdad es que nos zurrábamos a base de bien. De buen rollo, ¿eh? Pero con mucha intensidad. Otra cosa no sé, pero yo sabía ser un tipo pegajoso. Entre semana era el *sparring* perfecto para Nihat y Kovacevic. Y el fin de semana me quedaba en la grada o en casa.

Los dos puestos de defensa central se los disputaban Kvarme, Schürrer y Jauregi. Yo era el cuarto. Si no jugué ni un solo minuto en los primeros siete meses de la temporada, fue porque nunca coincidieron dos lesionados o sancionados entre ellos tres en la misma jornada. La primera vez que pasó, ya en la jornada veintiocho, Denoueix no recicló a un lateral o a un pivote para ponerlo de defensa central. Me puso a mí. Él me daba confianza, me animaba. De hecho, a mí se me agotaba ya el contrato y al acabar la temporada la Real me lo renovó sorprendentemente un

año más, por petición de Denoueix. Cuanto menos jugaba, mejor jugador parecía.

Unos días antes de empezar aquella Liga de 2002-2003, los capitanes se reunieron con la directiva para negociar las primas. Volvieron al vestuario y el primer capitán nos informó a los demás:

—Por cada punto, tanto dinero. Por mantenernos en Primera, tanto. Por quedar entre los diez primeros, tanto. Por clasificarnos para la Copa de la UEFA, tanto…

Sonrió un momento y dijo:

— …y por si el coach Aldekoa tiene razón, también hemos pactado una prima por entrar en la Champions League y otra por ganar la Liga.

Carcajada general.

Con la preparación física tan exigente de Denoueix, empezamos la Liga como un tiro. Ganamos 4-2 al Athletic en un partidazo espectacular, luego 1-3 al Espanyol, nos pusimos líderes, seguimos ganando domingo tras domingo…

En la sexta jornada dimos un tropezón. Le ganábamos 1-2 al Alavés y en el minuto 86 el árbitro nos pitó una falta en contra porque nuestro portero Westerveld había retenido el balón en las manos más de seis segundos. Entonces era una norma reciente. Ahora ha pasado un cuarto de siglo desde que la establecieron y no recuerdo ni una sola vez en la que se haya aplicado. Los porteros retienen el balón ocho, diez, doce segundos y no pasa nada de nada. En la tele cronometraron el tiempo que tuvo Westerveld el balón en las manos: 6.7 segundos. Pues bueno, por esas siete décimas nos pitaron un tiro libre indirecto dentro del área, el Alavés marcó el empate y se nos volaron dos puntos. Por dos puntos perdimos aquella Liga.

Pero qué te voy a decir: cuando nos jugábamos el título en las últimas jornadas, a mí ya la Liga me daba igual. Me daba igual o algo peor.

Por suerte para la Real, tenía jugadores mucho mejores y más resistentes que yo. Aquel año se juntó un equipazo. Westerveld era un gran portero que venía del Liverpool. En el centro de la defensa rotaban Kvarme, Schürrer y Jauregi, tres tipos muy seguros. Las bandas eran increíbles: Aranzabal y De Pedro por la izquierda, Rekarte y Karpin por la derecha, cuatro puñales. En el centro del campo, un artista como Aranburu y un chaval que ese año maravilló a todo el mundo: un tal Xabi Alonso. Y arriba, el pequeño y rapidísimo Nihat, y el grande y fortísimo Kovacevic. Se hincharon a meter goles: Nihat, veintitrés; Kovacevic, veinte.

De Pedro lanzaba unos centros prodigiosos a la cabeza de Kovacevic. Nihat y Karpin aparecían por todas partes, tocaban la pelota y corrían al hueco, combinaban, remataban. Lo de Xabi Alonso fue una sobrada, cómo repartía el juego, qué pases de cuarenta metros, qué golazos desde fuera del área. Terminamos la primera vuelta sin perder un solo partido: campeones de invierno. Daba gloria ver a aquella Real, era un espectáculo de velocidad y precisión, un equipo de videojuego.

Yo también fui un jugador de videojuego. Pero solo de videojuego.

Por las mañanas entrenábamos en Zubieta y nos quedaban muchas tardes libres. Para mí eso era un problema: en cuanto me quedaba solo, me hundía en la tristeza. La escapatoria más sencilla habría sido el alcohol, emborracharme a diario como en Benidorm y dormirme, pero seguía siendo futbolista, tenía que aparecer presentable en los entrenamientos, no podía permitírmelo. Así que por las tardes me iba casi siempre a Elgoibar, a casa de mis padres, a dar una vuelta con mis amigos, a distraerme de alguna manera, porque no me atrevía a quedarme solo en mi piso de

Donostia. Una vez mi amigo Arkaitz me invitó a su casa en Elgoibar a jugar a la Play Station, me divertí mucho y empecé a ir todas las tardes. Arkaitz curraba en el torno ocho horas, salía de la fábrica, comía en casa, aparecía yo y nos pasábamos la tarde con el videojuego dichoso.

Jugábamos al FIFA: elegías un equipo, alineabas a tus jugadores y competías en torneos. En el FIFA podías elegir la Liga española, podías elegir la Real Sociedad, podías elegir a Zuhaitz Gurrutxaga. Y yo elegía a Zuhaitz Gurrutxaga, claro. Lo ponía siempre de titular. ¡Y de delantero!

En aquella época yo cambiaba de canal cada vez que hablaban de fútbol en la tele, no veía los resúmenes de los partidos, no seguía nada de lo que pasara en la Liga, nada de nada. Ahora sigo sin ver fútbol, pero es que entonces no lo soportaba. Porque veía a los demás futbolistas y sentía que todos eran capaces de jugar menos yo. Me veía frente al espejo de mi incapacidad, me dolía demasiado. Yo, que de niño estaba loco por el fútbol, que me sabía las alineaciones de todos los equipos, a los veintiún años dejé de verlo porque lo detestaba. Pero en la Play Station encontré un mundo paralelo en el que Gurrutxaga jugaba, subía al ataque, se lucía, regateaba, hasta se atrevía a tirar penaltis y los marcaba.

Parece una bobada, unos niñatos aburridos jugando a la Play, ¿no? Pero con el videojuego yo pasaba horas y horas y horas sin pensar. Mira si metíamos horas que una vez uno de los futbolistas que manejaba Arkaitz se salió del campo y siguió corriendo y chocándose contra los banquillos, porque ya no había más pantalla: miré a Arkaitz y vi que se había quedado dormido con el mando en la mano. Mi vida se redujo a entrenar por las mañanas, jugar al FIFA por las tardes, dormir y vuelta a empezar. Así la pude manejar mejor. Creo que Arkaitz nunca ha sido consciente de que me salvó la vida cuando pasaba tantas horas conmigo jugando a la Play.

Sin la presión de jugar los domingos, concentrado en los entrenamientos y anestesiado con la Play, conseguí un equilibrio precario durante un par de meses. Precario pero equilibrio. Me entrenaba cada vez mejor, hasta el punto de que Denoueix me convocó por fin para un partido fuera de casa.

No jugué ni un minuto. Pero cuando volví el domingo por la noche, me encontré mi piso de Donostia patas arriba. Habían forzado la puerta y lo habían revuelto todo. Puse una denuncia ante la Ertzaintza y un tiempo más tarde me contaron que había sido una banda de ladrones de Europa del Este que había robado en varias casas de mi barrio.

Se ve que aquellos ladrones controlaban mis movimientos y aprovecharon el único fin de semana en que me fui de viaje con el equipo para entrar en mi casa. Lo tenían fácil: bastaba con saber cuándo jugaba fuera la Real, comprar la víspera el periódico y mirar la convocatoria para saber si yo viajaba o no. Me imagino a esa banda de cuatro o cinco ladrones reunidos todas las semanas en un sótano, con el pasamontañas levantado hasta la frente, leyendo *El Diario Vasco y* desesperándose conmigo:

—Dimitri, el chaval tampoco va esta semana.

Debieron de pasarse meses esperando. Cuando por fin me marché convocado, entraron a mi casa… y ¿sabes qué me robaron? Nada. Nada de nada. Esos tíos intentaron robarle al futbolista de Primera División que menos gastaba. Lo único de valor que había en mi casa era una tele de cuarenta pulgadas. Pero ojo, no cuarenta pulgadas de ancho sino de fondo. ¿Te acuerdas de aquellas teles viejas? De esas que tenían un culo enorme, ideal para que los gatos echaran la siesta… Me revolvieron los armarios y los cajones pero se marcharon sin llevarse nada.

Pobres ladrones. No sé si esto es síndrome de Estocolmo, de Bucarest o de Logroño, pero me

dieron pena: el curro que se habrían tomado para seguirme y localizar mi casa, la paciencia que tuvieron para esperar durante meses a que me convocaran, luego van los tíos, me fuerzan la puerta jugándose la cárcel… y solo encuentran una tele prehistórica. Claro que me dan pena, es que joder, ¡serían los únicos en toda Gipuzkoa que estaban pendientes de verme en una convocatoria de la Real! Durante meses, ellos fueron mis mejores seguidores.

También te digo que menuda falta de profesionalidad. Si eres ladrón de casas de futbolistas, tienes que controlar un poco mejor a quién vas a robar. Y eso estaba chupado. Tú te ibas al aparcamiento de Zubieta y allí tenías todos los coches de los jugadores de la Real.

Darko Kovacevic: Ferrari 360 Modena.

Valery Karpin: Porsche Cayenne.

Zuhaitz Gurrutxaga: Seat Córdoba con los cristales tintados y una pegatina de la discoteca Guass. Justo ese es el futbolista al que no tienes que robar, joder, eso es de primero de ladrón.

Pero esos ladrones chapuceros se llevaron, sin enterarse, algo mucho más valioso que la tele.

# 16. TOC, TOC

Los ladrones se llevaron algo mucho más valioso que la tele: se llevaron mis últimas reservas de tranquilidad. Cuando vi los cajones revueltos y la casa patas arriba, me sentí muy vulnerable. Esa noche agarré el cuchillo más grande de la cocina, lo metí debajo de la almohada y traté de dormirme, pero estaba muy nervioso y me levanté enseguida.

No volverán a entrar, ¿no? ¿He cerrado bien la puerta de casa?

Fui a comprobarlo, abrí la puerta y volví a cerrarla. Me acosté. En menos de un minuto me volví a levantar. ¿Seguro que la he cerrado bien?

Fui a comprobarlo y obviamente estaba cerrada. Pero la volví a abrir y cerrar, volví a acostarme, volví a levantarme.

De alguna manera que no sé explicar, pacté con mi cerebro que comprobar la puerta cinco veces sería una medida suficiente para tranquilizarme. Así que me levanté cinco veces a abrirla y cerrarla. Me estaban brotando los primeros síntomas de un trastorno psiquiátrico que me iba a arruinar la vida durante muchos años y todavía me colea: el TOC, el trastorno obsesivo-compulsivo. Te entra una obsesión, se te dispara la ansiedad y la única manera de calmarla es cumpliendo unos actos repetitivos: las compulsiones.

Empecé con uno de los tocs más frecuentes: el de la verificación. De repente te da miedo dejarte la puerta sin el pestillo echado, el grifo goteando, el gas abierto o el horno encendido, y que ocurra una catástrofe.

Salir de casa se convirtió en un suplicio para mí. Me aseguraba de que estuviera todo bien apagado y cerrado —puertas, ventanas, interruptores, grifos…—, terminaba el repaso y empezaba de nuevo desde el principio. Así una y otra vez, hasta que me obligaba a marcharme porque llegaba tarde al entrenamiento. Salía en coche, me entraba la ansiedad y en la primera rotonda me volvía a casa para comprobarlo todo otra vez.

Me imagino que alguno dirá: oye, yo también dudo muchas veces de si he cerrado la puerta del coche y vuelvo a mirarla… Ya, sí, pero supongo que cuando compruebas que la puerta está cerrada, no vuelves a confirmarlo cinco veces, ¿no? Exactamente cinco veces. Porque a la obsesión de la verificación se le suele sumar la obsesión por un número. Eliges un número. O mejor dicho, un número te elige a ti. En mi caso era el cinco. Para calmarme, tenía que comprobarlo todo cinco veces. El horno cinco veces, la luz cinco veces, la puerta cinco veces… Y la repetición me aliviaba la ansiedad, pero cada vez me la aliviaba menos tiempo y enseguida necesitaba cumplir otra vez toda la ronda de compulsiones. Pero no podía repetirla solo una vez más, la sexta vez, porque el número no me cuadraba. Algunos días llegué a hacer cinco rondas de cinco comprobaciones: veinticinco veces el horno, veinticinco veces la luz, veinticinco veces la puerta…

Si explicas estas manías, a la gente le hace gracia. Pero te arruinan la vida. A mí se me iba media mañana con los ritos para salir de casa, se me iban las energías, se me iban las ganas de todo. Llegaba a Zubieta agotado por la tensión. Cómo iba a entrenarme yo así en un equipo de

Primera… Mi vida se convirtió en un infierno absurdo, inconfesable.

Al cabo de un tiempo entendí por qué el número de mis obsesiones era el cinco: porque era mi número como jugador de la Real. Pues menos mal que el trastorno se me despertó aquel año y no el anterior, cuando en la camiseta llevaba el 23.

Las obsesiones me aparecían también en Zubieta. En el vestuario, antes de salir a entrenar, tenía que dejar mis zapatillas y mis chancletas en una posición simétrica en el suelo, exactamente paralelas y a la misma distancia unas de otras. Es el toc del orden y la simetría. Casi siempre me quedaba el último en el vestuario para que nadie me viera cumplir estos ritos maniáticos, pero un día andaba yo ahí, agachado y moviendo las zapatillas un milímetro para aquí y un milímetro para allá, sin darme cuenta de que había alguien observándome.

—*Gujjju*, tú estás loco, tío.

Me giré y vi a Sander Westerveld, nuestro portero holandés, que me miraba pasmado y se giraba el dedo índice en la sien.

Cuando me pillaban, me moría de vergüenza. Pero no podía dejar de cumplir mis ritos. Si no, me pasaba los primeros veinte o treinta minutos del entrenamiento intentando calmar la angustia, incapaz de centrarme en los ejercicios. Por eso, cuando al año siguiente fui a tratarme por fin con una psicóloga y me ordenó que reprimiera mis rituales, yo siempre encontraba esta excusa: es que soy jugador de Primera y ahora tengo un entrenamiento; si no cumplo mis rituales en casa, en el coche y en el vestuario, voy a estar nervioso y no voy a rendir. No es fácil tener un toc siendo futbolista. Ni tampoco será fácil tener un toc siendo mecánico, profesor o músico, claro.

El toc era un pájaro carpintero que me picoteaba el cerebro a todas horas: toc, toc, toc, toc, toc… Porque fui cayendo en todos los tocs que aparecen en los manuales.

El siguiente: el de la contaminación. Sentía la presencia de virus, bacterias y enfermedades por todas partes, en todas las personas y en todas las superficies. No quería tocar nada. En los entrenamientos tenía que marcar a mis compañeros, pegarme a ellos, y sentir tan cerca su sudor me ponía muy nervioso. Imagínate qué movimientos raros haría yo en cada jugada, para acercarme mucho pero sin acercarme del todo…

Una vez me iba desnudo a la ducha y Xabi Alonso, no recuerdo por qué broma o qué tontería, me tiró su camiseta sudada. Me dio en la espalda, me giré y le chillé:

—¡¿Pero tú eres gilipollas?!

Todos mis compañeros se quedaron a cuadros. Espero que si Xabi lee esta historia, entienda ahora aquel insulto y me lo perdone.

Al terminar los entrenamientos, los aficionados se acercaban a saludarnos y a pedirnos autógrafos. Para mí era una pesadilla. Cuando me daban la mano o me pasaban sus bolígrafos, me los imaginaba plagados de bacterias y me agobiaba. Empecé a escaquearme. Me iba rápido del campo a los vestuarios, ignorando a la gente que me llamaba, y pronto me convertí en el jugador más antipático de la Real. También quiero pedir perdón a cualquier aficionado al que no le diera la mano o le negara un autógrafo: no era por arrogancia, es que me daba pánico.

En el hotel donde nos concentrábamos antes de los partidos de casa, siempre había aficionados en la recepción esperando a que bajáramos de las habitaciones para ir a comer o cenar al restaurante. Nos pedían firmas, se sacaban fotos con nosotros. ¿Sabes lo que hacía yo? Bajaba en ascensor al garaje subterráneo, lo cruzaba a pie hasta el otro extremo y subía en un ascensor del otro lado que me dejaba en el restaurante. Todo eso para no pasar por la recepción y no agarrar el

bolígrafo de un desconocido. Y no podía hacer semejante jugada si coincidía con algún compañero de equipo en el ascensor, así que vigilaba los pasillos, escuchaba los ruidos de las habitaciones y salía cuando estaba seguro de poder escaparme yo solo hasta el garaje. Solía llegar al restaurante el primero con mucha antelación o el último con retraso, para que nadie me viera moverme así por el hotel, tan relajado como un espía en el cuartel enemigo.

Pero claro, al final siempre tienes que tocar cosas, es inevitable. Un bolígrafo, una mano, un pomo. Cada vez que tocaba algo, me lavaba las manos con jabón. Me las lavaba veinte, treinta, cuarenta veces al día. Una locura. Me destrocé la piel, se me caía a jirones. Y para arreglarlo, empecé a darme crema hidratante en cantidades industriales. Mi madre se dio cuenta de cómo tenía las manos y le dije que era porque jugábamos mucho a pelota en un frontón que había en Zubieta. Lo del frontón era verdad. Antes de los entrenamientos solíamos echar partidillos de pelota, allí se jugó el primer Rusia-Turquía de pelota de la historia: Karpin-Jojlov contra Nihat-Tayfun. Lo que me destrozaba las manos no era la pelota, era mi mente, pero yo seguía afinando mi habilidad para inventarme excusas.

En esta temporada 2002-2003 no aparecí en la tele hasta la jornada veintiséis. Íbamos segundos a un punto del Real Madrid, ganamos 1-2 en Santander y al día siguiente el programa *El día después* de Canal Plus me dedicó una pieza. En concreto, en la sección «Lo que el ojo no ve», donde mostraban curiosidades y escenas graciosas que ocurrían alrededor de los partidos. No jugué ni un minuto, pero me grabaron en el banquillo, mientras me daba crema hidratante en las manos de manera obsesiva. Hicieron algún chiste sobre mis manos, las más suaves de la Primera División. En las imágenes se veía la marca del bote de crema: Eudermin. ¿Cuánto tendría que pagar una marca para aparecer durante veinte segundos en un programa de tanta audiencia como *El día después*? Un pastón. Pues unos días más tarde, como agradecimiento, Eudermin mandó a Zubieta un lote de cremas para cada jugador de la Real.

Así que quiero corregir mi contribución en aquella temporada histórica del subcampeonato: aporté 91 minutos de juego y 23 lotes de cremas hidratantes.

Fui cayendo en todos los toc: verificación, repetición, contaminación, orden, simetría, hipocondría… Todo esto soy capaz de explicarlo ahora, porque entonces no tenía ni idea de lo que me pasaba. Ni me imaginaba que fuera un trastorno bien conocido por los psicólogos, yo simplemente creía que me estaba volviendo loco y mi angustia crecía cada vez más. Me pasé la temporada del subcampeonato sin saber lo que me ocurría, sin contárselo a nadie y tratando de disimularlo todo el rato. Pasaban las semanas y no jugaba ni un minuto. Mis compañeros se salían, ganábamos domingo sí, domingo también, y no sé si debería contar esto, pero bueno, lo sabía media Donostia: salíamos de fiesta domingo sí, domingo también.

En aquella época había algunas discotecas en la zona de Ilunbe, cerca del estadio de Anoeta, y allí nos íbamos todos los jugadores de la Real Sociedad después de los partidos. Éramos el equipo de moda, los líderes de la Liga, los ídolos de la ciudad, se corrió la voz y aquellas discotecas empezaron a llenarse como nunca antes. Parezco un flipado diciendo esto, pero tú sabes la marcha nocturna que hay en Donostia: escasita. Y si es domingo, cuesta distinguir la zona de bares del cementerio. Pues aquel año, los domingos que jugábamos en Anoeta iba tanta gente a esas discotecas que hasta contrataron a diyéis y gogós de Ibiza. La gente sabía que los jugadores de la Real salíamos de fiesta después de los partidos y a nadie le parecía mal, porque ganábamos siempre.

Alguien dirá que si no hubiéramos salido tanto de fiesta, igual habríamos ganado la Liga. Pues

yo creo que si no hubiéramos salido, igual habríamos terminado en mitad de tabla. Entre los jugadores había un ambientazo que yo no he visto nunca en ningún otro equipo, y mira que jugué en unos cuantos, ¿eh? La Real era el equipo líder de Primera… y funcionaba como una cuadrilla de amigos. De verdad. Hacíamos piña: los de casa, los extranjeros, los recién llegados, los veteranos… Un grupo espectacular. Salíamos de fiesta todos juntos después de los partidos, siempre después, ¿eh?, y creo que era más beneficioso que perjudicial.

Esas fiestas eran de los pocos momentos en que yo no sufría. Bebía, me desconectaba de mis obsesiones, bailaba, me divertía, ligaba. Sí, ligaba. Si eres futbolista de la Real, ligas un montón, aunque seas el último mono del equipo. Una noche conocí a una chica eslovaca muy guapa que estaba de Erasmus en Donostia, bailamos, tomamos unas copas, me invitó a su casa y follamos. Dormí unas horas con ella, me levanté para ir al entrenamiento de los lunes… y según iba en coche a Zubieta, apareció de nuevo el pájaro carpintero: toc, toc, toc…

¿Anoche me puse bien el preservativo?

De repente se me ocurrió que podía enfermar de sida. Se me disparó la ansiedad, llegué a Zubieta agitado y sudando. Le comenté mi miedo a un compañero y le dije que en cuanto acabara el entrenamiento me iba a hacer la prueba del VIH. Él me explicó que debía esperar seis meses, porque puede que tengas el virus pero aún no hayas producido anticuerpos detectables. Casi me ahogo del agobio. ¿Seis meses? ¿Tengo que esperar seis meses con esta ansiedad? No voy a soportarlo, me voy a volver loco definitivamente, voy a hacer cualquier barbaridad.

Entonces hice una de las cosas que más me avergüenza en toda mi vida. Acabé el entrenamiento en Zubieta, me duché y fui directo a casa de la chica eslovaca. Toqué el timbre y le pedí que bajara por favor. Cuando llegó al portal, yo temblaba de arriba abajo. Ella lo notó.

—¿Estás bien? ¿Te pasa algo?

—No, no, nada. Bueno, una cosa: estoy un poco preocupado por lo de anoche, por el preservativo…

—Sí, te lo pusiste.

—Ya, pero no sé si me lo puse bien. No te lo tomes a mal, es que estoy un poco rallado… Tú no tendrás ninguna enfermedad, ¿no?

—¿Qué? ¡Pero tú de qué vas!

—Perdona, perdona. Es que estoy un poco paranoico, es un problema mío, lo siento mucho.

Ella respiró hondo y me dijo que no, que no tenía ninguna enfermedad. Pero mi cerebro andaba desbocado y enseguida pensé que igual ella tenía algo que aún no sabía.

—Sabes qué pasa, que tengo que esperar seis meses para hacerme la prueba del VIH y quedarme tranquilo… ¿Te importa si un día de estos te llevo al hospital y te la haces tú, para salir de dudas?

Qué lástima le tuve que dar. En vez de cerrarme la puerta en las narices, suspiró y me dijo que vale.

—Mira, chico, si te vas a quedar más tranquilo… Te dejo mi número, llámame cuando quieras y vamos a hacer la prueba.

—No sabes cuánto te lo agradezco. Te pido mil disculpas, de verdad.

Volví al coche con su número de teléfono apuntado en un papel. Lo metí en la guantera y por suerte no volví a sacarlo jamás, hasta que me decidí a tirarlo unas semanas después. Es que de repente, sentado en el coche, solo otra vez, me entró muchísima vergüenza. Menudo ridículo he hecho, cómo le voy a pedir a esta chica que se vaya a hacer la prueba por culpa de mi paranoia. La dejé en paz.

Me la imagino cuando volvió a Eslovaquia y le preguntaron qué tal los chicos vascos.

—Bien, al principio son un poco tímidos, pero en cuanto cogen un poco de confianza, enseguida te llevan al hospital a hacerte la prueba del VIH.

Desde ese día me entró un miedo permanente al sida. Yo sabía que el VIH se transmite por vía sexual y sanguínea, pero mi miedo era irracional, me hacía verlo por todas partes, en el aire, en la piel, en la ropa, y pensaba que me iba a contagiar en cualquier momento. Yo no sé si este miedo se debe a que en los años ochenta y noventa se oían tantísimas historias de sida en Elgoibar. Puede ser, porque enseguida me entró también un miedo irracional a las drogas, otro de los peligros de los que se hablaba siempre en mi pueblo cuando era un crío.

El miedo al sida me produjo pánico a las relaciones sexuales. Es increíble. Está mal que lo diga yo otra vez, pero era guapete, veintidós años, soltero, jugador de la Real, con oportunidades para tener sexo cada vez que salía de noche… y de repente me volví virgen. Me pasé un año y medio sin atreverme a follar.

Lo peor es que me gustaba ligar. Y en ese año y medio seguí ligando. Me lo pasaba muy bien conociendo a chicas, bailando, tonteando… Muchas veces me tomaba unas copas con alguna chica simpática, atractiva, nos íbamos a su casa o a la mía, y cuando llegaba el momento… yo no podía. Me inventaba excusas: he bebido demasiado, me duele la cabeza, mañana tengo entrenamiento y quiero irme a dormir… Lo que tenía era miedo a contagiarme.

Algunas no se lo tomaban nada bien. ¿Me traes a tu casa para no hacer nada? Una vez nos fuimos un compañero del equipo con una chica y yo con otra, cada pareja a una habitación. Me eché para atrás en el último momento. Ella se enfadó mucho. Y cuando nos juntamos de nuevo con la otra pareja, ella le dijo a mi compañero:

—Que sepas que tu amigo es gay.

Lo dijo a malas, para herirme. Y alguna otra vez oí ese comentario en alguna discoteca: que yo era gay. No diré tanto como que circuló ese rumor en la noche donostiarra, pero sí sé que a veces lo comentaban a mis espaldas.

Y yo empecé a planteármelo, claro.

Ahora sé que existe otro toc, el toc de ideación sexual: tienes dudas acerca de tu orientación y las vives con angustia, de manera que debes cumplir una serie de compulsiones o comprobaciones mentales, como en los otros toc, para sentirte seguro. ¿Qué hice yo para probar si era homosexual o no? Pues no se me ocurrió otra cosa que ponerme a mirar a mis compañeros en las duchas de Zubieta, jóvenes desnudos con cuerpos atléticos, para ver si me excitaba y confirmaba mi homosexualidad. No me excitaba, pero eso tampoco me despejaba las dudas, porque pensaba: a ver, igual no me empalmo porque me corta el entorno, la situación, pero aquí estoy, mirándolos. Y si me quedo mirándolos igual es porque me gustan y no lo quiero reconocer.

Un compañero me recordó años después las risas que echábamos en el vestuario. Yo siempre hacía bromas, vacilaba a todo el mundo, era ingenioso, el graciosete del grupo. Creo que el humor era un recurso para desconectar de mis ansias. O para disimularlas, porque ese compañero se acordaba de una respuesta que le di en las duchas.

—¡Qué pasa, Gurru, qué haces ahí pasmado!

—¡Aquí, tío, mirando pollas para ver si soy maricón!

El compañero se reía con ese recuerdo. Pero yo recurría a ese humor chusco para que todo pareciera una broma de machotes, cuando en realidad miraba a mis compañeros desnudos en

serio.

Mientras yo peleaba con mi cabeza, la Real peleaba por la Liga. Avanzaba la segunda vuelta y seguíamos arriba en la clasificación, jugando de maravilla, ganando partidos y alternándonos en el liderato con el Real Madrid. Nos seguía de cerca el Deportivo de La Coruña.

Entramos en la última docena de partidos y toda Donostia, toda Gipuzkoa soñaba con algo tan extraordinario como el título de Liga. La Real solo lo había conseguido dos veces, en 1981 y 1982, cuando yo era un bebé. De niño o adolescente me habría flipado la posibilidad de ver a una Real Sociedad campeona. Y si me hubieran dicho que yo iba a ser uno de los jugadores que iba a pelear por el título, me habría vuelto loco de ilusión. Pues resulta que efectivamente, yo era jugador de una Real que lideraba la Liga a falta de pocos partidos… y me daba igual.

O algo peor.

No es que me diera igual, es que prefería que la Real no ganara el campeonato.

Lo siento. De verdad que lo siento. Sé que puedo molestar a muchos aficionados que vivieron ese año con mucha pasión y muchos nervios, pero quisiera explicarme. Yo no estaba bien. Vivía hundido en la depresión y acongojado por todos esos miedos que me comían por dentro. Veía que mis compañeros jugaban de maravilla, ganaban partido tras partido, y yo era incapaz de participar. Con cada victoria de la Real, mi fracaso quedaba más en evidencia. Sentía una mezcla de vergüenza y celos. A mi alrededor todos estaban pletóricos, entusiasmados, felices de la vida; en aquellos meses todo el mundo hablaba todo el rato de la Real, los aficionados, los periodistas, los vecinos, mis amigos, y yo me sentía ajeno. Me duele decirlo, pero cuando perdíamos un partido y la gente se entristecía un poco, yo me sentía menos solo.

Era incapaz de conectarme con los demás. Viví el temporadón de la Real con tristeza. Me hubiera gustado emocionarme, de verdad, pero no lo conseguía.

En abril fallaron dos defensas centrales a la vez: Schürrer, lesionado del menisco, y Jauregi, sancionado tras ver la quinta tarjeta amarilla en el partido anterior. Por primera vez en toda la temporada, Denoueix me anunció que jugaría el siguiente domingo. Era la jornada veintiocho, uno de los partidos más decisivos: en Coruña contra el Deportivo, que peleaba con nosotros por el liderato. Denoueix podía haber movido de sitio a algún lateral o algún centrocampista defensivo, pero ya he dicho que él estaba contento con mis entrenamientos, y en Coruña apostó por mí. Me puso de pareja con Kvarme. Por una parte, me subió la autoestima y se me renovó la ilusión por participar en el equipo de mis amores justo cuando podía ganar la Liga. Por otra, me renovó el temor a bloquearme en el campo y a que la Real perdiera el título por mi culpa.

# 17. TODOS SUBCAMPEONES

El día del partido en Coruña volvieron a mencionarme en un periódico deportivo, con foto y todo. Mira el recorte. Habla de la víspera, del momento en que los jugadores nos subimos al autobús en Zubieta para irnos al aeropuerto.

> GURRU SE IBA SIN SU MALETA
> Gurrutxaga se ha quedado fuera de las convocatorias muchas veces esta temporada. Será por esa falta de práctica por lo que ayer subió al autobús —el último, como casi siempre— sin su bolsa de la ropa. Se dio cuenta cuando el autobús ya arrancaba y tuvo que volver a su coche a por la bolsa.

Y en la foto se me ve agarrando la manilla de mi coche, un poco agachado para mirar dentro.

Qué gracioso, ¿no?

Graciosísimo.

¿Sabes lo que estaba pasando realmente en el momento de esa foto?

Antes de subirme al autobús del equipo, siempre comprobaba cinco veces que todas las ventanillas de mi coche estuvieran subidas, las luces apagadas y las puertas cerradas. Por eso subía siempre el último, como dice el periodista. Pero ese día me andaba siguiendo un fotógrafo porque yo era la novedad en la convocatoria. Me daba vergüenza que me viera cumpliendo mi rito de las cinco confirmaciones, así que me inventé un truco: me dejé la bolsa en el coche a propósito. Comprobé la manilla de la puerta tres veces, me subí al autobús, fingí que me había olvidado la bolsa, volví corriendo al coche, comprobé la puerta otras dos veces y subí de nuevo al bus. En la foto estoy mirando al interior del coche para asegurarme de que los pestillos estén bajados.

En esas cosas tenía yo la cabeza, la víspera de jugar un partido decisivo para el título.

Todavía peor. En las últimas semanas me había aparecido una obsesión nueva: todas las líneas que me encontrara en el suelo las debía cruzar primero con el pie derecho. Si pasaba alguna con el pie izquierdo, retrocedía para volver a cruzarla con el pie derecho y en los siguientes minutos ya solo me concentraba en pasar todas las líneas posibles con el derecho para compensar el error. En casa y en la calle le prestaba mucha atención a esta manía, pero es verdad que en los entrenamientos conseguía olvidarme de ella. Y menos mal, porque imagínate a un futbolista que corra por el campo obsesionado con pasar las líneas con el pie derecho: menudo papelón.

En los entrenamientos me olvidaba, sí. Pero en el avión del sábado a Coruña me entró un miedo: llevaba un año sin jugar, ¿y si de repente la presión me bloqueaba y empezaba a agobiarme por las líneas en pleno partido? Me tocaba marcar nada menos que a Roy Makaay, el máximo goleador de la Liga, y ya me veía corriendo con él para disputar un balón peligroso y calculando los pasos para saltar la línea del área con el pie derecho. Madre mía, la que podía liar.

Llegó el domingo 6 de abril de 2003, jornada veintiocho, partidazo entre el Deportivo de La

Coruña, tercero en la clasificación, y la Real Sociedad, segunda con tres puntos más, y a solo tres del líder Real Madrid. Aquí se iba a cocer un buen pedazo de Liga.

Cuando íbamos en bus al estadio de Riazor, Darko Kovacevic me buscó y se sentó a mi lado. Era una de las estrellas del equipo, un goleador espectacular, pensó que yo estaría nervioso porque llevaba un año sin jugar y vino a animarme. Me llevaba fenomenal con todos mis compañeros, pero Darko era un tío especialmente majo, me tenía cariño, a pesar de la leña que le daba en los entrenamientos.

—Qué tal, Gurru, ¿nervioso?

—Bueno, un poco…

—Tú tranquilo, hombre, que yo te veo entrenar, y si aprietas a Makaay la mitad de lo que me aprietas a mí, no va a tocar un balón.

—A ver si es verdad…

—Que sí, hombre. Mira, estoy tan seguro de que vas a jugar de puta madre, que si nos pitan un penalti a favor, te lo dejo tirar a ti.

Lo dijo riéndose. Yo me quedé con una sonrisa helada. Los dos sabíamos que por supuesto se trataba de una broma. Darko era un delantero voraz y además tenía un pique con Nihat para ver quién marcaba más goles, así que no le dejaría tirar un penalti ni a su madre pidiéndoselo de rodillas, pero él no sabía el trauma que tenía yo desde chaval, desde que vi el penalti trágico de Djukic precisamente en el estadio en el que íbamos a jugar ahora, desde que tiré el único penalti de mi vida, lo fallé y perdimos aquella final contra el Athletic en juveniles. Con la tensión que llevaba camino de Riazor, me puse a pensar que justo eso era lo que me faltaba, jugar preocupado por si a Kovacevic se le cruzaba un cable y me daba el balón para tirar un penalti.

—No me vaciles, Darko, que bastante tengo con lo mío.

Mi preparación para el partido fue perfecta: me lavé las manos con agua y jabón, me di crema hidratante, coloqué las chancletas simétricamente, no compartí mi botella de agua con nadie, me anudé las botas cinco veces y salí del vestuario. Durante medio segundo pensé en el pie con el que iba a cruzar la línea de banda para entrar en el campo, pero me dije que ya bastaba de manías y pisé el terreno sin fijarme.

Me relajé y todo empezó a ir fenomenal. Tenía a Makaay controlado, no se me escapó ni una vez, corté los pases, llegué rápido a los cruces. Kvarme y yo estuvimos contundentes en la defensa. Nuestros centrocampistas dominaban el juego, nuestros delanteros llegaban con mucho peligro y en el minuto 15 Nihat marcó el 0-1. ¡Bien! Esta vez me sentía parte del juego, implicado con mis compañeros como hacía mucho que no me pasaba. En el minuto 44, Capdevila empató con un tiro de falta que rozó en nuestra barrera y despistó al portero. ¡Mierda, qué mala suerte! Y justo después, en la última jugada de la primera parte, tuvimos un córner a favor. Me quedé en el centro del campo, por si había que cortar un contraataque, pero me gritaron desde el banquillo:

—¡Gurru, sube, que es la última y vas bien de cabeza!

Joder, si supierais cómo voy yo de cabeza…

Barkero iba a sacar el córner desde la derecha y yo me puse como atacante más alejado en la zona izquierda del área. Chutó un centro demasiado fuerte, la pelota voló por encima de todos y vi que iba a caer un poco más allá de mi posición, así que corrí para salir del área y tratar de controlarla antes de que se perdiera por la banda. A mi lado corría Lionel Scaloni, defensa del Dépor, braceando conmigo. Y entonces la vi. Quizá porque era el área contraria, una zona en la que me sentía fuera de lugar y me aumentaba el ansia, pero el caso es que por primera vez en 45

minutos vi la línea del área que iba a tener que cruzar y no sabía si podría hacerlo con el pie derecho. Todo sucedió rapidísimo y no sé por qué hice lo que hice: no sé si fue por terror a cruzar la línea con el pie izquierdo, no sé si llegué a pensarlo conscientemente o si fue una reacción instintiva, pero la cosa es que aproveché que Scaloni me iba tocando la espalda y me dejé caer. Si ves las imágenes, mi caída fue un poco extraña. Cualquiera pensaría que me desplomé para simular una falta, pero eso no me pegaba, yo no hacía esas cosas, y ahora pienso que quizá me tiré para no cruzar la raya, porque de hecho no la crucé.

Pues espérate: el árbitro pitó penalti.

Me levanté, vi que Kovacevic me miraba sonriendo con el balón en las manos y me acojoné. Cuando les hacen un penalti, los jugadores salen corriendo a por el balón para tirarlo, pero yo salí corriendo hacia nuestro campo para no tirarlo. A ver si ahora a este pirado se le ocurre darme el balón… Ya suponía que no iba a hacerlo, pero quita, quita.

Así que corrijo otra vez mi aportación al subcampeonato: 91 minutos de juego, 23 lotes de crema hidratante y un penalti inventado a nuestro favor.

El guionista de mi vida, obviamente, no iba a permitir que la Real sumara gracias a mí los dos puntos que le faltarían para ganar la Liga. Así que Kovacevic cogió carrerilla, disparó un cañonazo al larguero que dejó la portería temblando, el balón salió rebotado hasta Finisterre, el árbitro pitó el final de la primera parte y nos fuimos al descanso con el 1-1.

Me retiré rabioso por la ocasión fallada pero sobre todo contento porque había jugado una buena primera parte, había provocado el penalti y me sentía implicado hasta los tuétanos. Denoueix me dijo que muy bien, que siguiera así.

En la primera jugada de la segunda parte, corté un ataque del Dépor con una falta y el árbitro me sacó tarjeta amarilla. Tenía que jugar el resto del partido con mucha precaución para que no me expulsaran. Pero la cosa fue bien, sorprendentemente bien: seguí rápido y preciso en las disputas, sequé a Makaay, conseguí que el máximo goleador de la Liga no tuviera ni una oportunidad de marcar, incluso lo acabaron cambiando. Suspiré de alivio cuando lo quitaron.

Suspiré demasiado pronto. En el minuto 81, Fran se acercó a nuestra área regateando con su zurda prodigiosa, disparó con la derecha, con su pierna mala, me pegó en el cuerpo, salió desviada lejos del portero y gol.

Joder, joder, joder, no me jodas…

Perdimos 2-1. A falta de diez jornadas para terminar la Liga, el Dépor nos empató en el segundo puesto y el Real Madrid aprovechó para escaparse con seis puntos de ventaja. Mis estadísticas en este partido:

Minutos jugados: 90.

Tarjetas amarillas: 1.

Penaltis provocados a favor (sin querer): 1

Goles en propia puerta (sin querer): 1

Líneas atravesadas con el pie izquierdo: ni me fijé.

Al acabar el partido, Denoueix me echó el brazo al hombro y me acompañó hacia el vestuario animándome y felicitándome. Vale, el entrenador me elogiaba, había jugado bien, el gol en propia puerta fue por un rechace que le podía pasar a cualquiera, pero yo no podía quitarme de la cabeza el hecho de que el único partido que jugué fue uno de los poquísimos que la Real perdió esa temporada.

En realidad, los resultados y la clasificación dejaban de importarme en cuanto abría la puerta de

mi casa. En cuanto se apagaba el ruido exterior, el jaleo del partido, el viaje con los compañeros, las preguntas de los periodistas, yo volvía a casa, me quedaba solo y de golpe me caían encima todos mis fantasmas: la tristeza, las ansiedades, la convicción de no valer para nada, las obsesiones contra las que me chocaba una y otra vez como el futbolista del videojuego de Arkaitz cuando se salía del campo.

Enseguida me sentí otra vez lejos de todo el mundo. Cómo no iba a sentirme lejos, si jugué un solo partido, lo perdimos, y el siguiente domingo, en cuanto me quedé otra vez fuera del equipo, la Real jugó el partido más memorable de aquella temporada y quizá el mejor en toda la historia de Anoeta. En la primera media hora le metió cuatro goles al Real Madrid, dos de Kovacevic, uno de Nihat y un zapatazo de Xabi Alonso desde su casa. El partido fue un recital, acabó 4-2, la Real se acercó otra vez al liderato y yo confirmé que no pintaba nada en aquel equipazo. Me sentía un impostor.

Unas semanas más tarde participé en mi segundo partido de la temporada. Íbamos ganando 1-3 en Mallorca y Denoueix me sacó en el minuto 89 para perder tiempo. Mis estadísticas muestran un partido impecable.

Minutos jugados: 1.

Todo lo demás: 0.

Luego la Real ganó 1-0 al Recreativo de Huelva, 0-2 al Málaga y empató 1-1 en casa contra el Valencia. A falta de dos jornadas, éramos líderes con un punto de ventaja sobre el Real Madrid.

Volamos a Vigo con la posibilidad de proclamarnos campeones allí mismo, si ganábamos contra el Celta y si el Real Madrid empataba o perdía contra el Atlético de Madrid. Fue uno de los viajes más recordados en la historia de la Real y una de las experiencias más amargas para mí. Miles de guipuzcoanos viajaron hasta Vigo y recorrieron la ciudad hacia el estadio con sus camisetas, sus banderas, sus charangas y toda la fiesta, pero yo no sentía nada de lo que sentía toda aquella gente. La alegría de los demás me recordaba que yo no conseguía alegrarme por nada, que desde hacía meses me arrastraba por el fondo de un pozo y que no le veía sentido a nada, al fútbol, al campeonato, a la vida, a nada. La alegría de los demás ahondaba mi tristeza.

Me sentía triste, tristísimo, tan ahogado de tristeza que cuando llegamos en bus al estadio y vi a toda esa muchedumbre de seguidores realistas aclamándonos, con las bufandas al aire, los cánticos y las bengalas, casi me eché a llorar. Quería irme a mi casa. Les pido disculpas de corazón, porque ellos viajaron ochocientos kilómetros desde Gipuzkoa para animarnos, con todos sus nervios y toda su ilusión por vivir un momento histórico, y yo, que era futbolista de ese equipo, no quería que ocurriera. A la gente le angustiaba la posibilidad de perder la Liga, a mí me angustiaba la posibilidad de ganarla. No sé si hubiera podido soportarlo: ser campeones y sentirme la persona más desdichada de Gipuzkoa. Bueno, claro que lo habría soportado, como llevaba meses soportando toda mi tristeza y toda mi angustia, pero no quería que ocurriera.

El Celta también se la jugaba: si ganaba, se clasificaba para la Champions League por primera vez en su historia. Salieron en tromba, marcaron el 1-0 nada más empezar la primera parte y el 2-0 nada más empezar la segunda, y a la Real le temblaron las piernas. El partido acabó 3-2. Encima el Real Madrid ganó 0-4 al Atlético de Madrid y nos adelantó a falta de la última jornada. Teníamos la Liga casi perdida. Yo no estaba feliz, porque en esa época no estaba feliz de ninguna manera, pero en todo el estadio de Balaídos y en toda Gipuzkoa yo era el realista que menos sufrió por la derrota. Pido perdón otra vez, porque sé que el recuerdo de Vigo sigue siendo doloroso para mucha gente.

A la Real le quedaba una posibilidad para ser campeona: ganarle el último partido al Atlético de

Madrid y esperar a que el Real Madrid empatara o perdiera en el Bernabéu contra el Athletic de Bilbao. No era imposible. Parecía poco probable.

En Anoeta repartieron cartulinas azules y blancas para que los espectadores las levantaran y dibujaran un mosaico gigante en las gradas. En el reverso venían unas instrucciones que empezaban así: «Hoy podemos ser campeones de Liga…». El estadio se llenó a reventar, había música, fiesta, alegría, nervios, pero yo creo que nadie tenía demasiadas esperanzas de que ocurriera el milagro. Los jugadores hablamos poco. Se notaba la tensión. Lo curioso es que yo me sentía más relajado que en Vigo, quizá porque esta vez no me rodeaba la euforia ajena, sino una expectativa nerviosa, una sospecha de que no iba a haber título, un pesimismo… no, no diría pesimismo, diría resignación. Parecía muy difícil ganar la Liga, había que intentar el milagro pero si no se conseguía, pues ya está. Parecía que la desilusión ya estaba descontada.

Los dos partidos se jugaban a la misma hora. La gente andaba pegada a la radio y en el minuto 9 llegó la primera noticia desde el Bernabéu: gol del Real Madrid. Bajón en las gradas. En el 36 empató Bittor Alkiza, exjugador de la Real, y los espectadores de Anoeta celebraron con entusiasmo un gol del Athletic: ya te digo que era una tarde rara. En ese momento la Real solo necesitaba un gol para ganar la Liga, los espectadores se animaron, cantaron, rugieron, pero en la última jugada del primer tiempo el Madrid marcó el 2-1.

En el inicio de la segunda parte, De Pedro lanzó uno de sus pases magistrales a la espalda de la defensa rival, justo donde apareció Kovacevic para controlarla con el pecho y fusilar: golazo, jugada clásica de aquella temporada, celebración en las gradas. De Pedro marcó el segundo un poco después, Nihat hizo el tercero. Pero Anoeta no era una fiesta: los espectadores aplaudían los goles y los celebraban a medias, sin pasiones desatadas, sin la locura de un gol decisivo, porque el gol milagroso tenía que marcarlo el Athletic en el Bernabéu. Y en el minuto 62 el Real Madrid metió el 3-1.

Adiós.

Pasamos la última media hora viendo cómo se deshinchaba el castillo. En Gipuzkoa mucha gente había conocido a la Real campeona de los años ochenta en su infancia o en su juventud, y se había convencido de que nunca jamás volvería a ver algo así; de repente en esta temporada 2002-2003 la ilusión se fue hinchando, hinchando, esa gente creyó que volvería a vivir una emoción como la que sintieron cuando eran niños en el campo de Atotxa; en Vigo esa fantasía se pinchó y en Anoeta se terminó de vaciar. Era una noche cálida de finales de junio, terminaba una temporada extraordinaria, nos habíamos clasificado para la Champions League, empezaba el verano, los espectadores coreaban «¡Real, Real!» y aplaudían agradecidos. No había euforia ni drama. Era raro, una especie de alegría mezclada con cenizas.

Los aficionados lloraron en Vigo. En Anoeta creo que pocos lloraron. Porque el último día ya no lamentaron la pérdida de un campeonato, sino que celebraron el subcampeonato y el regalo que traía consigo: la clasificación para la Champions.

Ser subcampeón es una posición extraña en la vida. Eres alguien que lo hace bien, alguien que va triunfando, y sin embargo lo que te define es que al final has perdido. En mi estado de ruina mental, yo no era capaz de ser campeón pero ese día al fin me sentí unido a los demás porque éramos todos subcampeones.

Pusieron el himno a todo volumen, los jugadores dimos una vuelta al estadio saludando a la grada, montaron a toda prisa una tarima en el centro del campo y nos subimos para celebrar el subcampeonato, mientras miles de aficionados saltaban al césped y venían hasta el pie de la tarima. Si miras las fotos de ese momento, verás a veintidós futbolistas saltando, bailando,

riendo, abrazándose, bebiendo champán entre luces y confetis, y a uno con cara de angustia: ese soy yo. Mientras todo el mundo estaba de fiesta, mi cerebro daba vueltas aceleradísimo a una sola idea: ¿cómo puedo llegar desde la tarima hasta el vestuario sin tocar a nadie? Estaba ansioso perdido, porque luego iba a tener que pasar entre aquella masa de gente que ocupaba el campo y creía que iba a pillar sida, tuberculosis, fiebre amarilla, gripe, malaria y lepra a la vez.

Poco a poco, mis compañeros fueron bajando y yo veía cómo la gente se les echaba encima, se sacaban fotos con ellos, los abrazaban, los besaban. Para mí eran escenas terroríficas. Me quedé el último en la tarima, saltando y bailando para disimular, yo solo allí arriba, en medio de la fiesta. Seguro que algunos pensaron: joder con Gurrutxaga, qué poco ha jugado y qué importante se siente.

Mi compañero Igor Gabilondo, al que le había confesado algunas de las cosas que me pasaban, me contó después que ya llevaban un buen rato en el vestuario cuando se dio cuenta de que yo no había vuelto. Y que pidió a dos ertzainas que salieran a buscarme. No llegué a ver a ese comando de rescate, porque al final no me quedó otro remedio que lanzarme a cruzar entre la muchedumbre. Pensé que ya habían pasado las estrellas del equipo, que la gente ya había bailado, saltado y abrazado a suficientes futbolistas, que poco a poco se iban disolviendo, pero todavía quedaban cientos de personas en mi camino, portadoras en mi desvarío de todas las enfermedades conocidas y algunas desconocidas. Pasé entre ellas correteando y tratando de disimular con sonrisas, sintiendo que me jugaba la vida cada vez que me palmeaban o me abrazaban.

Entré al vestuario hiperventilando. Me sentía rebozado de virus y bacterias. Mis compañeros andaban medio desnudos, cantando, saltando, lanzándose chorros de champán, y yo me fui directo a la ducha. Me enjaboné desde la coronilla hasta los huecos entre los dedos de los pies, me aclaré, me volví a enjabonar hasta el último resquicio de mi cuerpo, me aclaré, me volví a enjabonar, así una y otra vez, en bucle, hasta que terminé el bote. Salí cuanto antes del vestuario ignorando a mis compañeros, me busqué un rincón en los pasillos del estadio y llamé a mi madre para decirle que estaba mal, que tenía miedo de haberme contagiado de alguna enfermedad. Me eché a llorar.

—Tranquilo, Zuhaitz, tranquilo. Seguro que no te has contagiado de nada, es normal andar entre personas, lo hacemos toda la vida y no nos contagiamos. No tienes que preocuparte.

—Ama, me voy a ir enseguida a casa.

—Zuhaitz, te pido una cosa: es un día muy especial, te lo has ganado, disfrútalo. Te lo pide tu madre por favor.

—Vale, ama.

Lo mío solo tenía una solución: volví al vestuario, abrí unas cervezas, me las bebí y seguí bebiendo hasta que se me pasó el terror.

Siguieron dos días de celebraciones y los pasé en dos estados: bebido o resacoso. Cenamos, salimos de fiesta, al día siguiente nos pasearon por Donostia en un autobús de dos pisos descapotable mientras la gente nos aclamaba como si fuéramos astronautas, nos recibieron en no sé cuántos sitios, que si el Ayuntamiento, la Diputación, en bus para aquí, en bus para allá, comidas, cenas, de repente me veo en los jardines del palacio de Ajuria Enea, en Vitoria, cogiendo un canapé y un Kas de naranja en plena resaca, me giro y me encuentro con el lehendakari, que me pregunta si soy de Azkoitia y yo le digo que sí, que de Azkoitia, qué le iba a decir al hombre.

El martes por la noche montaron la traca final en el estadio de Anoeta: escenario enorme, gala

presentada por Iñaki Gabilondo, recibimiento a los jugadores, actuaciones de La Oreja de Van Gogh, Mikel Erentxun, Álex Ubago y Gozategi… y mi mejor actuación de la historia en un estadio de fútbol ante treinta mil espectadores. El cantante del grupo Gozategi sabía que yo tocaba la trikitixa, el acordeón pequeño de las fiestas vascas, así que me llamó al centro del escenario y me lo pasó. Como se toca en pareja, también llamó a un especialista de la pandereta para que me acompañara: a Xabi Alonso.

—Hala, tocad lo que queráis.

Salí a asegurar. Toqué «Egun da Santi Mamiña», un poema de Gabriel Aresti que musicó Mikel Laboa y se convirtió en canción popular de todas las romerías, de las primeras que te aprendes con el acordeón. Ahora que me doy cuenta, la letra empieza diciendo que hoy es el día de San Mamés, un día muy amargo… Y eso en pleno estadio de Anoeta, en plena celebración del subcampeonato. Bueno, a ver, tampoco me iban a tirar al río por eso, ¿no? Creo que alcancé la cumbre de mi carrera en ese momento, formando pareja en el centro del campo con uno de los mejores del mundo. Jugadorazos como Xavi Hernández, Schweinsteiger y Gerrard pueden presumir de haber sido pareja de Xabi Alonso en el centro del campo, pero ellos con el balón; en toda la historia solo yo he sido pareja de Xabi Alonso en el centro del campo con la trikitixa. Y puedo decir que Xabi sería uno de los mejores del mundo como futbolista, sí, pero menos mal que se dedicó al balón, porque con el pandero tenía menos ritmo que una gotera.

Así que quiero ampliar otra vez mi contribución en aquella temporada histórica del subcampeonato: aporté 91 minutos de juego, 23 lotes de cremas hidratantes, un penalti inventado a nuestro favor y una interpretación muy sentida de «Egun da Santi Mamiña» con el acordeón.

Tú imagínate el miércoles, cuando volví a casa a las siete de la mañana. Imagínate la cabeza de alguien con depresión y trastornos obsesivo-compulsivos que se ha pasado tres días de juerga y casi sin dormir. Entré en casa, giré la manilla para cerrar la puerta y se atascó. No se atascó la manilla. Se atascó mi cabeza.

Giré la manilla para abrir y la volví a cerrar. Giré para abrir y volví a cerrar. Giré para abrir y volví a cerrar. Giré para abrir y volví a cerrar. Giré para abrir y volví a cerrar.

Cinco veces. Luego otras cinco. Luego otras cinco. Luego…

—Zuhaitz, ¿qué haces?

Me llevé un susto tan grande que hasta grité. Y luego sentí una vergüenza todavía mayor. Era mi madre. Ni me acordaba de que mis padres se habían quedado esos días de celebraciones en mi piso de Donostia. Eran las siete de la mañana, yo volvía con unas pintas desastrosas y desperté a mi madre, que se quedó de piedra al verme repetir el giro de la manilla una y otra vez.

—Nada, ama, es que creo que la puerta no va bien.

—Zuhaitz, lo que no va bien es tu cabeza. Mañana mismo buscamos un psicólogo.

Y así fue. Nada más proclamarme subcampeón de Liga, mi madre me eligió una psicóloga al azar en las Páginas Amarillas y me llevó a su consulta.

# 18. TERAPIAS DE CHOQUE

La psicóloga me preguntó qué me pasaba y le conté que me ponía muy nervioso si no cumplía con algunas manías: comprobar puertas, ventanas, hornos y grifos cinco veces, pasar las líneas con el pie derecho, lavarme las manos con agua y jabón una y otra vez… Me dio vergüenza explicarlo delante de mi madre, que no sabía nada de semejante cuadro y se quedó pasmada. Iba enumerando mis obsesiones y de pronto la psicóloga me dijo:

—¿También necesitar poner las cosas simétricamente?

—¡Sí!

Ella adivinó algunas de mis manías sin que yo se las contara y eso lo cambió todo. Porque no es que las adivinara, claro, sino que formaban parte de un cuadro psicológico, de un problema que venía en los manuales: trastorno obsesivo-compulsivo. Ya no me sentí tan bicho raro, lo mío tenía nombre y tratamiento.

La psicóloga agarró un bolígrafo y dibujó un gráfico.

—Zuhaitz, tú tocas algo con las manos, te obsesionas con la idea de contaminarte, la flecha de tu ansiedad sube, sube y sube, y la manera más rápida de bajarla es ejecutar una compulsión: te limpias las manos y la ansiedad cae. El problema es que cuando vuelvas a tocar algo, la ansiedad te subirá cada vez más rápido, la compulsión te calmará durante menos rato y te pasarás todo el día sufriendo el trastorno. Pero mira: ¿qué ocurre si no haces la compulsión? Que la flecha de la ansiedad sigue subiendo, subiendo, sientes un agobio de morirte… pero no te mueres: la ansiedad toca techo y se desploma por sí sola.

Por eso me propuso una terapia de exposición con prevención de respuesta. O sea: yo debía exponerme a propósito a las situaciones que me asustaban… y no tenía que responder, me tenía que aguantar.

—¿Te da miedo estrechar la mano a la gente? Pues empiezas a estrechársela a todo el mundo y no te la lavas. La ansiedad te subirá como un cohete, lo pasarás fatal, pero tienes que dejar que suba hasta que caiga sola. De esta manera, las próximas veces te subirá cada vez menos, hasta que desaparezca.

No te puedes imaginar lo durísima que fue esta terapia para mí. Antes de empezarla, la psicóloga me mandó un primer plan de choque.

—Te vas a Brasil.

Pues vaya terapia tan dura, dirá alguno, pobre chaval, obligado a irse a Brasil, ¿no? Después de las vacaciones del año anterior, hacía meses que me había comprado un billete de avión para viajar otra vez a Río de Janeiro con Aranburu, Jauregi y cinco amigos más, que se habían apuntado después de oírnos contar tantas maravillas. Para mí Brasil era el país de las playas, las fiestas, las discotecas repletas de gente bailando pegada y sudorosa, la sensualidad, el sexo. Y todo eso que me había parecido el paraíso de repente se me presentaba como el infierno: allí podía pillar todas las enfermedades del mundo. No quería volver a Río de ninguna de las maneras. Me daba igual perder el dinero del avión. Pero la psicóloga me dijo que debía ir

precisamente para enfrentarme a mis miedos. Bueno, vale, pues iré.

Al salir de la consulta puse mucho cuidado en cruzar el umbral con el pie derecho. No sé si yo tenía la cabeza como para disfrutar de unas vacaciones en Brasil…

Viajé para veinte días y no aguanté ni diez. En el primer paseo por la playa de Copacabana me di cuenta de que mis chancletas eran muy finas y podía contaminarme con cualquier cosa del suelo, así que fui a comprarme unas zapatillas con suelas gruesas y buenos talones. Cuando volví al apartamento me quité la ropa con mucha aprensión, porque estaba convencido de que se me habían pegado todo tipo de virus y bacterias, y me tiré media hora en la ducha enjabonándome una y otra vez antes de salir a cenar. Íbamos a restaurantes, entrábamos en bares, bailábamos en discotecas, pero yo nunca me quitaba de encima la obsesión del contagio y al llegar al apartamento me duchaba de nuevo.

Me cambiaba de ropa dos o tres veces al día, hasta que se me acabó. Porque no me atrevía a lavarla en lavanderías, como hacían mis amigos: ¡cómo iba a meter mis prendas en una lavadora donde todo el mundo ponía su ropa sucia! ¡Ni loco! Me compré camisetas nuevas, pero no podía comprármelas a diario porque daba mucho el cante y yo trataba de disimular mi manía. Mira a qué extremos llegué: habíamos llevado camisetas de la Real Sociedad para regalarlas en el barrio de Luiz Alberto, por lo bien que nos habían acogido el año anterior, y llegó un momento en que salí a la calle vestido con la mía, con el número 5 y el apellido Gurrutxaga a la espalda, porque ya no tenía ropa limpia que ponerme. Menos mal que aquí no me conoce nadie, pensé, porque menudo ridículo, un jugador de Primera paseándose por la calle con su propia camiseta… Hasta que subimos en el teleférico al Pan de Azúcar y nos encontramos con Vágner, centrocampista brasileño del Celta, contra el que habíamos jugado unas semanas antes el partido de Vigo en el que perdimos la Liga. Saludó a Aranburu, saludó a Jauregi, y a mí creo que me saludó sin reconocerme, pensando que yo sería algún colega de los futbolistas de la Real, algún fan de Gurrutxaga que se había comprado su camiseta. O eso esperaba yo: que no me reconozca, por favor, qué vergüenza.

Al cabo de una semana tenía la maleta llena de ropa sucia y la cabeza llena de terrores. No sé qué excusa les puse a mis compañeros, pero me compré un billete de avión y al décimo día volé de regreso a casa, hundido en el fracaso.

En Río pasé las vacaciones más felices de mi vida y las más angustiosas. Llevo ya muchos años de terapia y ahora podría pasearme por la playa de Copacabana con chancletas, pero todavía mirando al suelo por si acaso. Si alguna vez llega el día en que me cure del todo, me gustaría volver a Brasil y pasearme descalzo por Copacabana mirando al frente.

Volví directo a la consulta de la psicóloga. La terapia consistía en exponerme primero a mis miedos más leves y seguir poco a poco con los más graves. Por eso creo que mandarme a Brasil no fue la mejor idea, porque allí me encontré con todos mis terrores juntos y pasé diez días de ansiedad sin respiro, pero bueno, en fin, ya está.

Empezamos con el primer paso: los cubiertos. Si iba a un restaurante y me parecía que un cubierto no estaba absolutamente limpio y reluciente, me entraba miedo a contaminarme con los restos del comensal anterior, lo tiraba al suelo con disimulo y pedía que me lo cambiaran. ¡No sabes cuántas veces hacía eso! Tenía que andar atento para no tirar el cubierto cuando estaba con personas con las que ya lo había tirado en alguna otra ocasión, para que no empezaran a sospechar. Así era mi vida: obsesiones, compulsiones y además el disimulo, las excusas, la

atención permanente para que los demás no me pillaran con mis manías. Terminaba los días agotado. Total: la psicóloga me obligaba a tirar el cubierto al suelo, recogerlo y comer con él. Me costaba un mundo, me daba un asco infinito.

Luego me enfrenté a las comprobaciones. Primero, la más fácil: prohibido comprobar el horno antes de salir de casa. Se supone que era fácil porque el horno no lo usaba nunca, ¡cómo cojones iba a dejármelo encendido! Pero a veces me iba en coche hacia Zubieta y pensaba: me está subiendo la ansiedad, no puedo esperar una hora a que se me pase por sí sola, porque tengo entrenamiento y me van a notar que estoy fatal. Volvía a casa y comprobaba el horno otras cinco veces para quedarme tranquilo. Siempre que tenía que ir al entrenamiento, a una concentración del equipo, a una cena con amigos o adonde fuera, siempre encontraba una excusa para recaer en mis compulsiones. Porque necesitaba calmarme. Tendría que haberme apartado de todo, tomarme una baja y centrarme en la terapia. Pero cómo iba a pedir la baja en un equipo de Primera diciendo que me daba miedo cruzar líneas con el pie izquierdo, quién me iba a tomar en serio…

Lo siguiente fue el jabón. Cada vez que me duchaba, gastaba medio bote de gel para lavarme varias veces de arriba abajo, desde la coronilla hasta los pies. La psicóloga me dijo que debía usar un chorrito y basta. Parece fácil, ¿no? Pero yo no era capaz de contenerme. En Zubieta tuve que pedir ayuda: a mi confidente Igor Gabilondo le pedí que me dosificara el gel cada vez que nos ducháramos. Él se quedaba con mi bote, me echaba un poco en la palma de la mano y me vigilaba para que no cogiera botes de otros. Es que me había convertido en un yonqui del gel. A veces, cuando no había otros compañeros cerca, le suplicaba a Igor que me diera un chorro más, solo uno, de verdad, solo uno y ya no te pido más. Al principio él flipaba. Me veía angustiado, gimiendo por un poco de jabón, tan patético… Para la persona que te ayuda es una situación muy dura, porque te ve con ese síndrome de abstinencia, le das pena, pero Igor se mantuvo siempre estricto y se lo agradezco mucho.

Aprendí a vivir con una personalidad desdoblada. Pasaba mis angustias, estaba absorbido por las compulsiones y la terapia, pero siempre, siempre, incluso en los peores momentos, me reía de mi locura. Me río ahora, veinte años después, cuando hablo del tema en mis monólogos en los teatros. Eso es fácil porque lo tomo ya con una cierta distancia. Pero lo curioso es que fui capaz de reírme en el mismo momento en que me estaba pasando. Como cuando le dije al compañero que estaba mirando pollas para ver si era maricón. Contaba mi locura como si fuese un chiste: primero, para que los demás creyeran que yo iba de broma, cuando en realidad mis obsesiones me estaban afectando en serio; y segundo, porque el humor me ayudaba a tomar distancia de mi comportamiento, a entender lo absurdo que era. Si eres consciente de tu locura, aún puedes salvarte. Lo grave hubiera sido que mis manías me parecieran lógicas, razonables, incuestionables, algo que tenía que tomarme en serio, porque entonces sí que me habrían destruido. Yo hacía humor mientras sufría, y menos mal. El humor me salvó la vida, vaya si me la salvó.

Aunque lo pasara fatal con mis obsesiones, nunca dejé de divertirme con mis compañeros en el vestuario. Siempre fui un teatrero, le vacilaba a todo el mundo, soltaba pullas, hacía el papel de gallito precisamente porque yo era el último mono y no ofendía a nadie si le tomaba el pelo. Mis fanfarronadas eran una burla evidente de mí mismo. A mí no me conocía ni el tato; por eso, cuando llegaba al vestuario un jugador recién fichado, ya viniera del Calahorra o de la Juventus

de Turín, siempre iba a saludarle delante de todos, le daba la mano y le decía:

—Bienvenido. Ni me presento porque ya sabrás quién soy. ¿Qué se dice de mí en la Juventus?

Ahora dicen que soy cómico, porque presenté unos programas divertidos en la tele y porque soy actor de comedia en el teatro, pero ¿cómico yo? ¿Cómico ahora? Soy mucho menos gracioso que cuando era futbolista. Ahora me creo alguien de la cultura, actor, cantante, escritor, no me jodas, Gurrutxaga, pero tú de qué vas. Antes solo era futbolista y tenía mucha más gracia. Mira, desde que dejé el fútbol y me convertí en un cultureta de pacotilla… Que sí, no te rías, que es verdad… Ahora no tengo ni la mitad de gracia. Las cenas con mis compañeros de equipo: ese era mi lugar, ahí sí que se reían con mis chorradas, porque yo ahí dominaba el código. Y ellos reconocían las experiencias y las sensaciones con las que yo bromeaba. Cuando me junto con actores y escritores no es lo mismo. Futbolistas felices he conocido muchos, pero artistas felices no tantos. Porque tienen un ego más complicado. Dirán lo que quieran del ego de los futbolistas, pero los futbolistas compiten en el campo y fuera de ahí se relajan, no tienen que andar demostrando nada, suelen tener hasta un poco de complejo respecto a personas de otros ámbitos. Pero los artistas, joder… Hay de todo, por supuesto, pero muchos artistas compiten todo el rato en su trabajo y fuera de él, quieren demostrar que su oficio es especial, que son estupendos, inteligentes, sensibles y profundos, se toman en serio todo el rato. Cualquier broma les jode mucho más que a un futbolista. Bueno, a ver, que me caliento y digo estas cosas… Tacha, tacha, que me he venido arriba. Vamos a decir simplemente que yo era gracioso de verdad cuando era futbolista, no ahora.

¿Y sabes qué? Que eso tuvo su importancia en mi carrera deportiva. A ver, es que a mí en el año del subcampeonato se me acababa el contrato con la Real, esa temporada solo jugué 91 minutos pero aun así me renovaron un año más. Será porque me entrenaba bien y les apretaba las tuercas a Kovacevic y Nihat, será porque era un defensa de la casa que les salía barato y me tenían ahí por si acaso, será porque igual confiaban en que podía volver al nivel de mi primera temporada… pero yo creo que en parte me renovaron porque era el gracioso del vestuario. Lo digo totalmente en serio: porque hacía grupo, creaba buen ambiente. De hecho, cuando al final de la temporada 2003-2004 no me renovaron, un periódico tituló: «Se va la alegría del vestuario». ¡La alegría del vestuario, con la cabeza como la tenía! No es fácil de entender, no lo entiendo ni yo, pero así era.

Para que veas. En mi última temporada en la Real Sociedad me encargaron una misión delicada: sacarle una sonrisa a la nueva estrella del equipo.

En la temporada 2003-2004 la Real tenía que jugar la Champions League, así que se reforzó con un fichaje deslumbrante: el delantero surcoreano Lee Chun-soo. ¡Fichajazo! Era un chaval de veintidós años, semifinalista en el Mundial 2002 y mejor futbolista joven del año en Asia. Fue el primer coreano en la Liga española. Llegó a Donostia con una corte de ocho periodistas de su país que le seguían por todas partes y declaró que venía a triunfar, a meter muchos goles en la Champions y que sobre todo quería ganar al Real Madrid y al Manchester United. Los periódicos lo llamaban el Beckham coreano. Al terminar la temporada, un programa satírico de la tele vasca lanzó un DVD con todos los goles de Lee Chun-soo en la Real: no marcó ni uno. Y mira lo que escribieron en *El País* después de un partido de Champions contra el Olympique de Lyon: «Volvió a jugar Lee Chun-soo, pero como si nada. Lo más atrevido que ha hecho desde que llegó a San Sebastián ha sido teñirse el pelo». Qué cabrones los periodistas, ¿eh? Al año siguiente la Real lo cedió al Numancia y allí tampoco mojó. Se volvió a Corea sin marcar un gol.

En aquella pretemporada Denoueix nos llevó otra vez al Tirol, hala, a dar vueltas como locos por el mismo circuito del bosque. Cuando llegamos al vestíbulo del hotel, el delegado del equipo nos fue llamando por parejas para asignarnos las habitaciones:

—Karpin y Kovacevic…

—Aranburu y Jauregi…

—Westerveld y Kvarme…

Nos iban emparejando por alguna afinidad, por el idioma, por la posición en el campo, por lo que fuera. Yo ni me imaginaba con quién me iban a poner. ¿Con otro chaval joven de la cantera?

—Aranzabal y De Pedro…

—Xabi Alonso y Rekarte…

Cada vez quedaban menos jugadores y yo ya me lo iba oliendo. No, si ya verás…

—Gurrutxaga y Lee Chun-soo.

Perfecto: iba a compartir habitación ocho días con un coreano que solo hablaba coreano. ¿Por qué me pusieron con él? No teníamos ningún idioma en común, jugábamos en los puestos más alejados del campo… Pues me pusieron con él para que lo entretuviera lo mejor posible. En la Real tenían muy claro cuál era mi papel en el equipo: el de animador.

En los primeros días no conseguíamos comunicarnos de ninguna manera. Yo intentaba decirle algo en inglés, alguna frase simple en castellano, él sonreía con apuro y se quedaba callado. Nos tumbábamos y nos ignorábamos en silencio. Aquello era muy incómodo. Yo pensaba: en su país matarían por compartir cinco minutos con el Beckham de Corea y yo aquí, desesperado, pensando excusas para pirarme. Hasta que una noche, después de cenar, nos tumbamos en la cama, pusimos la tele y vimos que en un canal austriaco empezaba un capítulo de *Bola de Dragón*, la serie de manga japonés que se hizo famosa en todo el mundo. Lee se rio y señaló la pantalla cuando apareció el protagonista.

—Son Goku.

Yo le contesté:

—¡Son Goku!

Esa serie también la dio la televisión vasca cuando yo era niño, *Dragoi Bola*, la veía siempre. Lee y yo empezamos a decir al unísono los nombres de los personajes que iban apareciendo en la pantalla.

—¡Son Gohan! ¡Krilin! ¡Bulma! ¡Yamcha! ¡Ten Shin Han!

Esa fue nuestra primera conversación. Nos reímos, vimos el capítulo en alemán sin entender ni una palabra, buenas noches y a dormir.

Esa temporada la Real participaba en Liga, Champions y Copa. Fíjate si había partidos para todos que hasta yo jugué uno: la ronda de treintaidosavos de final de la Copa contra el Oviedo, que estaba hundido en Tercera. Ganamos 1-2 con gol de Gabilondo en el último minuto y yo no volví a jugar nunca más un partido con la Real, así que mi porcentaje de victorias ese año fue del 100 %.

Denoueix no me solía convocar para los partidos de Liga y solo me llevó a uno de la Champions, contra el Olympiakos en Atenas. Me llevó porque había decidido embarcar a veinte jugadores en el avión por si acaso, pero en la convocatoria solo entraban dieciocho y mi única duda era cuál sería el otro descartado. Fue Mikel Alonso, centrocampista, licenciado en Económicas, máster en Filosofía y autor de una tesina sobre Spinoza.

Así que venga, filósofo, paséame por Atenas. Los dos descartados salimos esa noche vestidos

con los chándales de la Real, como estrategia para que los porteros de las discotecas nos dejaran entrar. Tomamos un trago y nos volvimos pronto, tampoco estábamos para fiestas. La mañana siguiente visitamos la Acrópolis y recorrimos el barrio de Plaka. A Mikel ya le había contado algo de mis problemas y le pedí que el restaurante lo eligiera él. Eran órdenes de mi psicóloga, porque yo podía pasarme dos horas examinando todos los bares y restaurantes para elegir el que me pareciera más limpio, así que la psicóloga me mandó que entrara en el primer sitio que escogieran mis amigos sin poner ninguna pega. Mikel era lo opuesto a mí, el tío más despreocupado del mundo. Eligió la primera terraza que vio y nos sentamos a comer. Por allí rondaban unos cuantos gatos callejeros, se subían y bajaban de las sillas y yo los veía como bichos transmisores de enfermedades, pero Mikel los acariciaba, luego tocaba el pan, la jarra de agua, y yo me ponía nerviosísimo.

A media tarde paseamos de vuelta al hotel y vimos un edificio con un montón de pancartas en las ventanas y barricadas en la puerta. Mikel se vino arriba:

—¡Gurru, son universitarios en huelga! ¿Vamos a echar un ojo?

—Yo no entro ahí ni loco.

Mi mente recreó un paisaje de chicos y chicas amontonados en los pasillos, con tiendas de campaña y colchones compartidos, y lo que hubiera sido un planazo pocos años atrás, ahora me parecía un peligro mortal. Mikel entró y yo me quedé en la plaza un buen rato, no sé, quince, veinte minutos, mirando a los estudiantes que iban y venían. Cuando por fin salió, Mikel venía entusiasmado y empezó a contarme no sé qué cosas de la huelga, a las que no hice ningún caso, porque yo tenía toda mi atención concentrada en la lata de cerveza que traía en la mano. Se la habían dado los estudiantes y yo solo pensaba: que ni se le ocurra pasármela para darle un trago.

¿Qué recuerdo de aquel único partido de Champions al que me llevó la Real? Que me senté en la grada con Mikel Alonso, cerca de la banda donde calentaban nuestros compañeros suplentes. Y que cuando salió Aranburu a calentar, un espectador griego le escupió un gargajo con toda la potencia de sus pulmones: aquella enorme flema verde le pegó al pobre Aranburu en el cogote y a mí casi me da un ataque. Si me hubiera pasado a mí, me habría ido corriendo a la ducha y habría vaciado los botes de gel de todos mis compañeros y habría robado hasta los de los rivales para enjabonarme de arriba abajo. Se ve que no estaba preparado para una competición tan exquisita como la Champions.

¿El resultado? Ah, sí, empate a dos. Me alegré por Gabilondo, porque marcó un gol.

Hubo otro partido de Champions que fue clave en mi trayectoria. No en mi trayectoria como futbolista, porque esa iba directa al abismo, sino en mi trayectoria como músico. Y te diría que hasta en mi trayectoria vital.

Resulta que un par de meses antes un amigo me había presentado a los miembros de Su ta Gar, la banda heavy metal de Eibar que me flipaba desde la adolescencia. Me llevé muy bien con ellos. Como eran futboleros, yo les invitaba a ver partidos de la Real en los palcos de Anoeta y ellos me invitaban a sus ensayos. Hasta me dejaban tocar la guitarra con ellos en algún momento, y yo levitaba. Para mí el heavy metal era dios y Su ta Gar su profeta. Toleraba a otros grupos de rock duro en euskera, pero de ahí para abajo todo me parecía una cosa blandengue y despreciable. Las bandas de pop y los cantautores directamente no los consideraba ni música.

Cuando la Real viajó a Turín para jugar contra la Juventus, a mí por supuesto no me llevaron y quedé con mis amigos de Su ta Gar para ver el partido en casa de uno de ellos. Toqué el timbre, abrieron la puerta y me llegó una melodía. Tenían puesto un disco a todo volumen. Me pareció

identificar al cantante pero no me lo podía creer.

—¿Qué estáis escuchando?

—El último disco de Alejandro Sanz.

¿¿¿Alejandro Sanz???

¿Un tío que canta baladas románticas, que graba en Miami y actúa para la MTV? Me quedé clavado. Creí que lo habrían puesto para reírse de él, pero enseguida me di cuenta de que hablaban en serio.

—Este tío es muy buen compositor, Zuhaitz. Y el disco es muy interesante.

Me quedaban dos opciones: dejar caer mi mito de los Su ta Gar o darme cuenta de que unos genios como ellos aprendían de todo tipo de músicas sin prejuicios. Me dio por la segunda, tanto que al cabo de unos años publiqué un disco pop con seis canciones en castellano. Se llamaba *Con celos y señales*, hablaba del desamor y yo salía a los escenarios hecho un figurín, un artista bohemio y melancólico, con mi bigotito perfilado y mi tupé. Si antes de entrar al piso de los Su ta Gar me hubiera visto a mí mismo en el futuro con ese aspecto, se me habría quedado la mandíbula colgando.

El fútbol me importaba cada vez menos. No jugaba nunca, me entrenaba sin ningún entusiasmo, había perdido hasta la última pizca de ilusión.

Pero encontré una motivación curiosa para ir con ganas a los entrenamientos: decidí convertirme en zurdo. Siempre me habían fascinado los zurdos: Maradona, López Ufarte, Guti, Aranzabal, De Pedro, gente que le pegaba distinto al balón, con arte, con magia, con una creatividad que me daba envidia. En Zubieta yo ya no me jugaba nada, porque total el entrenador nunca me iba a poner en el once, así que empecé a pasar el balón a mis compañeros con la zurda. Si les lanzaba melonazos, tampoco iban a notar mucha diferencia. Y empecé a hacer algo que no había hecho en muchísimo tiempo: quedarme en el campo al terminar las sesiones de entrenamiento para seguir practicando por mi cuenta. Mi amigo Valery Karpin ensayaba saques de córner y yo los remataba con la zurda, una vez y otra vez y otra vez. Me seguía quedando fuera de las convocatorias pero ya tenía una ilusión para ir a Zubieta.

Quizá no lo pensaba de manera muy consciente, pero creo que me estaba preparando para el futuro. Era evidente que no iba a durar mucho en la Real y tendría que buscarme la vida en otros equipos. Solo una de cada diez personas es zurda, así que un zurdo tiene muchas más posibilidades de encontrar equipo. Decidí convertirme en zurdo. Es el mercado, amigo.

Otra ventaja de no contar para el entrenador es que tenía más calma para centrarme en mi terapia con la psicóloga. Cada vez me lavaba menos las manos, ya no me preocupaba cruzar las líneas con un pie o con otro, me olvidé de las repeticiones con el número cinco… A veces me reaparecía alguna de estas obsesiones, las iba controlando poco a poco, pero otras me tenían atrapadísimo. La peor de todas, el pánico a contagiarme de VIH. Llevaba muchos meses sin follar, no me atrevía.

Un miércoles a medianoche me llamó un amigo.

—Gurru. ¿nos vamos a Christine Relax?

—Pero qué dices, tío. Ni hablar.

Christine Relax era un prostíbulo de los que llamaban de lujo. Yo ahora nunca iría a un prostíbulo, ni se me pasa por la cabeza, pero en ese momento mi negativa no fue tanto por cuestiones éticas sino por puro miedo: para mí un prostíbulo era el sitio más peligroso del

universo, un pozo lleno de sida, con el aire y las paredes impregnadas del virus. Mi cabeza era un puré de miedos irracionales: yo sabía perfectamente que solo me podía contagiar de VIH por vía sexual o sanguínea, que no iba a pillarlo por respirar o por tocar una silla, pero ¿y si…?, ¿y si…?, ¿y si…? Mi mente ideaba un «y si» tras otro, siempre con las hipótesis más terroríficas. A mi amigo le dije que yo no iba a ir allí de ninguna de las maneras, pero él me insistió y me insistió. Que estaba pasando un mal momento, que solo quería distraerse un rato, que no quería ir solo, que necesitaba estar con un amigo… Me sentí obligado a acompañarlo.

Me llevó en su coche al chalé de Christine Relax. Se abrió la barrera, entramos al aparcamiento, vi la casa y sentí que entrar allí iba a ser un suicidio: tenía que estar muy alerta para no contagiarme con nada. Nos recibió un hombre trajeado. Nos llevó a un salón donde había un par de sofás y una televisión encendida en un canal de esos que emiten teletienda de madrugada. En ese momento anunciaban cuchillos japoneses. Entraron cuatro o cinco chicas con ropa sugerente, nos saludaron, nos sonrieron, nos pusieron la mano en el hombro, y yo torcía un poco la cabeza cuando se ponían delante de mí, porque no me dejaban ver los cuchillos de la tele justo cuando anunciaban las ofertas. En realidad estaba temblando. Mi amigo se fue con una de ellas. Las otras se quedaron un rato conmigo, revolotearon alrededor, me invitaron a subir a las habitaciones, y yo les dije que no, que gracias, de verdad, pero que solo había ido a acompañar a mi amigo. Una de ellas se dio cuenta de que estaba muy nervioso y me dijo que tranquilo, que me quedara en el salón esperando, que ellas andarían por allí y que si quería cualquier cosa…

—Vale, gracias, muchas gracias.

Pues ahí me quedé, un miércoles a la una de la madrugada, sentado en el borde del sofá de un prostíbulo, procurando tocar la menor superficie posible para no contagiarme de nada, y viendo en la tele a un japonés que tomaba un cuchillo enorme y cortaba clavos y zapatillas. ¿Para qué querrá alguien cortar clavos y zapatillas con un cuchillo? ¿Y por qué seguía yo mirando la teletienda? Pues muy sencillo: no me atrevía a cambiar de canal porque me imaginaba que el mando a distancia estaría plagado de gérmenes mortales.

Al cabo de quince o veinte minutos entraron al salón dos chicas de mi edad, de veintipocos años. Supongo que las mandarían para ver si ellas me gustaban más que las anteriores.

—¿No quieres subir conmigo o con mi amiga a una habitación? ¡O con las dos!

Me eché a temblar de nuevo.

—No, de verdad, gracias…

—¿Es que no te gustamos?

—Eh, sí, ¡no! Bueno, no es eso, es que tengo un poco de lío, tengo dudas. Creo que soy gay…

Muy patético, ya lo sé. No se me ocurrió otra cosa. Parece que esa era la única explicación creíble, parece que un tío no puede decir simplemente que no le apetece follar. Es que los hombres tenemos encima esa idea chunga de que debemos ser muy machos y debemos demostrarlo todo el rato. Esa idea desastrosa de la virilidad… Si no quieres follar será que no eres tan macho, no eres un campeón, en esto también eres un subcampeón. Pues mira, entonces digo que tengo dudas, que igual soy gay, a ver si ya no tengo que dar más explicaciones.

—Ya verás cómo nosotras te quitamos las dudas. ¿No quieres probar?

—No, de verdad, de verdad. Muchas gracias pero no.

—De acuerdo, chico, no te preocupes. Dinos si podemos hacer algo por ti, ¿vale?

—Sí, una cosa…

—¡Ah, mira! ¿Qué quieres que hagamos, guapo?

Les señalé el mando.

—¿Podéis cambiar el canal de la tele, por favor?

La temporada se fue torciendo. La Real iba bien en la Champions, nos clasificamos segundos en un grupo con la Juventus, el Galatasaray y el Olympiakos, pasamos a los octavos de final, pero en la Liga nos costaba mantener el ritmo y a mediados de diciembre caímos a puestos de descenso.

El 20 de diciembre, en el último partido antes del parón navideño, perdimos 1-3 contra el Valladolid y sonó alguna pitada. El ambiente se estaba poniendo feo. Era el día de Santo Tomás, gran fiesta en Donostia, todos los años celebrábamos una cena de equipo y salíamos de marcha. Pero esta vez terminamos los postres en el restaurante y nadie se animaba.

—Pues yo voy a salir por la Parte Vieja, ¿se apunta alguien?

—No está el horno para bollos, Zuhaitz, la gente se va a mosquear si nos ven de juerga después de perder en casa…

Yo estaba quemado.

—Bah, a tomar por saco. Con lo que yo juego, a mí quién me va a reconocer. Me voy de fiesta. Venga, quién se viene.

Solo se apuntaron dos compañeros. A uno de ellos tampoco lo iba a reconocer nadie, porque era un chico del filial que apenas había jugado un par de partidos de Copa: Xabi Prieto. El otro era el futbolista de la Real más fácilmente identificable en medio de una multitud: Lee Chun-soo. No sé si Lee entendió los problemas de salir de fiesta con el equipo en descenso, pero lo que sí pilló de maravilla era la comunicación con los camareros: iba directo a la barra, pedía una cerveza y un chupito de whisky, metía el vasito del whisky en el de la cerveza y se lo bebía. No es que vertiera el whisky en la cerveza, es que metía el vasito dentro del vaso. Xabi Prieto solo bebía refrescos. Y yo ya había dado el paso de la adolescencia a la madurez: en vez de klarimostos pedía kalimotxos. Los bares estaban a tope, por las calles estrechas de la Parte Vieja casi no se podía avanzar entre la muchedumbre, todo eran corrientes de gente apretada que iban y venían, tenías que pillar la buena como los salmones para ir de un bar a otro. Y fíjate: yo, con un par de kalimotxos, ya no sentía ningún miedo de contagiarme de nada.

En una de esas, intentando abrirme paso entre el gentío, Xabi Prieto me tocó el hombro.

—¡Zuhaitz, espera, que hemos perdido a Lee!

No fastidies, con la pasta que pagó la Real para fichar al Beckham coreano, vamos nosotros y lo perdemos en la Parte Vieja. Miramos atrás, hacia el fondo de la calle por donde veníamos avanzando, y notamos que la marea de gente se había parado, que todo el mundo miraba al mismo sitio, como si hubiera una pelea o algo así. De repente se oyó un grito colectivo, un «¡uuuuu…!» que iba creciendo, «¡…uuuuuuueh!», y entre el gentío salió Lee Chun-soo lanzado por los aires. Lo estaban manteando. ¡Uuuueh! ¡Uuuueh! ¡Uuuueh! Lee despegaba y aterrizaba entre los brazos, despegaba y aterrizaba, y se partía de risa. Nos lo llevamos como pudimos, mientras los borrachos cantaban su nombre y se le abrazaban a cada paso.

—Xabi, esto es un peñazo. Con este tío no avanzamos, tenemos que mandarlo a casa.

Me acerqué a Lee y le hice señas: nos vamos a casa. Él decía que no y señalaba el reloj, como diciendo que todavía era pronto. Intenté explicarle que había mucha gente, que lo reconocían todo el rato, que no era buena idea andar de fiesta después de una derrota. Y parece que lo convencí. Buscamos un taxi, nos subimos los tres y le pedí al taxista que nos llevara hacia el barrio del Antiguo, donde vivía Lee. Cuando íbamos por la calle Zubieta, le dije al taxista que parara y le di unas explicaciones a Lee:

—Xabi y yo nos bajamos porque vivimos aquí cerca, ¿sí? ¿Entiendes?

Qué narices íbamos a vivir cerca: lo que estaba cerca, a trescientos metros, era la discoteca Bataplán, en primera línea de la playa de La Concha. Xabi y yo nos despedimos de Lee, vimos cómo el taxi se lo llevaba hacia El Antiguo y nos fuimos a Bataplán.

Al pobre Lee le hicimos la trece catorce.

Nos encontramos con una cola muy larga para entrar a la discoteca. Siempre he sido tímido y me daba apuro ir por ahí diciendo que era jugador de la Real, pero esa noche iba con Xabi Prieto, el chaval recién llegado al equipo con veinte años, y quise impresionarle con la veteranía de mis veintitrés añazos. Me acerqué al portero y me la jugué:

—Perdona, ¿podemos entrar por la puerta vip?

«Me acerqué al portero y me la jugué» es una frase que ese año solo me sirve para hablar de discotecas. Menos mal que el tipo era futbolero y me reconoció sin chándal ni escudo de la Real en el pecho, sin la humillación de tener que decirle mi nombre y explicarle quién era, como en Atenas. Apartó la cinta de la entrada y me dejó pasar. Le señalé a Xabi Prieto.

—El chaval viene conmigo.

—Vale, pasad.

Prieto se convertiría en una leyenda de la Real Sociedad. Jugó 532 partidos de txuri-urdin, toda su carrera. No quiso marcharse cuando la Real bajó, y fue el capitán del equipo de chavales que subió de Segunda a la Champions League en tres temporadas. Comparto una estadística con él: ambos hemos fallado un solo penalti en toda nuestra carrera, y ambos lo fallamos contra el Athletic. Lo que pasa es que él lanzó veintiséis en Primera División y yo solo uno, y además en juveniles, pero vamos, el dato es incontestable. Tampoco se puede negar que le abrí puertas en sus inicios: las de Bataplán, en concreto.

Total, que ahí andábamos Xabi y yo dándolo todo en la discoteca, en plena noche de Santo Tomás, cuando a las tres de la mañana me fui a la barra a pedir un kalimotxo en vaso grande y alguien me tocó el hombro. Algún aficionado que me ha reconocido, pensé. Igual me quiere echar la bronca o algo. No hice ni caso. Me tocó el hombro otra vez. Joder, qué pelma, que espere un poco, ¿no? A la tercera ya me giré cabreado.

—¡Qué pasa, joder!

Era Lee Chun-soo.

Casi se me cae el kalimotxo al suelo.

—¡Joder, Lee! ¡Pero qué haces aquí!

Él meneaba la cabeza como diciendo qué hacéis aquí vosotros, cabrones. El muy perro se había vuelto por su cuenta al Bataplán. Llamé otra vez al camarero.

—Ponle una cerveza y un chupito de whisky a mi amigo, por favor.

Aquella fue la mejor jugada que le recuerdo a Lee.

El siguiente partido después del parón navideño fue el 4 de enero en Málaga, la Real necesitaba ganar con urgencia y Denoueix, por supuesto, no me convocó. Me quedé en mi casa, ensayando acordes con la guitarra, y no quise ni ver el partido por puro despecho. Esto sí que es grave: el lunes me presenté en Zubieta sin saber lo que había hecho la Real, intentando adivinar el resultado en las caras de mis compañeros. Me di cuenta de que esto ya era insostenible, no merecía seguir en la Real ni un día más.

Fui al despacho de Olabe, el director deportivo del club, le dije que no podía seguir así, que no aportaba nada y que me cedieran por favor a algún otro equipo para el resto de la temporada. Olabe me dijo que lo entendía y que me darían todas las facilidades. Llamé a mis representantes

para que me buscaran otro destino.

—En Primera es imposible, Zuhaitz. Te buscaremos algo en Segunda. ¿Tienes alguna preferencia?

Tal y como andaba yo, con mi depresión, mis ansias y mis obsesiones, me preocupaba sufrir una crisis lejos de mi familia, mis amigos y mi psicóloga. Por eso, solo les pedí que fuera un equipo lo más cerca posible de casa.

—Entendido, Zuhaitz, cerca de casa.

Tres semanas después estaba firmando un contrato en Algeciras.

# 19. CREO QUE HE ATROPELLADO A ALGUIEN

Algeciras está a 1100 kilómetros de mi casa, en el extremo más alejado de la península, y el equipo también era el más alejado en la clasificación. Iba colista de Segunda y me llamaron para echarles una mano. Bueno, pues cuando llegué estaban a ocho puntos de la salvación y cuando me fui los dejé a dieciséis.

Me encontré con un ambiente muy amargo. Por primera vez oí a futbolistas que antes del partido decían que se estaban jugando las lentejas de sus hijos, que si bajábamos a Segunda B iban a tener problemas para pagar la hipoteca, que se podían quedar sin empleo a los treinta y un o treinta y dos años y no habían hecho otra cosa que dedicarse al fútbol… Estos tíos se la jugaban de verdad. Y no estaban de humor para recibirme con flores y cariñitos.

Debuté en casa contra el Sporting de Gijón, jugué muy desconcentrado y palmamos 0-3. Al día siguiente, en el entrenamiento, se me acercó nuestro portero suplente y me habló con mala leche:

—Chaval, vaya partidito hiciste ayer. Qué has venido, ¿de vacaciones?

—De vacaciones lleváis vosotros seis meses, que por algo vais últimos.

—¿Vas de listillo porque vienes de Primera? ¡Si eres un paquete!

—Tú sí que eres un paquete, que no juegas ni en el colista de Segunda.

Ya ves: ambientazo en el vestuario.

En mi casa tampoco es que reinara la alegría. Alquilé un dúplex con jardín junto a la playa de Getares y enseguida me di cuenta de que me venía grande, tan grande como la experiencia de irme solo a 1100 kilómetros de casa. En el dúplex no sabía qué hacer, no estaba Arkaitz para jugar a la Play, no tenía amigos, daba vueltas, me aburría y me deprimía. Descuidé el puñetero jardín y la hierba creció tanto que hubiera necesitado un machete para cruzarlo. Enfrente veía el peñón de Gibraltar y una hilera interminable de buques superpetroleros. Si subía a una colina cercana en un día claro, veía África al otro lado del Estrecho. Me sentía lejos de casa, lejísimos de todo.

El portero tocapelotas tenía algo de razón. Yo venía de un equipo que participaba en la Champions League a este que era el último de Segunda, y me creía que podía jugar andando. Enseguida me di cuenta de que no: tenía que correr y pelear con todas mis fuerzas para estar a la altura de mis compañeros, y ni siquiera así demostraba ninguna superioridad. No conseguía destacar ni en el colista de Segunda. Y recordé lo que había pensado una vez: para un jugador guipuzcoano de mi nivel sería muy difícil llegar a otro equipo de Primera que no fuera la Real Sociedad, un club que apuesta fuerte por la cantera. Lo pensé cuando Toshack me mandaba con el Sanse y jugamos contra el filial del Barça: los once del Barça B eran mejores que yo pero muchos de ellos no jugarían nunca en Primera. Si eres un defensa guipuzcoano más o menos bueno, serio, trabajador, puedes llegar al máximo nivel del fútbol en el equipo de casa. Si eres un delantero más o menos bueno, serio, trabajador, creo que no basta, porque necesitas más calidad, ser más hábil, desequilibrante, marcar las diferencias.

En Algeciras debuté como titular pero tras perder 0-3 me dejaron en el banquillo. No jugué en los siguientes dos partidos y el Algeciras empató los dos, contra el Almería y el Atlético Malagueño. Aquello no bastaba, el equipo se seguía hundiendo. El entrenador se puso de pie en medio del vestuario y soltó un órdago:

—Chavales, vengo de hablar con la directiva. Les he dicho que si no ganamos los siguientes tres partidos, dimito.

Supongo que el hombre estaba deseando pirarse, porque el Algeciras había ganado tres partidos de los veintiséis que había jugado. ¿Y ahora de repente íbamos a ganar otros tres seguidos? No se lo creía nadie.

Fuimos a Getafe y volví a chupar banquillo. Esta vez, el portero que me había tocado las pelotas jugó de titular y no desaprovechó la ocasión. La ocasión de tocarme otra vez las pelotas antes del partido, quiero decir.

—Qué, Gurrutxaga, ¿quién es ahora el paquete que no juega ni en el colista de Segunda?

En la primera parte le metieron tres. El entrenador me sacó después del descanso y el resultado se quedó así hasta el final, 3-0. Nada más terminar, me acerqué a mi querido guardameta.

—Menos mal que he salido en la segunda parte, porque si no te meten seis, ¿eh?

—Cierra la puta boca, gilipollas.

El entrenador dimitió y se piró de Algeciras derrapando. En su lugar pusieron a uno de la casa, un entrenador de las categorías inferiores, que nos llamó uno a uno para preguntarnos si teníamos intención de seguir la temporada siguiente en el equipo. Le dije que no, que mi intención era volver a la Real Sociedad, iluso de mí.

—Entonces no vas a jugar más. Quedan quince jornadas y queremos que juegue la gente que va a seguir el año próximo aunque sea en Segunda B, para ir preparando el nuevo equipo.

—Ah, vale, sin problemas.

Llamé al director deportivo de la Real Sociedad y le expliqué que ya no iba a jugar el resto de la temporada porque el Algeciras quería dar oportunidades a otros jugadores. A mí esta decisión me venía de maravilla, porque disimulaba mi incapacidad para destacar en un equipo ya casi descendido a Segunda B. Y me quitaba presión. Desde los primeros días en Algeciras tuve una recaída fuerte de todas mis obsesiones: me lavaba las manos sin parar y vaciaba botes enteros de gel cada vez que me duchaba, pasaba las líneas con el pie derecho, colocaba todo de manera simétrica y seguía, por supuesto, con mi terror al sida. Un día me fui de fiesta a Puerto Banús con algunos compañeros del equipo, ligué con una chica, nos fuimos a la cama y en el último momento me volví a asustar. Seguía siendo incapaz, seguí virgen en Algeciras.

De lunes a viernes me entrenaba y los fines de semana, sin partidos a la vista, me iba de paseo a las playas de Tarifa, Bolonia o Zahara de los Atunes. Me sentía muy solo. No sabes la alegría que me llevé cuando mi amigo Arkaitz vino desde Elgoibar a pasar un fin de semana conmigo. Fui a recogerlo al aeropuerto de Málaga y, de regreso a Algeciras, oí algo en el coche, me entró mucho agobio y me paré en el arcén de la autopista.

—¿Qué pasa, Zuhaitz?

—Nada, espera un momento, es que he oído una cosa rara…

Me bajé y no vi nada extraño en la carretera. Di una vuelta alrededor del coche y tampoco: ninguna abolladura, ningún faro roto…

Desde mis primeras semanas en Algeciras, cada vez que iba conduciendo y oía el más mínimo

ruido, pensaba que quizá había atropellado a alguien y no me podía quitar la idea de la cabeza hasta que me paraba en el arcén y lo comprobaba. Era otro toc, el de los pensamientos de culpa, el de la angustia de pensar que has causado daño a alguien. En los trayectos cortos ni tan mal, desde mi casa hasta el campo de entrenamiento igual me paraba solo una vez, pero imagínate en los trayectos largos. Con Arkaitz volví a pararme en el arcén de la autopista unos kilómetros más adelante. Y una tercera vez un poco antes de llegar a Algeciras. No lo hice más porque me daba vergüenza, pero si hubiera ido solo, me hubiera parado varias veces más, seguramente cinco, para comprobar que no había matado a nadie.

Durante el fin de semana me llevé a Arkaitz a cenar a un buen restaurante, luego a la mejor discoteca de Algeciras, por la mañana dimos unos paseos… y él se quedó flipado conmigo. Yo no paraba de lavarme las manos, de vigilar la limpieza de los cubiertos, la posición simétrica de las sillas, las rayas de la acera…

—Gurru, tío, estás peor que nunca. Pide al club que te deje volver a casa, que te dé una baja, tienes que ir adonde la psicóloga, adonde tu madre, lo que sea, pero no puedes seguir así.

Mi madre me llamaba todos los días y me preguntaba qué tal. Yo le decía que bien, bien, que iba controlando las obsesiones, que estaba mucho mejor. No me atreví a contarle, por ejemplo, lo que me pasó cuando empecé a componer mis primeras canciones con la guitarra y me compré una grabadora. Grabé mis canciones para escucharlas y retocarlas, y cuando le di al botón de reproducir, ¿sabes lo que oí? Psicofonías. Sí, en serio, psicofonías. Yo cantaba y de fondo oía voces de muertos que me hablaban. Me cagué de miedo. Estaba tan asustado que se lo comenté a un amigo, le puse la grabación por teléfono y me dijo:

—Qué psicofonías, Gurru, no me jodas. Lo que pasa es que cantas horrible.

En el último partido de la temporada, con el equipo ya descendido, el entrenador tenía muchas bajas y me puso de titular. Perdimos 2-0. Así que estos fueron mis números en el Algeciras.

Partidos jugados: 3.

Derrotas: 3.

Goles a favor: 0.

Goles en contra: 8.

El regreso de Algeciras a Donostia se me hizo eterno, porque me iba parando todo el rato en el arcén para asegurarme de que no había atropellado a nadie.

El director deportivo de la Real Sociedad me citó en su despacho. Me dijo que mi contrato había terminado y el club no contaba conmigo. Me deseó mucha suerte, nos dimos la mano y salí de Zubieta sin ser ya jugador txuri-urdin.

Tenía veintitrés años, llevaba allí desde los trece. Gracias a la Real Sociedad cumplí mi sueño de jugar con la camiseta del club de mis amores, fui a la selección, gané un campeonato de Europa y un bronce en un Mundial, debuté en Primera, compartí vestuario con estrellas internacionales, jugué en los mejores estadios contra los mejores futbolistas del mundo, cumplí todos mis sueños. Y los sueños cumplidos me arruinaron la vida.

# 20. ¡EL PARTIDO ERA A LAS DOCE!

Mi trayectoria deportiva iba como un misil: cayendo en picado hacia la destrucción. Después del fracaso en Algeciras, en el verano de 2004 mis representantes rastrearon España de arriba abajo en busca de algún equipo de Segunda que me quisiera fichar. Mientras negociaban, pedimos un favor al Real Unión de Irun, ya que los tenía cerca de casa: que me dejaran entrenarme con ellos. Aceptaron y debí de hacerlo bien, porque su entrenador, Manix Mandiola, me propuso un par de veces que firmara por el equipo. Ellos estaban en Segunda B, y yo, con las últimas reservas de orgullo que me quedaban, le agradecí el interés a Mandiola pero le dije que pretendía jugar en Segunda.

Y por supuesto, ningún equipo de Segunda quiso ficharme. La mejor oferta me llegó del Rayo Vallecano. Dos años antes nos habían goleado 4-1 en mi partido más desastroso con la Real Sociedad y la grada se había burlado de mí cantando «¡Rayo, fíchalo; Rayo, fíchalo; Rayo, fíchalooo…!». Pues cuidado, porque el karma te devuelve lo que das. ¿Sabes qué le pasó al Rayo en la siguiente temporada? Que bajó a Segunda. ¿Y en la siguiente? Que bajó a Segunda B. ¿Y a qué defensa intentaron fichar cuando estaban desesperados en el pozo de la Segunda B? A Zuhaitz Gurrutxaga. ¿Y sabes qué les respondí? Pues que sí, claro. Hala, toma «Rayo, fíchalo», toma karma, ahora os coméis a Gurrutxaga de defensa.

A Manix Mandiola le supo fatal.

—Zuhaitz, si de todas formas vas a jugar en Segunda B, ¿no estarías mejor aquí que en Madrid?

—Gracias, Manix, pero el Rayo es el equipo de más nivel de la categoría, tienen un proyecto potente y quiero subir con ellos a Segunda.

Mandiola me la guardó. Es un tipo de carácter fuerte, con un humor bastante cabrón, te suelta buenas pullas. Y un clásico de la Segunda B. Ha entrenado a no sé cuántos equipos en veinte años, Real Unión, Beasain, Alavés, Tudelano, Burgos, Numancia. Una vez subió con el Eibar a Segunda, con el equipo de su pueblo precisamente. Con el Real Unión también aspiraba al ascenso, por eso le jodió mi respuesta.

Dije que no al Real Unión y me fui al Rayo Vallecano. Los dos equipos jugaban en grupos distintos de la Segunda B, pero como no podía ser de otra manera, al final de la temporada nos cruzamos en las eliminatorias para subir a Segunda. No me imaginaba que el karma pudiera tomar la forma de una sonrisa de Manix Mandiola.

Salir de la Real Sociedad, caer a Segunda B y desaparecer de los medios tenía algunas ventajas: vivía mucho más tranquilo. En aquel verano de 2004, antes de irme al Rayo Vallecano, aproveché para salir por las fiestas de todos los pueblos sin la preocupación de que cualquier borracho me montara una bronca. Ya no le importaba a nadie, menudo alivio.

En las fiestas de Zarautz me encontré con una chica con la que había salido a los diecisiete años. Ella me gustaba mucho pero me dejó. Esta vez, ya con veintitrés años, tomamos algo, charlamos, nos pusimos al día, nos dimos un abrazo: había chispa. Quedamos en vernos unos

días más tarde para tomar un café, después del café vinieron un par de cervezas, luego nos fuimos a cenar, al salir nos comimos a besos, acabamos en su apartamento, nos desnudamos… y me volví a bloquear.

Llevaba un año y medio incapaz de tener sexo, siempre con ese miedo irracional a contagiarme. Cuando llegaba el momento, me entraba el pánico a pillar el sida, a pesar de que siempre me ponía el preservativo, y mi deseo desaparecía de golpe.

Quedé otro día con esta chica, volvimos a acostarnos… y nada.

Me frustraba mucho, porque esta historia iba más allá del sexo. Era una chica que me gustaba de verdad, yo quería estar con ella, pero para mí la cama era un muro contra el que me chocaba una y otra vez.

Fue muy paciente, no me pidió cuentas ni se enfadó, pero la tercera vez me dijo:

—Zuhaitz, ¿qué pasa? ¿No te gusto?

—No, no es eso…

Rompí a llorar. Y se lo conté. Por primera vez en un año y medio le conté a una chica lo que me pasaba, me brotó a chorros como si hubiera abierto una compuerta: mis obsesiones, mis problemas mentales, el miedo a enfermar, el pánico al sexo… Se lo conté porque ella era mi amiga, me dio confianza, me escuchó y me abrazó mientras yo hablaba y lloraba. Fue la hostia. La rehostia. Me dijo que estuviera tranquilo, que no pasaba nada si ahora no me apetecía, que me tomara mi tiempo, que ella estaba ahí para ayudarme en lo que pudiera, que si en algún momento me sentía tranquilo, preparado y con ganas, que lo probaríamos otra vez, y que si no salía, no pasaba nada, nos abrazaríamos y dormiríamos tranquilos.

Buah, fue una liberación.

Unos días después la invité a cenar en el apartamento que tenían mis padres en Elgoibar. Además de mi psicóloga, mi madre era la única a la que le había contado mis problemas con el sexo, así que le hablé de esta chica, le dije que me sentía muy bien con ella, que la había invitado a cenar, que pasaríamos la noche juntos y que me sentía confiado para tener sexo después de tanto tiempo. Menuda figura, mi madre. Me escuchó con toda la paciencia y todo el amor del mundo, puso sábanas limpias en el apartamento, compró un cartón de leche, fruta y galletas para que la chica y yo desayunáramos al día siguiente, y me dijo:

—Los preservativos ya te los compras tú, Zuhaitz, porque si voy yo a la farmacia me van a sacar cantares.

No sé ni cómo contar lo de aquella noche. No creo que nunca pueda tener una experiencia sexual mejor: fue como perder otra vez la virginidad pero sabiendo cómo se hacía. Increíble. Me sentí muy tranquilo con mi amiga, sin ninguna presión de tener que cumplir con nada. Nos desnudamos, nos abrazamos, nos acariciamos. Más que sexo era piel. O precisamente era buen sexo porque era piel. Era abrazarse, acariciarse y además tener orgasmos. Disfrutamos mucho.

Después de esa noche no se acabaron mis obsesiones con la enfermedad ni mis miedos con el sexo, pero la cabeza me hizo un clic. Hasta entonces, cada vez que me liaba con alguna chica y llegaba el momento, me inventaba mil excusas. Vivir mintiendo es un agobio. Y de pronto, con esta chica, pensé: ¿por qué llevo año y medio escondiendo mis problemas?, ¿por qué no me he atrevido a contárselos a nadie?, ¿por qué me avergüenza tanto? Igual no pasa nada si a algunas personas de confianza les hablo de mi toc. No me van a rechazar. Habrá más gente como esta amiga mía que me ha escuchado, me ha entendido y me ha apoyado.

Ahora me dicen que soy valiente porque cuento mis obsesiones en un teatro ante cientos de personas, pero qué va, ahora no me cuesta nada, ahora me río, ahora utilizo mis manías para

ganarme la vida. Valiente fui la primera vez que se las conté a una chica en la cama. Fue el primer paso para liberarme de la vergüenza y el miedo.

Nuestra historia duró poco porque al final del verano ella se fue a estudiar al extranjero y yo a jugar a fútbol a Vallecas. Bueno, jugar no es que jugara mucho: nueve partidos en toda la temporada.

El Rayo había caído dos categorías en dos temporadas y yo iba aún más rápido: de Primera a Segunda B en menos de un año. En el Rayo pensarían que un defensa descartado por un equipo de Primera sería lo suficientemente bueno para ser titular en Segunda B, pero yo iba cuesta abajo y sin frenos, sentía cada vez menos confianza y menos ilusión por el fútbol, no me centraba, no apretaba en los entrenamientos. En el equipo había defensas mejores que yo y punto.

Mi temporada futbolística fue un desastre pero también te digo otra cosa: vivir en Madrid con veinticuatro años, dinero en el bolsillo y mucho tiempo libre es el paraíso. Y si además te echas un grupo de amigos tan flipante como el de los jugadores del Rayo de aquel año, ya ni te cuento: Ildefons Lima, David Lago, Sergio Segura, Pablo Díaz, Dani Roiz… De lo único que me arrepiento en toda mi carrera deportiva es de no haberme esforzado más por seguir unos años en el Rayo Vallecano, el equipo más especial que he conocido, el más divertido, el más popular, no sé cómo explicarlo. Mis nuevos compañeros tenían una pedrada considerable. Solo te digo que en mis primeros días allí, uno de los jugadores contó que un amigo suyo vendía minimotos y nos hacía buen precio. ¿Conoces esas motos? Son como las de carreras pero con un tamaño mínimo. Trajeron una para probarla y ahí nos ves a los jugadores, conduciendo por turnos la minimoto a todo gas por el vestuario y los pasillos, petardeando, derrapando, haciendo el idiota, hasta que el humo del tubo de escape disparó la alarma antincendios y empezó a llover dentro del vestuario. De los veinticuatro jugadores del Rayo, doce decidieron comprarse una minimoto. ¿Para qué? Ni puta idea.

Los días clave de la semana eran el jueves y el domingo. El jueves entrenábamos por la mañana, casi todos los jugadores nos íbamos a comer a un restaurante y luego pasábamos la tarde en los bares de estudiantes de la Ciudad Universitaria. Los futbolistas del Real Madrid y el Atlético de Madrid iban a los reservados de las discotecas Pachá, Gabana o Buddha; los del Rayo éramos los vip en el bar Don Friolera, donde ponían kalimotxos a tres euros, chupitos a dos, dos cervezas por el precio de una durante la *happy hour*, platillos de kikos y ganchitos gratis…

Los domingos eran perfectos. Cuando tocaba partido en casa, siempre jugábamos a las doce del mediodía, así que a las tres de la tarde ya estábamos todo el equipo de poteo por el barrio de La Latina. Y seguíamos la juerga de noche, porque el lunes tocaba descanso, así que nos íbamos a la discoteca Serrano 41, a la zona más pija de Madrid. Allí no te servían platillos con kikos, pero si te hacía ilusión, podías ver a las estrellas del Real Madrid cuando salían de las zonas vip. Una vez me crucé con Casillas y no me atreví a saludarle. Pensé que no se acordaría de mí.

El Rayo era la leche. Equipo humilde, barrio obrero, la hinchada de izquierdas de los Bukaneros y, como presidenta, una marquesa del Opus Dei: doña Teresa Rivero. Así, con el doña por delante. Fue la primera mujer que presidió un equipo de Primera en España, aunque ella ya dijo que no tenía ni idea del asunto y que estaba allí porque lo había decidido el máximo accionista del Rayo. Que ya sabes quién era, claro: su marido José María Ruiz-Mateos, el empresario más famoso, polémico y extravagante del país. Un día nos reunió en su mansión a todos los jugadores del Rayo para contarnos su vida: que empezó exportando vinos de Jerez a Inglaterra, que escribió

catorce cartas y no le contestaron a ninguna, pero que a la decimoquinta fue la vencida y que así empezó todo, que hay que insistir… Tú nos ves ahí, a veinticuatro futbolistas sentados en los sofás, las butacas y el suelo del salón de Ruiz-Mateos, comiendo canapés y escuchando cómo fundó el grupo Rumasa con más de doscientas empresas, y cómo en 1983 se lo expropió el Gobierno porque querían hundirlo… El decreto de expropiación decía que Rumasa debía un montón de millones a Hacienda, a la Seguridad Social, accionistas y clientes, que sus bancos tomaban riesgos extraordinarios y no se dejaban inspeccionar, que estaba al borde de la quiebra, pero Ruiz-Mateos decía que todo eso era mentira, que se trataba de un complot de los socialistas, la banca y el Opus Dei para quitárselo de en medio. El hombre pasó algunas temporadas en la cárcel. Luego se presentaba en los juzgados vestido de torero o de Supermán, y un día a la entrada de un juicio le pegó un puñetazo al ministro Miguel Boyer y le saltó las gafas: «¡Que te pego, leche!». Muchos años después montó Nueva Rumasa, otro grupo de empresas que acabó en concurso de acreedores, con juicios contra él y sus hijos por estafas, insolvencias y fraudes. Entre una cosa y otra, compró el Rayo y puso a su mujer de presidenta. Ruiz-Mateos aparecía en los anuncios de la tele de una marca suya de flanes, vestido de futbolista del Rayo y metiéndole un penalti a un portero caracterizado como Boyer. Luego se comía un flan con una doble de Isabel Preysler, la mujer de Boyer.

Aquel día en su casa, nos presentamos uno a uno ante Ruiz-Mateos. Me dio la mano y me dijo:

—Gurrutxaga… ¿Eres vasco? Muy bien, yo quiero mucho a los vascos, sois muy trabajadores, seguro que el entrenador está muy contento de tenerte en el equipo.

Joder, yo no jugaba nada. Dije sí, sí, sí, intentando no cruzar la mirada con el entrenador.

A Teresa Rivero se la tomaban a cachondeo. Era una señora de sesenta y pico años que solía llegar al palco con el partido ya empezado, con su permanente, su traje, su collar de perlas, su bolso, y las cámaras de la tele la grababan todo el rato para sacarla en los momentos más divertidos de la jornada: un día porque insultaba al árbitro, otro día porque se quedaba dormida…

Con los jugadores era muy amable, nos hablaba como a nietos, pero cuando perdíamos bajaba al vestuario a echarnos broncas. Nos decía que habíamos jugado muy mal, que a ver qué nos pasaba, que parecía que no queríamos subir a Segunda… Una vez los periodistas le preguntaron por la bronca y ella dijo que nunca volvería a entrar a un vestuario, porque de allí salíamos guapos, bien peinados y con olor a colonia, pero dentro estábamos sudados y horribles. En dos años pasó de sentarse en los palcos del Bernabéu o el Camp Nou con todos los lujos, con moqueta, calefacción y canapés, entre presidentes, alcaldes y empresarios, a apoyarse en las barandillas de cemento en los campos de Segunda B. La recuerdo cuando jugamos en un pueblo de Fuerteventura: la sentaron en una silla de plástico y alguien llegó corriendo para ponerle una sombrilla de una marca de helados.

Yo tenía veinticuatro años, vivía en Madrid y me apetecía sacar un poco la cabeza del fútbol. Me apunté a una escuela de teatro aficionado en el barrio de la Prosperidad, no porque tuviera vocación de actor, sino porque quería conocer gente distinta, artistas, bohemios, yo qué sé, personas que hablaran de otras cosas que no fueran la importancia del saque de banda en el juego ofensivo y el repliegue de los laterales después de un córner a favor. Ensayamos unos meses, me leí un libro sobre el método Stanislavski y hala, al escenario: actué por primera vez en una función de barrio, interpretando a un coronel francés que hablaba con mucho acento. Madre mía, si alguien lo grabó podrá chantajearme durante el resto de mi vida. Pero al terminar la obra nos

aplaudieron: era la primera vez que el público de Madrid me aplaudía.

La segunda fue cuando Dani Roiz me preguntó si quería conocer a un colega suyo que cantaba. Roiz era el portero suplente del Rayo, el que se aburría conmigo en aquel Mundial juvenil de Egipto también como portero suplente.

—¿Quieres venir, Zuhaitz? Como tú también cantas… Podemos ir los tres a cenar y luego nos damos una vuelta.

—¡Vale, genial!

Roiz vino a recogerme con su coche, entré al asiento de atrás y vi a su colega sentado de copiloto: ostrás, era David Bustamante, el de Operación Triunfo, el que antes era albañil y ahora vende trillones de discos. Muy majo. Roiz y Bustamante son de San Vicente de la Barquera, amigos desde críos, se pusieron al día durante la cena y luego Bustamante me preguntó qué grupos me gustaban, qué música hacía… Le dije que nada, que tocaba un poco la guitarra, que cantaba lo que podía…

—Pues ánimo, Gurru, igual algún día puedes vivir de la música. ¡Si lo he conseguido hasta yo!

Nos fuimos a la discoteca Garamond. Todos reconocían a Bustamante, se sacaban fotos con él, le pedían que subiera al escenario a cantar algo. El tío pilló el micro, cantó un par de canciones y de repente dijo:

—Ahí está mi amigo Gurrutxaga, jugador del Rayo, guitarrista y gran cantante. Venga, Gurru, sube a cantar algo.

Subí, subí. No me atreví con ninguna canción heavy de Su ta Gar, no me sabía ninguna de Alejandro Sanz, así que me lancé con una en portugués de Grupo Revelação. De tanto copiarles las letras para escribir cartas a Luciana, me las había aprendido.

Y así, después de que me aplaudiera el público de un teatro por hacer de coronel francés, me aplaudió el público de una discoteca por cantar después de Bustamante. Lo que nunca logré en Madrid fue que me aplaudieran como futbolista. En el estadio de Vallecas yo creo que ni me conocían. Los porteros desde luego no: cuando llegaba a un partido para el que no estaba convocado, tenía que enseñarles el DNI para que me dejaran pasar.

Desde el público sí que me reconocieron una vez, un domingo en el que yo estaba en el banquillo de los suplentes y bajó una chica desde la grada a llamarme:

—¡Eh, pero qué haces tú ahí!

—Soy jugador del Rayo. ¿Y tú qué haces aquí?

—¡Soy socia de toda la vida!

Nos habíamos liado ese mismo jueves, nada del otro mundo, unos besos y un poco de magreo en el banco de un parque, a la salida de un bar de estudiantes. Ni nos dimos el teléfono. Para que luego digan que en Madrid no te encuentras con tus ex.

Pues tuve otro encuentro bastante más amargo con mis ex: el 12 de diciembre de 2004, la Real Sociedad jugaba en el Bernabéu y mis antiguos compañeros me dieron una entrada. El Rayo tenía partido en las Canarias y yo no iba convocado, así que pude ir a ver a la Real. No te voy a mentir: se me hizo muy duro ver a mis excompañeros jugando en el Bernabéu, ante setenta mil espectadores, mientras a mí me descartaba mi equipo de Segunda B. Me vi ante el espejo de mi fracaso. Sentí celos, sentí envidia, no estoy nada orgulloso de lo que sentí cuando la Real marcó un gol. Alegría no era, desde luego. Lo marcó Nihat en el minuto 72, era el empate a uno.

Lo único bueno de tener tocs, de vivir siempre con miedo a que te pase algo, es que a veces aciertas. En el minuto 87 ocurrió algo muy extraño: el cuarto árbitro entró corriendo al campo,

con el balón en juego, y a mí me saltaron todas las alarmas. Me puse de pie. El cuarto árbitro le dio unas explicaciones al árbitro, que detuvo el partido y ordenó a los jugadores que se marcharan rápido a los vestuarios. Yo salí pitando de la tribuna. Para cuando la megafonía avisó de que los espectadores debían desalojar el estadio, yo ya estaba a cuatro o cinco manzanas de allí, caminando a paso vivo Castellana abajo. Alguien había llamado al diario *Gara* en nombre de ETA para decir que en el Bernabéu iba a estallar una bomba a las nueve en punto de la noche. El partido se suspendió a las 20:46 y los setenta mil espectadores desalojaron el estadio en nueve minutos. Yo fui el primero de todos, debí de tardar veintisiete segundos en pisar la calle.

Y esa fue la mejor prestación de toda mi carrera en el Bernabéu: hui del estadio más rápido que nadie.

Mi cabeza iba incluso más acelerada que mis piernas. Cuando escuché que había sido una amenaza de bomba de ETA, me dio miedo que los policías me identificaran al repasar las cámaras de seguridad del Bernabéu. Joder, es que soy vasco y he salido corriendo el primero, seguro que me convierto en el principal sospechoso. ¿A que a ti no se te hubiera ocurrido esa posibilidad? Pues yo me imaginaba cosas así todo el rato. Mi mente tenía una creatividad extraordinaria para imaginar todo tipo de peligros, hasta los más increíbles, y yo me los creía. No sabes lo agotador que es vivir siempre alerta.

Fue una falsa alarma, no estalló ninguna bomba en el Bernabéu. Cuatro años antes yo había jugado el partido más largo de la historia de la Liga, aquel de la Real contra el Espanyol que se suspendió por un diluvio y se reanudó diecisiete días más tarde, y ahora la Real iba a batir otra vez la marca, conmigo de espectador. Decidieron que los tres minutos que faltaban más los tres del descuento se jugarían el 5 de enero, veinticuatro días más tarde. Así que la Real recorrió mil kilómetros de ida y vuelta para jugar un partido de seis minutos en el Bernabéu. Salieron a defender el empate y el Madrid se volcó a por todas. Guti lanzó un pase de cincuenta metros a Ronaldo, Mikel Labaka lo zancadilleó dentro del área, el árbitro pitó penalti y Zidane marcó el 2-1. Me quedé tranquilo, viendo que la Real podía hacer buenas pifias incluso sin mí.

Un domingo me desperté a las doce y cuarto del mediodía, amodorrado, con una sensación de pesadez aplastante. Y de repente me di cuenta: ¡¡el partido era a las doce!! Esa era mi pesadilla más repetida, llegar tarde a un partido, y se estaba cumpliendo. Tardé un poco en espabilarme y recordar que no me habían convocado. Joder, qué susto. Aun así, debía presentarme en el estadio de Vallecas, tenía que salir volando y pillar un taxi.

Hubo algo que me mosqueó: yo me despierto siempre con el más mínimo ruido, era imposible que no hubiera oído el despertador. Comprobé que lo había programado correctamente. Y sí. Había sonado y yo había seguido durmiendo. Eso era muy raro. También pasó otra cosa mucho más inquietante: al levantarme sentí un dolor agudo en el ano.

Mi cerebro ató cabos a la velocidad de la luz: ¡alguien había entrado de noche en mi casa, me había dormido con cloroformo y me había dado por el culo!

¡No me jodas, no me jodas! ¡Que me han dado por el culo!

Me puse a mil de ansiedad. Lo que más me asustaba era que seguramente me habrían violado sin preservativo y quizá me habían contagiado el sida. Me vestí y salí pitando al estadio. Vi la segunda parte en la grada sintiendo el dolor en el ano, nerviosísimo, incapaz de fijarme en el juego, y al acabar el partido bajé a los vestuarios. En cuanto vi a Ildefons Lima, mi mejor amigo en la plantilla del Rayo, lo llevé aparte y le hablé con angustia:

—Lima, escucha…

—¿Qué te pasa?

—Esta noche han entrado en mi casa.

—Cómo que han entrado en tu casa…

—Sí, sí, espera. Han entrado en mi casa, me han dormido con cloroformo y me han dado por culo.

Lima acababa de jugar noventa minutos, todavía estaba sudando, resoplando, y me miró con los ojos como platos.

—¿Qué?

—Lo que oyes.

—Pero a ver, no entiendo, ¿te han entrado a robar y luego te han…?

—No, no, no me han robado nada. Creo que me han anestesiado, porque me he despertado muy tarde y me duele el ano…

—¿Me estás diciendo que han entrado en tu casa, te han anestesiado, te han dado por el culo y se han ido así sin más, sin robarte la tele ni el ordenador ni dinero ni nada?

—Sí…

—Anda, tío, vete a tomar por culo.

—Joder, Lima, es que es justo eso…

Me apartó y se fue a la ducha. Yo me quedé pensando: ya, ahora que se lo he contado a alguien, la verdad es que no tiene mucho sentido. Pero seguía sintiendo el dolor en el ano, eso no eran imaginaciones mías. Y no había oído el despertador, eso también era muy raro. ¿Y si de verdad había pasado una cosa tan absurda? ¿Y si me habían anestesiado, y si me habían violado, y si me habían pegado el sida? Mi cerebro funcionaba otra vez como una máquina de imaginar «y si», «y si», «y si»… No había ningún «y si» que no me pareciera posible.

Tenía la ansiedad por las nubes, como en mis peores momentos. Busqué al médico, que estaba vendando el tobillo a un compañero, y cuando acabó le dije:

—Doctor, me tienes que mirar el ano. Me duele mucho, creo que me han dado por culo.

—¿Cómo que crees que te han dado por culo?

—Luego te cuento, no me hagas preguntas ahora, pero mírame, por favor.

Me tumbé boca abajo en la camilla, el médico se puso los guantes, me echó un vistazo, suspiró y me dio una palmada en las nalgas.

—Almorranas, chaval.

Yo ya me estaba imaginando el parte que iba a entregar nuestro médico a la prensa: «En el partido de hoy, nuestros jugadores han sufrido tres lesiones reseñables: un esguince de tobillo, una rotura de fibras en el cuádriceps y una posible violación anal».

Esa noche, aliviado, salí de fiesta con los compañeros a celebrar mis almorranas.

Al día siguiente llamé a mis representantes y les pedí que me buscaran un equipo vasco para la próxima temporada, porque en Madrid me lo pasaba muy bien con el teatro, los ensayos con la guitarra, las discotecas y demás, pero mi cabeza seguía patinando y mis obsesiones se disparaban de nuevo. Necesitaba retomar las sesiones con la psicóloga y tener cerca a mi familia y mis amigos.

Mientras me buscaban equipo, el Rayo se cruzó con el Real Unión en la primera eliminatoria para subir a Segunda. A mí no me convocaron para ninguno de los dos partidos. En Vallecas empatamos a uno, en Irun perdimos uno a cero. Al final del partido me encontré con Manix Mandiola, que enseguida se acercó con su sonrisa más cabrona:

—Gurru, si no eres capaz de jugar ni en este equipo, estás jodido, ¿eh?

Pues sí, estaba muy jodido. Pero el karma siguió a lo suyo: el Real Unión perdió la siguiente eliminatoria, se quedó en Segunda B… y decidieron ficharme.

Mis representantes me dieron un aviso:

—El presidente del Real Unión quiere contratarte, pero el entrenador no quiere verte ni en pintura. ¿Qué hacemos?

—Firmamos, firmamos.

No tuve ninguna duda, porque fichar por el Real Unión era la mejor manera para seguir dos terapias de choque: una con mi psicóloga y otra con Manix Mandiola.

# 21. SEXO, DROGAS Y REAL UNIÓN

Firmé dos años por el Real Unión. Manix Mandiola no contaba conmigo ni para ponerme como muñeco de barrera en los entrenamientos, pero una semana se lesionaron varios defensas y el domingo tuvo que sacarme de titular. Se me acercó antes del partido:

—Gurru, no te emociones, ¿eh? En cuanto se recupere algún defensa, tú te vuelves al banquillo.

Como charla de motivación, es una de las más originales que me han dado nunca.

Fue un buen año para mí. No en lo deportivo, porque mi carrera futbolística se iba a pique, pero sí en la terapia. Como ya vivía otra vez en Donostia, volví a las sesiones con la psicóloga y apretamos el acelerador: pasamos de las obsesiones más leves a las más graves. Ya cruzaba las rayas del suelo sin fijarme, no me lavaba tanto las manos, no comprobaba todo cinco veces… así que fuimos a por la droga. Yo relacionaba todos mis males con aquel porro de marihuana que me fumé en el verano de 2002, el que me desató aquel ataque de ansiedad que me duró tres días, aquella sensación tan angustiosa de que mi cerebro volaba y no aterrizaba. Desde entonces desarrollé una fobia a las drogas. Ni se me ocurría consumir ninguna, porque pensaba que me podía volver loco otra vez, pero no era solo eso: es que sentía un miedo irracional a cualquier contacto con sustancias químicas fuertes.

Ildefons Lima, mi compañero en el Rayo y vecino en el mismo edificio, hacía maquetas con piezas de madera y yo me ponía muy nervioso cuando sacaba el pegamento. Me alejaba, le pedía que cerrara el tubo y él flipaba.

—¡Pero qué te va hacer esto, Gurru, que esto no hace nada! —y se acercaba el tubo de pegamento a la nariz como si fuera a inhalarlo.

Me daban miedo el pegamento, la lejía, los barnices. Creía que si los aspiraba me podían disparar de nuevo el cerebro y volverme majara. ¿Te acuerdas de aquel tuit del ciclista Philippe Gilbert, cuando dijo que le encantaba correr la Vuelta al País Vasco porque en todas las subidas olía a cannabis? Es que aquí, ahora no sé, pero en aquella época había bastante afición por la hierba. Muchos bares olían mogollón a porro y yo los evitaba. Elegía los bares por el olfato. Si alguna vez entraba a uno con mis amigos y notaba ese aroma, se me disparaba la ansiedad. Y esa ansiedad me hacía pensar que se me estaba desencadenando otro ataque por culpa del cannabis. Salía disparado a la calle.

Si en una discoteca alguien me saludaba con un apretón de manos y yo creía que se había metido una raya o se había fumado un porro, también me ponía muy nervioso. Pensaba que me podía pasar restos de la droga a mi mano, y si yo luego comía algo con esa mano… Y si, y si, y si… Me iba al baño y me lavaba las manos con furia. No tiene ningún sentido, ya lo sé, pero eso es el toc.

Cuando la psicóloga me propuso una terapia de choque contra mi obsesión por las drogas, pensé: ¿me va a mandar a fumar porros y esnifar cocaína? Por suerte no fue tan lejos. Me propuso que comprara droga, que la respirara, que la tocara y que me aguantara el impulso de

lavarme las manos. Me daba tanto miedo que pedí ayuda. ¿A quién? A mi madre, claro. Y a un amigo que sabía quién podría vendérmela. Compré una bola de hachís y un gramo de coca, el único de mi vida, pero joder, fueron sesenta euros por un gramo para verlo, tocarlo y tirarlo. El gasto en cocaína más sano de la historia.

Pues ahí nos ves, a mi madre y a mí poniendo una bola de hachís y una bolsita azul con un gramo de coca en la mesa de la cocina. Hicimos la terapia de menos a más, de la droga blanda a la dura. Mi madre encendió un mechero, arrimó la llama a la bola de hachís y yo respiraba el aroma como quien inhala vapores de eucalipto. No creo que cuando tuvo hijos mi madre pensara que le iba a tocar hacer algo así, menuda estampa. Yo respiraba el aroma del hachís y me ponía histérico, me imaginaba la nubecita que se colaba por mi nariz hasta el cerebro y sentía que en cualquier momento se me iba a desencadenar otro ataque de locura. Me agarraba a la mesa con todas mis fuerzas, agobiadísimo. Y mi madre firme, con la llama del mechero arrimada a la bola.

—Aguanta, Zuhaitz, aguanta…

Aguanté, aguanté, aguanté hasta que superé el peor momento de ansiedad y me fui calmando por puro agotamiento. Luego abrió la bolsita de la cocaína (no, yo tampoco imaginaba que vería nunca a mi madre haciendo algo así) y me animó a que la tocara. Para mí fue como arrimar los dedos a la lava. La toqué con las dos manos y me quedé sentado en la silla, aguantando las ansias por correr a lavarme, con el corazón a mil.

—Aguanta, Zuhaitz…

Repetimos el ejercicio unos cuantos días, hasta que mi ansiedad fue menguando como la bola de hachís.

Mi obsesión por el sida también se había reducido. Ya había superado el miedo a contagiarme por tocar objetos o personas, ya tenía asumido que el virus no flotaba por ahí dispuesto a atacarme en cuanto me despistara, pero la transmisión sexual me seguía preocupando. Cuando me acostaba con una mujer, me obsesionaba el preservativo. Por decirlo claro: cada dos empujones, miraba a ver si lo llevaba bien puesto. Y muchas veces me parecía que no, que debía cambiármelo. Compraba varias cajas de veinticuatro condones y el farmacéutico se pensaría que yo follaba sin parar, estos futbolistas ya se sabe, pero el asunto era que me los cambiaba una y otra vez en plena faena. Imagínate el panorama: que si el primero creo que me lo he puesto al revés, que si el segundo se está replegando, que si el tercero se me va a salir… Llegué a usar cinco condones en un solo polvo. Eso también lo podemos apuntar en el Libro Gurrutxaga de los Récords.

Otra señal de mi mejoría fueron las vacaciones de ese año. No rasqué bola en el Real Unión, terminé la temporada y me animé a viajar a México. El año anterior había conocido a una chica mexicana en mi grupo de teatro de Madrid y me apeteció ir a visitarla y recorrer el país.

En México respiré como hacía mucho que no respiraba: feliz, relajado, alegre. No me daba miedo tocar nada, infectarme, contagiarme. El país me maravilló: Ciudad de México, Guadalajara, Guanajuato, Morelia, San Miguel de Allende, el desierto, la selva, las playas, la gente simpatiquísima… Cuando faltaban pocos días para volver a casa, en la playa de Puerto Escondido, en Oaxaca, conocí a dos mochileros vascos: un chaval de Donostia y otro de Vitoria que iban cruzando América desde Alaska hasta la Tierra del Fuego. Acampaban por libre en su tienda de campaña, en el mejor de los casos dormían en algún albergue barato, todos los días cocinaban arroz en una cacerola mugrienta… De repente me flipó ese plan. Querían pasar otro

par de semanas por el sur de México, les pregunté si podía acompañarlos y me dijeron que sí. Qué majos. Yo tenía un billete de avión para volverme enseguida a casa y la Visa Oro en la maleta, pero me apetecía mucho la aventurilla de andar por ahí tirado en plan mochilero. Renuncié al vuelo de regreso porque lo vi claro: serían vacaciones y terapia al mismo tiempo.

No te puedes imaginar lo que supuso para mí. Me vi capaz de viajar en autobuses abarrotados y dormir en los colchones con manchas de los albergues más cochambrosos, en habitaciones de quince o veinte personas, todo un caos de mochilas, ropas sucias y botas apestosas, sin ninguna preocupación. Comía el arroz de la cacerola común con los cubiertos que a veces habíamos fregado y a veces no. De verdad, cada vez que compartía el arroz me entraba una alegría que me costaba contener. Tenía que cortarme un poco, para que mis compañeros de viaje no se extrañaran de mis euforias. Una noche acampamos por libre en la tienda de campaña, no nos duchamos, y al día siguiente sentí una liberación enorme porque no me había lavado y me daba lo mismo, me sentía fenomenal, así que me vine arriba: en la siguiente noche nos alojamos en un albergue y decidí seguir sin ducharme. Al día siguiente tampoco, ni al siguiente… ¡Toma terapia de choque! ¡Me pasé ocho días sin ducharme! Pensé que mi psicóloga estaría contenta de verme. No tanto de olerme.

Para conseguir la normalidad, primero tienes que irte al otro extremo. Si sufres una obsesión con la higiene, necesitas ser un guarro, estar ocho días sin lavarte y ver que no pasa nada. Al noveno día me duché y me sentí tan normal, no me volvió la manía de lavarme a todas horas. Diría que en ese viaje de mochilero por México me curé esta obsesión, pero creo que no del todo, porque hoy en día sigo teniendo una relación extraña con el jabón: cuando me parece que he usado demasiada cantidad, siento que me limpia por fuera pero me ensucia por dentro. No sé. La psicóloga me dijo que este trastorno no es crónico, pero me temo que en mi caso sí, que de alguna manera sigue presente, por suerte ya mucho más leve y sin condicionarme la vida.

Recorrí la costa de Oaxaca con los dos mochileros, seguimos en bus hasta Chiapas, visitamos Palenque, y al llegar a San Cristóbal de las Casas recibí una llamada del director deportivo del Real Unión.

—¡Aupa, Gurru! ¿Qué tal va el verano?

—Bien, bien.

—Oye, ¿podrías pasarte mañana por las oficinas del club para charlar un rato?

—Para mañana no creo que llegue —le dije con una jarra de michelada en la mano—. ¿Es importante?

—Sí…

—Pues dime, dime.

—Es que estamos configurando la plantilla y no contamos contigo para la temporada que viene.

—Ah, vale.

Viajando por la selva de Chiapas, mi vida de futbolista en la Liga española era algo que transcurría en otra galaxia. Colgué el teléfono y se me puso una sonrisilla… Llamé inmediatamente a mi madre:

—Ama, me han llamado del Real Unión, que no cuentan conmigo, y me voy a buscar un equipo en México. Quiero quedarme a vivir aquí.

—Me lo imaginaba.

Se ve que ya le había dicho varias veces que México me tenía maravillado. Conseguí el teléfono del entrenador guipuzcoano Juanma Lillo, que el año anterior había entrenado al

Dorados de Sinaloa, y le llamé pensando que me podría echar una mano.

—Juanma, quiero buscarme un equipo en México. Me dan igual la categoría y el sueldo.

—¿Dónde estás ahora?

—A menos de dos horas de avión de cualquier equipo mexicano que me quiera fichar.

—Vale, haré algunas llamadas. Pero ya sabes que en México las cosas se hacen con calma, ¿eh? Si te dicen «ahorita», será dentro de una semana. Si te dicen «ahora», dentro de un mes.

No me importaba. Cancelé por segunda vez mi vuelo de regreso a casa y me despedí de los mochileros. Ellos se iban a Guatemala y yo esperaba llegar a Guatemejor. ¡Adiós al fútbol de las ligas españolas, donde era un fracasado que iba cayendo de categoría en categoría! En México podía reinventarme como futbolista sin ninguna presión, allí seguro que podría dar mi mejor nivel. Volé a la ciudad de León, donde vivía mi amiga mexicana, me instalé en la casa de unos amigos y salí a correr todas las mañanas con un entusiasmo que hacía años que no sentía. Quería estar en forma para cuando me llamaran.

No me llamó ningún equipo mexicano, no me llamó Lillo, solo me llamaron mis representantes.

—Zuhaitz, tenemos una oferta de Segunda B: te quiere fichar el Lemona.

—Es que estoy buscando equipo en México…

—Como quieras. Pero dentro de poco se cierra el plazo para hacer fichajes y ningún otro equipo se ha interesado por ti. Si quieres jugar aquí, es el Lemona o nada.

Llamé a Lillo. Me aconsejó que agarrara la oferta del Lemona, porque me iba a costar mucho tiempo encontrar un equipo mexicano, si es que encontraba alguno. Y así de rápido renuncié a mi sueño americano. Me prometí intentarlo más adelante, pero no podía renunciar a la oferta del Lemona, porque corría el riesgo de quedarme sin equipo y tener que dejar el fútbol. Es que el fútbol no lo puedes dejar, esa es la putada. ¿Cómo vas a dejar un curro tan bueno? Trabajas dos horas al día y cobras bien, incluso en Segunda B ganas más que cualquier currela: en el Rayo ganaba unos cuatro mil euros al mes, en el Real Unión tres mil y pico… Y te hablo de sueldos de hace quince años.

El Lemona era otra historia: un equipo de un pueblo vizcaíno de tres mil habitantes, uno de los más modestos de Segunda B, en el que fui mileurista y feliz.

# 22. EL OTRO FÚTBOL

Volví de México y a los dos días quedé con Iñaki Alonso, entrenador del Lemona, en un bar de Eibar.

—Gurru, no sé lo que te ha pasado estos años, no sé si te ha perdido la noche o qué, pero me da igual. Yo te recuerdo desde que jugabas en la Real juvenil y eras muy bueno. Quiero recuperar a aquel futbolista. Tú me dirás: ¿te ves capaz de centrarte y jugar a buen nivel?

—¡Sí, sí, claro!

Qué le iba a decir yo…

—Pero mira, tengo que aclararte una cosa. En el Lemona no entrenamos por la mañana. Entrenamos a las siete de la tarde, porque la mayoría de los jugadores tienen su trabajo de ocho horas, terminan el curro y se vienen al entrenamiento. Y te aseguro que entrenan a tope. Si tu idea es venir al Lemona a pasar el rato, dímelo ahora mismo, te pagó el café, nos despedimos y tan amigos.

—Iré a tope, Iñaki, de verdad.

Al día siguiente me presenté en Arlonagusia, el campo municipal del Lemona, saludé al presidente y firmé el contrato: doce mil euros. Anuales, claro.

El Lemona era el club de un pueblo diminuto, de tres mil habitantes, que se había pasado casi toda su historia en categorías regionales. En 2004 subió a Segunda B, tuvo unos años buenos y hasta jugó unas eliminatorias de ascenso a Segunda. La pasta la ponía la fábrica Cementos Lemona, del grupo FCC, el de las hermanas Koplowitz, las millonarias, pero tampoco te creas que invertían en el fútbol como los jeques: el equipo se apañaba con uno de los presupuestos más bajos de la categoría, al campo no iban ni doscientos espectadores y no había más exigencias que salvarse del descenso.

Por eso era el equipo perfecto para mí. Yo ya estaba muerto para el mundo del fútbol y en el Lemona podía jugar tranquilo, de incógnito, porque no existía ni presión social ni presión periodística ni nada.

Allí no tenía presión ni el agua de la ducha. Menudo vestuario: un local frío y húmedo, con bancos corridos de madera que no habían recibido una mano de pintura desde el Paleolítico, azulejos cascados, unos ventanucos altos con la mitad de los cristales rotos… Habría seis o siete duchas, de las cuales funcionaban cinco, y tres de ellas con agua caliente. También un par de váteres a lo turco, con agujero en el suelo y dos huellas con relieve para apoyar los pies y cagar en cuclillas. Como detalle lujoso, el jacuzzi: agarraron un contenedor enorme de plástico, de esos de guardar gasoil, lo cortaron por el medio con una rotaflex y listo el jacuzzi. Lo llenaban de agua con hielo y nos metíamos después de los entrenamientos para recuperar los músculos. Un toque selecto, quizá un regalo de las Koplowitz.

El presidente era José Luis Ordeñana, alias Mitxi, un señor ya jubilado que a mí me recordaba a Lobanovski. ¿Sabes quién era Lobanovski, el entrenador del Dínamo de Kiev y de la selección

soviética? ¿No? Pues Boris Yeltsin: se parecía a Yeltsin. Un hombre de cara redonda y rojiza, pelo blanco, siempre fumando un puro. Llevaba más de cuarenta años en la directiva del Lemona, los últimos veintisiete como presidente, y lo manejaba como su casa. Mitxi era el Abramóvich del Lemona. El hombre hacía de todo: contrataba entrenadores, llevaba las cuentas, gritaba de todo desde el palco, cuando perdíamos bajaba a nuestro vestuario a echarnos broncas y luego al de los árbitros para decirles que eran unos sinvergüenzas y no les iba a dejar salir de allí… Consiguió que Cementos Lemona donara el hormigón para construir la cubierta de la grada y él mismo trabajó en la obra empujando la carretilla, también sembró la hierba en el antiguo campo de arena. Sobre todo era un zorro encontrando oportunidades de fichaje a la baja. Una vez se enteró de que un jugador riojano muy bueno se había roto el tendón de Aquiles y se presentó en su habitación del hospital de Logroño, con el chaval recién operado, para presentarle una oferta y llevárselo al Lemona. Así me fichó a mí, un defensa que había jugado en Primera y que no tenía ninguna oferta cuando estaba a punto de expirar el plazo de contratación. Así sobrevivía el Lemona, con poca pasta y mucho ingenio.

El equipo… buah, era un equipazo.

A ver, pon la música del Equipo A. ¡Tan, tarantáaaan… tan-tan-táaan…!

El capitán: Josu «Martillo» Iglesias, frutero por las mañanas, almacenero en una tienda de deportes por las tardes y defensa central los domingos. ¡Josu Martillo! ¡Qué tío! Fuerte, compacto, con el pelo rapado, todo coraje. Tenías que ver cómo entraba al choque, cómo rompía el balón en los despejes. Cuando llegué al vestuario por primera vez, se acercó enseguida, me dio un apretón de manos tremendo y me dijo:

—Ongi etorri, Gurrutxaga. Aquí vas a estar de puta madre.

Se notaba que era un equipo vizcaíno. Unos tíos *echaos p'alante*, francos, abiertos, sin ningún complejo. Me gusta el carácter de esa gente, un carácter que yo nunca he tenido. Jugamos en uno de los equipos más modestos de Segunda B pero nos comemos al que se nos ponga por delante.

Sigo con el equipazo. El portero José Carlos, obrero en el andamio y un muro en la portería. Gorka Martínez, jefe de tráfico de los camiones de una cadena de supermercados por la noche y defensa central por el día. Joseba Sampedro, profesor de autoescuela y lateral derecho. Y de mediapunta, un chaval que ayudaba en la carnicería de sus padres en Vitoria: Gaizka Toquero. Este te suena, ¿no? Al año siguiente se marchó del Lemona al Sestao porque le hicieron una oferta irrechazable: aparte del sueldo, le pagaban la gasolina de sus viajes diarios en coche desde Vitoria. Luego lo fichó el Athletic de Bilbao y jugó un montón de años con la grada rendida a sus pies, cantándole «¡ari, ari, ari, Toquero lehendakari!». Ya te digo yo que se lo curró.

A mí, que era el fichaje galáctico, el único de la plantilla que había jugado en Primera, me pagaban mil euros al mes. Contaba con mis ahorros y no tenía problemas económicos, podía dedicarme a entrenar, jugar y pasear en los ratos libres. Pero todos los demás le daban al pluriempleo, qué remedio. Josu Martillo llegaba a las siete de la tarde al entrenamiento, después de currar desde las siete de la mañana primero en la frutería y luego en el almacén, y el tío entraba como un huracán, les ponía las pilas a los chavales. Era todo pasión, energía, mala leche y buen humor. Cualquier domingo por la tarde jugábamos en Salamanca o en Asturias o vete a saber dónde, volvíamos en autobús y llegábamos a Lemoa pasada la medianoche. A mí me daba igual, porque el lunes me quedaba hasta el mediodía en la cama, pero joder, Josu Martillo tenía que levantarse a las seis para currar.

Sentí un gran respeto por esta gente. Con las palizas que se daban trabajando y la pasión que le ponían luego al fútbol, ¿cómo no iba a darlo yo todo en los entrenamientos? Espabilé por pura

vergüenza. Por primera vez en muchos años, me concentré en el fútbol y jugué cada vez mejor. Sé que suena un poco a peli Disney, pero así fue: por admiración a los currelas del Lemona, empezó mi resurrección futbolística. Modesta, de andar por casa, pero resurrección.

Fui titular desde el primer partido. Jugamos en casa contra la Real Sociedad B, el filial por el que yo había pasado ocho años antes como un cohete hacia la Primera División. No sentí nada especial. Ni frustración, ni rencor, ni ganas de revancha ni nada. Yo ya estaba en otra historia, jugaba en un equipo humilde de Segunda B, y mi etapa en la Real se quedaba en una especie de vida anterior. Aguantamos bien casi todo el partido pero al final marcó un chaval llamado Imanol Agirretxe y perdimos 0-1.

Ese mismo día empecé mi curso acelerado del Otro Fútbol. Mis compañeros de la defensa entraban al choque con mucha contundencia, se tiraban como fieras a por los balones divididos, apretaban los marcajes, y eso tampoco me parecía nada del otro mundo, era lo mismo que yo había hecho en Primera contra Hasselbaink, Milosevic o Tamudo, pero me sorprendió cómo actuaban cuando el balón estaba lejos. Correteaban junto al delantero rival, hacían como que se despistaban y se chocaban contra él. O caminaban hacia atrás y le pisaban un pie. Huy, perdona. Sí, perdona pero te piso. Suave, ¿eh? Suave pero todo el rato: ahora un choquecito, luego un toque en el pie, un brazo que queda suelto en una disputa aérea y te da en el hombro, una mano que te aprieta un poco los riñones… Así todo el partido, tocando las narices sin descanso. Y comentarios, muchos comentarios todo el rato: lo tenéis jodido, estáis cagados, tú por aquí no vas a pasar. Con una sonrisilla, así, como de broma. No se trataba de agredir ni de insultar, era un poco más sutil, se trataba de irritar y desconcentrar.

Yo venía de la escuela de la Real Sociedad, donde nos inculcaban desde críos que el escudo del club no se mancha: prohibido el juego sucio, prohibido responder a la agresión de un rival, prohibidos los insultos, prohibido discutirle al árbitro… En ese primer partido del Lemona contra la Real B vi el choque entre dos mundos. Si con la Real yo nunca podía acercarme a una tangana, con el Lemona tenía que provocarla. Si un jugador de nuestro equipo se encaraba con un rival, teníamos que ir corriendo a encender la hoguera: donde discuten dos, que discutan ocho. Cuando uno de nuestro equipo hacía una falta clarísima y el rival se quejaba desde el suelo, tres o cuatro compañeros corríamos a reprochárselo, a chillarle a la oreja:

—¡Pero qué gritas tú, levántate, hostia, que no ha sido nada!

Alguno dirá: ¿y este tío está orgulloso de jugar así al fútbol? Pues qué quieres que te diga. Era la manera de compensar nuestra inferioridad. La mayoría de nuestros rivales eran técnicamente superiores, pero si peleábamos en el barro, si los agobiábamos, si los desquiciábamos, teníamos nuestras opciones. Y ojo, que quede claro: nunca hacíamos entradas con mala fe ni intentábamos lesionar a nadie, eso nunca. Solo era una pose agresiva y un modo de desconcentrar al adversario.

Empezamos mal la temporada, con dos derrotas y dos empates, pero fuimos perfeccionando la máquina del Otro Fútbol y encadenamos tres victorias: 1-0 al Alfaro, 0-1 al Amurrio y 1-0 al Burgos. Ya ves qué resultados, ¿no? Unocerismo total. Nos metíamos en nuestra trinchera con el cuchillo entre los dientes, resistíamos, de repente salíamos al contraataque, conseguíamos un córner, un barullo en el área, un remate no sé cómo, gol, tres puntos y a pastar. ¡Eso era la perfección para el Lemona! Ríete tú del Brasil de 1970, la Naranja Mecánica de Cruyff y el tiquitaca de Guardiola. Fuera de casa flojeábamos. Pero en Arlonagusia no nos ganaba casi nadie, allí hincaron la rodilla casi todos los gallitos de la categoría, los equipos de las capitales:

1-0 al Oviedo, 2-0 al Logroñés, 2-0 a la Cultural Leonesa… Y si no ganábamos, asegurábamos el empate. Mogollón de empates a cero. Bueno, si el partido salía exuberante y florido, empate a uno. Pillamos una racha de doce partidos sin perder.

Para nuestros rivales, venir al campo de Arlonagusia era tan apetecible como ir al dentista. Era un barrizal, solo crecía hierba en verano. Tras los partidos solía quedarse en tan mal estado que a veces en los días siguientes nos entrenábamos en el aparcamiento, un descampado de arena con porterías. Arlonagusia era un campo pequeño, irregular y apretado: la línea lateral estaba a un metro del muro de hormigón que sostenía la grada. Si eras suplente y calentabas por la banda, tenías que meterte al campo para esquivar al juez de línea. Y jugábamos con el miedo del rival: si había alguna disputa por el balón cerca de la banda, corríamos como búfalos, como si fuéramos a arrollar al contrario y a estamparlo contra el muro. No lo hacíamos, por supuesto, pero ellos se arrugaban y ya el siguiente balón largo por la banda no nos lo disputaban tanto. Eran pequeñas ventajas. La suma de ganancias marginales, como dicen los modernos, ¿no?

Fui aprendiendo una ceremonia: a mis compañeros del Lemona les encantaba esperar a los jugadores rivales una hora antes del partido, cuando entraban a examinar el terreno. Nosotros andábamos por allí como por casualidad, como si no tuviéramos nada que hacer, con la sonrisilla de una panda de hienas. Llegaban los futbolistas por ejemplo del Oviedo, por decirte alguno, acostumbrados a jugar en un estadio de Primera como el Carlos Tartiere. Venían en su autobús flamante, rotulado con los colores y el escudo del equipo, aparcaban en el descampado, entraban al terreno de Arlonagusia con sus chándales y sus zapatillas relucientes, se pringaban en el barro y empezaban a poner caritas, a resoplar y a quejarse:

—Joder, menudo patatal…

—¿Has visto la banda? Si la raya está casi pintada en el muro…

Se reían y hacían como que se burlaban, pero se les notaba la inquietud. Buah, cómo nos ponía eso. Soltábamos comentarios en voz alta, para que nos oyeran.

—¡Estos hoy van a tragar barro por un tubo!

—¡Les vamos a pasar por encima!

Nuestro rito seguía en el vestuario, con los tacos de las botas. Solíamos usar tacos de aluminio, largos y afilados como estacas para matar a Drácula, más incómodos que los cortos de goma, pero ideales para no resbalar en el barro y de paso para intimidar al rival. Si alguno de nosotros llevaba tacos cortos o gastados, siempre salía uno que le decía:

—Adónde vas tú con esos taquitos…

En el vestuario nos pasábamos los tacos largos como si repartiéramos munición antes de la batalla. Y alguno pegaba la oreja a la puerta: siempre esperábamos a que los rivales salieran de su vestuario, para obligarlos a quedarse un rato en el pasillo, y entonces salíamos nosotros en tromba, los once del Lemona con los tacos metálicos resonando contra el suelo de cemento en aquella especie de catacumba bajo las gradas, ¡clac-clac, clac-clac, clac-clac…! Queríamos que los oyeran bien, para impresionarlos. Luego nos poníamos en fila, casi codo con codo con los rivales, y gritábamos como perturbados:

—¡Vamoooos!

—¡Vamos, chavales, que ya son nuestros!

—¡Venga, venga, venga! ¡Miradlos! ¡Están acojonados!

Yo me vaciaba una botella de agua en la cabeza y la sacudía de un lado a otro, salpicando a los rivales como un perro mojado, mientras gritaba vamooos, vamooooos, con los ojos perdidos como si estuviera en trance, igual que los chavales de Ghana sub-17 en aquel túnel de vestuarios

de Egipto: ahí la tienes, mi experiencia como mundialista.

Lo gracioso es que fuera del campo éramos una cuadrilla de lo más tranquila. Nadie era violento ni macarra ni daba la nota. Pero en Arlonagusia nos transformábamos en la panda del barrio que protege su territorio: a falta de habilidades técnicas, ese era el fútbol que debíamos jugar si queríamos sobrevivir en la Segunda B. Yo me integré de maravilla. Sentí que el dinero que había gastado en los cursos de teatro en Madrid había sido buena inversión, porque en el Lemona me tocó representar un papel que no tenía nada que ver con mi carácter. En la vida real siempre he sido un cobardica, me da apuro molestar o quedar mal, nunca jamás me arrimaría a una pelea porque me da miedo que me zurren, pero en el Lemona me atrevía a participar en todas las broncas, a gritarle al rival, a ponerme chulo. ¿Por qué? Porque había un árbitro y sabía que nadie iba a darme un puñetazo. Lo mío era puro teatro. Un teatro al que me dediqué en cuerpo y alma en los siguientes años; primero, porque al principio me gustaba, porque me convertía en un personaje fuerte, la antítesis de mi carácter blandengue; y segundo, porque lo hacía tan bien que otros equipos empezaron a ficharme justo para que me dedicara a eso. Ese fue mi primer papel importante como actor: defensa marrullero. El que mejor he interpretado, sin ninguna duda. Y el que me acabó hartando, porque con los años se me hizo muy cansino mantener un personaje tan excesivo. Pero en el Lemona estaba fresco, en pleno aprendizaje del teatro futbolero, encantado de reinventarme. Los primeros tres partidos los jugué de defensa central, mi posición de toda la vida, y tengo que decir que me salieron muy bien. Unos días antes del cuarto se me acercó Iñaki Alonso, el entrenador.

—Gurru, los dos laterales están lesionados. Estoy pensando en ponerte a ti en la banda, ¿cómo lo ves?

—Ah, por mí fenomenal. Pero ¿te puedo pedir un favor?

—Dime.

—¿Me puedes poner de lateral izquierdo?

—¿Izquierdo? ¡Pero si tú eres diestro!

No le conté aquella historia rara de mi último año en la Real Sociedad, cuando no tenía otra cosa que hacer, decidí convertirme en zurdo y me quedaba después de los entrenamientos a rematar los córners que me lanzaba Karpin. Lo seguí haciendo en el Algeciras, el Rayo Vallecano y el Real Unión, creyendo que como lateral zurdo tendría más oportunidades de jugar, y en el Lemona se me abrió esa puerta por primera vez. Al entrenador simplemente le dije que confiara en mí, que había practicado mucho. Se alzó de hombros y me contestó que sí, que vale, que probaríamos en el partido contra el Sestao.

El experimento como lateral empezó bien. En la parte defensiva cumplí sin problemas, taponé al extremo rival, ayudé a los defensas centrales, saqué el balón bien jugado con la derecha y con la izquierda. El problema llegó cuando el entrenador me gritó para que me sumara a los ataques. Me sentía con fuerza y confianza para subir y bajar la banda todas las veces que hiciera falta, pero resulta que justo en la línea divisoria, cerca de los banquillos, algún jugador había tirado una gasa manchada de sangre. Me dio terror. Había avanzado mucho en mi lucha contra el toc, pero todavía había cosas a las que no me podía enfrentar y una de las que más me asustaba era la sangre ajena.

Cuando el extremo izquierdo de nuestro equipo avanzaba con el balón, el entrenador me gritaba:

—¡Sube, Gurru, sube! ¡Acompáñale!

Yo trotaba un poco pero veía la gasa con ese salpicón rojo brillante y me frenaba. Solo podía

superar la raya divisoria si daba un rodeo de varios metros para ir y otro para volver, una cosa ridícula que llamaría mucho la atención, así que me paraba y daba unos pasitos hacia atrás.

—¡Que subas, Gurru!

Los cojones. Yo no quería ni respirar el aire cercano a la gasa. En la segunda parte sí, me dije, ya verás en la segunda parte: cuando cambiemos de lado y me toque jugar por la otra banda del campo, sin esa puta gasa asquerosa, voy a subir como una moto.

La primera parte terminó con empate a cero y el entrenador nos dio algunas indicaciones.

—Gurru, defensivamente has estado muy bien, pero necesito que los laterales aporten más en el ataque. Igual te vuelvo a poner de defensa central…

—¡No, no, míster! En la segunda parte voy a subir a tope, te lo prometo.

—Vale, venga. Sigue de lateral y vamos viendo.

—¡Gracias!

—Pero vamos a cambiar una cosa: me parece que jugando con la izquierda te falta confianza para subir. Así que en la segunda parte vas a jugar en el lateral derecho.

No me jodas…

Volví a tener la gasa en mi camino, no subí ni una sola vez al ataque y ese día pudo terminar mi incipiente carrera como lateral.

Pero entre semana insistí al entrenador y lo convencí. En el siguiente partido contra el Alfaro me alineó otra vez de lateral izquierdo, jugué de maravilla, llegué varias veces hasta la línea de fondo, puse buenos centros, ganamos 1-0, y por primera vez desde que debuté en Primera División, por primera vez en siete años, mi trayectoria descendente se corrigió. A los veintiséis años, en el Lemona, empecé una segunda ascensión hacia las glorias futbolísticas, unas muy modestas glorias, pero mucho mejores de lo que yo podía esperar a esas alturas. O esas bajuras. A partir de ese día jugué siempre de lateral izquierdo, cumplí una temporada muy buena con el Lemona, después me contrataron como lateral izquierdo equipos que antes me habían rechazado, y espérate, que al cabo de un par de años jugué de nuevo en el Bernabéu, también como lateral izquierdo, y derroté al Real Madrid, a ver qué te parece.

En el Lemona me pasó algo mucho más valioso que derrotar al Real Madrid. Mitxi, el presidente, me citó en su despacho y me dijo que estaba muy contento con mi juego y mi compromiso.

—Eso hay que valorarlo, Gurru. Voy a subirte el sueldo. Te voy a pagar trescientos euros más al mes en lo que queda de temporada.

Te parecerá una tontería, pero para mí este detalle del presi significó muchísimo. Por primera vez en mucho tiempo sentí que de verdad me estaba ganando el sueldo. Y me impliqué todavía más con el Lemona, con aquel equipazo.

Equipazo, sí, porque jugábamos cada vez mejor y llegamos a la jornada 37, la penúltima, en quinta posición, a solo dos puntos del cuarto. Los cuatro primeros jugaban las eliminatorias de ascenso a Segunda, algo que el Lemona solo había hecho una vez en sus ochenta años, así que estábamos a punto de alcanzar el techo de la historia del club. En esa penúltima jornada nos tocó jugar contra el Eibar, el líder de la categoría, en su estadio de Ipurua. Como nativo de esa región del Bajo Deba, le di un consejo a nuestro entrenador:

—Míster, yo creo que la víspera deberíamos dormir en el hotel Txarriduna de Elgoibar. Es mi pueblo, y los sábados por la tarde hay un ambientazo en los bares que flipas.

Es que llevábamos una racha de poteos y victorias a domicilio que necesita una explicación.

Cuando los trayectos en autobús eran superiores a tres horas y media, viajábamos la víspera del partido y dormíamos en un hotel. No nos tocó un viaje así de largo hasta la jornada 30, contra la Cultural Leonesa. Llegamos a León el sábado a las seis, dejamos las maletas en el hotel, y como no sabíamos qué hacer hasta la hora de cenar, nos fuimos de paseo al barrio Húmedo, la zona de bares del casco viejo.

—¿Nos tomamos una cañita o qué? —dijo el capi.

Y nos tomamos seis. Tenías que vernos a dieciséis tíos con el chándal del Lemona, rulando de bar en bar, bastante contentillos a la quinta o sexta caña, algunos cantando «Lemoooona, Lemoooona, oé, oé, oéee», mientras los leoneses nos señalaban:

—Joder, que estos son los que juegan mañana contra la Cultu.

Al día siguiente hicimos un partidazo y ganamos 0-1.

En la jornada 32 fuimos a Logroño, más cerca de casa, así que viajamos el mismo día por la mañana, no hubo poteo y solo empatamos 1-1.

En la jornada 34 nos tocó Guijuelo, provincia de Salamanca, el desplazamiento más largo de la temporada. El entrenador era bastante supersticioso, así que él mismo propuso que repitiéramos el plan de León: llegamos a Guijuelo el sábado por la tarde, salimos por los bares, volvimos a cenar al hotel un poco pedos y al día siguiente ganamos otra vez 0-1.

En la jornada 36, a Zamora. No hace falta que te lo cuente, ¿no? Viaje la víspera, ronda de cervezas por la calle de los Herreros y el domingo victoria por 2-3.

Joder, habíamos encontrado nuestra poción mágica de Panorámix: el poteo prepartido.

La jornada 37 nos volvió a tocar fuera, pero en Eibar. Con un desplazamiento tan corto, el acuerdo con el club decía que cada jugador debía viajar en su coche el mismo día del partido. Ahí entró mi conocimiento del hábitat, uno de esos detalles que marcan la diferencia en el deporte de élite: propuse dormir la víspera en el hotel de Elgoibar, a siete kilómetros de Eibar, para aprovechar el ambientazo del sábado en los bares de mi pueblo. Entre las supersticiones del entrenador y la euforia del presidente Mitxi, porque estábamos a dos puntos de entrar en las eliminatorias de ascenso a Segunda, aceptaron el plan.

Salimos a dar una vuelta por Elgoibar y viví uno de los momentos más felices de mi carrera deportiva. Ni mundiales ni champions ni wembleys ni bernabéus: yo iba guiando a mis compañeros del Lemona por los bares de mi juventud, los llevé al Lanbroa, al Oraiko, al Kartutxo, al Lojantzi, nos tomamos una cerveza en cada uno de ellos, me saludaban los camareros y los colegas del pueblo, nos animaban para el partido del día siguiente, y yo iba poteando más orgulloso que nunca. Bueno, corrijo: mis compañeros tomaron media docena de cervezas pero yo, que soy un romántico, me tomé media docena de klarimostos.

Yo no sé si algunos compañeros se piraron de noche a la discoteca Guass, o simplemente el Eibar era demasiado bueno, pero esta vez la poción mágica no funcionó: el domingo perdimos 1-0 y nos quedamos sin opciones de subir a Segunda.

Daba igual. Lo que hicimos aquella temporada fue tremendo. Fuimos un equipazo de principio a fin, dentro del campo y en las rondas de poteo, jugamos contra equipos mucho más poderosos, de los 38 partidos solo perdimos ocho, soñamos con el ascenso, lo dimos todo, nos divertimos muchísimo. Y yo me sentí tan bien con esta gente que volví a dar lo mejor y jugué veintiocho partidos como titular, más que en las seis temporadas anteriores juntas. El Lemona es el equipo donde más orgulloso estoy de haber jugado en toda mi vida.

# 23. CON LA CRESTA MOHICANA Y EL SOMBRERITO BOHEMIO

Durante muchos años fui el defensa que secó a Hasselbaink. Y los equipos de Segunda y Segunda B me fichaban por eso, por la posibilidad de contratar barato a aquel Gurrutxaga que frenó a los máximos goleadores de Primera, esperando que resucitara. Fichaban a un Gurrutxaga que ya no existía.

El Lemona lo cambió todo. En aquella temporada tan loca y tan maravillosa volví a jugar muchos partidos, me transformé en lateral izquierdo y al terminar recibí una oferta del Zamora. Era uno de los clubes más potentes de Segunda B, llevaban varios años rozando el ascenso a Segunda y querían montar un buen equipo para intentarlo de nuevo. Me ofrecieron 35 000 euros anuales. Y lo que más me alegró es que no me contrataron como aquel defensa central que una vez secó a Hasselbaink, sino que me quisieron como lateral izquierdo por la temporada que había hecho en el Lemona. Por primera vez en mucho tiempo, no me ficharon por lo que fui sino por lo que era.

Menudo bombo me dieron en Zamora, parecía que habían fichado a un crack brasileño o algo así. Convocaron a la prensa en la sede del club, me pusieron en la mesa con el presidente y el director deportivo, firmamos el contrato, nos dimos la mano, nos abrazamos, me entregaron la camiseta, me la vestí para las fotos, me entrevistaron para un par de periódicos y no sé cuántas radios, y en plena euforia me entraron ganas de dar besos al escudo y decir que desde niño siempre había querido jugar en el Zamora.

Al acabar la sesión, el director deportivo se acercó a charlar conmigo.

—Gurrutxaga, no sabes lo contento que estoy de tenerte con nosotros. Nos va a venir de maravilla un defensa zurdo como tú.

Ostrás, qué ilusión me hizo. Todas esas horas que había metido en los últimos años para mejorar mi golpeo con la izquierda habían dado fruto, hasta el punto de que el director deportivo de uno de los mejores equipos de Segunda B se creía que yo era zurdo de verdad. El hombre siguió haciéndome la pelota.

—Sí, de verdad, te vi jugar muy buenos partidos cuando estabas en el Jaén y en el Ceuta.

Casi me caigo para atrás.

—¿En el Jaén y en el Ceuta?

—Sí, seguimos a muchos equipos y a los mejores jugadores de la categoría, lo miramos todo con lupa.

—Pero a ver… el Gurrutxaga que jugó en el Jaén y el Ceuta no soy yo. Ese se llama Javi, es zurdo de verdad y coincide que es de mi pueblo, de Elgoibar. Ahora juega en el Eibar…

—¿En serio?

No me lo podía creer. ¡Se habían confundido de Gurrutxaga! Me entró un agobio horrible, ya me veía borrando mi firma del contrato con típex y volviendo de Zamora a Elgoibar con las orejas barriendo el suelo. El director deportivo también puso cara de susto.

—Ostras, perdóname, es una confusión mía. Es que tu fichaje fue una petición expresa del entrenador y lo llevó directamente él, no lo he hecho yo, por eso me he liado…

—¿Pero el Gurrutxaga que quería fichar el entrenador era yo?

—Seguro que sí, no se iba a confundir con eso…

Me llevaron al despacho del entrenador, Miguel Ángel Álvarez Tomé, un leonés seco y directo. Nos saludamos y me confirmó que sí, que el Gurrutxaga que él quería era yo. Sacó un cuaderno y se puso a hacer números.

—Mira, Gurrutxaga, la temporada regular son 38 partidos. Más los cuatro del play off de ascenso que vamos a jugar, salen 42. Te perderás dos partidos por lesión y uno por sanción. 42 menos tres son 39. Esta temporada tienes que jugar 39 partidos.

—Vale, míster, lo intentaré.

—No, no he dicho que tienes que intentarlo. He dicho que vas a jugar 39 partidos, así que ponte las pilas.

Vaya con Tomé. Solo se equivocó en una cosa: me perdí dos partidos por sanción y uno por lesión, pero jugué exactamente 39 partidos. Y los jugué todos de titular, de principio a fin, menos uno en el que me expulsaron a falta de media hora. Desde mi primer año en el infantil de la Real Sociedad, nunca había sido tan fijo en un equipo.

Enseguida entendí mi papel en el Zamora: ser un buen lateral, sí; serio defendiendo y alegre atacando, sí; pero sobre todo debía ser el maestro del Otro Fútbol. Mis nuevos compañeros eran jugones, mucho tiquitaca, mucho dominio, mucho pase y mucha técnica, pero ninguno practicaba el juego subterráneo, y yo venía de graduarme en el máster de fútbol marrullero de la universidad de Lemona. Había aprendido a pegarme al delantero rival, a agobiarlo con choques y tropezones, a soltarle comentarios a la oreja, y en cuanto había un roce en cualquier zona del campo, me iba corriendo cincuenta metros para montar jaleo, protestarle al árbitro, encararme con los rivales, agarrarles del pecho y gritarles con aspavientos. En el Lemona, cada vez que un jugador se enzarzaba con un rival, íbamos corriendo otros siete. En el Zamora iba yo solo. Y me di cuenta de que a la afición le encantaba. Menudas ovaciones me dieron: entre tanto jugador fino, les encantaba tener al defensa vasco de los tópicos, un tipo duro, aguerrido, con mala leche. Y yo, siempre necesitado de cariño, alimenté la leyenda: me puse un aro grande en cada oreja, me dejé una cresta de mohicano, una coleta con rastas y una barba larga y desaliñada. Cada vez que llegaba al estadio, temía que los guardias de seguridad echaran la mano al bote de spray repelente. Hasta que me fueron conociendo.

—¡Tranquilo, que es el vasco!

El Zamora tenía una peña que se llamaba La Polla Rojiblanca. Eran unos tipos muy vacilones, muy divertidos. Tenían un blog, grabaron una película, escribían, alguno hasta publicaba libros de poesía. Y luego ya ves, alcanzaban altas cumbres de la lírica: desplegaban una pancarta que decía «Somos la Polla» y su logotipo era pues eso, una polla erecta, con sus testículos peludos y todo, vestida con la camiseta rojiblanca del Zamora. Estos tíos cantaban en la grada una canción para animarme a mí, al vasco aguerrido, con la música de «Help, ayúdame»:

*¡Gurru, ayúdame / el delantero suyo vota al PP!*
*¡Gurru, ayúdame! / ¡Písale la cabeza, la cabeza!*

A ver, era todo una parodia. Estos tipos no eran violentos ni una peña de ultras de izquierda ni nada de eso, me cantaban lo del PP por hacer el ganso, por el cachondeo con el supuesto vasco

radical que tenían en el equipo. Y lo único que yo tenía de radical era el mal gusto, con esa cresta y esa coleta. Lo de la cancioncita por una parte me hacía gracia; pero por otra, como me rayo por todo, me daba miedo que me enredaran en temas de la ciudad. Es que el PP llevaba mil años gobernando en Zamora y me temía que viniera algún periodista a preguntarme en serio sobre política. Pero bueno, creo que todo el mundo entendió el cachondeo. Los de la Polla hasta llevaban ikurriñas a los campos para animarme. Zamoranos ondeando ikurriñas por campos de media España, menuda estampa.

Pero espérate, que ahora Zamora es la única capital de provincia española con un alcalde de Izquierda Unida. Lleva ya ocho años, el segundo mandato lo consiguió por mayoría absoluta y ha vuelto a ganar las elecciones. El hombre viste camisas de Ternua, la marca vasca de ropa de montaña, así que joder, creo que le di un vuelco sociológico a la ciudad.

En Zamora me vine arriba. Jugaba con una confianza que no sentía desde que era un crío en el patio del colegio. Y aparte de defender, empecé a subir al área rival para rematar córners y faltas. Siempre había ido bien de cabeza —colocación, anticipación, salto y golpeo—, pero ese año el entrenador del Zamora apostó por mí como recurso de ataque. En muchas jugadas de estrategia, los centros me buscaban a mí. Y nos salían bien, yo tocaba de cabeza tres de cada cuatro balones que colgaban por mi zona. Para meterme en el papel veía vídeos de John Terry, defensa central, capitán del Chelsea y de la selección inglesa, recopilaciones de jugadas en las que Terry subía a rematar córners como una mala bestia, corría, saltaba, volaba entre los rivales y daba cabezazos tremendos al balón. Me compré la camiseta oficial del Chelsea, con el número 26 y el nombre de Terry a la espalda, y antes de los partidos, en los calentamientos, me la ponía bajo la sudadera del Zamora para empaparme de su espíritu. Cuando teníamos un córner a favor, yo cruzaba el campo gritando «¡vamos, John!, ¡vamos, John!». Imagínate a los defensas rivales cuando veían llegar a su área a un pirado con una cresta mohicana y unas rastas en la nuca que parecían una rata muerta bamboleándose, un tipo que se daba golpes en el pecho y se animaba gritando «¡vamos, John!, ¡vamos, John!». No sabían si arrimarse para marcarme o si pedir una orden de alejamiento, y así iba la cosa: les ganaba tres de cada cuatro saltos.

En realidad, ese papel de tiparraco marrullero me cansaba mucho, porque no tenía nada que ver conmigo. Igual por eso me inventé un segundo personaje. Por las mañanas entrenaba, por las tardes salía de mi piso de la plaza Mayor con un sombrero de ala corta y una pipa en la que fumaba tabaco con sabor a vainilla, y me paseaba por el casco antiguo de Zamora tomando apuntes en un cuaderno. Me iba a la catedral, a las murallas o al puente de Piedra a contemplar la puesta de sol en el Duero, veía a un chaval que daba balonazos contra la pared a la luz de una farola tenue, y apuntaba frases para cantarlas luego con la guitarra. Me hice bohemio. Bueno, me hice tonto. Joder, que me gasté cincuenta pavos en la puta pipa y me iba por ahí con esas pintas tomando apuntes, con el sombrerito tapándome la cresta, haciendo qué, haciendo el ridículo.

Un lunes entré a un bar a comer un menú y a mirar la puntuación que me daba el diario *La Opinión de Zamora*. Estábamos en Segunda B, pero éramos el equipo de la ciudad y la provincia, así que los medios locales nos prestaban la misma atención que los equipos de Primera reciben en sus ciudades: varias páginas diarias, programas deportivos en las radios y las teles… Eso me gustaba. Me hacía sentirme otra vez un poquito importante, un poquito futbolista de élite, pero con mucha menos presión que en Primera. Lo que más me gustaba es que los lunes en *La Opinión* casi siempre me ponían un cuatro o un cinco sobre cinco.

Aquel lunes vi a una chica que estudiaba en la mesa de al lado. Charlé con ella, me contó que

era la hija de los dueños y que estudiaba Derecho en Salamanca. Empecé a comer cada vez más días allí y menos en casa, ella empezó a estudiar cada vez más días en el bar y menos en la biblioteca. Una tarde quedamos para dar una vuelta, me llevó en coche por los campos de alrededor de Zamora… y de repente ya tenía otro papel nuevo en mi vida: el de novio. A mis veintisiete años me eché mi primera novia, mi primera relación larga, que duró tres años. Y ella me llevó por otros caminos insospechados: el de la música indie en castellano, por ejemplo. Me hizo escuchar a Lori Meyers, Love of Lesbian, Supersubmarina y sobre todo Sidonie, un grupo que unos años más tarde me cambió la vida de una manera bastante peculiar.

Me dedicaba a pasear con mi novia, escribir versos malos y ensayar con la guitarra, pero ese año estaba centrado de verdad en el fútbol. Como predijo Tomé, jugué todos los partidos de la temporada menos tres y nos clasificamos para el play off de ascenso. El Zamora nunca ha jugado en Segunda, así que estábamos a dos eliminatorias de un logro histórico.

En la primera nos tocó el Linares. En Zamora, con nuestro estadio Ruta de la Plata a reventar, nos marcaron el 0-1 en la primera parte y la gente se desinfló un poco. En la segunda, subí al área contraria para rematar una falta, gritando «¡vamos, John!, ¡vamos, John!», dispuesto a empujar el balón, a un par de defensas y al portero hasta el fondo de la red. «¡Vamos, John!, ¡vamos, John!». Colgaron la falta, saltamos todos al mogollón, el balón cayó a mi lado en el área pequeña, le pegué con la zurda y ¡gol! Salí corriendo, saltando, gritando, levantando los brazos, jodé, qué subidón, qué maravilla es esto de meter goles, ya me podía haber hecho delantero, mis compañeros corrían a abrazarme, el estadio chillaba «¡Gurru, Gurru!» y yo respondía «¡vamos, John!, ¡vamos, John!». Como una puta cabra, ya te digo. En toda mi carrera solo metí siete goles y este fue el más importante, porque le daba vida al Zamora para intentar la mayor proeza de su historia. El partido terminó 1-1.

En el partido de vuelta, en Linares, nos pusimos por delante. ¿Sabes quién nos empató? Henrique Guedes da Silva. Sí, joder, Catanha, el brasileño que jugaba en el Celta y me volvió loco en uno de mis peores partidos con la Real, cuando en cinco minutos nos metieron tres goles y fallaron un penalti. Yo ya no sabía nada de la existencia de Catanha, y va y me lo encuentro en el Linares, en una eliminatoria de Segunda B. El tío nos marca un gol y lo celebra aleteando los brazos, haciendo otra vez la puñetera gaviota en mis narices, como si conociera la canción que me dedicaban los de La Polla Rojiblanca. Me jodió en el alma, qué pesadilla de tío. Pero mira, marcamos el 1-2 en el minuto 87 y a tomar por saco, eliminamos a Catanha. Al Linares, quiero decir.

A veces da la impresión de que mi carrera futbolística la escribió un guionista de telenovelas: me fui cruzando todo el rato con mis antiguos amores y desamores. En la siguiente eliminatoria, la definitiva para subir a Segunda, nos enfrentamos al Rayo Vallecano. Jugamos el primer partido otra vez en casa y pusieron unas gradas supletorias para aumentar el aforo de 7000 a 8500 personas. Cuando llegamos al campo un par de horas antes, vi que los chavales de La Polla Rojiblanca iban poniendo en cada asiento una hoja con cánticos para animar al equipo: el himno del club, dos marchas de la Semana Santa zamorana y el exitazo de la temporada, el «Gurru, ayúdame / el delantero suyo vota al PP». 8500 hojas repartidas por todo el estadio con esa letra, hay que joderse. Me imaginaba a las autoridades, todas del PP, leyéndola en el palco y preguntando quién era ese tal Gurru: el número 3, el vasco de la cresta…

El árbitro expulsó a dos jugadores de nuestro equipo, perdimos 0-1 y nos quedamos con pocas esperanzas de subir. Viajamos a Vallecas, al estadio donde yo había deambulado tres años antes

como un triste fantasma, y lo curioso es que esta vez me presenté pletórico. Les iba dando ánimos en el bus a mis compañeros del Zamora, venga, joder, que vamos a dar la campanada, que estos están muy confiados y nos los vamos a cargar… El Rayo llevaba cuatro años intentando volver a Segunda y había montado un equipazo, fichando incluso a jugadores de Primera como el delantero Sergio Pachón, que venía del Getafe. Pero yo sentía la mayor confianza que he tenido nunca en un campo de fútbol, con la madurez de los veintisiete años, dispuesto a comerme a los once jugadores rivales y a los catorce mil espectadores que nos gritaban desde las gradas.

El Rayo nos dio un baño. Eran mucho mejores que nosotros, dominaron el partido de arriba abajo, llegaban por oleadas a nuestra área y el estadio rugía. A mí todo eso me ponía cachondo. ¡Venid, venid, que os espero! Tuve muchísimo trabajo en defensa y lo resolví de maravilla: llegaba el primero a los cruces, ganaba todos los balones aéreos, me pegaba con todo el que pasara cerca. Estaba crecidísimo.

En un córner me tocó marcar a Antonio Amaya, excompañero en el Rayo. Me pegué a su espalda, lo envolví con un brazo, le agarré la camiseta con el otro, le di un toquecito con la rodilla, y Amaya se mosqueó.

—¡Pero qué haces, Gurru!

—Cállate.

Le seguí agarrando y dándole empujoncitos. Se giró para mirarme.

—Joder, tío, tú antes no eras así.

Achiné los ojos como Harry el Sucio y le dije:

—¿Tú quién eres?

En la primera parte no pasamos del centro del campo, pero aguantamos con el empate a cero y mantuvimos la esperanza de meter algún gol de chiripa para igualar la eliminatoria. En la segunda parte nos volvieron a bailar. El árbitro anuló un gol legal del Rayo por un fuera de juego inexistente, no pitó un penalti claro por una mano mía, pero aun así Pachón marcó el 1-0 y nos dejó medio muertos. En una hora no habíamos olido la portería rival y ahora teníamos que marcar dos goles.

A falta de quince minutos tuvimos nuestra primera oportunidad del partido: un córner a favor. Crucé el campo gritando «¡vamos, John!, ¡vamos, John!», salté como si tuviera muelles en los pies, conecté un cabezazo y el balón salió rozando el poste. ¡Joder! Volví hacia mi puesto superexcitado, gritando a mis compañeros:

—¡Venga, otra como esta, otra como esta! ¡La siguiente va para adentro!

A falta de cinco minutos, nuestro centrocampista Iván García pilló un rechace en el área del Rayo y metió el empate. ¡Toma! El estadio de Vallecas se quedó mudo. Corrimos a poner el balón en el centro del campo y seguimos atacando en tromba. Solo nos faltaba un gol para subir a Segunda.

Abandoné mi puesto y subí al área rival sin consultárselo al entrenador, algo que nunca jamás habría hecho, pero ese día estaba encendidísimo, mis compañeros lanzaban balones aéreos hacia mi posición y me veía capaz de marcar un gol histórico. A falta de tres minutos llegó un centro al corazón del área, lo rematé de cabeza entre una nube de defensas del Rayo pero se fue a las manos del portero. En el último minuto me llegó otro balonazo en diagonal, salté de espaldas a la portería, lo peiné hacia atrás, oí chillidos de terror en la grada y salió rozando el larguero. Me quedé de rodillas, mirando al cielo con las manos entrelazadas. No me olvido de esa imagen porque la publicó al día siguiente *El Norte de Castilla*, con mi lamento casi religioso y al fondo

los aficionados del Zamora con una ikurriña. Allí, de rodillas en Vallecas, sentí un escozor de rabia y frustración como si me estuvieran frotando heridas con sal: si hubiera rematado aquel balón unos centímetros más abajo, habría cambiado la historia de un club, la de una ciudad y la mía propia. Llevaba años dando tumbos por el fútbol, me había sentido como un despojo, me había desesperado, pero en el Lemona resucité, en el Zamora desplegué toda mi fuerza y toda mi confianza, di lo mejor de mí en una eliminatoria dramática y me faltó una pizca para marcar un gol histórico en el último minuto. El balón se fue alto. Y yo era otro Gurrutxaga: uno que quería ser campeón, uno al que esta vez le dolió quedarse en subcampeón.

Me levanté del suelo, resoplé y vi que el cuarto árbitro levantaba el cartelón para anunciar el tiempo de descuento: tres minutos. El Rayo tocó y tocó el balón, lo mantuvo lejos de su portería, perdió tiempo en cada encontronazo, en cada saque de banda, para que fueran pasando los segundos. En el minuto 93 colgamos un balón al área, el portero saltó a por él y chocó con uno de nuestros delanteros. El árbitro señaló falta a favor del Rayo. El estadio gritó de alivio y alegría. Amaya se acercó al árbitro para decirle que ya habían pasado los tres minutos del descuento, que pitara el final, y yo llegué corriendo para decirle que no, que no pitara, que no tenía que pitar ahora de ninguna manera. Mis razones eran un poco raras y al árbitro le costó un poco entenderme.

La cuestión es que en Vallecas el túnel de los vestuarios no está junto a los banquillos, en el centro del campo, como en todas partes, sino detrás de una portería. Y nosotros estábamos justo en la contraria.

—Árbitro, si pitas ahora, los espectadores van a saltar al campo a celebrarlo y te van a pillar a cien metros de los vestuarios.

—¿Qué?

—Con el gol que les has anulado y el penalti que no les has pitado, mejor que no te quedes atrapado en mitad de la gente, ¿no?

Pues lo convencí. Hizo un gesto con el brazo para ordenar que sacaran la falta y trotó hacia el centro del campo, ganando metros hacia los vestuarios. Yo hice lo mismo. Porque no creerás que estaba pensando en la integridad física del árbitro, ¿no? Tampoco pretendía ganar tiempo para meter el segundo gol. A mí lo que me preocupaba es que la muchedumbre me pillara en medio del campo y tener que abrirme paso tocando a tanta gente que gritaba, saltaba y sudaba. Vete a saber cuántas enfermedades podía pillar.

Porque yo ese día jugué en mi plenitud como futbolista, a tope de confianza, pero seguía siendo un enfermo de toc que a pesar de las mejoras todavía se asustaba por mil amenazas irracionales. Y seguía siendo muy bueno inventando excusas, incluso convenciendo a un árbitro para que no pitara el final porque necesitaba ponerme a salvo. En cuanto sacó el portero del Rayo, el árbitro pitó y yo eché el esprint más rápido del partido hasta refugiarme en el vestuario.

# 24. ELIMINAMOS AL REAL MADRID, SI LAS CUENTAS NO ME FALLAN

De repente me llegaban ofertas. El Zamora quería renovarme y el Real Unión me llamó para ficharme otra vez, porque su nuevo entrenador era Iñaki Alonso, el que me dirigió en el Lemona, y quería un par de expertos en el Otro Fútbol para su defensa. Ya había contratado al maestro Josu «Martillo» Iglesias y ahora quería a su discípulo Gurrutxaga. A Zamora y Real Unión les pedí un par de semanas para responderles y me subí a un avión para intentar mi verdadero sueño: jugar en un equipo mexicano.

Rodrigo Gutiérrez, un buen amigo que conocí en mi primer viaje a México, me dijo que conocía al primo del padre del cuñado del bisabuelo del preparador físico de los Monarcas de Morelia, equipo de la Primera División, y que me conseguiría una prueba con ellos. Parecía una esperanza sólida como para cruzar el océano, ¿no? Me acompañó Igor Gabilondo, mi excompañero en la Real, buen centrocampista y mejor dosificador de gel. Llevaba ya unos años jugando en el Athletic y, tras una temporada intensa, le apetecía pasar unas vacaciones mexicanas conmigo.

Llegué a Morelia una semana antes de mi prueba con los Monarcas para aclimatarme. Todas las mañanas salía a correr, levantaba pesas en un gimnasio, jugaba a squash con Gabilondo… pero echaba en falta tocar balón. Mi compadre Rodrigo estaba en todo: dio un par de telefonazos y me dijo que el sábado, tres días antes de la prueba con los Monarcas, se disputaba un partido de una liga de empresas.

—Juega una empresa de azulejos, sanitarios y grifería contra otra de abogados o algo así. Si quieres, te consigo un puesto con la empresa de azulejos.

Genial. Le pregunté a Gabilondo si quería venir y nos presentamos el sábado a las nueve de la mañana en el campo de fútbol de un hotel de cinco estrellas, un campo de hierba con las líneas bien pintadas y porterías con red. Hasta tenían un árbitro vestido de árbitro. Nos presentamos ante el capitán de nuestro equipo, un señor que andaría cerca de los cincuenta años, pasadito de peso, con gafas, mostacho y una cinta de tenista en la frente. No conocíamos su cargo en la empresa, él tampoco sabía a qué nos dedicábamos Gabilondo y yo, pero nos dijo que podíamos jugar los dos en el equipo, que sería un placer. Nos preguntó los nombres.

—Yo me llamo Zuhaitz, pero me llaman Gurru.

—Yo Igor, pero me llaman Gabi.

—De acuerdo. Yo me llamo José Manuel, pero me llaman Zizou.

—¿Zizou?

—Sí, como Zidane. Enseguida verán por qué.

Nos preguntó en qué puesto jugábamos. Yo prefería de defensa, a Gabilondo le daba igual.

—Muy bien, Gabi, pues tú te pondrás conmigo de pivote. Te quiero atento, ¿eh?, que aquí combinamos rápido.

Gabilondo fue el único que jugó con zapatillas de calle, porque obviamente no se había ido de vacaciones con las botas de fútbol. Y jugó andando, pero dio un recital de regates, caños, sombreros y pases. Zizou flipaba.

—¡No lo haces nada mal, Gabi! ¿Juegas mucho durante el año?

—Bueno, sí, casi todas las semanas…

—¡Se nota, se nota!

Gabilondo se hinchó a dar pases y meter goles. Yo defendí cada balón a muerte, pensando en la prueba que me esperaba con los Monarcas. Ganamos 7-0 y nuestros rivales abogados me dieron un poco de pena: se habrían pasado toda la semana currando en el despacho con su traje y su corbata, con la ilusión de ponerse el pantalón corto el sábado para jugar el partido, hacer unos regates, meter algún gol, y los pobres no tocaron bola. Se marcharon en silencio, quizá desmoralizados y sin ganas de defender el lunes a algún acusado que igual acabaría en la cárcel por nuestra culpa.

Me habían citado para la prueba con los Monarcas el martes a las diez de la mañana en el estadio Generalísimo José María Morelos y Pavón. Me levanté a las siete y media para desayunar fuerte. Abrí el diario local y busqué rumores sobre mi fichaje en las páginas de Deportes. Nada. Lo único que encontré es que el equipo de los Monarcas volaba ese mismo mediodía a California para jugar unos partidos de pretemporada.

¿¿Cómo??

Llegué al estadio y no había ni rastro de ningún futbolista. Me recibió el director deportivo.

—Lo siento mucho, señor, pero a mí me comunicaron esta misma mañana que venía usted a hacer una prueba. Nosotros no sabíamos nada. Y el equipo ya se marchó al aeropuerto.

—¿Se van para mucho tiempo? ¿A la vuelta podríamos hacer la prueba?

—No, no está fácil. El cupo de extranjeros es limitado y queremos traer a Santi Ezquerro del Barcelona…

Pensé mil maneras de asesinar a mi amigo Rodrigo Gutiérrez.

—Lo único, si usted quiere probar con nuestro segundo equipo, les vendría bien un defensa. Entrenan mañana a las ocho de la mañana. Venga si quiere.

—De acuerdo, me lo pensaré.

Me lo pensé. A las ocho de la mañana del día siguiente yo volvía a cuatro patas al hotel después de beberme la mitad de la reserva de tequilas y mezcales de la ciudad. Llevaba una semana en México a base de agua mineral y batidos de papaya, corriendo todas las mañanas y cuidándome más que cuando jugaba en Primera, y ya estaba harto. No me iba a instalar en otro continente para jugar en un equipo filial a mis veintisiete años. En cuanto se me pasó la cruda, llamé a mis representantes para darles una respuesta.

¿Real Unión o Zamora?

Con dolor de corazón, mandé una carta a *La Opinión de Zamora* para despedirme y dar las gracias a la afición que más me ha querido en toda mi carrera. Dije que me iba por motivos personales, y era verdad. Zamora me quedaba lejos de casa, y también me preocupaban las expectativas: tras una temporada fantástica, seguramente cargaríamos con la presión de tener que subir a Segunda y me daba miedo que mi cabeza volviera a fallar. Mi novia zamorana entendió que me apeteciera jugar en el Real Unión, otra vez en casa, con una afición que no esperaría maravillas de mí pero con un entrenador, Iñaki Alonso, que me conocía del Lemona y me daba confianza. Me apetecía mucho volver con Alonso, con Josu «Martillo» Iglesias, jugar en Irun… Estaban montando un equipo con ambición para subir a Segunda, y la pasta, bueno, me pagaban

un poco menos que en Zamora, pero eso no era un problema.

Empecé los entrenamientos con el Real Unión muy fuerte física y mentalmente. La fortaleza física me duró toda la temporada, la mental se me arruinó el segundo día, cuando tuve que atravesar un túnel oscuro. No es una metáfora: era un puñetero túnel de verdad.

Desde el Stadium Gal trotábamos un kilómetro hasta el campo de rugby de Plaiaundi, donde entrenábamos algunos días durante la pretemporada para no estropear el césped del estadio. Por el camino pasábamos un túnel largo y oscuro bajo las vías del tren, que allí justo en la frontera tienen una extensión enorme, y la primera vez casi me dio un ataque de pánico. Pensé que el túnel era un sitio perfecto para que los yonquis se drogaran y que estaría repleto de jeringuillas. Como allí dentro no se veía nada, podía clavarme una aguja y pillar el sida. La primera vez dejé de correr, pasé caminando despacio, con muchísima precaución, y al salir del túnel aceleré para unirme al grupo con disimulo. Cada vez que pasábamos por allí, se me disparaba la ansiedad. Y cada vez que nos tocaba entrenamiento en Plaiaundi, la víspera me costaba dormirme por puro miedo.

Llegó un momento en que no pude soportarlo más. Decidí hablar con el entrenador. ¿Pero cómo explicas algo así? Si dices que te da miedo pasar un túnel porque puedes pisar una jeringuilla y pillarte el sida, te echan del club y de la provincia. Tuve que inventarme algo, alguna media verdad, alguna media mentira, como siempre. A Iñaki Alonso le dije que el túnel me daba claustrofobia. Le pedí permiso para hacer una cosa muy rara… y me lo dio: después de cambiarme en el vestuario del Stadium Gal, cogía mi coche y conducía vestido de futbolista, dando un rodeo por la carretera, hasta el otro lado de las vías del tren. Aparcaba en un sitio discreto entre árboles, para que no me vieran los compañeros, y cuando salían del túnel yo me unía al grupo desde atrás. Al terminar el entrenamiento, lo mismo: me desviaba con disimulo hasta mi coche y conducía, todo sudado, dando el rodeo para volver a ducharme al Stadium Gal. Alonso se quedó un poco mosca.

—Vale, Gurru, vete en coche. Pero estás muy raro, ¿eh? En el Lemona no eras así.

Ya lo creo que en el Lemona era así, lo que pasa es que era un experto en disimular mis manías. De hecho, creo que mis compañeros en el Real Unión no se enteraron de mi jugada para evitar el túnel. Desaparecía con disimulo, reaparecía, nadie se fijaba… Por suerte, al empezar la temporada dejamos de entrenarnos en Plaiaundi, me olvidé de las jeringuillas y ya me pude centrar en el fútbol y en imaginar nuevas catástrofes.

Cuando jugábamos en casa, era habitual que diez jugadores del Real Unión saltaran al campo… y que unos segundos más tarde apareciera yo esprintando. No es que hubiera jeringuillas en el túnel de los vestuarios. Es que, justo antes del partido, me encerraba en el baño para llamar por teléfono.

—Arkaitz, ¿ya han llegado?

—Sí, hombre, sí, tranquilo, ya están aquí.

Al estadio solían venir mis padres, mi hermana y a veces mi novia desde Zamora. Y yo siempre tenía miedo de que sufrieran un accidente en la carretera, no me quedaba tranquilo hasta saber que habían llegado sanos y salvos. Si alguna vez no me daba tiempo a llamar o Arkaitz no me respondía, salía al campo nervioso y me pasaba los primeros minutos del partido echando vistazos a la grada hasta que veía a mis familiares.

Bastante he hecho yo en el fútbol, quince años como jugador profesional, teniendo la cabeza como la tenía…

En mi segunda etapa en el Real Unión me fue de maravilla. Seguí jugando muy bien de lateral izquierdo, fui titular en veintisiete partidos, metí tres goles, disfruté en aquel equipazo con Gabarain, Josu «Martillo» Iglesias, Berruet, Beobide, Goikoetxea, Eneko Romo, Juan Domínguez… Nos pusimos líderes en la novena jornada, aguantamos en cabeza hasta el final y nos clasificamos para las eliminatorias de ascenso a Segunda.

El bombazo fue la Copa del Rey. Eliminamos al Lugo, al Sant Andreu, al Barakaldo… y en dieciseisavos de final nos tocó el Real Madrid.

A nadie se le ocurría que tuviéramos ni la más mínima opción de eliminarlos a doble partido, así que el entrenador decidió que participáramos el mayor número de jugadores posible, como premio al temporadón que estábamos haciendo. En la ida en el Stadium Gal sacó un once y en la vuelta en el Bernabéu sacó otro casi completamente distinto. A mí me dejó para el Bernabéu, así que la ida la vi desde la grada.

El Stadium Gal estaba a reventar con banderas, cánticos, charangas, menudo fiestón. Me dio mucho orgullo ver a mis compañeros saliendo con furia a por el Real Madrid. Sacamos de centro, dimos cuatro pases rápidos, Juan Domínguez salió disparado con el balón, regateó en carrera a Míchel Salgado, entró en el área y la coló perfecta junto al poste: ¡gol! ¡¡Hostias, gol!! ¡¡Gol al Madrid en el primer minuto!! Joder, qué delirio, qué gritos con las manos en la cabeza, qué abrazos, qué risas de incredulidad.

Mi amigo Guti, que esta vez tampoco se acercó a saludarme, dio un pase de lujo entre líneas a Higuaín para que marcara el empate a placer en el minuto 9. Daba igual, el estadio seguía cantando y celebrando, aquello era una fiesta.

Hasta que en el minuto 13 un jugador del Real Madrid se desplomó. ¿Quién es, qué ha pasado? Era Rubén de la Red. Iba andando, no tenía a nadie alrededor, de repente se cayó de bruces contra el suelo y se quedó boca abajo sin mover los brazos ni las piernas. Los jugadores que estaban más cerca corrieron a socorrerlo, llegó también el médico, intentaron reanimarlo con unos cachetes, le dieron la vuelta y vieron que tenía los ojos abiertos con la mirada perdida. Varios jugadores gritaron y se llevaron las manos a la cara con gestos de terror. Al cabo de unos segundos De la Red recuperó la consciencia. Lo subieron a una camilla y, cuando lo retiraban del campo, levantó una mano para indicar que estaba vivo. A mí se me congeló el alma: era el gesto que yo había acordado en mi adolescencia con mis padres, por mis problemas cardiacos, para que no se asustaran si alguna vez me quedaba tendido en el campo. Aquel debía de ser el único de todos mis fantasmas que yo había conseguido encerrar en un armario, el del miedo a un fallo del corazón en pleno esfuerzo, pero aquella noche el fantasma rompió todas las cerraduras y me envolvió de nuevo.

Joder. ¿No habré arriesgado mucho estos años? ¿Se me puede parar el corazón en cualquier momento como al pobre De la Red? ¿Debo dejar el fútbol por si acaso?

De la Red sufrió un síncope. Se recuperó enseguida, le hicieron mil pruebas y creo que no le encontraron ningún problema cardiaco, pero nadie se atrevió a ficharlo y se acabó retirando. Es que en 2007 había muerto Antonio Puerta, del Sevilla, y en 2009 moriría Dani Jarque, del Espanyol, los dos por fallos cardiacos. El asunto daba miedo.

Y sin embargo yo, que me pasaba la vida atrapado en mil obsesiones, miedos y amenazas imaginarias, jugué siempre sin ninguna preocupación cardiaca. Es curioso: justo un problema que sí era real, que nos tuvo en alerta a mí y a mi familia durante toda mi adolescencia, y no me daba miedo. Me hacía pruebas todos los años, nunca me encontraban nada y casi se me había

olvidado. Supongo que los miedos imaginarios nos aterrorizan mucho más que los miedos fundados en un conocimiento, porque no tenemos nada a lo que agarrarnos, ninguna información, ninguna medida de la amenaza, y la fantasía vuela.

Total, que sacaron a De la Red en la camilla haciendo gestos de que estaba bien y el partido siguió. El Real Unión presionaba fuerte al Real Madrid, recuperábamos balones rápido y salíamos fácil al ataque. En el minuto 21, Josu Villar lanzó un centro desde la banda derecha, Juan Domínguez apareció corriendo a la espalda de los centrales y marcó de cabeza el 2-1. ¡Toma! Más saltos, más abrazos, más incredulidad.

En la segunda parte el Madrid espabiló un poco y Saviola empató el partido, pero el Real Unión respondió con la misma jugada: centro largo de Quero desde la derecha, la defensa del Madrid echando la siesta y aparece Goikoetxea para meter el 3-2.

Triunfo histórico, triunfo histórico, eso se dice muchas veces, pero en este caso sí que tenía ese sabor. El Real Unión es uno de los clubs de fútbol más antiguos, nació a principios del siglo XX y fue uno de los diez fundadores de la Liga española en 1929. Antes de eso ya había ganado cuatro Copas… y dos de ellas precisamente contra el Real Madrid. Por eso, derrotar de nuevo al Real Madrid en Irun fue como resucitar a aquel Real Unión de la prehistoria futbolera y revivirlo en el siglo XXI. La pena, pensábamos todos, es que la eliminatoria era a doble partido y en el Bernabéu nos iban a meter ocho.

Imagínate las esperanzas que teníamos, que fuimos a Madrid a jugar la vuelta y nos pasamos la mañana del partido haciendo visitas por la ciudad. Primero nos llevaron a la sede del diario *Marca*, nos enseñaron la redacción, nos hicieron entrevistas, nos sacaron fotos y nos dieron unos canapés y unas cocacolas, ahí, de pie en una sala de reuniones. Visto ahora, parece una estrategia del *Marca* para desgastarnos un poco y facilitar las cosas al Madrid. Luego nos fuimos tan contentos al Bernabéu. No fuimos a reconocer el césped y a tocar un poco el balón, como hacen los equipos visitantes antes de los partidos, sino al tour guiado al que nos había invitado el Real Madrid. Nos metieron en un grupo con turistas asiáticos, latinoamericanos y de medio mundo, y ahí nos fuimos los veintipico del Real Unión, con nuestros chándales, a visitar la sala de los trofeos, la sala de prensa, los vestuarios y no sé qué mas. Cuando salimos a las gradas y nos enseñaron el terreno de juego desde lo alto, la guía explicó que nosotros íbamos a jugar allí esa noche contra el Real Madrid y los turistas nos miraron flipados. Algunos se sacaron fotos con nosotros, y otros, los más sensatos, no se lo creyeron.

Macarrones y pechuga de pollo en el comedor del hotel, siesta para descansar de la jornada turística y hala, al autobús. Cuando entramos al paseo de la Castellana y vimos de frente la mole del Bernabéu, se me hizo un nudo en el estómago. Buah, qué impresión. Yo venía de jugar los últimos años en el estadio municipal Miramar de Luanco, La Molineta de Alfaro o en el Nuevo Matapiñonera de San Sebastián de los Reyes, y de repente me veía entrando otra vez en esa especie de templo colosal de una galaxia remota. Me dio un poco de tembleque, y eso que era mi tercera visita al Bernabéu. En la segunda salí corriendo por la amenaza de bomba. En la primera también me hubiera gustado salir corriendo, después de intentar el botepronto de cabeza. Pero hoy no hay presión, me dije. Todo el mundo sabe que vamos a palmar, así que vamos a divertirnos un poco.

Sí, estábamos relajados, o eso creíamos, hasta que saltamos al césped y nos sentimos diminutos, al pie de las cuatro gradas verticales repletas con cincuenta mil personas. Muy buena entrada para una eliminatoria de dieciseisavos contra un equipo de Segunda B, ¿no? Si vino tanta gente fue porque al Madrid le tocaba remontar y podía haber algo de emoción, creo que nos ganamos

ese estadio tan lleno por méritos propios. El entrenador Bernd Schuster ya no estaba para bromas y sacó un equipazo para remontar la eliminatoria: Cannavaro, Marcelo, Gago, Sneijder, Van der Vaart, Saviola, Raúl, joder, vaya tropa. Les fuimos dando la mano uno a uno en el centro del campo y a mí me subieron las pulsaciones.

Por suerte, a mi lado venía Josu «Martillo» Iglesias, que les daba la mano y se descojonaba:

—¡Mírame, Gurru! ¡El frutero en el Bernabéu! ¡Esto es la hostia!

Cuando le estreché la mano al árbitro, Arturo Daudén Ibáñez, él me sonrió y me guiñó un ojo. ¡Anda, me ha reconocido! ¡Se acuerda de cuando yo jugaba en Primera! Me sentí importante. Y cuando empezó el partido, recurrí a mis trucos de futbolista veterano: conviene hacerse colega del árbitro, dirigirte a él por su nombre, comentarle las jugadas de buen rollo. Si me pitaba una falta en contra:

—Vale, Daudén, sí que era falta. Bien pitada.

Luego alguna reclamación con cortesía:

—Eh, Daudén, esa era fuera de juego, ¿no? ¿No? ¿Seguro? Vale, vale, de acuerdo.

Siempre por su nombre, es importante llamarlo siempre por su nombre.

—Vaya nochecita nos está dando Raúl, ¿eh, Daudén?

Y una sonrisa, siempre una sonrisa.

Una vez aproveché que él correteaba de espaldas para ponerme en su trayectoria. Me pisó sin querer, se giró y me pidió perdón.

—Tranquilo, Daudén, no pasa nada.

Y le di la mano. Así iba creando un poco de empatía. Ya decía Luis Aragonés que a los árbitros les gusta sentirse reconocidos por los jugadores famosos, tratarse con ellos de tú a tú, es un sentimiento humano. Y yo, pues oye, era un futbolista de Primera que por circunstancias de la vida ahora estaba en Segunda B. Pero ese día jugaba otra vez en el Bernabéu, Daudén me recordaba de mis tiempos en la Real Sociedad y estoy seguro de que le gustaba que yo le hablara como a un colega.

¿Y qué consigues con estos trucos? Pues nada. Qué cojones vas a conseguir: creerte que tú eres listo y los demás son tontos. Daudén no me iba a perdonar un penalti a mí en el Bernabéu porque le cayera simpático, ¿no? Pero ahí andaba yo, haciéndome el veterano y el importante, Daudén arriba y Daudén abajo.

Salimos a jugar sin complejos. Durante la semana, Iñaki Alonso nos puso vídeos del último partido del Real Madrid contra la Juventus y nos enseñó sus debilidades defensivas: muchas veces los laterales llegaban tarde, dejaban tiempo para que el extremo centrara con comodidad y los centrales tampoco andaban muy vivos tapando a los delanteros.

—Si nos encerramos para defender el resultado, nos van a meter un saco de goles. Tenemos que salir a jugar como siempre, ordenados, presión fuerte, robos de balón, combinaciones rápidas y pases a los extremos para que pongan centros. Tenemos que poner muchos centros. Así les metimos dos de los tres goles en Irun. Y vamos a necesitar uno o dos más en el Bernabéu.

¡Di que sí, Iñaki! La teoría estaba clara. Ya solo nos faltaba jugar como la Juventus.

Desde el primer minuto salimos a presionar como perros hambrientos y notamos que ellos andaban un poco pasmados, se quedaban sin margen para salir de la presión, soltaban el balón como podían, lo recuperábamos, lo pasábamos a las bandas… y en el minuto 13, centra Manu García, el balón se pasea entre los defensas del Madrid, la controla Abasolo y pam, para adentro: ¡0-1!

Tardamos unas décimas en reaccionar. Abasolo no sabía hacia dónde correr para celebrarlo y

nos acabamos abrazando con un poco de apuro, pensando que no era posible, que enseguida nos avisarían de que era una broma o el partido aún no había empezado en serio, yo qué sé, es que la sensación de ir ganando al Madrid en el Bernabéu delante de cincuenta mil espectadores era muy irreal.

Me sentí raro todo el partido. El Bernabéu se me hacía inmenso, no solo por el tamaño del estadio y las gradas repletas hasta el cielo, sino por el sistema con el que jugó ese día el Real Madrid. Schuster apostó por un esquema asimétrico: sin extremo derecho. Por mi lado no venía ningún atacante y yo necesitaba carne, alguien a quien marcar, a quien agarrar, a quien achuchar, pero me pasé el partido mordiendo el aire. Tampoco podía irme al interior y molestar a los centrales. Me pasé el partido sin saber qué hacer. Y en el ataque lo mismo: cada vez que me llegaba el balón, tenía por delante cuarenta metros vacíos, una autopista libre hasta Míchel Salgado, el lateral del Madrid que estaba allá al fondo. Cuando eres lateral y recibes el balón, tienes aprendidos algunos automatismos: llega el extremo contrario a apretarte, así que al instante decides si pasas el balón a tu defensa central o lo lanzas adelante por la banda hacia tu extremo o si lo sacas en diagonal buscando a un centrocampista que esté libre… Pero en el Bernabéu no me venía nadie a presionar, yo no estaba habituado a salir conduciendo el balón por medio campo, tenía que dársela a alguien pero avanzaba, dudaba, me paraba, buscaba, me metía en líos, acababa dando un mal pase y regalando el balón al contrario. Sentía lo mismo cuando escribía poemas para cantarlos con la guitarra: si tienes que respetar una métrica y una rima, con esa limitación vas trabajando las frases y te van saliendo, pero si escribes versos libres, no sabes ni por dónde empezar. En el Bernabéu me dejaron libre y me sentí perdido.

Igual Schuster actuó como Clemente pero al revés, ¿no?

—Chavales, hoy anulamos a nuestro extremo derecho pero a cambio dejamos libre a Gurrutxaga para que haga lo que quiera con el balón, eso es lo mejor que nos puede pasar.

Bueno, aquello me jodió bastante. Llevaba tres temporadas con mucha confianza, convertido en un buen lateral izquierdo, y justo el día del Bernabéu, cuando mis compañeros jugaron un partidazo histórico y disfrutaron en el campo, yo me quedé ahí frustrado en un rincón. No sabes la pena que me da tener el DVD con el partido entero y no querer verlo porque participo poco y no acierto ni un maldito pase en noventa minutos.

En fin. Íbamos 0-1, con dos goles de ventaja en la eliminatoria, y nos tocaba defender con mucha concentración. Enseguida apareció Raúl, mi pesadilla de los viejos tiempos, para ordenar un poco el universo: un balón bombeado sin mucho peligro, una mala salida de nuestro portero, un saltito de Raúl para tocarla suave de cabeza y tac, típico gol suyo, un gol fácil, un gol que metería cualquiera pero que siempre metía él. Empate a uno y descanso.

En la segunda parte el Madrid salió igual de empanado. En el minuto 49, Manu García lanzó un pase al hueco enorme entre los centrales del Madrid, Asier Salcedo llegó al balón con mucha ventaja y marcó el 1-2. ¡El Madrid necesitaba dos goles para ir a la prórroga y tres para eliminarnos! ¿Y qué hace el Madrid cuando necesita tres goles para eliminarte? Te los marca. Primero Raúl, luego Alberto Bueno por toda la escuadra, y otra vez Raúl, en el minuto 85, para poner el 4-2 que nos mandaba a casa.

Bueno, fue bonito mientras duró. Hemos dominado al Real Madrid en los dos partidos, hemos tenido la eliminatoria igualada o ganada durante 175 minutos, y justo en los últimos cinco nos han remontado. Para eso es el Madrid, para eso tienen a una superestrella como Raúl, que te casca tres goles silbando en un día malo, qué le vamos a hacer. Mala suerte. Y mucho orgullo, joder, mucho orgullo. Qué derrota tan digna. Seguro que cuando volvamos a Irun…

…espera, espera, que me llega el balón…

…minuto 89 y 28 segundos, me llega el balón y no tengo a nadie en veinte metros a la redonda, avanzo, cruzo el centro del campo, sale Van der Vaart a cortarme el camino, lanzo un pase a Berruet, nuestro defensa central que ha subido al borde del área contraria a la desesperada, igual es el único pase en todo el partido que no regalo a un contrario, el pase decisivo, un pase providencial como el que le dio el Negro Enrique a Maradona en el centro del campo contra Inglaterra antes de la jugada de todos los tiempos, Berruet abre a la izquierda para Juan Domínguez, que está pegado a la banda, Domínguez lanza un centro perfecto hacia el punto de penalti, Eneko Romo corre, le gana la posición a Marcelo, salta, remata de cabeza y ¡gol! ¡Golazo, golazo, golazo! ¡4-3! ¡Que eliminamos al Madrid, pero esto qué es! ¡Esto qué es!

Todos mis compañeros corrieron al banderín del córner, justo en la esquina donde estaban los aficionados del Real Unión saltando y gritando con sus banderas, sus camisetas, sus bufandas, qué delirio. Corrieron todos menos el portero y yo. A mí nunca me gustaba celebrar los goles, no me fiaba de nada hasta que terminara el partido, porque a ver, te recuerdo que en la Real juvenil le ganábamos 4-0 al Lengokoak y Koldo Ruiz, el delantero al que yo debía marcar, nos metió cuatro en la segunda parte. Eso se me grabó para siempre. Así que me quedé yo solo en el centro del Bernabéu, serio, tenso, sacando cuentas: a ver, Zuhaitz, si en casa ganamos 3-2 y aquí perdemos 4-3, vamos empate a seis goles; pero en caso de empate, los goles fuera de casa valen doble. Nosotros hemos marcado un gol más que ellos fuera de casa, ese gol vale doble, así que… tate, el Madrid tiene que marcar dos goles para eliminarnos. En ese momento el cuarto árbitro levantó el cartelón para anunciar el descuento: cuatro minutos. Ah, ya está hecho, no hay tiempo para que nos metan dos.

Bueno, se supone que los que leen libros son personas inteligentes, ¿no? Que saben sumar y restar. No hará falta explicarles que si el Madrid metía un solo gol el marcador global quedaba 7-6, no había ningún empate, los goles fuera daban igual y nos echaban a la calle. Pero yo me había hecho un lío.

Por si acaso, me acerqué a mi amigo Daudén Ibáñez para resolver la duda. Estaba apuntando el nombre del goleador en su libreta.

—Daudén, perdona. Para eliminarnos, tienen que meternos dos goles, ¿verdad?

Me miró con cara de aburrimiento, pensando seguramente que yo era un pelmazo. Agitó un poco la cabeza, no respondió nada, pero yo interpreté que andaba ocupado con sus cosas y simplemente no me había dicho que no. Así que sí: yo tenía claro que el Madrid necesitaba dos goles.

Sacaron de centro. Raúl colgó el balón al área, Berruet y yo nos lo comimos, dejamos que se nos colara Higuaín, que lo controló y se quedó solo ante la salida del portero, ay, dios, ay, dios, la picó suave por encima, el balón fue botando hacia la puerta vacía… y Beobide llegó para despejarla casi en la raya. Vinieron córners, más balones al área, un acoso del Madrid por tierra, mar y aire. Yo pensaba que bueno, que nos podían marcar un gol en cualquier momento, pero no tenían tiempo para marcarnos dos. En el minuto 93 y 10 segundos salí a cortar un pase largo y malo de Higuaín desde el centro del campo. Llegué con mucha ventaja, tenía a dos compañeros libres delante de mí y conseguí la proeza de pasar el balón entre los dos para que le llegara a Gago. Gago se la dio a Raúl, que se había quedado solo a mis espaldas y avanzó con el balón hacia al área. Retrocedí a toda leche, lo agarré desde atrás por la cintura y lo arrollé. Mi amigo Daudén me sacó tarjeta amarilla y pitó una falta muy peligrosa al borde del área.

Yo veía a mis compañeros nerviosísimos y pensaba: tranquilos, joder, que aunque la metan, ya

no tienen tiempo para otro, esto está hecho. Veintiún jugadores, el árbitro y las cincuenta mil personas en la grada sabían que al Madrid le bastaba un gol para eliminarnos, lo sabía todo el estadio menos yo.

Por suerte Raúl chutó contra la barrera, el árbitro pitó el final y saltamos como locos, corrimos por todo el campo, nos abrazamos, nos revolcamos. ¡Habíamos eliminado al Madrid en su estadio! Dimos la mano a nuestros rivales, que se marchaban al vestuario cabizbajos, en medio de una buena pitada. Y luego pasó algo precioso: nos fuimos al centro del campo a saludar y miles de espectadores del Bernabéu se pusieron de pie para aplaudirnos.

Yo no quería marcharme. Las gradas se vaciaron y me quedé un rato paseando por el césped, mirándolo todo con calma, flotando en mis emociones, entendiendo que nunca más pisaría ese campo.

La cena en el Asador Donostiarra fue un desmadre con vino, champán, cánticos, bufandas al aire y congas entre las mesas. Pobres camareros. A los postres, algunos compañeros preguntaron dónde íbamos a seguir la juerga. Era el momento de ofrecer al equipo mi mejor aportación de la jornada. Levanté la mano.

—Tranquilos, chavales, que Gurrutxaga conoce la noche madrileña.

Los llevé a New Garamond, la discoteca de la gente guapa, selecta, exclusiva, *fashion*, *trendy*, y allí entramos un tropel de veinte chavales del Real Unión. Al principio nos sentimos un poco cohibidos y nos conformamos con el baile tradicional vasco. Ya sabes: un brazo sosteniendo la copa y el otro apoyado en la barra. Después de la segunda o la tercera copa ya nos animamos a salir a la pista, bailamos o mejor dicho saltamos y chocamos en grupo como si fuera una melé de rugby, a la quinta o la sexta ya no sé qué hicimos pero debieron de mirarnos mal, porque salimos todos a la calle y allí gritamos campeones, campeones, oé, oé, oéee, aupa Real Unión y algún gora Euskadi un poco fuera de lugar, en pleno centro de Madrid a las cinco de la mañana. Los vecinos debieron de llamar a la Policía Nacional para denunciar que había veinte vascos montando lío, porque aparecieron cuatro patrullas y nos preguntaron qué habíamos hecho. Josu «Martillo» Iglesias dio un paso adelante.

—¡Nada, agente, hemos eliminado al Real Madrid!

—Muy bien. Identifíquese, por favor.

—Josu Iglesias Otxandategi Salcedo Iruarrizaga Larrazabal Izurza Laburu Ikuza. Conmigo no va a haber ningún problema, ya verá, no tengo antecedentes.

No tendrás antecedentes fuera del campo, pensé yo, porque como se pongan a revisar actas arbitrales, pasas la noche en Soto del Real.

Los policías se dieron cuenta de quiénes éramos, nos felicitaron, uno nos dijo que era socio del Madrid y que nos iba a mandar al calabozo, y así, jijí-jajá, charlando y bromeando, Josu le dijo al poli que yo era el torpe que le había hecho la falta a Raúl en la última jugada y casi la lío.

—Si Raúl mete la falta, igual no puedes volver a Irun —me dijo el poli.

—No, hombre, tampoco hubiera pasado nada, todavía tenían que meternos otro.

Josu se quedó flipado.

—Gurru, pero qué hostias dices.

—Hombre, Josu, nos tenían que meter dos, porque los goles fuera valen doble en caso de empate…

—Si nos hubieran metido el 5-3, no habría habido empate, Gurru.

Así me enteré de que había estado a punto de liarla gordísima con mi falta a Raúl. Me enteré a

las cinco de la mañana, borracho en la puerta de la discoteca, en una conversación con policías nacionales. Se me cortó el pedo.

—Joder, pero si yo se lo he preguntado a Daudén y me ha dicho que sí, que nos tenían que meter dos…

—¿Daudén? ¿Qué Daudén?

—¡Pues qué Daudén va a ser, Josu, el árbitro!

—Gurru, el árbitro era Medina Cantalejo.

# 25. ¡EL DOS! ¡HIJOPUTA!

En la siguiente ronda nos eliminó el Betis, 0-1 y 1-0, pero daba igual, ya habíamos dado la campanada copera y en la Liga seguíamos ganando un partido tras otro. Terminamos la temporada regular en la primera posición, y eso era importante porque nos daba dos oportunidades de subir a Segunda: primero, una eliminatoria contra otro campeón de los cuatro grupos de Segunda B; y si la perdíamos, dos eliminatorias contra otros equipos clasificados para esta fase de ascenso.

Nos tocó el rival más difícil: el Cádiz, un equipo histórico con sus épocas en Primera, mucho presupuesto y jugadores de calidad que acababan de batir el récord de puntuación en un grupo de Segunda B. La víspera de viajar allá, me llamó el entrenador Iñaki Alonso.

—Gurru, necesito que mañana vengas con la cresta.

—Entendido, míster.

Aquella temporada no era habitual, porque el Real Unión jugaba fino, pero alguna que otra vez, cuando nos enfrentábamos a equipos técnicamente superiores, nuestro entrenador prefería partidos trabados, broncos, y para eso contaba con la pareja de defensas de sus tiempos en el Lemona, sus expertos en el Otro Fútbol: el discípulo Gurrutxaga y el maestro Josu «Martillo» Iglesias.

Colgué el teléfono, agarré la máquina de cortar el pelo y me rapé toda la cabeza salvo la cresta. Listo para ir a Cádiz.

En el desayuno del hotel leí la prensa gaditana: nos prometía un infierno amarillo. Una hora antes del partido, en las gradas del estadio Ramón de Carranza ya había una muchedumbre con camisetas, banderas, bombos, megáfonos y todo el patín, un estruendo que nos llegaba hasta el vestuario, y en cuanto saltamos al campo a calentar, nos cayó una bronca terrible. Lo peor es que yo estaba encantado. Mientras corría, me encaré varias veces con la grada. Les miraba levantando la mandíbula en plan desafiante y les decía qué pasa, qué pasa. La pitada se triplicó y me acordé de mi amigo Valery Karpin, que se crecía cuando lo abroncaban. A mí me ocurría lo mismo, me ponía que me pitaran, me daba un subidón de energía.

Ahora no me siento nada orgulloso. Pido disculpas a los aficionados del Cádiz, no tengo nada contra ellos ni su equipo ni su ciudad, faltaría más, y me gustaría explicarles que lo mío era puro teatro. Era una estrategia para enfrentarnos a un rival más poderoso que nosotros, yo entendía que ese era mi papel, el de defensa duro, marrullero, provocador, lo veía como parte de mi oficio y además se me daba muy bien, era lo que tenía que hacer. Pero ahora… ahora recuerdo lo que hice en aquel partido y me avergüenzo.

Me choqué con todos los rivales que me iba cruzando por el campo, me enredé una y otra vez en discusiones, la grada me insultaba y yo les miraba con una sonrisita chulesca, echando más leña al fuego. Cuando algún jugador del Cádiz se quedaba en el suelo quejándose de una falta, yo corría a por él gritándole como un energúmeno y le agarraba la camiseta de malas maneras para levantarlo. Hice el puto ridículo, vamos. El que más me sufrió fue Enrique, el extremo derecho

del Cádiz, que en una de esas me dijo:

—Chaval, eres el más tonto de la categoría.

Te digo una cosa, Enrique: tenías razón.

Nos ganaron 1-0. El partido de vuelta en Irun fue igual, un partido de mucha cresta y poco fútbol. Empatamos a cero y el Cádiz subió a Segunda.

Pero aquella fue la temporada mágica del Real Unión: no solo echamos al Real Madrid de la Copa, sino que ganamos las siguientes eliminatorias de ascenso, primero contra el Sabadell y luego contra el Alcorcón, y subimos a Segunda por primera vez desde hacía 45 años.

En Segunda, por supuesto, nos encontramos de nuevo con el Cádiz. Y sus aficionados pudieron saludarme otra vez como me merecía.

El Real Unión mantuvo a casi toda la plantilla del ascenso. Se agradece la confianza, pero en Segunda el salto de calidad es enorme, así que Iñaki Alonso necesitaba que su par de licenciados en grescas, tremolinas y trapatiestas tuviéramos dedicación plena: Josu «Martillo» Iglesias dejó la frutería y pidió una excedencia de dos años en su curro de encargado de almacén. Hace poco me contó que al terminar la excedencia volvió a su empleo pero no a su cargo: empezó otra vez como almacenero raso. Ahora es jefe de logística.

—Josu «Martillo», toda una vida dedicada al reparto —me dijo en un mensaje—. Antes repartiendo leña en el campo y ahora repartiendo pedidos *on line*.

Cuando llegamos otra vez al estadio Ramón de Carranza, en la novena jornada, hubo un detalle que me mosqueó: se me acercaron unos cuantos niños a pedirme un autógrafo. ¡Gurrutxaga, Gurrutxaga! No sé, esto no me pasaba nunca, a mí no me reconocían en ningún campo de España. Y me hizo pensar que en Cádiz, cinco meses después del play off de ascenso, todavía se acordaban de mí. Los niños son maravillosos, no tienen prejuicios y te tratan siempre con educación: le pedirían un autógrafo con su mejor sonrisa a Jack el Destripador. Los adultos ya me preocupaban un poco más.

Empezó el partido, toqué mi primer balón y los espectadores me pitaron con todas sus fuerzas. Ah, pues sí que se acordaban de mí. Qué quieres que te diga: me sentí importante, me vine arriba y me dediqué con más ganas que nunca a chocarme con los delanteros del Cádiz y a encender todas las trifulcas posibles. Me empleé a fondo con López Silva, un tipo muy hábil, muy peligroso, al que intenté frenar con todas mis artimañas. Al pobre hombre lo desquicié. En el minuto 81 íbamos perdiendo 2-1 y López Silva me hizo una falta. Fui a por el balón para sacar rápido pero él se lo quedó entre las manos, apretado contra su pecho para perder tiempo, yo le agarré el balón, empecé a tirar, él lo apretó con más fuerza, forcejeamos como dos críos, sacó un brazo para rechazarme, me dio con el codo y yo caí redondo al suelo como si me hubieran fusilado. El árbitro le enseñó la tarjeta roja.

Mira lo que escribió la prensa deportiva de Cádiz: «Es curioso que Gurrutxaga, el jugador más duro que ha pasado este año por el Carranza, se marchara sin una sola tarjeta y provocando la expulsión de López Silva. El lateral vasco consiguió por fin que un jugador del Cádiz cayese en sus provocaciones. 260 minutos le ha costado».

260 minutos: los 180 de la eliminatoria de la temporada anterior y los 80 de este partido en Segunda hasta la expulsión. Pues sí que tenían buena memoria conmigo.

No estoy nada orgulloso. De hecho, quiero pedirle disculpas a López Silva. Era un jugador muy noble, que siempre intentaba jugar la pelota y dar espectáculo, ese día tuvo que sufrir a un cenutrio como yo y por mi culpa acabó expulsado. Ya que estamos, aprovecho para pedir perdón

a los demás jugadores, a la afición, a los vecinos y a la corporación municipal de Cádiz.

El estadio me chillaba con tanta fuerza que pensé cambiar la sesión con el masajista del día siguiente por una cita con el otorrino. En la siguiente jugada el balón salió por la banda, por encima de las vallas de publicidad, y me tocaba a mí correr a recogerlo, pero vi que unos cuantos espectadores bajaban corriendo por la grada para escupirme. Se me encendieron todas las alarmas toc. Me dio terror que me escupieran y me contagiaran de cualquier enfermedad, así que ahí me quedé, plantado en el campo, sin atravesar la línea de banda, mientras mis compañeros me gritaban para que fuera de una vez a por el balón, porque perdíamos 2-1 y faltaban cinco minutos. Ni loco, yo no me acerco a la grada ni loco. Esperé mientras el recogepelotas iba a buscar el balón con la velocidad de un oso perezoso. Cuando por fin me lo dio y me preparé para sacar de banda, los quince o veinte mil espectadores se sincronizaron de maravilla para cantar:

—¡¡Gu-rru-txa-ga, hi-jo-de-pu-ta!! ¡¡Gu-rru-txa-ga, hi-jo-de-pu-ta!!

Esto se tiene que estar oyendo hasta en Elgoibar, pensé, espero que en mi casa tengan puesta Arrate Irratia con la trikitixa a todo volumen. Le dije al juez de línea:

—Linier, estoy haciendo amigos aquí, ¿eh?

—Pues imagínate nosotros: así todos los domingos.

Perdimos 2-1, nos fuimos con la cabeza gacha y yo no he vuelto nunca más a Cádiz, ni siquiera de vacaciones, que me encantaría, porque me da miedo que alguien me reconozca y la tome conmigo. Ya ves que yo era muy gallito dentro del campo, con un árbitro y unas cámaras de tele que me protegían, pero luego en la vida real siempre me arrugo.

En diciembre, jornada decimoquinta, llegó el partido más especial del año: Real Sociedad-Real Unión. La Real había bajado a Segunda en 2007, tres años después de que yo me marchara, y me encontré con ellos cuando subí con el Real Unión.

Como en la eliminatoria de Copa contra el Real Madrid, el partido contra la Real Sociedad desenterraba otra rivalidad clásica de hace cien años. En la década de 1920, el campeonato guipuzcoano otorgaba una plaza para disputar la Copa del Rey, el título más importante de entonces, y siempre se lo disputaban a cara de perro la Real Sociedad y el Real Unión. Lo ganó más veces el Real Unión. Después de medio siglo sin encontrarse, en 2009 los dos clubes se toparon otra vez en Segunda pero salieron disparados en direcciones opuestas: en esa jornada decimoquinta la Real nos goleó en Anoeta, se puso líder y al final del año subió a Primera; nosotros ese día caímos a los puestos de descenso y al final del año bajamos a Segunda B.

Creo que fue la primera vez en mi vida que me sentí bien jugando en el estadio de Anoeta, sin miedo a fallar. Me sentí raro cuando me tocó cambiarme en el vestuario de los rivales, como si volviera a casa de mis padres y ya no existiera la habitación de cuando era niño, pero salí al campo relajado. Todo el mundo suponía que nos iban a ganar fácil, así que no teníamos nada que perder. Y llevaba unas cuantas temporadas jugando a buen nivel, con confianza, con carácter, con una madurez a los veintinueve años que ojalá hubiera tenido a los diecinueve, cuando debuté en este estadio. ¡Ahora sí que podría merecerme un puesto en la Real…! Ideas absurdas, ya lo sé. Pero no te miento: me pasaban por la cabeza. Salí al campo con ganas de demostrar a la Real y a sus seguidores que yo era buen futbolista. Y oye: igual se volvían a fijar en mí…

Algunos espectadores sí que se fijaron en mí. Salí con la cresta, la barba y todo mi repertorio de entradas duras, choques y empujones. Mi hermana y mi cuñado, que estaban en la grada, oyeron a algunos espectadores de los asientos vecinos que gritaban:

—¡Eeeh! ¡El dos, hijoputa!

El dos era mi número, claro. Mi hermana y mi cuñado siguieron oyéndolo cada vez que yo agarraba al extremo derecho de la Real.

—¡El dos, cabrón, hijoputa! ¡Árbitro, echa al dos de una puta vez!

El extremo derecho de la Real era… ay, mi amigo Xabi Prieto, aquel chico del Sanse con el que coincidí en 2003 cuando empezó a jugar algún partido en el primer equipo. En 2009 ya se había convertido en la estrella de la Real, el capitán que llevaría al equipo de Segunda a la Champions League en tres años. Xabi era un mago con el balón. Y yo no tenía más recursos que agarrarlo, zancadillearlo y arrollarlo. Nunca sentí tanta vergüenza de mi juego como aquel día en Anoeta. ¿Y sabes por qué? Porque cada vez que chocaba contra Xabi, cada vez que le entraba fuerte o lo tiraba al suelo, él se levantaba y seguía jugando sin enfadarse ni un segundo, sin quejarse nunca. Se me caía el alma a los pies. Hubiera preferido que se cabreara, que me insultara, que me odiara, pero Xabi Prieto no es así.

La Real nos dio un meneo en la primera parte. Nos llegaban por todos lados, no los podíamos parar y se pusieron 3-0. Cuando Xabi Prieto me encaraba con el balón controlado, me daba la impresión de que no quería cebarse conmigo. Me podía haber dejado en ridículo con sus quiebros, sus regates, sus bicicletas, sus caños, pero daba un pase a un compañero y ya está. No creo que fuera por una compasión especial hacia mí, es que él tenía un respeto automático por los demás. Y si iba ganando 3-0, no abusaba. Lo recuerdo en sus primeros entrenamientos con la Real, cuando todavía era un jugador del Sanse y ya demostraba una habilidad extraordinaria, pero a veces se cortaba: corría por la banda, encaraba a Aranzabal, toda una leyenda, y nunca le intentaba hacer caños ni bicicletas. Por puro respeto. Aquel día en Anoeta yo no era ni su compañero de equipo ni una leyenda ni nada, pero era su amigo y noté que no quería humillarme. Qué tipazo, Xabi Prieto.

Y yo ahí, agarrándolo y tirándolo al suelo una y otra vez.

—¡El dos, hijoputa!

Mi hermana seguía oyendo los insultos de sus vecinos de grada, hasta que les dijo algo:

—Eh, oye, que el dos también es de los nuestros…

—Cómo que es de los nuestros…

—Sí, jugó en la Real.

—¿Ah, sí? ¿Quién es?

—Zuhaitz Gurrutxaga.

Gracias a la intervención de mi hermana, aquellos tipos dejaron de gritarme «¡dos, hijoputa!». La siguiente vez gritaron:

—¡Gurrutxaga, hijoputa!

Terminamos 4-1. Fue mi último partido en Anoeta y me despedí del campo con un apuro horrible, intentado disculparme con Xabi Prieto. No me atrevía ni a mirarle a los ojos.

—Xabi, tío, perdóname. Siento haber jugado así, es que era la única manera de pararte, lo siento mucho…

—No pasa nada, Gurru. Tú me ayudaste mucho cuando subí al primer equipo y eso no se olvida. Hoy has hecho tu trabajo y punto, no le des más vueltas.

Nos dimos un abrazo y a mí me entraron ganas de llorar.

Cuando jugó por última vez en 2018, en su partido 532 como txuri-urdin, la Real le propuso que invitara a Anoeta a algunos excompañeros. Dio mi nombre y me hizo una ilusión que no te puedes imaginar. Solo coincidimos unos meses en la Real, pero se ve que Xabi Prieto nunca olvidó el día en que lo colé en la discoteca Bataplán.

# 26. CONFUNDÍ LA VIDA REAL CON EL ESCENARIO Y ME LLEVÉ UN BOFETÓN

Poco a poco amplié la variedad de mis actuaciones en el mundo del espectáculo. Mi papel como defensa marrullero ya había despertado el interés de la crítica («el jugador más duro que ha pasado por el Carranza esta temporada», en la prensa gaditana) y del público («¡dos, hijoputa!», en la grada de Anoeta). Al mismo tiempo despegó mi carrera musical. Un domingo por la mañana, antes de jugar en casa contra el Nástic de Tarragona, llamé por teléfono a mi novia. La noche anterior ella había ido con unas amigas a un concierto de Sidonie, un grupo indie rock que le gustaba mucho, y le pregunté qué tal.

—Muy bien, el concierto muy bien. Y además ellos son muy majos.

—¿Majos? ¿Los conociste en persona?

—Sí, después del concierto fuimos a pedirles una foto y acabamos con ellos de fiesta hasta las tantas. Nos lo pasamos muy bien.

Nunca lo había sentido: celos. Un sentimiento feo, amargo, posesivo, vergonzoso. Sentí celos, me puse nervioso y le pregunté a mi novia qué habían hecho hasta las tantas, adónde habían ido, no sé qué más le pregunté, estaba confuso, inseguro, y ahora me da bochorno contarlo. Busqué fotos de la banda y me calmé un poco cuando vi que eran feos.

Jodé, ¿y si hubieran sido guapos? En el partido contra el Nástic, en cada pausa, me subía ese vinagre a la garganta. ¿Se habrá liado con alguno? ¿Le gustará más que yo? ¿Me va a dejar? Ganamos 1-0 y yo debí de andar despistado, porque no recuerdo nada del partido y ahora veo que el árbitro sacó tarjetas amarillas a nuestro portero y a toda nuestra defensa salvo a mí, que ya es raro.

Cuando volví a casa, venga a darle vueltas al asunto, pensé: la primera vez que siento celos en mi vida y es por los músicos de un grupo. Pues ya está, me voy a hacer músico y prometo que algún día telonearé a los Sidonie.

Fíjate si los celos son un asunto peligroso: pueden hacer que alguien como yo emprenda una carrera musical.

Mi objetivo como hombre celoso consistía en llegar a telonero de los hombres que sospechaba que le podían gustar a mi novia. Ahora que lo pienso, es una mentalidad bastante subcampeona. No me propuse superarlos, vender más discos que ellos, demostrar que era mejor, más listo y más guapo: me propuse convertirme en un personaje secundario de sus conciertos. Porque yo estaría celoso, pero gilipollas no era: sabía tocar cuatro acordes con la guitarra, no esperaba convertirme en un músico aclamado por las masas.

Al día siguiente del ataque de celos, agarré la guitarra y empecé a inventar melodías. Hasta entonces había compuesto algunas canciones, todas en euskera, pero esta vez escribía para mi novia zamorana así que cambié de idioma. Esa semana compuse mi primera canción en

castellano. La llamé «Con celos y señales», el mismo título que llevaría el disco que grabé unos meses más tarde. Las primeras frases decían así:

*Te lo cuento con celos y señales.*
*Yo no compito más con feos profesionales.*

En esa canción cuento que me pongo el sombrero gris y un pañuelo de seda, noches locas por quemar, dinero en la cartera, princesas por conquistar sin patria ni carrera… Uf. Digamos que ahora no firmaría ninguna de las letras que escribí en aquel momento, me suenan a otra persona diferente, pero así empecé esta especie de segunda vida para mí, la de artista.

Que estaba muy relacionada con la primera, ojo. Había miles de músicos mejores que yo, sabía que nunca telonearía a Sidonie solo por mi talento, así que mi baza para destacar en el mundo artístico era… mi vida de futbolista. Yo no conocía a ningún músico futbolista y pensé que esa combinación podía llamar la atención del público. Si alguien me dice que me dieron la oportunidad de cantar en un escenario porque era futbolista… ¡Pues claro! ¡Es que lo busqué premeditadamente! A veces también me preguntan si empecé a dar conciertos con ganas de despegarme la etiqueta de futbolista, como si quisiera elevarme al prestigioso mundo de la cultura y borrar mi pasado pateando balones, como si me molestara que me siguieran identificando como exjugador… Pero qué dices, si cuando monté un grupo de música estuve a punto de llamarlo Hasselbaink. No me atreví, por no estirar demasiado ese chicle o porque siempre tengo miedo a molestar a alguien, pero yo he hecho carrera artística recalcando siempre que fui jugador y contando mis batallitas futboleras. Nunca voy a dejar de presentarme como exfutbolista, eso es lo que soy y lo que seré siempre.

Por eso, cuando empecé a componer canciones, me entraron prisas. No me quedaba mucho tiempo como jugador en activo y tenía que aprovecharlo para lanzar mi carrera musical.

Un lunes me fui a un restaurante mexicano de Donostia con un par de compañeros del Real Unión. Tomamos unas cervezas, cenamos y yo hablé por teléfono con mi novia, que andaba por Barcelona. Discutimos. No recuerdo de qué. Pero yo el domingo no había jugado, el martes tocaba descanso, era lunes por la noche y acababa de discutir con mi novia, así que me tomé dos tequilas y nos fuimos al Leize Gorria. Era un bar que organizaba *jam sessions*: un escenario con instrumentos y micrófonos para que subiera quien quisiera a tocar y cantar. Me pedí un whisky, encendí mi pipa para fumar tabaco de vainilla, me calé mi sombrero de ala corta, subí los peldaños, agarré la guitarra y empecé a tocar «Con celos y señales». Digo que empecé a tocarla. Sí, empecé tres o cuatro veces. Llevaba tal pedo que se me liaban los dedos en las cuerdas, se me olvidaba la letra y no pasaba de la primera estrofa. A la quinta se me acercó Jon Lolas, cantante y guitarrista del grupo rock Lolas Club, me cogió la guitarra y con mucho cariño me invitó a bajar del escenario. Fui directo a la barra a por otro whisky. Y me quedé escuchando a Jon Lolas, que tocaba unos temones guapísimos, qué bueno era el tío. Cuando terminó, se acercó a la barra y me dijo:

—Qué pasa, Gurru, ¿una mala noche?

—Sí, me he atascado un poco…

—No pasa nada, eso es normal. Es el miedo escénico.

El tío me soltó eso y se fue a charlar con un grupo de chicas. ¿Miedo escénico? Miré alrededor y conté catorce personas en el bar, de las cuales cinco, como mucho, prestaban atención a los músicos. ¿Miedo escénico, yo? No me jodas, Jon Lolas, que he jugado en el Bernabéu ante

setenta mil personas, qué cojones voy a tener miedo escénico. Lo que pasa es que voy taja y punto. Me acabé el whisky de un trago y me fui a casa cabreadísimo.

Al día siguiente, con una resaca del quince, escribí la canción que se convertiría en mi gran hit: «Canalla».

*Garito oscuro del tres al cuarto, un micro abierto, preguntan si canto.*
*Maldita sea, trae esa guitarra, tabaco en pipa y un whisky que mata.*
*Estoy muy pirata.*
*De aquí salgo a gatas.*
*Mientras ella, flirteando por ahí,*
*yo toco fondo, yo toco fondo,*
*por Barcelona ella es super guay*
*yo toco fondo, yo toco fondo,*
*se siente cool con su amigo diyéi,*
*yo toco fondo, yo toco fondo,*
*llamando a tierra, socorro mayday.*

Ese era el nivel, madre mía. En aquella época escuchaba a grupos como Pereza y les copiaba maneras de hablar que no eran mías, todo ese rollo de princesas que conquistar, reina, cielo, no te puedo olvidar. No me pega nada. Pero bueno, tampoco me pegaban las rastas ni la cresta mohicana, y ahí andaba, tanteando, probando, supongo que buscando mi personaje. Tampoco reniego de esa etapa de mi vida, ni mucho menos, porque me lo pasé bien, aprendí un montón y me abrió el camino a los escenarios.

Representaba tantos papeles que a veces me confundía entre la vida y el escenario, la realidad y la ficción. Me pasó en Las Palmas. En la jornada 33 íbamos penúltimos, nos quedaban pocas opciones de salvarnos y a mí me tocó marcar a Álvaro Cejudo, un tipo muy hábil que me volvió loco con sus regates y sus desmarques. Marcó el 1-0 en el minuto 27. Por suerte empatamos rápido, pero Cejudo me siguió dando la tarde. Sufrí un montón para intentar frenarlo. Él también se debió de cansar, porque en el minuto 67 lo cambiaron y en su lugar pusieron a Sergio Suárez, otro tipo rapidísimo y desequilibrante, que entraba fresco. A mí me pesaban las piernas y pensé que este Suárez me iba a hundir. Así que me metí a fondo en mi papel de defensa leñero y desplegué todos mis recursos: caricias, abracitos y palabras bonitas al oído. Tardé cinco minutos en sacarlo de quicio. Suárez me hizo una entrada a destiempo, el árbitro le sacó tarjeta amarilla y en cuanto nos quedamos solos, me dijo:

—Espérame luego en el vestuario si tienes huevos.

—Claro que te voy a esperar.

Ahí, haciendo de tipo duro. Nos seguimos zurrando y él me repitió un par de veces su invitación: espérame en el vestuario, te vas a enterar. Y yo que sí, que no fuera pesado. En el minuto 87 nos marcó el 2-1 Salomón Rondón, qué nombre maravilloso para un grupo de música, y Suárez vino corriendo para celebrarlo en mi cara: toma ya, te jodes, payaso, no sé qué más me dijo. Yo le contesté:

—A ver si me lo repites luego.

Acabó el partido, los jugadores del Las Palmas se quedaron en el campo celebrando la victoria con sus aficionados y nosotros nos marchamos cabizbajos. Todos mis compañeros entraron al

vestuario menos yo, que soy tonto, y me quedé en la puerta esperando a Suárez.

No sé qué cortocircuito tuve ese día. Yo era un gallito en el campo, donde había unas cámaras de tele y un árbitro que controlaban la violencia, me podía pasar el partido diciéndole de todo a un rival, pero ese era mi personaje. En cuanto el árbitro pitaba, se acababa la ficción y yo me iba a casa, qué narices voy a esperar a nadie para pelearme, estamos tontos o qué. Pero aquel día me quedé esperando en la puerta del vestuario. Fue la primera y última vez que seguí con mi personaje fuera del campo. No supe cortar.

Los jugadores del Las Palmas entraron al pasillo. Suárez me vio desde lejos, se puso hecho una furia y corrió a por mí. Pensé: joder, la que se va a liar. Me quedé esperando como un bobo, el tipo llegó a toda velocidad y ¡zas!, me metió un bofetón.

Eso es lo que pasa cuando confundes realidad y ficción: que te llevas una hostia.

Me quedé paralizado. ¿Qué se supone que tengo que hacer ahora? ¿Liarme a puñetazos con este tío? Algunos compañeros vieron la escena por la puerta entreabierta del vestuario y salieron a defenderme. Se enzarzaron con Suárez, los jugadores del Las Palmas se sumaron a la trifulca y yo lo veía todo como en las peleas multitudinarias de los dibujos animados, con una nube de polvo con torbellinos, rayos, estrellas y onomatopeyas de golpes. ¡Zas! ¡Pum! ¡Plaf! Me refugié en el vestuario como una comadreja.

En realidad la pelea no fue más allá de unos agarrones y unos empujones, pero al salir de la ducha tuve miedo de que Suárez me estuviera esperando. Así que esperé al argentino de nuestro equipo, Danilo Gerlo, un defensa central que vino del River Plate, un tiarrón con barba, greñas y mandíbula de acero, para salir a su lado como un caniche. No pasó nada. En el avión de vuelta pensé que me había portado como un perfecto imbécil y que nunca más recurriría al juego sucio en un campo de fútbol. A partir de ese momento me conformé con hacer sufrir a la gente desde los escenarios, cantándoles poemas canallitas con mi guitarra.

Tres jornadas después jugamos en Irun el partido de la segunda vuelta contra la Real Sociedad. En el minuto 72, con empate a cero, le robé el balón a Franck Songo'o, me giré rápido, se me quedó el pie clavado en el suelo y oí un ¡¡¡crack!!! terrorífico. Caí con un dolor insoportable. Me daba miedo mirarme el pie, me lo imaginaba partido y colgando, creí que me iba a desmayar, pero lo palpé un poco y comprobé que estaba en su sitio.

Cuando miré al banquillo y levanté la mano para pedir el cambio, vi que Abasolo estaba a punto de entrar al campo para sustituir a Quero. Era nuestro tercer y último cambio. Si el entrenador me quitaba a mí, pondría a otro defensa y Abasolo se quedaría sin jugar en un partidazo contra la Real. Me miró con cara de angustia: «Aguanta, Gurru, por favor, aguanta, no pidas el cambio…». Y me aguanté, por no hacerle esa faena.

Así jugué mis últimos veinte minutos con el Real Unión, mis últimos veinte minutos en Segunda, como en mis viejos tiempos: huyendo del balón. Esta vez puedo alegar una rotura completa del ligamento peroneoastragalino anterior, una rotura parcial del ligamento peroneocalcáneo y una rotura completa de la sindesmosis tibioperónea anterior del tobillo, que no sé cómo no escribí una canción con semejante poema.

No fue tan grave, no tuvieron que operarme. Pasé seis semanas con el tobillo escayolado, el Real Unión bajó a Segunda B, no me renovaron el contrato y me fui de vacaciones a Londres con mi novia para ver si nosotros renovábamos o no.

En Londres nos pilló la final del Mundial 2010: España-Países Bajos. A mi novia le apetecía

mucho verlo. Se compró una camiseta de la selección española y buscamos algún bar donde dieran el partido. Cerca de Picadilly Circus encontramos un pub repleto de gente con camisetas, banderas y bufandas de España. Pedimos unas cervezas, nos sentamos a una mesa alta con unos chavales, nos saludamos y nos presentamos: yo Pepito, yo Juanito, yo Zuhaitz…

Uno me contestó con un punto de mala gaita.

—¿Zuhaitz? ¿Tú de dónde eres?

—Del País Vasco. ¿Y tú?

—De Valladolid. Y qué pasa, ¿que no te sientes español?

No, joder, ya empezamos. En todo el pub yo era el único que no llevaba una camiseta de España. Y qué le iba a explicar a ese tío, que soy de un barrio de Elgoibar, que soy vasco, que me siento vasco, que eso no es un asunto importante para mí, que esté tranquilo porque no tengo nada contra España, que estoy cansado de tener que dar explicaciones a desconocidos que creen que tienen derecho a pedírmelas. Le podía haber contestado todo eso, pero hice lo que he hecho toda mi puta vida: contestar lo que el otro quiere oír.

—¿No te sientes español?

—Sí, hombre, sí.

—¿Y no tienes una camiseta de España?

Qué le iba a decir, que en mi casa tengo un cajón lleno de camisetas de España, muchas de ellas con mi apellido a la espalda. La primera de todas me la vestí precisamente en esta ciudad, para jugar un partido en el estadio de Wembley contra la selección inglesa. Ese día me bañé en el jacuzzi junto a nuestro portero suplente, un chaval madrileño de nombre vasco al que toda la gente de ese pub de Picadilly Circus iba a aclamar dentro de un par de horas.

—Sí, tengo una camiseta de España, pero no me la he traído de viaje.

El chaval me dejó por fin en paz. Vi el partido sin ninguna implicación emocional, pero no por rollos patrióticos, sino porque hacía muchos años que no soportaba ver fútbol de élite, lo pasaba mal, me traía recuerdos amargos. Apagaba la tele y me daba igual cualquier resultado de cualquier equipo, de la Real Sociedad, de España o de quien fuera. El último Mundial que seguí fue el de 1998, justo antes de convertirme en futbolista profesional, así que no me importaba nada si ganaba España o si ganaban los Países Bajos. En todo caso, preferiría que ganara España porque mi novia iba con la camiseta y tenía esa ilusión, pero tampoco te creas que a esas alturas el factor amoroso influía mucho. Porque Iniesta marcó el gol de la victoria en el minuto 116, mi antiguo compañero de jacuzzi levantó la copa, le dio el famoso beso en directo a su novia y periodista Sara Carbonero, y mi novia y yo cortamos nuestra relación nada más volver a casa, cinco meses antes de que yo teloneara a Sidonie.

En el pub, cuando toda la gente con las camisetas españolas saltaba, cantaba y se abrazaba, yo me quedé tranquilo en un rincón. Se me acercó de nuevo el chaval de Valladolid, un poco pasado de vueltas.

—Qué, te jode que gane España, ¿no?

—Que no, hombre, me alegro mucho.

Volví a hacer lo que he hecho toda mi puñetera vida con estos temas: responder lo que el otro quiere oír. Si el otro quiere que yo me sienta español, pues español. Si quiere que me sienta vasco, pues vasco. Siempre evitando líos, siempre escondiéndome detrás de la respuesta conveniente o quedándome callado. El problema es que he guardado silencio ante asuntos mucho más graves.

Si hay algo de lo que me avergüenzo especialmente es de mi actitud, hace unos años, cuando

ETA asesinó al empresario Inaxio Uria, el padre de mi cuñado. A él le arrebataron la vida con dos tiros; a su familia se la destrozaron, incluidos mi hermana y su marido. Les apoyé todo lo que pude en privado. Pero en público no me atreví a decir nada. Ni entonces ni después. Cuando lo asesinaron, porque era futbolista profesional. Después, porque era actor y presentador de televisión. Guardé silencio por miedo a señalamientos, represalias y boicots de la gente que apoyaba a ETA. Algunos dirán que mi miedo estaba justificado, otros dirán que no había motivo para tanto. A mí nunca se me dio bien distinguir mis miedos racionales de los irracionales, pero tengo claro cómo te marcaba alguna gente aquellos años. Lo indudable es que tuve miedo y que he sido un cobarde de mierda.

Sé que ahora llego tarde y mal. Pero necesito insistir en lo que mi hermana, su marido y su familia ya saben, que tienen todo mi apoyo y mi cariño ante este dolor irreparable; y necesito decir lo que otros no saben porque nunca lo he expresado en público, que es mi repulsa y mi condena ante aquel atentado y ante todos los demás cometidos por ETA, con los que destrozaron la vida a tanta gente durante tantos años.

Lo digo con mucho retraso, con toda mi vergüenza.

# 27. CINCO FUTBOLISTAS BUSCANDO UNA RIMA

Ni renové con mi novia ni renové con el Real Unión. Lo segundo sí que era raro, porque había jugado veinticuatro partidos a buen nivel, pero se ve que al bajar a Segunda B quisieron cambiar la plantilla, no lo sé. Me llamaron mis representantes:

—Zuhaitz, no conseguimos ningún equipo de Segunda para ti. Vamos a probar con los de Segunda B. ¿Tienes alguna preferencia?

La última vez que me preguntaron por mis preferencias les dije que quería un equipo cerca de casa y me mandaron a Algeciras. Así que les respondí que me daba igual dónde, porque total, más lejos que Algeciras ya no podía ser.

A los dos días me presentaron una oferta del Ceuta.

Tendría que viajar precisamente hasta Algeciras y una vez allí subirme al barco, cruzar el Estrecho hasta la costa africana y llegar por fin a Ceuta. El guionista de mi vida tiene un sentido del humor bastante cabrón. Porque además la oferta era sorprendentemente buena para un equipo de Segunda B: 45 000 euros por una temporada. Nadie me había pagado tanto desde que dejé la Real. Mis representantes estaban muy contentos.

—Qué, Zuhaitz, les decimos que sí, ¿no?

—Pues lo siento mucho, pero no puedo ir a Ceuta.

—Si nos dijiste que estabas dispuesto a ir a cualquier lugar…

—Es que no creo que sea un buen sitio para progresar como músico.

Yo seguía componiendo canciones con la guitarra y tenía mucha ilusión por empezar a dar conciertos cuanto antes. ¿Cómo iba a montar mi primera gira en un enclave como Ceuta? ¿Sin salir de la ciudad? ¿Viajando por Marruecos? Veía demasiadas complicaciones para desarrollar una carrera artística que en ese momento solo existía en mi imaginación, pero que me importaba tanto como para rechazar una oferta tan buena. Estarían contentos mis representantes: a este tuercebotas no hay quien lo coloque en ningún equipo, le conseguimos un ofertón y nos dice que no, porque quiere ser artista. Tócate las narices.

Pasaban los días y lo único que sonaba era mi guitarra. El teléfono seguía mudo: en los cuatro grupos de Segunda B jugaban ochenta equipos y ninguno tenía interés en ficharme. El 30 de agosto, un día antes de que acabara el plazo de inscripciones, pensé que tendría que retirarme del fútbol. Con veintinueve años. Menudo bajón.

El 31 de agosto al mediodía recibí una llamada.

—Zuhaitz, soy Mitxi.

¡José Luis Ordeñana, Mitxi, el presidente del Lemona! El que iba al hospital a presentar ofertas a jugadores recién operados que de otro modo nunca habría podido contratar. El que esperaba a las últimas horas del mercado de fichajes para buscar futbolistas agarrados con los dedos al borde del abismo.

—Sigues sin equipo, ¿no?

—Sí, Mitxi.

—Queremos ficharte otra vez. Lo que pasa es que no tenemos mucho dinero.

—¿Cuánto?

—Diez mil por una temporada.

—De acuerdo, ahora mismo voy para allá y firmamos.

Conduje por la autopista echando cuentas. De Donostia a Lemoa y vuelta eran 170 kilómetros al día. Cinco días por semana, durante diez meses de competición… me iba a gastar ocho mil euros en gasolina y peajes. Así que me quedarían dos mil limpios en toda la temporada, y gracias a que los representantes no quisieron ni cobrarme su porcentaje.

Por suerte, cinco jugadores del Lemona vivíamos en los alrededores de Donostia y compartimos coche para reducir gastos. Así íbamos el central Nacho Azpilicueta, el lateral Ander Avellaneda, el centrocampista Iker Izeta, el extremo Imanol León y yo, media alineación del Lemona apretada un día en un Opel Corsa, otro día en un Renault Clío. Como en mi primera época en este club, entrenábamos a las siete de la tarde porque casi todos los futbolistas tenían otro trabajo. Y esta vez yo también tenía alguna tarea: me pasaba las mañanas escribiendo canciones y aprovechaba los viajes por la autopista para trabajar las letras con mis compañeros. Imagínate a cinco futbolistas viajando por carretera componiendo poemas. Tenía una canción de amor y desamor, «Dicen por ahí», con la que nos rompimos la cabeza para completarle las rimas. Me faltaba una palabra de tres sílabas, que no fuera un verbo y terminara en -í. Ya había usado frenesí y los cinco futbolistas nos pasamos el viaje a Lemoa desesperados por encontrar otras.

—¡Pirulí!

—No me jodas, pirulí…

Nos quedamos callados los cinco, exprimiéndonos los sesos, pasamos Itziar, Elgoibar, Eibar, hasta que otro soltó:

—¡Manatí!

—¿¿Manatí?? ¿Pero qué cojones es eso?

—Un manatí, como una foca muy grande, una vaca marina de esas que hay en el Amazonas. Lo vi el otro día en un documental.

—¿Y en un poema de amor voy a meter una vaca marina?

En el entrenamiento noté a mis compañeros especialmente serios y concentrados. Pero no creo que estuvieran pensando en las tácticas. Nos pusimos a ensayar córners y el central Azpilicueta me llamó con urgencia:

—¡Eh, Gurru, Gurru!

Miré alrededor, pensando que me avisaba porque había algún delantero libre de marca.

—¡Gurru!

—¿Qué?

—¡Ya lo tengo, Gurru! ¡Ralentí!

Pues ahí fue ralentí, una rima pensada por un defensa central del Lemona que defendía un córner, directa a una canción de amor.

Ese año el Lemona era un poco distinto. Nos entrenaba Aitor Larrazabal, lateral izquierdo legendario del Athletic, que intentaba hacernos jugar un poco mejor, un poco más fino.

Yo también me comporté distinto. Cuando vi que ningún equipo de Segunda B me quería fichar después de un buen año en Segunda, me deshinché un poco. Ya estaba harto de mi papel como defensa marrullero, me sentía agotado, y después del bofetón de Suárez en Las Palmas me había prometido dejar de ser un macarra en el campo. Ya no tenía ganas de meterme en broncas todos

los partidos. Ni de llevar cresta. Yo iba ya de artista, de músico modernillo, con mi tupé y mi bigotito bien perfilado.

Eso sí, como me paso la vida representando papeles, empecé a creerme el «Trinche» Carlovich. ¿Viste el documental que hicieron sobre él? Buenísimo. Era un futbolista argentino de los años setenta y ochenta que jugaba en Segunda pero tenía fama de ser uno de los mejores de la historia. Maradona hablaba maravillas de él. Una zurda mágica, un tío que les hacía dos caños seguidos a los defensas contrarios, que según la leyenda una vez estuvo diez minutos seguidos con el balón, hasta que un rival le dio una patada y se ganó la expulsión. Dicen que todos los campos de Segunda se llenaban: «¡Hoy juega el Trinche!». Lo que me gustaba del personaje era su desapego: no le interesaba jugar en Primera, cuidarse, sacrificarse, ser profesional. Menotti lo convocó para una prueba con la selección argentina y el Trinche no apareció, dijo que se había ido a pescar a una isla en el río y no había podido volver porque habían crecido las aguas o algo así…

Pues yo, que soy un bufón, pasé de creerme John Terry a creerme el Trinche. De cachondeo, ¿eh? Antes de los partidos, a mis compañeros del Lemona les decía:

—Chavales, cuando no sepáis qué hacer con el balón, pasádselo al Trinche.

Y salía al campo gritando:

—¡Hoy juega el Trinche!

A mí me molaba esa fantasía de ser un zurdo mágico y esa pose de artista desapegado. También soñaba con jugar alguna vez de delantero, como cuando subí a rematar a la desesperada con el Zamora y estuve a punto de marcar el gol del ascenso. Fue una sensación maravillosa. Pero a mi edad ya me parecía imposible reconvertirme. Ahora me doy cuenta de que mezclaba mis fantasías, mis frustraciones, y con eso me inventaba papeles. Sin duda, los terrenos de juego fueron mi mejor escuela para el teatro.

Dos veces por semana nos entrenábamos en otros campos de la provincia para no estropear todavía más el nuestro, el patatal de Arlonagusia. Un día el entrenador nos dijo:

—Chicos, el club busca a alguna persona para llevar la ropa limpia cuando entrenamos en otros pueblos y para traerla de vuelta a lavar. Si tenéis algún amigo en paro que tenga coche y quiera ganar un poco de dinero, le pagarían 250 euros al mes.

Urko Vera, nuestro máximo goleador, la estrella del equipo, levantó la mano.

—¿Tienes algún colega al que le pueda interesar, Urko?

—Qué colega ni qué colega, míster. Me interesa a mí.

Desde entonces, Urko Vera aparecía dos veces por semana derrapando en su Mini Cooper con el maletero cargado de ropa. Era un tío estupendo, un chaval del barrio bilbaíno de Txurdinaga que se lo tuvo que currar de verdad. Su padre murió cuando él tenía diez años, empezó a trabajar muy joven para ayudar en casa, perdió el empleo durante la crisis y vio que en el fútbol podía ganar algo de dinero. Y aunque fuera el máximo goleador de Segunda B, si tenía que hacer de utillero para sacarse unos euros extra, lo hacía. Cuando terminábamos de ducharnos nos echaba la bronca:

—Cabrones, echad la ropa sucia dentro de las bolsas, que no soy vuestro niñero para recogérosla de uno en uno, joder.

Una tarde de diciembre acabamos el entrenamiento en el campo de fútbol de Loiu y vimos que el presidente Mitxi esperaba en la puerta de los vestuarios. Paró a Urko Vera mientras los demás nos íbamos a la ducha. Vera entró un poco más tarde y nos dijo:

—Hermanos, yo no sé si Mitxi le ha dado al pimple o qué, pero me dice que me ha fichado el Athletic.

¡Menudo alegrón! Nos pusimos a cantar su nombre, a saltar, a abrazarlo… Mira que en el fútbol hay celos y envidias entre compañeros, como en otras profesiones, pero en el caso de Urko Vera lo celebramos de corazón. Llevaba catorce goles en doce partidos y había llamado la atención de Joaquín Caparrós, el entrenador del Athletic, que lo fichó en el mercado de invierno. Le dimos palmadas, le dimos abrazos, hasta que el tío miró alrededor y se cabreó:

—Cabrones, echad la ropa sucia dentro de la bolsa, que no soy vuestro niñero para recogérosla de uno en uno, joder.

Y se fue con su coche cargado hasta los topes con nuestra ropa sucia, la víspera de firmar un contrato de muchos miles de euros con el Athletic.

Acabamos la temporada en novena posición, sin grandes alegrías ni grandes miserias, un buen resultado para el Lemona. Mitxi me ofreció seguir un año más con un ligero aumento de sueldo: 15 000 euros. Firmé enseguida, porque no me apetecía pasarme otro verano pendiente de ofertas para jugar vete a saber dónde. Prefería centrarme en mi carrera. En la artística, digo. Ya había compuesto catorce canciones y quería empezar a dar conciertos en el País Vasco.

Para eso necesitaba un grupo. Convencí a un colega que tocaba el cajón y ya está, ya tenía grupo. En aquella época había bandas indies que se ponían nombres de deportistas de los ochenta: McEnroe, Tachenko… y me apunté a la moda. Repasando deportistas de mi infancia me salió el ciclista Jean-Paul Van Poppel, un esprínter neerlandés con un nombre muy sonoro que además contenía la palabra «pop», así que lo adapté un poco y tachán: ¡Vanpopel!

En julio de 2011 organicé el primer concierto de Vanpopel en el bar El Muro, junto a la playa de la Zurriola, en Donostia. Y te diré una cosa: salí por primera vez en serio a un escenario y me sentí más cómodo ante el público que en cualquier campo de fútbol en toda mi vida.

Tenía el ambiente a favor. Unos cuarenta oyentes, muchos de ellos amigos, y yo encantando con mi papel de canallita. Salí al escenario con mi bigote, mi tupé, mi guitarra y una botella de whisky a la que le iba dando sorbos. Vaya tela. Pero esa es otra ventaja que tiene el mundo del espectáculo respecto al fútbol: si estás tenso, te puedes tomar un par de vinos o un whisky antes de salir al escenario. Un psicólogo noruego escribió que el ser humano nace con un déficit de 0.05 % de alcohol en sangre y que cuando nos tomamos un vino o dos damos la mejor versión de nosotros mismos. Luego aclaró que era una coña, porque después de los primeros beneficios psicológicos enseguida vienen los perjuicios físicos y mentales, desde los más leves hasta los más graves, pero le parecía curioso que el alcohol fuera un tóxico socialmente bien visto. Creerás que es una bobada, pero yo justo con dos vinos soy mucho más racional, porque me olvido de mis miedos irracionales, me desaparecen las obsesiones y me comporto como una persona equilibrada. ¿Y sabes qué? Me da pena no haberme tomado nunca un vino o dos justo antes de un partido, a ver si salía más tranquilo y jugaba mejor. Ya sé que no, ya sé que el alcohol es una solución engañosa y enseguida te entorpece, pero yo con un par de tragos salía al escenario con un punto bueno. Al final de un concierto, uno de esos amigos sinceros que te centran en la vida me aclaró las cosas.

—Zuhaitz, para que tus oyentes te consideren un buen músico lo que necesitarías es que antes del concierto los whiskys se los tomaran ellos. Tres o cuatro por lo menos.

Ese día en El Muro canté «Crápula crepuscular», «Complot», «Domingos sin sol», títulos y letras que había trabajado en la autopista con mis compañeros del Lemona. También «Laberinto

sin escapatoria», que igual a la gente le pareció una canción de desamor como las otras, pero tú, que ya has leído mi historia, creo que la vas a entender:

*Puertas que cierro una y otra vez.*
*Apago luces, cuento hasta diez.*
*Cientos de agujas bajo mis pies.*
*Doy cabezazos en la pared.*

*Rechazo abrazos por precaución.*
*Mi piel adicta al buen jabón.*
*Besos sin lengua, mi salvación.*
*Sin simetrías pierdo el control.*

*Sobrevivo aún vagando*
*en mi cordura transitoria.*
*Ya pinté de azul*
*mi laberinto sin escapatoria.*

El de la música creo que fue el único debut de mi vida que no salió desastroso. Tengo un recuerdo buenísimo: mi amigo Eneko con el cajón, yo con la guitarra, los dos a gusto… Nos divertimos, tocamos bien, canté bien, el público nos jaleaba, me sentí tan a gusto que empecé a explicar de dónde salía cada canción. Que me había hecho músico porque mi exnovia se fue de fiesta con los Sidonie y me puse celoso; que escribí «Canalla» porque un lunes salí de fiesta y Jon Lolas vino a bajarme del escenario cuando yo estaba tan pedo que no conseguía pasar del primer acorde con la guitarra; que a pesar de las pintas de moderno con las que me veían yo había sido un defensa especializado en frenar a los mejores delanteros de Primera a base de agarrones y zancadillas. Porque yo era un deportista, ¿eh? Y entonces le daba un trago al whisky. Eran bobadas pero la gente se reía.

Esto del espectáculo era algo nuevo para mí, pero desde el principio sentí que lo dominaba. Me pasé el verano entrenando con el Lemona y dando conciertos en bares, cafés teatro, librerías, en cualquier sitio del que nos llamaran. Se iba corriendo la voz y la gente nos invitaba. Tocamos en el escaparate de una tienda de ropa de Bilbao a cambio de un par de camisas, en una caseta donde vendían pan frente a la estación de tren de Donostia a cambio de unas barras de centeno y un par de bizcochos. Los pagos me daban igual, a mí me molaba cantar ante el público y quería foguearme. Tocamos en una carnicería, en una sidrería, en el club de tenis de Ondarreta, donde me vestí de tenista de los años ochenta, con pantaloncito blanco y cinta en el pelo, salí con raquetas y todo. Me lo pasaba muy bien, me salían shows divertidos.

Sentí que había encontrado mi lugar. Para entonces yo ya no era un futbolista de un equipo importante que tuviera que cuidar por dónde andaba, qué hacía o qué decía. Y todavía no era un presentador de la televisión pública, donde otra vez tuve que preocuparme por la imagen que daba fuera de mi trabajo. Esa época de Vanpopel, cantando de bar en bar, con un amigo que tocaba el cajón y cuarenta, veinte o diez personas escuchándonos, fue la época en la que me sentí más libre.

En octubre, con el Lemona palmando un partido tras otro y ya en puestos de descenso, me junté con un guitarrista y una bajista, y grabé mi primer disco de seis canciones: «Con celos y

señales». Tampoco me voy a tirar el pegote diciendo que mi carrera futbolística terminaba de hundirse mientras mi carrera artística despegaba, porque despegar no despegué ni la cinta de embalar de un montón de cajas con los discos compactos que me sobraron. Saqué mil y tengo la mitad todavía en el desván de mis padres. Ya te daré uno cuando quieras. O cinco o seis, si tienes una huerta y quieres colgarlos para espantar a los pájaros.

Y lo bien que nos lo pasamos qué. Presentamos el disco en el café teatro Doka de Donostia y vino mogollón de gente. ¿Sabes cuál fue siempre mi mejor promoción? Que mis conciertos no los anunciaban en las páginas de Cultura, sino en las de Deportes. Venía la noticia de un esguince de tobillo de un jugador de la Real, la que más gente leía, y debajo la entrevista curiosa al futbolista Gurrutxaga que acababa de sacar un disco. Yo mismo llamé al programa *El día después* de Canal Plus, los que me habían sacado dándome crema hidratante en el banquillo de la Real, y vinieron a hacerme un reportaje. Me grabaron entrenándome con el Lemona, luego volviendo en coche a Donostia y preparándome para salir al escenario, tocando en el concierto… A ver qué músico aficionado presenta su primer disco y lo sacan en un canal de televisión de ámbito nacional. Ninguno, salvo que sea futbolista.

Con tanta promoción, empezaron a llamarme de muchos bares y ahí andaba yo, dando mi concierto un sábado por la noche, recogiendo los altavoces y los cables a las dos de la mañana, acostándome a las tres y jugando el domingo por la tarde con el Lemona. Puede que te preguntes: ¿y en el club te dejaban dar conciertos la noche anterior a un partido? ¿Eso no es una falta de compromiso con quien te paga el sueldo? Es que ese era el problema: no nos habían pagado ni una mensualidad desde que empezó la temporada.

Cementos Lemona, la fábrica que patrocinaba al equipo, estaba en crisis. Y a mí me tocó una de las misiones más desagradables como futbolista: ir con los otros tres capitanes del equipo a reclamar la pasta que nos debían. Uno de los capitanes era Josu «Martillo» Iglesias, el frutero del Bernabéu, que ya había terminado su excedencia de dos años para jugar en el Real Unión y ahora se dedicaba otra vez a currar en el almacén y a partirse el pecho en el Lemona sin ver un duro. Fuimos los cuatro a la cementera, que era como ir a la central nuclear del señor Burns, con todas esas naves y torres y tuberías gigantes, y tocamos el timbre de la entrada.

—Hola, somos los capitanes del Lemona, queremos hablar con el gerente…

Nos recibió en su despacho y nos lo dijo muy claro: desde que había estallado la burbuja inmobiliaria les había pillado la crisis, andaban despidiendo a trabajadores y no quedaba dinero para futbolistas.

Pasamos once meses sin ver un céntimo. No solo eso: pagábamos la gasolina y los peajes para ir a entrenar a diario, así que perdíamos dinero por jugar en el Lemona. ¿Por qué no nos plantamos? Porque teníamos todas las de perder. Nos lo explicó el sindicato de futbolistas: si dejábamos de entrenar, el club podía denunciarnos por incumplimiento de contrato; y si no nos presentábamos a tres partidos, al Lemona lo expulsaban del campeonato y nosotros nos quedábamos sin competir el resto de la temporada, sin ninguna posibilidad de que algún otro equipo nos viera jugar y nos fichara para el año siguiente. Yo contaba con mis ahorros, no tenía apuros, pero para algunos compañeros el panorama era jodido de verdad.

Hicimos de todo para juntar pasta. Nos reunimos con el ayuntamiento de Lemoa y nos dieron algo de dinero. Llamamos a jugadores de la Real y el Athletic para que nos regalaran camisetas y vendimos boletos para sortearlas, íbamos vendiéndolos a los cuatro gatos que venían a vernos a los partidos, a la gente del pueblo, a los amigos, madre mía, como cuando organizábamos el viaje de fin de estudios en el instituto. Un día apareció Luis Rubiales, que entonces era presidente de

la Asociación de Futbolistas Españoles, a mostrarnos su apoyo y a regalarnos unas botas. Por suerte no nos plantó ningún beso en los morros. En fin, así andábamos, casi mendigando para tener calzado deportivo.

Entonces vimos una posibilidad de ganar pasta: la Copa Federación. ¿Qué es la Copa Federación? Pues una especie de Copa del Rey para modestos. Participan equipos de Segunda B y Tercera… a los que les interese participar, que no son muchos, porque es una competición que no sigue nadie, las eliminatorias se juegan entre semana, te toca viajar por toda España y no sale nada rentable. Salvo que la ganes. Aquel año el equipo vencedor se embolsaba 90 000 euros. Así que fuimos donde Mitxi y le hicimos firmar un compromiso: si ganábamos el torneo, el dinero sería para sueldos atrasados.

Con todo este lío de impagos, reclamaciones y reuniones para ver si nos declarábamos en huelga, el equipo no andaba muy centrado. En la Liga íbamos fatal, en puestos de descenso y a muchos puntos de la salvación, pero de repente empezaron las eliminatorias de la Copa Federación y salimos a jugar como una manada de bisontes. Era nuestra Champions League: a por los 90 000 pavos.

Ojo al Lemona, tú: quedamos primeros en la fase de grupos y en las siguientes rondas fuimos eliminando al Burgos, Amorebieta, Tudelano y Ceuta, uno detrás de otro, zaca, zaca, zaca, hasta plantarnos en la final. Nuestro rival era el Binissalem, un equipo mallorquí de Tercera, una categoría por debajo de la nuestra. Y la final se jugaba a doble partido.

Antes de la ida, nos llamaron del Binissalem con una propuesta.

—El campeón se lleva 90 000 euros, el subcampeón 30 000. ¿Por qué no hablamos con la Federación, les decimos que nos disputamos el torneo a cara de perro, pero que nos gustaría repartirnos los dos premios a partes iguales? Así nos aseguramos 60 000 euros cada equipo.

Ni de coña, Binissalem.

Éramos el Lemona, el equipo que había sido el terror de la Segunda B y había resucitado para machacar a todos sus rivales en la Copa Federación. A estos terceruelas del Binissalem nos los íbamos a comer con patatas y nos íbamos a llevar los 90 000 eurazos.

Jugamos la ida en Binissalem y perdimos 5-0.

Nadie había remontado cinco goles en la final de este torneo y supongo que en ningún otro, pero nosotros éramos el Lemona, quedaba el partido de vuelta, teníamos un campo embarrado y una buena manguera.

# 28. TELONERO FELIZ

Al pobre Mitxi le salía humo por las orejas. A los periodistas les dijo que habíamos perdido 5-0 a propósito para humillarlo delante de toda Euskadi, porque lo peor de aquel partido en Binissalem es que lo dio ETB. Yo pensaba que mi familia y mis amigos iban a ver en la tele cómo me convertía en campeón y mira qué ridículo. No nos dejamos; cómo nos íbamos a dejar, si nos estábamos jugando 90 000 euros. Nos quedamos muy jodidos.

Lo que pasa es que Mitxi andaba con la mosca detrás de la oreja, porque cinco días antes del partido en Binissalem, jugamos en Vitoria contra el Alavés y aprovechamos que también lo retransmitía ETB para salir al campo con una pancarta: «Mitxi, paga ya». En el siguiente entrenamiento, el director deportivo del Lemona le dio un sobre a Josu «Martillo» Iglesias.

—¡Joder, qué bien! ¡El primer pago de la temporada y me toca a mí!

Josu abrió el sobre y leyó una carta de Mitxi en la que nos amenazaba con no pagarnos ni un duro a final de temporada, que es lo que nos venía prometiendo, si volvíamos a sacar la pancarta en Binissalem. En el campo iba a estar Ángel María Villar, presidente de la Federación Española de Fútbol, que además era su amigo, y Mitxi no quería quedar mal delante de él en plena final. No sé si por miedo o por pena, pero en Binissalem no sacamos la pancarta y a la vuelta en Lemoa tampoco.

La víspera del partido de vuelta, nuestro entrenador Alfonso Barasoain pidió al jardinero que le diera un buen manguerazo al campo. Y la mañana siguiente, otro. En Binissalem habíamos jugado en un campo de hierba artificial que parecía un tapete, el balón corría de maravilla, ellos estaban acostumbrados a un juego rápido y técnico, y la idea era que aquí se encontraran con un terreno blando y que el balón se les atascara un poco. Cuando los futbolistas del Binissalem salieron a calentar, nos fijamos en sus botas y nos dio un subidón: la mayoría venían con tacos de goma. Claro, en las Baleares jugaban siempre en campos secos o de hierba artificial, algunos futbolistas quizá ni tendrían tacos de aluminio. A ver, el terreno en Arlonagusia tampoco estaba tan mal como para que no pudieran jugar con tacos de goma. Y nosotros nos conformábamos con ganar el partido y disimular un poco el desastre de la ida, no teníamos ninguna esperanza de remontar cinco goles.

Hasta que empezó a llover.

Yo no sé si, además del jardinero, Barasoain contrató también a un chamán para que hiciera la danza de la lluvia o qué, pero nada más empezar el partido cayó un diluvio como para que Noé se fuera corriendo a comprar un serrucho y unos tablones. Duró quince minutos, pero dejó el campo embarrado y lleno de charcos. Los pobres jugadores del Binissalem no conseguían pasarse el balón, se resbalaban todo el rato con sus tacos de goma y parecía que se los iban a tragar unas arenas movedizas. ¡A por ellos!

Minuto 10: 1-0.

Minuto 13: 2-0.

Minuto 35: 3-0

Minuto 39: 4-0.

¡Joder, no habíamos llegado ni al descanso y solo nos faltaba un gol para empatar la final!

El Binissalem no había pasado del centro del campo en toda la primera parte y yo, para qué negarlo, me había relajado un poco. En el minuto 40 uno de sus centrocampistas lanzó un pase al delantero, que estaba más adelantado que nuestros centrales. Fuera de juego, ¿no? Pues no, porque se ve que yo estaría aprovechando el tiempo libre que me dejaba el partido para pensar rimas: pirulí, manatí, ¡mallorquí!, me quedé unos metros por detrás de mi línea defensiva y rompí el fuera de juego. El delantero se quedó solo, arrastró el balón por el barro como pudo, entró al área y disparó ajustado al palo: 4-1.

Mierda, mierda, mierda.

Esta vez, en el descanso, hice bien las cuentas. En caso de empate, los goles fuera de casa valían más, así que necesitábamos tres goles para ganar la final.

En la segunda parte salimos a comérnoslos.

En el minuto 50, el portero del Binissalem sacó una mano milagrosa y desvió el balón al larguero.

En el 53, otro tiro al larguero.

En el minuto 65: 5-1.

¡En el minuto 76: 6-1!

Nos faltaba un gol. Fue tremendo: quince minutos con todos los jugadores del Binissalem encerrados en su área y nosotros atacando y atacando en el barro, intentando meter el balón entre el bosque de piernas rivales, centrando para buscar remates de cabeza, peleando por los rebotes, chutando como podíamos. Pero nada. Debe de ser la única vez en la historia en la que un equipo gana la vuelta 6-1 y pierde la final.

Era mi última final. Cómo querías que acabara.

Y nos conformamos con los 30 000 euros, por listillos. Con ese dinero y algo que puso el ayuntamiento, aquella temporada cobramos tres mensualidades. En mi caso, tres o cuatro mil euros, lo justo para los peajes y la gasolina de los viajes compartidos y alguna bolsa de patatas fritas. También me llevé la medalla plateada que nos colgó Ángel María Villar con su cinta rojigualda y una inscripción en grandes letras doradas: subcampeón.

En las Navidades anteriores di un concierto con Vanpopel en un bar de Donostia y al acabar se me acercó un tío que trabajaba en la promotora musical más importante de la ciudad. Me dijo que tocaba bien y que le había hecho gracia la historia de mis celos con Sidonie.

—Zuhaitz, dentro de tres semanas traemos a Sidonie a Donostia. ¿Quieres salir antes de ellos a tocar veinte minutos? ¿Te atreves?

—¡Hombre, claro!

Menudo esprint de Vanpopel, qué bien le puse el nombre: en julio monté el grupo, en octubre saqué el disco y en enero iba a telonear a Sidonie. Cumpliría mi máxima aspiración musical, la de convertirme en el secundario del grupo al que envidiaba.

El concierto fue en Gazteszena, un local para setecientas personas con un escenario profesional: un montón de focos, altavoces por todas partes, cinco técnicos de sonido… Ostrás. Para mí, que venía de tocar en bares, carnicerías y frontones, aquello era como jugar en Wembley.

Aquella noche de viernes toqué cuatro canciones, sentí que el público conectaba y terminé muy contento. El sábado tenía partido con el Lemona y me convenía irme a dormir cuanto antes, pero me quedé a escuchar a Sidonie y a resolver un asunto pendiente. Después del concierto habían

organizado una fiesta en el bar Bukowski y entré a buscar a alguno de los músicos de Sidonie. Vi al batería.

—Hola, Áxel, perdona. Soy el del grupo Vanpopel, el que ha tocado antes que vosotros. Ya me imagino que no me habréis podido escuchar, pero le he contado una historia sobre vosotros a la gente… ¿Tienes un minuto?

Le conté que me hice músico por Sidonie, porque mi antigua novia había salido de fiesta con ellos, yo me había puesto celoso y me propuse telonearlos algún día. Que en el concierto había cantado «Con celos y señales», la canción que contaba esta historia… El tío me miró un poco sorprendido, sonrió y me dio una palmadita.

—Ah, pues felicidades.

Al día siguiente empatamos en casa con el Sestao River y mi exnovia me mandó un mensaje porque le habían dicho que había teloneado a Sidonie y quería felicitarme. Pues ya está, me había convertido en artista subcampeón.

Ya podía retirarme de la música, pero me apeteció seguir porque me divertía mucho en los escenarios. Y no te lo voy a negar: me gustó que me volvieran a hacer caso, o siempre necesité que me hicieran caso, no sé cómo decirlo. Aquel sábado miré la prensa como cuando era futbolista y buscaba las puntuaciones. Un crítico musical me presentaba como «exfutbolista de la Real Sociedad». «Zuhaitz Gurrutxaga, armado con una guitarra acústica y una decente voz, ofreció cuatro canciones que explicó con introducciones muy convincentes y altas dosis de humor. Aunque fue breve, sirvió para descubrir a este artista en ciernes que busca un hueco en el mundillo musical. Gurrutxaga, aún en activo como jugador, canta a exnovias y a los sinsabores del fútbol». Pues eso: cantaba decente, pero mis puntos fuertes eran el humor y las historietas de futbolista. Lo iba viendo cada vez más claro.

El papel de futbolista y músico llamaba la atención. Me hacían entrevistas, la gente venía a verme a los conciertos, me aplaudían. Quizá era eso lo que necesitaba, no lo sé. Hace poco empecé una terapia con una psicoanalista y se quedó flipada cuando le conté que mi primer mes de vida lo pasé solo en el hospital, separado de mi madre. Un recién nacido necesita que lo arropen, que le den refugio, contacto físico, amor, llámalo como quieras, porque es un momento clave en el desarrollo neuronal, hormonal, inmunológico, y si se queda solo sufre mucho estrés. Un bebé separado de su madre tiene más posibilidades de desarrollar enfermedades y traumas el resto de su vida. Yo no sé si el hecho de haber pasado mi primer mes sin mi madre explica esta puñetera necesidad que he tenido siempre de estar bajo los focos, pero llevaba varios años cayendo desde la primera línea de atención hacia el anonimato como futbolista, y por lo que sea, en cuanto empecé a subirme a los escenarios como músico, sentí algo muy agradable. Necesitaba ese reconocimiento. Y desde entonces no he hecho otra cosa que dar conciertos, presentar programas en la tele y representar obras de teatro, siempre buscando a un público que me reconociera y me aplaudiera. En fin, ya sé que esta no es la mejor solución, que no puedo basar toda mi estima en el reconocimiento ajeno, pero de momento es lo que hay, a ver si en un futuro me las arreglo mejor. Ahora hasta cuento mi vida en un libro, que ya es lo que me faltaba. Pero bueno, los libros tampoco los lee mucha gente, ¿no?

Con Vanpopel fue la leche. Empecé tocando en bares y clubes pequeños, pero de repente me llamaron para telonear a estrellas como Mikel Urdangarin en el Doka de Donostia ante trescientas personas o Rosario Flores en el Udaberri Fest de Zarautz ante mil. ¿Tú sabes lo que era eso para mí?

Con ese subidón, vi claro lo que necesitaba para lanzar definitivamente mi carrera musical: una gira en solitario. Claro que sí. Organicé conciertos en Salamanca, Valladolid, Guadalajara, Madrid y Barcelona. ¿Por qué en esos sitios? Porque mandé trescientos o cuatrocientos correos para ofrecerme a salas, clubes y bares de un montón de ciudades y solo me respondieron de esas seis. Agarré la guitarra y la mochila y empecé la quinta Vuelta a España de Vanpopel. Las cuatro que corrió Van Poppel, el esprínter, que ganó nueve etapas, y la quinta la mía, que no gané ni para el autobús. En cada concierto saqué unos doscientos euros. Los saqué de mi bolsillo, quiero decir, para pagar el bus de línea, el hostal, la comida y las copas a las que invité a los escasísimos oyentes de mis conciertos. Los fui apuntando en una libreta. Salamanca: 9 espectadores. Valladolid: 8 espectadores. Guadalajara: 11 espectadores. Madrid: 12 espectadores. Barcelona: 7 espectadores. Contando siempre a los camareros, claro. Ya que venían cuatro gatos a oírme, por lo menos les pagaba un trago y que se llevaran un buen recuerdo. Yo cobraba las entradas que se vendieran y el bar sacaba dinero de las consumiciones. Con esas asistencias, imagínate el negocio que hicieron los bares.

Me había propuesto esta gira para tocar por primera vez fuera del País Vasco y salir de mi zona de confort. Descubrí lo que había fuera de mi zona de confort: nadie. Me daba igual. Yo lo que quería era dar conciertos, pasármelo bien y fardar, contar en Facebook que estaba haciendo una gira, como los músicos profesionales. Ese año palmé pasta jugando en el Lemona, que bajó a Tercera y acabó desapareciendo por los impagos, también palmé pasta como músico, pero me sentía más contento y orgulloso que nunca.

# 29. LA CULPA DE TODO

En el verano de 2012, el Bayern de Múnich pagó 40 millones de euros al Athletic para llevarse al centrocampista Javi Martínez. Supongo que esa entrada de dinero produjo un efecto dominó en el fútbol vasco, con el Athletic pagando a otros clubes para fichar jugadores, y esos clubes pagando a su vez a otros de categorías inferiores, hasta que el Beasain se volvió loco y me hizo una oferta de quinientos euros mensuales por jugar en Tercera. En esa época de fichajes bomba, lo anuncié en las redes sociales: «El fútbol no me deja aún. La próxima temporada jugaré en el Beasain. Querían un defensa con buena salida de balón. Siguen sin tenerlo. Si conocéis a alguno…».

Para jugar en el Beasain, había renunciado a la Segunda B y a sus sueldos de 1500 euros mensuales. Porque me daba apuro cobrar ese dinero y pasarme los sábados dando conciertos y recogiendo altavoces en la madrugada anterior a un partido. Así que fui yo quien se dirigió al Beasain, lo reconozco, y les planteé mi situación. Quería dedicarme a la música y me apetecía seguir jugando al fútbol cerca de casa, prefería un equipo de Tercera que me permitiera compaginar las dos cosas. Alcanzamos un acuerdo: me pagarían quinientos euros al mes, yo me entrenaría siempre que pudiera y no faltaría a ningún partido.

Rentabilizaron rápido mi fichaje. Como lateral no sé, pero en septiembre ya me pidieron que diera un concierto en el Beasain Football Fest, un festival que organizaban en la plaza del pueblo con degustación de pintxos, comida popular, exhibiciones de deporte rural, torneo de futbolín… y ese año, concierto de Vanpopel. Por la tarde ganamos 1-0 al Balmaseda y por la noche actué en la plaza. Ya me gustaría ver a Javi Martínez jugando un partido con el Bayern y luego cantando con la guitarra en la Marienplatz de Múnich.

En Beasain, como siempre, expliqué mi ataque de celos con Sidonie, mis andanzas nocturnas, la historia de Jon Lolas y el miedo escénico… Cuando contaba estas anécdotas, los oyentes me prestaban atención y se reían. En cuanto empezaba a cantar, muchos se iban al baño o a pedir bebidas a la barra. Me pasaba siempre. Y me caían elogios un poco raros:

—Jo, Zuhaitz, como cantante no sé, pero como monologuista serías la leche.

¿Monologuista? ¿Y eso qué demonios es? Yo había visto *El club de la comedia* un par de veces en la tele, ese programa en el que salían actores conocidos a contar historias medio graciosas. Tampoco es que me gustaran demasiado. Pero en mis conciertos empecé a cantar cada vez menos y a hablar cada vez más. Hasta que me tiré a la piscina: le pregunté al programador del Doka, el café teatro de Donostia, si me dejarían estrenar un monólogo.

—Genial. ¿Cuánto tiempo necesitas para prepararlo?

—Ni idea. ¿Un mes, un mes y medio?

Elegimos un día de mediados de diciembre. Diseñamos unos carteles con una foto mía vestido de futbolista con gafas de intelectual, y en los pies, en vez de un balón, pusimos un melón. El título: *Confidencias de un futbolisto*. Un juego de palabras flojito, ¿no? El fin de semana anterior al estreno me puse una sudadera con capucha, cargué una mochila grande, me fui de noche al

estadio de Anoeta y esperé a que se marchara el último guarda de seguridad. Entonces perpetré mi acción: pegué los carteles en todas las puertas del estadio. Al día siguiente jugaba la Real y entre los treinta mil espectadores quizá unos cuantos se animaran a venir a mi monólogo. La capucha y la nocturnidad eran porque me daba vergüenza que alguien me reconociera: un antiguo jugador de la Real pegando carteles con su cara en las puertas del estadio.

El sábado pegué carteles en Anoeta, entre semana los periódicos locales dieron la noticia de mi monólogo en las páginas de Deportes… y el siguiente sábado, cuando llegué al café teatro un cuarto de hora antes de la actuación, no conseguí entrar. De verdad: ese día no se vendieron entradas, porque la asistencia era gratuita, la sala se llenó hasta los topes y una muchedumbre colapsaba la puerta. Llamé por teléfono a Eneko, el programador del Doka. Salió a buscarme, me agarró del brazo y me llevó al escenario abriéndome paso entre el gentío.

Joder, pero qué era eso, yo creía que iban a venir cuatro amigos y cuatro despistados, y allí había seiscientas personas. Justo antes de llegar al escenario, en las primeras filas me encontré con mi madre y mi hermana. Me miraban con cara de espanto. Mi hermana me dijo:

—Por qué nos haces pasar por esto, Zuhaitz.

Estaban nerviosísimas, con miedo a que yo metiera la pata ante tanta gente. Yo miedo no tenía ninguno. Nada. De verdad. Qué miedo escénico ni qué miedo escénico, Jon Lolas, que yo he intentado despejar un balón a botepronto de cabeza en el Bernabéu ante setenta mil espectadores y en directo por televisión, qué miedo me va a dar ponerme a decir tonterías delante de seiscientos. Además, los tenía a favor desde el primer minuto. Salí al escenario, vi todo ese gentío apretadísimo y dije:

—Gabon, buenas noches, muchas gracias por venir. La verdad es que esperaba un poco más de gente, pero qué le vamos a hacer.

Y ya se empezaron a descojonar. Yo flipaba: pero qué está pasando aquí.

Me presenté:

—Me llamo Zuhaitz Gurrutxaga, y aunque parezca mentira viéndome aquí en un escenario, yo he jugado quince años como futbolista profesional. Y aunque parezca mentira viéndome aquí en un escenario, he jugado cuatro años en Primera, en la Real. Digo que parece mentira viéndome aquí, pero parece más mentira si me veis pegarle a un balón.

De esta misma manera me he presentado una y otra vez desde hace once años: lo de futbolista siempre por delante. Creo que no hay mejor gancho, tanto si te gusta el fútbol como si lo odias. ¿Un futbolista profesional contando gansadas en un teatro? Pegas la oreja fijo. Los futbolistas venimos de un mundo peculiar, con una proyección pública desproporcionada, y al final mucha gente tiene curiosidad por conocer las tripas de ese mundo, sobre todo cuando cuentas las experiencias y los pensamientos que un futbolista en activo jamás contaría. Yo hablaba de mis cagadas, de la expulsión en mi primer partido, de mi miedo a fallar, de mis trucos para fingir una lesión, de los celos, las fanfarronadas y las extravagancias en los vestuarios, de los privilegios de los futbolistas… Durante muchos años no dije nada de mi depresión ni de mi trastorno obsesivo-compulsivo. Solo hablaba de fútbol, me reía de mis escenas ridículas y mis fracasos deportivos. Cuando venían excompañeros a verme al teatro, al final siempre me decían:

—Qué risas, Gurru. La mitad ya me las sabía.

Porque contaba las mismas historias que había contado mil veces en los vestuarios. Por eso la escritura del monólogo no me llevó mucho tiempo, simplemente redacté una lista de temas: Europeo, sub-16, Mundial sub-17, juvenil de la Real, debut con Clemente, Hasselbaink, Toshack, Algeciras, Rayo Vallecano, Real Unión y ya está. La imprimía con letras grandes, la

pegaba en el suelo del escenario, de vez en cuando le echaba un vistazo y seguía hablando mientras pasaba fotos y vídeos en una pantalla con los momentos más patéticos de mi trayectoria.

Durante mi estreno en el Doka me lo pasé genial. La gente se reía, me sentí arropado, me atreví a improvisar y a vacilarle al público. Conté anécdotas una detrás de otra, porque yo había calculado que el show duraría una hora y me daba miedo quedarme corto. Cuando conté la última historia, miré al reloj y vi que llevaba una hora y tres cuartos. ¡No me jodas! Corté de golpe:

—Gabon, esto ha sido todo, eskerrik asko.

Te juro que en mi vida he recibido una ovación como aquella. Seiscientas personas aplaudiendo, silbando y gritando. Me quedé desorientado. Caminé como un zombi hasta el camerino, me senté en una silla y pensé: ¿pero qué ha sido esta puta locura? ¿Qué ha pasado aquí? Entró Eneko y me dio un abrazo.

—Gurru, este es el mayor golazo que has metido en tu vida.

El Doka no hizo mucha caja ese día. Había tanta gente apelotonada en la sala que muy pocos consiguieron acercarse a la barra a por bebidas. Y yo no cobré nada, bastante favor me hicieron preparándome un escenario de ese nivel para mi estreno, pero pensé: joder, si hubiéramos cobrado un euro a cada espectador, ya habría ganado más que mi sueldo en el Beasain. Y si hubiéramos cobrado cinco… Ojo, que igual he encontrado mi nuevo oficio.

Aquel invierno quiso contratarme un equipo de Primera: el Athletic de Bilbao. Se ve que aún les sobraba pasta tras la venta de Javi Martínez al Bayern.

Igor Gabilondo, que acababa de dejar el Athletic después de seis temporadas, me dijo que le habían pedido mi teléfono y que me querían llamar tal día a tal hora. Les di el número de Mikel, un amigo que en aquella época me ayudaba con las contrataciones, y esperamos juntos la llamada, con el altavoz puesto. Cuando oímos la voz, flipamos:

—Buenas tardes, me llamo Marcelo Bielsa. Soy el entrenador del Athletic de Bilbao.

—Buenas tardes, señor Bielsa.

—Me gustaría hablar sobre su representado.

—Sí, dígame.

—Me gustaría que el señor Gurrutxaga viniera a Lezama el próximo sábado para hacerles su monólogo a nuestros jugadores. ¿Sería posible?

—Sí, por supuesto.

—¿Y cuánto serían sus honorarios?

Mikel me miró. Yo le hice gestos: nada, nada.

—Lo hará gratis. Tiene amigos en el Athletic, estará encantado de ir a Lezama.

Bielsa siempre hablaba muy serio, pero en ese momento se puso cortante, casi enfadado.

—No, oiga. Eso es imposible. El arte y la cultura hay que valorarlos. Por favor, hable con él, dígale que lo reconsidere y que me diga un precio. Porque gratis no va a venir.

Bielsa llamó al día siguiente y le dijimos que cuatrocientos euros. Era más o menos la mitad de lo que les pedía a los ayuntamientos por mi monólogo. Con el Athletic me daba igual cobrar menos, porque me impresionaba la idea de actuar ante los jugadores del primer equipo. Solo puse una condición: ese sábado yo jugaba con el Beasain en Getxo a las cuatro de la tarde y no me lo podía perder, eso lo entendería Bielsa sin problemas, así que pusimos el monólogo a las siete y media en Lezama. El tiempo justo para ducharme después del partido y conducir hasta

allí.

En Getxo me tocó ser suplente. Me pasé dos horas en el banquillo sin prestar ninguna atención al partido, nervioso por primera vez antes de un monólogo. Yo contaba mi vida como futbolista, a la gente le divertían mis batallitas en el Bernabéu o en el Vicente Calderón, pero los jugadores del Athletic estaban acostumbradísimos a jugar allí todos los años y seguramente mis anécdotas les parecerían de lo más anodinas. Temía que no les hiciera gracia ninguno de mis chistes.

Bielsa era un tipo serio, metódico, un poco obsesivo, que después de los entrenamientos se pasaba horas y horas dando charlas a sus futbolistas, dibujando estrategias en la pizarra y poniéndoles vídeos de los equipos rivales. Sobre todo era muy respetuoso. Me saludó en la entrada a Lezama, me dijo que era un honor recibir a un artista como yo y sin darse cuenta me metió un poco de presión:

—Sabe qué ocurre, que llevamos una mala racha de resultados…

Sí, yo sabía que el Athletic había hecho una primera vuelta floja y estaba en la zona media baja de la clasificación.

—…y los jugadores están bastante tensos. Mañana jugamos un partido importante en casa contra el Espanyol, que está justo por debajo de nosotros, y creo que su monólogo nos vendrá bien a todos para reírnos y relajarnos un poco.

Nunca había sentido tanta responsabilidad con un monólogo. Salí a la sala con el micro y la americana turquesa, la que me compré para una boda y he usado durante diez años en mis actuaciones, y me encontré de frente con Bielsa y su ayudante Bonini en la primera fila, y detrás la plantilla entera del Athletic: Iraizoz, Laporte, De Marcos, San José, Aduriz, Muniain, Toquero… No me atrevía ni a mirarles a la cara. Me imaginaba sus pensamientos: «Mira este *matao*, uno que jugaba en la Real, que ahora se arrastra en Tercera y viene a contarnos historias de fútbol a nosotros».

Vamos allá.

—Me llamo Zuhaitz Gurrutxaga, y aunque parezca mentira viéndome aquí en un escenario, yo he jugado quince años como futbolista profesional, blablablá, blablablá… y parece más mentira si me veis pegarle a un balón.

Risas. Vamos bien.

—A vosotros no hace falta que os explique lo maravilloso que es ser jugador de Primera. Primero, ganas mucho dinero. Segundo, trabajas muy poco, dos horas al día. Dos horas y media, si cuentas la ducha.

Ahí me atreví a dirigirme a Bielsa.

—Bueno, míster, lo de las dos horas era en mis tiempos con Javier Clemente. Ya sé que con tanto vídeo y tanta charla usted les tiene ocho horas diarias en Lezama y no sé si a los jugadores de ahora el sueldo les compensa…

No veas la carcajada que soltaron los futbolistas. Y la que más ilusión me ha hecho en toda mi carrera: la risotada de Bielsa, un hombre serio, recio, que no regalaba ni media sonrisa en público, pero que ahí estaba, partiéndose la caja con mis historias. Enseguida me di cuenta de que el show iba de puta madre. Los jugadores estaban encantados, porque yo soltaba las cosas que ellos pensaban pero no le podían decir al míster: cumplía el papel clásico del bufón, que se burla del rey delante del propio rey, con su permiso y sus risas. Eso funciona siempre.

Los jugadores del Athletic se sentían identificados con mis agobios, mis fracasos y mis miserias en el campo, porque ellos también las habían vivido, y yo las contaba de una manera que ellos no podían. Yo era su voz. Tú imagínate que un futbolista profesional hablase de sus miedos en una

rueda de prensa o se riera de sus meteduras de pata: lo machacarían. Por eso dicen las cuatro frases de siempre en las entrevistas, hay que ir partido a partido, son tres puntos muy importantes, no hay rival pequeño y adiós muy buenas. Qué te crees, ¿que hablan así porque son tontos? Joder, hablan así porque están expuestos a una observación pública bestial y cualquier palabra un poco fuera de lo previsible los mete en una polémica en prensa, radio, tele y redes sociales. ¿Te imaginas que yo hubiera contado las cosas que cuento en este libro cuando era jugador de la Real? Piénsalo un segundo.

Los jugadores del Athletic se rieron con más ganas que nadie, fueron el mejor público que he tenido jamás, y yo firmé la mejor actuación de mi vida ante un equipo de Primera. Sin duda. Al terminar el show me aplaudieron a rabiar, y los más veteranos, los de mi quinta, se quedaron a charlar conmigo.

—Menos mal que has venido, Gurru, porque si no Bielsa nos tiene aquí una hora viendo saques de falta laterales del Espanyol.

Vino Bonini y me entregó un sobre: los cuatrocientos euros más otros cien de propina, todos del bolsillo de Bielsa. El mismo Bielsa vino a saludarme.

—Felicidades, Zuhaitz, me gustó mucho, muy divertido. Ya vio cómo se rieron los jugadores, seguro que están mucho más tranquilos para el partido de mañana. Muchísimas gracias.

Me sentí respetado, uno más entre colegas, en ese ambiente de Primera División del que yo guardaba recuerdos amargos y del que prefería distanciarme. Me reconcilié un poco con ese mundo. Recogí los cables y los altavoces, salí al aparcamiento y justo en ese instante se iba el autobús de los jugadores al hotel de concentración. Sé que es una bobada, pero sentí que yo había participado un poco en la preparación del partido del día siguiente. Pensé: nunca he tenido tantas ganas de que el Athletic gane un partido.

Perdieron 0-4, con el primer gol tras un saque de falta lateral del Espanyol.

Hace poco, en el verano de 2022, me fichó de nuevo la Real Sociedad. Firmamos el contrato en las oficinas de Anoeta, igual que veintipico años antes, pero esta vez para que me patrocinaran mis actuaciones en Madrid con un nuevo monólogo, *Futbolistoc*, en el que hablaba por fin de mis trastornos mentales. Lo escribí en 2020, durante el confinamiento por el covid. Yo nunca había hablado en público de mis trastornos, nunca los mencionaba en las entrevistas cuando me preguntaban por mi trayectoria en el fútbol, pero no porque me diera vergüenza, sino por guardarme esta historia para más adelante. Sabía que mis obsesiones eran un material narrativo muy bueno y que un día iba a sacarles partido artístico y económico, así de claro te lo digo. Sé que suena raro, pero quería vengarme del toc: me había destruido la vida, ahora iba a vivir de contarlo. Así que aproveché el confinamiento para escribir el nuevo monólogo con las anécdotas de mis fracasos futbolísticos mezcladas con el relato de mi trastorno. Hay espectadores que lloran de risa y espectadores que lloran de angustia, se me acercan al acabar porque padecen un trastorno parecido o, más habitualmente, porque lo padece un hijo o una hija y viven un infierno en casa. La Fundación Real Sociedad quiso apoyarme en este proyecto, me pagó los gastos de viaje y alojamiento en Madrid y diseñamos un cartel superchulo en el que aparecía yo con la camiseta de la Real. Tenías que verme en Madrid, cuando encontraba uno de esos carteles por la calle y me quedaba cerca, espiando a la gente que se paraba a mirarlo. Qué sensación tan extraña: casi un cuarto de siglo después de debutar en el Calderón, la vida me daba la oportunidad de vestir otra vez la camiseta de la Real Sociedad precisamente en Madrid. Pero en lugar de llevarla en un terreno de juego, donde siempre salía con miedo a perder, la llevaría en un escenario,

donde siempre salía a ganar. Al cabo de veinte años yo me seguía sintiendo avergonzado y culpable por mis pensamientos tan amargos en el año del subcampeonato, por aquellos deseos de que la Real no ganara la Liga, y por eso me sentí redimido cuando salí a los escenarios de Madrid y por fin di lo mejor de mí vestido de txuri-urdin. Me dedicaron reportajes en la prensa deportiva española, en *L'Équipe*, *The Guardian*, *ESPN* y *La Gazzetta dello Sport*, salí en las páginas de Deportes más veces en un mes como monologuista que en quince años como jugador, y siempre con la camiseta de la Real Sociedad.

Durante muchos años, cada vez que me encontraba con algún excompañero de la Real, con gente vinculada al club, con aficionados de esa época, me sentía acomplejado. No quería que salieran conversaciones relacionadas con esos años porque me recordaban mi fracaso. Y este complejo de inferioridad solo lo superé cuando fui llenando teatros y presentando programas de televisión con éxitos de audiencia. Solo entonces volví a mirar a la gente del fútbol a los ojos, de tú a tú, sin sentirme un perdedor, sin sentirme una mierda. Esto es tan triste como cierto. Y por eso me quedaba mirando mis carteles en Madrid, porque era una manera de hacer las paces con mi pasado.

En 2013, en plena temporada con el Beasain, ETB me contrató para presentar un programa llamado *Tumatxak*, en el que yo entrevistaba a los cantautores y los grupos musicales más importantes del País Vasco. Para entonces ya me había fogueado en los escenarios con el monólogo y con una obra de teatro producida por Txalo, una de las compañías vascas más reconocidas, con la que he seguido actuando en varias obras todos estos años, pero mi estreno en la tele fue complicado. No porque sintiera apuro, sino por el trato que me dieron los músicos a los que entrevisté. Salvo contadas excepciones, fue entre frío y muy frío.

Creo que me trataron así porque yo era presentador de la tele, un oficio ya bastante menospreciado por el mundo artístico, y encima futbolista. Los futbolistas estamos hasta en la sopa y solo faltaba que nos encargaran los programas culturales. Para poner la guinda, me proclamaba músico y daba conciertos después de haber aprendido cuatro acordes en mis ratos libres. A veces me parecía que los músicos se dignaban a concederme la entrevista solo porque andaban promocionando un disco o una gira, y me veían como una molestia que debían soportar. Hubo excepciones, por supuesto, como la del poeta Joxean Artze, autor de las letras de algunas de las canciones vascas más legendarias. Me dijo una cosa que se me quedó grabada:

—Me gusta cómo trabajas, Zuhaitz, porque se nota que no eres tonto pero tampoco quieres pasarte de listo.

Quizá era porque yo entrevistaba a los músicos con mi complejo de inferioridad, pero creo que esa fórmula es la correcta: un entrevistador nunca tiene que quitarle protagonismo al entrevistado, debe quedarse un escalón por debajo y no andar demostrando su ingenio todo el rato. Me parece que para hacer buenas entrevistas conviene ser un poco subcampeón.

Me costó quitarme de encima el síndrome de impostor en el mundo de la cultura. Aterricé como un paracaidista, no tenía ninguna formación, no era un tío muy leído, pocas veces había ido al teatro, me faltaba cultura musical: cumplía con todos los clichés del futbolista inculto. Llegué a los escenarios con más facilidad que nadie porque era futbolista, eso lo he tenido siempre clarísimo, pero también te digo que ser futbolista es mucho más exigente de lo que muchos creen. Y te da un callo que otras personas no tienen.

Joseba Apaolaza, uno de los mejores actores vascos, se sorprendía con mi tranquilidad antes de salir al escenario. Él hacía sus ejercicios de concentración, respiración, vocalización, no sé qué

más, y me veía a mí leyendo una revista o mirando el móvil. ¿Miedo escénico? Hace poco fui al estadio de Anoeta un día entre semana, pisé el césped, miré a las gradas vacías y me entró un vértigo… Si yo tuviera que jugar aquí el próximo domingo, pensé, ya estaría nervioso y me gustaría que viniera cuanta menos gente mejor. Pero si actúo con Apaolaza en el teatro Arriaga de Bilbao, estoy deseando salir y verlo a tope, mil espectadores, mil doscientos, cuantos más mejor. En un partido de fútbol tienes a miles de personas pendientes de ti, vas a salir en la tele y en los periódicos, y no tienes ni idea de lo que va a ocurrir en el campo. No puedes controlar nada. Comparándolo con la presión del fútbol, ¿qué miedo me va a dar el teatro, si es un acto controladísimo, si llevas un texto escrito, memorizado, ensayado y probado montones de veces?

*Tumatxak* gustó bastante, digamos que me puse de moda en las modestas dimensiones de ETB, y me siguieron contratando para todo tipo de programas: presenté un concurso de preguntas de cultura general, un programa de cámara oculta, otro para niños, las campanadas de fin de año, me mandaron a Edimburgo para presentar un especial sobre el referéndum de independencia de Escocia, y el colmo fue cuando viajé en el avión de los jugadores de la Real Sociedad a Mánchester porque jugaban un partido de Champions League y trabajé en el mismísimo estadio de Old Trafford. No como futbolista, claro, sino como entrevistador.

Un día, un presentador veterano me dio un consejo:

—Zuhaitz, ten cuidado con este oficio. Hoy estás arriba y la gente te quiere, pero mañana dejan de contar contigo y pasado mañana nadie se acuerda de ti. Te puedes llevar una hostia tremenda.

Le di las gracias. Y no se lo dije, pero pensé: en pocos meses pasé de ser la gran promesa de la Real Sociedad a hacer de juez de línea en un entrenamiento porque el míster no me quería para nada; en menos de un año pasé de jugar en el equipo subcampeón de Liga a quedarme en el banquillo de un equipo hundido en Segunda B; en dos semanas pasé de ser el tío más feliz del universo en Brasil a tener miedo de tirarme del piso veintidós en Benidorm. Y todo eso antes de cumplir los veinticuatro años. No lo digo con arrogancia, pero creo que alguien que ha sobrevivido a la picadora de carne que es el fútbol podrá soportar sin mucho problema que lo echen del maldito show business.

Durante ocho temporadas presenté 215 capítulos de *Herri txiki, infernu handi*, un programa de ETB en el que iba por los pueblos con mi compañero Mikel Pagadizabal entrevistando a campesinos, pastores, pescadores, albañiles, señoras de ciento y pico años, a los personajes más peculiares del lugar.

Unas semanas antes de empezar con aquel programa, en el verano de 2014, decidí entrenarme. Me fui a pie desde Donostia hasta Bilbao y por el camino iba hablando con la gente que me encontraba. Yo qué sé, pasaba por Orio, veía a un baserritarra en la huerta y le daba palique, qué tal va el día, a qué te dedicas, a quién tengo que visitar en este pueblo, y salían unos encuentros muy divertidos. Era lo mismo que hice luego durante ocho años con el programa, pero sin producción ni guion ni nada, todo espontáneo. También salí caminando de Irun con la idea de llegar a Pamplona, pero en el valle del Baztan ya me cansé, vi que eran fiestas de Elizondo y salí a dar una vuelta. Se me acercaron dos chavales: eh, Zuhaitz, nos gusta mucho *Tumatxak*, qué bueno, y además somos de la Real. Eran de Baigorri, del otro lado de la muga, y con ellos iba una chica guapísima. No hablamos ni tres minutos. Solo supe que se llamaba Amaia.

Unos meses más tarde grabamos un episodio de *Herri txiki, infernu handi* en Baigorri. Cuando me pasaron los guiones, vi que debíamos entrevistar a una tal Amaia, una chica muy activa en la vida cultural y social del pueblo, y pensé que tenía que ser ella. Como las entrevistas nos las

repartían entre mi compañero Pagadi y yo, le pedí al director que esa por favor me la dejara a mí.

Pues sí, era ella. Flechazo. Yo estaba tan nervioso que me trababa, la interrumpía, me reía como un bobo… Ella también estaba nerviosa, ¿eh? Me salió una entrevista tan mala que por única vez en ocho años le pedí al director que la repitiéramos entera. Cuando se emitió, mis amigos me mandaron mensajes preguntándome a ver qué me pasaba con esa chica, que se notaba mogollón, que allí había tema…

Después del programa, contacté con Amaia por Facebook y chateamos un montón de veces. Quedamos en un pueblecito llamado Sara, con la excusa de un concierto. Allí tonteamos, nos fuimos a una casa que sus padres tenían cerca aprovechando que no había nadie, y con el calentón entramos en el primer dormitorio que pillamos, el que solía usar su hermano. Me salió un grito del alma:

—¡Pero si estoy ahí!

—¿Ahí dónde?

Su hermano tenía un póster del equipo de rugby del Aviron Bayonnais en una pared y otro de la Real Sociedad subcampeona justo encima de la cama. Ahí estaba yo, en el centro de la fila superior, con los brazos a la espalda y cara de sorpresa, como si en el momento en que nos sacaron la foto ya estuviera mirando lo que estábamos a punto de hacer Amaia y yo en la cama que tenía debajo. Desde aquel día, llevamos ocho años juntos.

En el capítulo de *Herri txiki* que grabamos en mi barrio, en San Miguel, entrevisté a mi padre y me contó aquella historia que yo nunca había oído sobre los dos recién nacidos que estaban a mi lado en el hospital con el mismo problema cardiaco y que a los pocos días murieron. Fue una entrevista muy especial, porque le pregunté otras cosas de las que nunca habíamos hablado.

—Aita, cuando jugaba a fútbol ibas a verme a todos los partidos, pero nunca has venido a verme en un teatro. ¿Por qué?

—Me pongo nervioso solo de pensarlo. Me da miedo que falles.

—¿Te da miedo que falle?

—Sí, me da miedo que falles.

—¿Y cuando jugaba a fútbol no te daba miedo que fallara?

—Pues será que no.

Bastantes más posibilidades había de que yo metiera la pata en un campo de fútbol, pero en fin, mi padre sufría más cuando me imaginaba en un escenario. Cuando empecé a dar conciertos con la guitarra, a él no le hacía mucha gracia. No le parecía un oficio de verdad. Pero después, cuando empecé a presentar en la tele, me di cuenta de que mi padre estaba cada vez más orgulloso. A veces nos íbamos los dos a tomar unos vinos por los bares de Elgoibar y él me llevaba donde sabía que encontraría a amigos suyos. Me felicitaban, me halagaban, y yo me maravillaba con la sonrisa que le salía a mi padre. Me hacía una ilusión enorme porque estoy convencido de que él fue la persona que peor llevó mi fracaso futbolístico. Cuánta gente le preguntaría a mi padre: oye, qué pasa con tu chaval, por qué no juega, por qué no sigue en la Real, en qué equipo está ahora… Alguno se lo diría incluso con retintín, con un poco de mala gaita. Y él no sabía qué responder. Sufría por el fracaso de su hijo. Por eso, no te puedes imaginar la alegría que me dio cuando me preguntó si podía firmarle un disco.

—¿Un disco?

—Sí, es que le he contado a la camarera de un bar que mi hijo es músico…

—¿Que soy músico? ¿Le has dicho que soy músico?

—Sí, y que sacaste un disco. Ella me ha preguntado si se lo puedo llevar con tu firma, que te lo compra si hace falta…

Subí al desván, abrí una de las cajas amontonadas, saqué un disco de Vanpopel, escribí una dedicatoria para la camarera con un rotulador y se lo di a mi padre. Creo que nunca me ha hecho tanta ilusión firmar un autógrafo.

En unos pocos meses de 2013 se me amontonaron conciertos, monólogos, obras de teatro, televisión y fútbol. No me daba la vida. Entendí que era el momento de colgar las botas: a mis treinta y dos años, jugando en Tercera, no tenía ya mucho que rascar. A falta de un mes para terminar la temporada, se lo comuniqué al presidente y al entrenador del Beasain. Me propusieron que ese fin de semana fuera convocado a un partido por última vez como gesto simbólico y les dije que sí. Fue el 27 de abril de 2013, en Beasain, contra el Laudio. El entrenador anunció la alineación: Gurrutxaga suplente. No me importó nada, por supuesto.

Me senté en el banquillo y lo observé todo con calma. Nunca me había parado a apreciar el fútbol como espectáculo: ese escenario tan peculiar con el césped verde y las rayas blancas delimitando el espacio, las porterías levantando una dimensión vertical, las gradas que envolvían el terreno con el público que animaba, los gritos, las protestas, los aplausos, los jugadores corriendo de aquí para allá en una coreografía que de repente alguno rompía, los entrenadores que intentaban dirigir todo ese movimiento y toda esa energía hacia un lado o hacia el otro a base de gestos y gritos, el árbitro, los jueces de línea, ¡el balón!, todo el espectáculo se movía en oleadas de un lado para otro siguiendo siempre al balón. Vi el fútbol desde fuera, con un poco de extrañeza, admiración y nostalgia. A este espectáculo tan curioso le había dedicado veinte años de mi vida.

Y ahora lo estaba cambiando por otro espectáculo. En el minuto 60, el Laudio nos había marcado ya cinco goles y yo solo pensaba que era el último partido de mi vida, me habían aparcado en el banquillo de un equipo de Tercera y nos estaban metiendo un 0-5: menuda situación, ya tenía otra historia para mi monólogo.

Nuestro entrenador estaba desesperado. A falta de veinte minutos, se giró hacia el banquillo para ver si con el último cambio podía maquillar un poco el desastre. Solo quedábamos el portero suplente, un delantero de veinte años que no jugaba casi nunca y yo. Le parecería feo sacarme a mí, un exjugador de Primera, un veterano, a jugar los últimos minutos de mi vida con un 0-5 contra el Laudio. Tampoco tenía sentido sacar a un defensa con semejante resultado, así que le dijo al delantero:

—Prepárate, que vas a salir.

—¿Yo? ¿Con un 0-5? Ni de coña.

El chaval terminó de cavar su tumba en el Beasain y yo vi la ocasión para cumplir el sueño frustrado de toda mi carrera.

—Míster, si quieres, salgo yo.

—¿No te importa?

—No, pero te pido una cosa. Ponme de delantero, por favor.

El entrenador quitó a un centrocampista para ponerme a mí. Hacía veinte años que no jugaba en el ataque, desde aquel día en que fui delantero centro en el equipo infantil del Elgoibar, ganamos 9-0, no marqué ningún gol y me condenaron a la defensa para siempre. En Beasain, en mi último partido, salí del banquillo en el minuto 70 perdiendo 0-5 y esprinté hasta el área contraria con una sonrisa de oreja a oreja. Tenía la última oportunidad de mi vida: veinte minutos para ser

delantero, ese puesto mágico en el que haces regates y filigranas, disparas a puerta y no pasa nada si pierdes el balón porque tu portería está a ochenta metros. Imagínate si marcas un gol…

Toqué el primer balón y la lie.

No, no me tropecé ni me hice un esguince ni le di un balonazo al árbitro ni nada tan coherente con el resto de mi trayectoria. Se la lie a la defensa rival. Corrí a la espalda del lateral derecho, un compañero me metió el balón al hueco, lo controlé perfecto, entré en diagonal hacia el centro del área, le hice un quiebro al defensa central, conduje el balón hasta la línea de fondo y desde allí, con la zurda, le di un pase perfecto a un compañero que llegaba corriendo y remató a placer: ¡golazo! Todo el mundo sabía la ilusión que me hacía aquello, así que corrieron a abrazarme a mí, primero el compañero que marcó el gol y luego todos los demás. Vino a felicitarme hasta el portero que lo había encajado, mi viejo colega del Lemona, el albañil José Carlos. Así me despedí del fútbol, haciendo una jugada maravillosa, dando un pase de gol y recibiendo los abrazos de todos mis compañeros. Yo fiché a los trece años por la Real Sociedad, jugué en Wembley contra la selección inglesa a los quince, conseguí una medalla de oro en un Campeonato Europeo a los dieciséis y una de bronce en un Campeonato Mundial antes de cumplir los diecisiete, fui internacional sub-21, debuté en Primera con la Real, fui subcampeón de Liga, me clasifiqué para la Champions League, hice esas cosas y algunas otras en el fútbol, pero no recuerdo haber sonreído tanto en un campo como en mi último partido de Tercera con el Beasain, cuando me dejaron jugar un rato de delantero y di el pase de gol para el 1-5.

Al terminar la temporada, el Beasain organizó una comida en el frontón del pueblo para todos los futbolistas y miembros del club, desde los chicos y las chicas alevines hasta los jugadores del primer equipo. Nos juntamos trescientas personas. Al final hubo discursos y entregas de premios a futbolistas de todas las categorías. Un crío de doce años subió al estrado a recibir el trofeo al mejor jugador de su equipo y me quedé mirándolo: qué sonrisa, qué felicidad, le desbordaba la ilusión. Me recordé a su misma edad y con su misma alegría. Y pensé: si yo ahora tuviera doce años y supiera todo lo que sé a los treinta y dos, ¿querría ser futbolista profesional?

Te diría que sí, que el fútbol me ha hecho sufrir pero me lo ha enseñado todo sobre la vida, me ha dado un oficio privilegiado, me ha servido para conocer a personas fuera de serie y me ha llevado a sitios con los que muchos fantasearían. Te diría que sí, si nos interesara presentar mi vida como una de esas películas de sobremesa de los domingos, pero si me animé a escribir este libro fue para contar la verdad.

Y la verdad es que no. Creo que preferiría no haber llegado nunca al fútbol profesional, porque cuando se cumplieron todos mis sueños, mi vida se convirtió en un infierno. A veces pienso en lo que habría ocurrido si el cardiólogo que me hizo la tercera prueba me hubiera dicho lo mismo que los dos anteriores: puedes hacer vida normal, Zuhaitz, pero no podrás ser deportista de élite. Me parece que mi vida habría sido más feliz. Habría dejado el fútbol a los quince años, con el orgullo de haber vestido la camiseta de la Real Sociedad y de haber jugado en Wembley ante veinte mil espectadores. Tendría una buena historia para el resto de mi vida, una historia melancólica, para contarla a la gente después del segundo vino, a media voz, como si no quisiera lamentarme demasiado: yo iba para estrella pero tuve un problema de corazón. Jugaría pachangas con mis amigos de Elgoibar, sería siempre el mejor, haría regates, metería goles, sonreiría. Al acabar el instituto, estudiaría Educación Física, viviría tranquilamente en el barrio de San Miguel, de lunes a viernes bajaría a alguna escuela del valle a dar clases de gimnasia y los fines de semana saldría de fiesta con mi cuadrilla. Sería forofo de la Real, iría a ver todos los

partidos en Anoeta, celebraría los goles saltando y abrazando a mis colegas en la grada, viajaría a Vigo para ver aquel partido histórico y lloraría como todos por quedar subcampeón.

También estoy convencido de que si no hubiera jugado en Primera, ahora no sería artista, ni hubiera dado nunca un concierto, ni hubiera actuado en un teatro, ni hubiera presentado un programa de televisión. Mejor dicho: si no hubiera fracasado en Primera, no habría hecho nada de todo eso. Ni por supuesto habría escrito este libro. Porque fue el fracaso como futbolista el que me llevó a intentarlo en otros ámbitos, a buscar el reconocimiento, la autoestima y el cariño de alguna otra manera. Por eso, cuando me hacen entrevistas culturetas y me preguntan por mis inicios artísticos, sé que esperan alguna respuesta importante, profunda, trascendental, pero yo nunca tuve vocación y les tengo que decir la verdad. Que la culpa de todo es del fútbol. Del maldito fútbol.

—Pues sí que da para libro, Zuhaitz, me encantaría escribirlo contigo.

—¿Sí? ¿Te animas?

—Lo único que no me convence es que pides demasiadas veces perdón.

—Ay, perdona.

—Tranquilo, ya quitaremos alguna. ¿Y cómo lo vamos a titular?

—Quisiera llamarlo *Subcampeón*.

—¡Me gusta!

—¿No te he contado lo que me pasó con ese título?

—No, sorpréndeme.

—Cuando escribí mi último monólogo, tenía claro que lo iba a llamar *Subcampeón*. Fui a proponérselo a un promotor teatral y el hombre se quedó flipado: unos días antes un cómico vasco le había ofrecido otro monólogo que se llamaba *Subcampeón* y ya lo estaba moviendo por ahí. Por lo tanto, en una disputa entre dos actores para quedarse con el título *Subcampeón*, ¿en qué posición quedé yo?

—Subcampeón.

—Exactamente. Lo bueno es que he mirado y creo que no hay ningún libro con ese título.

—Ah, perfecto. Una última cosa: ¿en qué orden pondremos nuestros nombres en la portada?

—No sé, a mí me da igual.

—A mí me parece que debería ir primero el tuyo, Zuhaitz, porque esta es tu historia. Ya solo faltaba que quedaras segundo hasta en el libro de tu vida.

—Vale, como quieras. Mi nombre el primero.